



**Justo S. Alarcón**

**Crisol  
Trilogía**

- I -  
Realidad

-Buenas tardes.

-Buenas tardes.

Con mucha curiosidad y timidez se acercó el joven a aquella figura indefinida, sentada en uno de los bancos del parque San Lázaro, nombre que le había puesto la Raza al Sunset Park. Después de haberlo mirado de arriba a abajo, el muchacho prosiguió:

-Yo me llamo Miguel Torres.

-Y yo Leñero.

-¿Simplemente Leñero?

-Simplemente Leñero.

-¿Es su nombre de pila o su apellido?

-Los dos juntos en uno.

-Raro, ¿que no?

-Y ¿por qué raro? Yo no he visto la pila ni fui parido de madre.

El estudiante universitario se dio cuenta de que aquel hombre, que por una temporada le venía fascinando, no tenía muchas ganas de dialogar. Siempre que pasaba por el parque, lo había visto en el mismo banco y en la misma

posición: pierna sobre pierna, y la mejilla descansando sobre los dedos índice y pulgar de la mano derecha. Trató de nuevo.

-¿De dónde es usted?

-De por aquí y de por allá.

-Quiero decir que en dónde vive.

-Aquí en el parque.

-Y ¿aquí come y aquí duerme, en el parque?

-Y ¿a ti qué te importa?

No había manera de entablar una conversación, y cortésmente se levantó:

-Buenas tardes, señor Leñero.

-Buenas tardes.

Lentamente se retiró Miguel Torres. Serían las cuatro de la tarde y se dirigió hacia su casa, que quedaba como a seis cuadras del parque San Lázaro. Vivía en el Sunset District, pero la Raza le dio por llamarlo el Barrio Las Pencas. Tuvo que atravesar casi todo el parque. Este lugar le era muy conocido, porque, además de vivir en ese barrio, cuando niño jugaba a la pelota con sus amiguitos. Ya más grandecito continuaba jugando a la pelota, pero también con las amiguitas. Allí se le escaparon los primeros besos inocentes y dio las primeras sobaditas pícaras. Cuando teenager, no sólo jugaba a la pelota de día, sino que, de noche en el zacate, se enzarzaba con las muchachas del barrio y compartió, más de una vez, la colilla de mota con sus camaradas. Pero ahora no iba pensando en eso. Cabizbajo, trataba de descifrar a aquel hombre raro que le fascinaba, pero que no quería entablar conversación.

Miguel Torres había comenzado ya sus estudios universitarios. Por las tardes, trabajaba de jardinero cuatro horas por la ciudad. Unas veces regaba los arbustos que decoraban las calles del Sunset District, otras tenía que podar palmeras, y otras trasplantaba cactus, chollas y demás plantas del desierto. Esta última tarea no le gustaba mucho, porque más de una vez sintió la rebeldía de esta clase de vegetación, dejándole los brazos y las piernas como si tuviera sarampión permanente. Pero tenía que trabajar para poder costearse los estudios universitarios.

Durante una semana no volvió a acercarse a Leñero, que así se autonombrara aquel personaje intrigante. Sin embargo, más de una vez, durante sus horas de trabajo, pudo observarlo desde lejos. Siempre lo mismo, sentado en el mismo banco y en la misma posición. Al cabo de esa primera semana, se le ocurrió volver por donde se encontraba Leñero. Pero esta vez no se dirigió a él de inmediato. Con el serrucho que llevaba en la mano, se puso a podar un árbol que estaba cerca. Después de haber cortado dos o tres ramas, se aproximó a él y, limpiándose el sudor de la frente con el antebrazo, le preguntó:

-¿Pudiera decirme qué hora es?

-Yo no tengo reloj.

-Y ¿cómo puede saber qué hora es sin reloj?

-Yo me guío por el sol.

-Y ¿usted nunca tiene necesidad de saber si son las diez de la mañana o las doce del día, por ejemplo?

-Nunca.

-¡Qué afortunado! Yo sí, porque trabajo de doce a cuatro de la tarde. Ni quiero trabajar más tiempo, porque no me pagarían, ni menos, porque

tampoco me pagarían.

-La lógica parece buena, hasta va salpicada de un poco de humor. Pero eso de someterse a relojes me parece una de las cosas más estúpidas que jamás he visto en mi vida.

-¿Por qué?

-Porque el someterse a un reloj es someterse a una cosa, y someterse a una cosa, lo mismo que someterse al tiempo, es una esclavitud, y toda esclavitud es indigna del ser humano.

-Buena lógica.

-Y ¿cómo lo sabes tú?

-Pues porque suena bien.

-También suenan bien algunos políticos y, sin embargo, no son más que unos mentirosos, demagogos y pendencieros.

-Estoy de acuerdo.

-No tienes que estar de acuerdo conmigo, muchacho.

Miguel vio que el camino se iba estrechando y, antes de que se cerrara del todo, decidió ausentarse.

-Tengo que irme ya. Hoy hizo bastante calor, y un baño no me caería mal.

-También eso es estúpido, además de ser algo de jotos o maricones.

-Bueno, hasta otra vez, y buenas tardes.

-Buenas tardes.

Recogió su serrucho y se puso en camino. Esta vez se sentía mejor. La puerta quedaba entreabierta para otro encuentro. Mientras cruzaba el parque, observó a un grupo de cuatro o cinco hombres que estaban conversando en uno de los bancos. Esto siempre lo había visto desde niño. Hombres sin trabajo, unas veces porque no había, otras porque no querían. La mayor parte de ellos vestían mal. En algunos se notaba la influencia del alcohol, en otros los efectos de la falta de proteínas y en otros la desgana de vivir. Pero a Leñero no lo podía catalogar. Era raro, diferente.

Llegó a casa, se bañó y se sintió mejor. ¿Sería posible que este acto, tan importante en la vida social, fuera estúpido e, incluso, de jotos? La crianza, la educación y la costumbre social lo imponían. Ni qué dudar. Miró al reloj, y marcaba las 5:30 («¡Esclavitud! No podía ser. Ese hombre está loco»). Era viernes. Después de la cena se iría a juntar con algunos compañeros para ver qué tenían planeado para esa noche. Pedro (Pete) Peralta, también joven universitario, dijo que había un party en uno de los apartamentos cerca de la Universidad, en donde vivía uno de sus compañeros de clase. Que era su cumpleaños, y que toda la plebe se iba a juntar allí. Y allí fueron, en el viejo Chevy Impala de Miguel Torres. Para las ocho, ya comenzaban a juntarse los jóvenes. Algunas rucas traían dip de frijoles, otras tortilla-chips y otras, nada. Los muchachos llevaban six-packs de Buds. Alguien apareció con una bolsita de mota en polvo y papel para envolverla y hacer cigarrillos. El tocadiscos se puso en marcha y, en sucesión, se oyó a Freddy Fender, Los Mueca, La Sonora Santanera y otros hits. Las muchachas sentadas en el sofá, en las sillas y algunas en el suelo, se contaban los últimos chismes de las clases y del barrio. Los muchachos en el pasillo de pie, apoyados contra la pared, echaban chistes, miraban de reojo a las muchachas y, de cuando en cuando, se empinaban un bote de cerveza. Los que estaban afuera, en el zacate,

furtivamente se pasaban algún cigarrillo de marihuana que Mario Luévano, el inquilino y festejado, había enrollado momentos antes.

Gloria Cañizales, la novia de Mario Luévano, pasó los dips y los chips. Poco a poco, los muchachos y muchachas comenzaron a juntarse. La conversación cambió de orientación. Alguien sugirió que pararan el tocadiscos y que Juan Castillo tocara algo en la guitarra. Al sonar las cuerdas, uno de los presentes echó un grito. La atmósfera se llenó de alegría, y todos se pusieron a cantar «El corrido de Cananea». Después siguieron otros, como «La muerte de Pancho Villa», «La traición de Zapata» y «La venganza de Joaquín Murrieta».

Eran como las once de la noche cuando el guitarrista Juan Castillo decidió dedicarle a Gloria Cañizales «Jesuita en Chihuahua». Alguien le sopló a Mario Luévano y éste, un poco vidrioso por los efectos de la mota, le reclamó a Juan. Sin que nadie supiera cómo ni por qué, los dos se tiraron del moco. Mario le envió un chingazo al ojo izquierdo de Juan y éste, levantando su guitarra en el aire, la dejó caer con fuerza sobre la cabeza de Mario, quedándole encajada como bufanda alrededor del cuello. La bola se interpuso, y no llegó a más lejos la cosa. Miguel decidió que era hora de regresarse, y se lo comunicó a sus dos amigos Pedro (Pete) Peralta y Frank Benavídez. Los tres tomaron la dirección hacia el barrio Las Pencas.

Un sábado, que no tenía que trabajar ni tenía clases, Miguel decidió dar una vuelta por el parque San Lázaro a ver si podía ver a Leñero y entablar conversación con él. Estaba intrigado por la apariencia y modales extraños de este hombre. Aunque se bañó por la mañana, tuvo cuidado de no afeitarse, y procuró ponerse la ropa de trabajo para no desentonar, y así recibir una mejor acogida. Se desayunó y, a eso de las diez, puso el pie en la calle. Minutos después, llegaba al parque. Aunque era otoño, el día estaba primaveral. Apenas había gente. Los niños todavía estarían en sus casas viendo a Pink Panther, Speedy González y otros cartúns, y los adultos, que frecuentaban el parque, estarían todavía curándose de la cruda.

A lo lejos, y en el banco de siempre, Miguel divisó a Leñero en posición meditativa. Se adentró por entre los árboles. Una bandada de palomas estaba buscando desperdicios que la gente había tirado en el zacate la noche anterior. Levantaron el vuelo al aproximarse Miguel. Un perro solitario estaba tendido en el suelo junto al banco. Tenía los ojos tristes, como tantos que se ven abandonados por sus dueños y por la sociedad que los parió. Miguel aflojó el paso al encontrarse cerca de Leñero. Disimuladamente se quedó mirando hacia las ramas que el día anterior había él mismo cortado. Dio dos o tres vueltas alrededor del árbol, como distraído, pero para llamar la atención del absorto Leñero. Adelantó un paso hacia él, y lo saludó:

-Buenos días, señor Leñero.

-Buenos días.

-¿Qué hace por aquí tan temprano?

-Lo mismo que tú.

-No creo que por la misma razón. Yo vengo a inspeccionar las ramas del árbol que corté ayer.

-¿Las ramas o el árbol?

-Las ramas.

-Y ¿qué vas a hacer con ellas?

-Pues dejarlas para leña. Y..., hablando de leña, ¿puedo hacerle una pregunta?

-Si no es indiscreta.

-¿Por qué se llama usted Leñero?

-Indiscreta, como me lo figuraba. Me llaman Leñero porque doy leña.

-¿Cómo que da leña? Si usted no trabaja cortando leña, no tiene ninguna leña que dar.

-Menso me pareciste desde el primer día que te vi la cara. Pero ahora lo confirmo por lo que sale de tu boca. Pues sí, doy leña y, sobre todo, di leña.

-¿Puede explicarse?

-Sí, para destaparte esa torre que llevas encima. Por algo te llamarán Torres. Dar leña significa dar palos, que es lo mismo que dar palizas. En lengua vulgar se traduce por «dar chingazos».

-Pero, ¿cómo puede usted dar leña o chingazos si no habla con nadie?

-Hablé mucho con la gente, y me peleé muchas veces en mis tiempos jóvenes, y por eso me pusieron Leñero, aunque nunca corté leña.

-Y ¿por qué no le pusieron Chingón, en lugar de Leñero?

-Porque hay muchos que se dicen chingones y no son más que unos brutos y animales. Yo ni soy bruto ni animal. La Raza no es tonta, sabe distinguir. Por eso prefirió llamarme a mí Leñero, porque, aunque daba palos, no era animal.

-Y ¿cómo daba palos?

-Con la lengua. Este órgano es más eficaz que cualquier palo o navaja.

¿Sabes qué, Miguel Torres?

-Diga usted.

-Me estás tirando mucho de la lengua. Aunque fui muy platicador en otros tiempos, ya no lo acostumbro. Dejo a la gente en paz, y ella me deja a mí. Por consiguiente, córtale ya.

-Con mucho gusto. Yo vengo aquí a platicar con usted, no a ofenderlo. He notado que está usted siempre solo. No es que me guste necesariamente la compañía de los solitarios, pero creo que usted es diferente. Por eso tenía interés en hablar con usted. Ahora que si usted no quiere, pues nada.

-No es que yo no quiera hablar. Lo que no aguanto ni soporto es la lengua y la conversación de gente mensa, tonta y estúpida. Esa clase de gente no hace más que perder su tiempo y el mío. Y salen tantas babosadas de su boca que da coraje. Y en este caso, como dice el dicho, «más vale estar solo que mal acompañado».

-Pues mire, yo no sé si pertenezco a esa clase, pero...

-Algunas babosadas ya te han escurrido de esa boca.

-... pero, por si le interesa, soy estudiante universitario...

-Eso no prueba nada, ni da pasaporte universal, aunque así debería ser. Miguel creía que se estaba abriendo la puerta, pero esta última afirmación de Leñero le cortó la frase por medio. Se quedó con las palabras atoradas en la garganta, y no supo continuar. Pero el mismo Leñero le ayudó salir del aprieto.

-Decías que eres estudiante universitario.

-Sí, eso decía.

-Y ¿qué estudias?

-Periodismo.

-Te parecerás a los políticos y a los reporteros mitoteros. Para mí son gente fofa y falsa. Y, como dice el dicho, «mucho ruido y pocas nueces».

-¿Qué significa eso?

-¡Carajo! Pues uno que habla mucho y dice poco.

-¡Ah! En el barrio se dice «mucho pedo y poca caca».

-Tú lo has dicho, malhablado.

Miguel quedó cortado por el aplomo con que Leñero pronunció la última frase. Durante unos segundos permaneció mudo. Pensó si debería o no discutir con él su futura carrera. Hacía algún tiempo que estaba un poco confuso, precisamente por lo mismo que Leñero había indicado. Cobró ánimo y, después de dos o tres resuellos, se atrevió:

-Señor Leñero, me interesó la alusión breve que usted hizo a mi profesión. Precisamente por eso mismo me veo sumergido en muchas dudas. Algunas veces me parece que se podría hacer mucho bien a la gente, informándola sobre acontecimientos importantes. Otras veces no tan importantes. Pero siempre informándoles. Sin embargo, tengo miedo de caer en la trampa en que parecen caer muchos, buscando su propia voz y olvidándose de su gente. Es decir, convertirme en uno de esos a quien usted se refiere. Si no le parece mal, ¿podría usted darme su parecer?

-Ahora sí que la fregamos. ¡Joven, yo no doy consejos a nadie, ni tampoco los tomo de nadie! Sin embargo, eso depende de ti. Lo que sí te puedo decir en general es que la prensa, como todos los otros medios de comunicación, están controlados por los grandes potentados.

-Pero yo oí decir muchas veces, a través de esos mismos medios de comunicación que usted menciona, lo mismo que en mis clases, que este país es el único en donde hay libertad de prensa y de palabra. Que en la mayor parte de los otros países estos medios están bajo el control del gobierno.

-¡Qué sencillo, por no decir menso, eres! Piensa en un perro, y valga la comparación, que recibe pedradas. ¿No crees tú que le resulta más incómodo no saber de dónde provienen esas pedradas que saber exactamente de dónde proceden? Si sabe, puede esquivarlas; si no, lo friegan. ¿No prefieres tú mejor que los que te critican te lo digan a la cara y no que lancen la piedra y escondan la mano? Lo mismo se puede aplicar a este negocio. En un socialismo rígido, de plano y antemano ya sabes quién te tira la piedra. En una seudodemocracia, como en la que vivimos, no lo sabes con exactitud. Las pedradas son las mismas en ambos casos, aunque el método varía. Desde el punto de vista político, piensa por ejemplo en el FBI, que no es otra cosa que la Inquisición disfrazada. Desde el punto de vista económico, ningún periódico puede sobrevivir que contradiga y se oponga a los deseos de los grandes potentados y de las grandes empresas. Los periódicos, como The Republic Free Press, para poner sólo un ejemplo, y del que vas a ser tú esclavo, no te dejarán publicar ninguna editorial ni reportaje que tú creas que es importante, si a ellos no les conviene. Simplemente te dirán que «this is not of public interest». Y si te lo publican, otro saldrá después con otro contra-reportaje achicándote y destrozándote el tuyo. Y, como solemos decir, «se llevan la vela y el santo».

-Señor Leñero, creo que usted está exagerando. ¿Cómo explica usted entonces las agarradas que se dan algunos políticos y algunos periodistas entre sí?

-Miguel, no digas burradas, porque me callo. Esas agarradas que tú dices son enojos entre miembros de una familia. Ataca a la familia y verás cómo se unen todos y te enseñan los dientes como perros rabiosos.

-Será cierto lo que usted dice, pero no puede comparar usted nuestro sistema y la libertad que existe aquí con la libertad, o falta de ella, en un país socialista.

-Torres, bien se ve que te han llenado la «torre» de estupideces en esa universidad.

-Si éstas son «estupideces», entonces ya me las han enseñado en la escuela.

-Desde los seis años no te dejan pensar. Te tienen tapado, como a tantos de los nuestros. Te voy a hacer alguna pregunta.

-Está bien.

-¿Has hablado alguna vez con un comunista?

-No.

-De todos los maestros y profesores que tú has tenido, ¿ha estado alguno de ellos en un país comunista?

-Que yo sepa, no.

-Luego...

-Es cierto, pero también un médico puede hablar con autoridad sobre una enfermedad, sin haber sufrido esa enfermedad.

-Ese argumento apesta, Miguel.

-Bien, pero volviendo al tema, todavía no me convence lo que usted me dice.

-Mira, yo no soy comunista, ni demócrata, ni republicano, ni nada. Para decirte la verdad, no creo en nada ni en nadie. Pienso yo solo y no dejo que otros piensen por mí. Pero quisiera contarte un incidente que vi en la televisión hace años, que te puede abrir los ojos a la perspectiva relativista.

-A ver, cuente.

-Un reportero de la red de la televisión CBS que se creía muy liberal, después de mucho luchar, obtuvo permiso del Tío Samuel para ir a Cuba y entrevistar a Fidel Castro. En el transcurso de la entrevista, el muy inteligente reportero le preguntó a Castro que «Si es que todo marchaba tan bien en Cuba, por qué no había libertad de prensa». Castro, con mucha naturalidad, le contestó: «Sí, tenemos libertad de prensa». El reportero quedó admirado de la inesperada afirmación categórica, y no supo continuar. A los pocos segundos le dijo a Fidel: «Pero es que todos sabemos que aquí, en su isla, no hay libertad. Por ejemplo, si yo quisiera pasar un reportaje mío al pueblo cubano no pudiera hacerlo, a no ser que usted me lo permitiera». A lo que contestó con aplomo Fidel Castro: «Muy cierto. Y ustedes, en la CBS y en USA ¿me permitirían que yo pasara un reportaje al pueblo americano sin que previamente censuraran lo que yo tuviera que decirles a todos?». El reportero gringo tuvo que admitir: «Comprendo claramente lo que usted trata de decir».

-Es interesante lo que usted dice.

-Yo no lo dije.

-De todos modos.

-De todos modos ya he hablado demasiado. Y que conste que se me fue la lengua, porque mi intención no era la de platicar tanto, y menos contigo.

Buenos días, joven.

-Buenos días, señor Leñero.

Miguel Torres se dio por entendido y se levantó lentamente. Con la cabeza baja, se puso en camino hacia su casa. A los cuantos pasos se paró y volvió los ojos. Miró a Leñero y le dijo:

-Señor Leñero, espero no haberle molestado mucho. Todo lo que usted dijo me interesó. Si no lo juzga inconveniente, me gustaría volver a platicar con usted otro día.

-Ya veremos.

«I want you to choose a topic. It has to be of interest and, if possible, exciting. Then, proceed to the interview. Not too long, not too short. Cover the material in as few words as possible. Concise, to the point».

De camino a casa venía pensando en las palabras del profesor «... concise, to the point». Pero el punto, el verdadero punto era el tema. Tenía que ser de interés para él y placentero para el profesor.

Sin perder el tiempo, se fue al Capitolio. Ya los senadores se preparaban para el fin-de-semana. Se oían carcajadas por los corredores del edificio. Sacó su libro de notas y su cassette.

-Senator, do you speak Spanish?

-No.

-... Senators, do you speak Spanish?

-Unow pow-kwi-tow.

-Thank you.

-Senator Grower does -uno de ellos proclamó-. He had to speak it a few years back.

El senador Grower había sido ranchero de profesión. Después de muchos años de la faena algodonera, decidió jubilarse de ese quehacer rutinario para ingresar en las aulas acondicionadas de las sabidurías justicieras y legales. Había empleado, y todavía tenía, a muchos «mojaditos», como él les llamaba cariñosamente, en su magnífico rancho.

-Me llamo Miguel Torres y soy estudiante universitario.

-¿Qué estudias?

-Periodismo.

-¿Cómo cruzaste?

-Cómo crucé qué...

-El Río... o el Alambre...

-¡Oh! Yo no crucé nada, ni río, ni alambre, ni nada. Solamente las puertas que me trajeron a este edificio y a esta oficina.

-Y... ¿no te pidieron identificación?

-Sí, alguien me miró de arriba a abajo, como cosa extraña. Firmé un papel y entré.

-I see. Y ¿qué quieres de mí?

-Simplemente quisiera hacerle algunas preguntas para una tarea de clase que nos asignó el profesor de periodismo.

-Y ¿de qué se trata?

-Como estos días estuvieron discutiendo en el senado los pros y los cons del programa del Welfare, quisiera saber brevemente qué piensa usted sobre



el dicho programa.

-En primer lugar, como dice el senador Grossmann, el dinero que se emplea en el Welfare «is wasted». No veo por qué los impuestos de la gente que trabaja tenga que chupárselos la gente perezosa, los parásitos.

-Senador, y ¿quién es la gente trabajadora?

-La que trabaja.

-De acuerdo. Pero, ¿quiénes son los que trabajan?

-Aquellos que se levantan temprano de la cama y, después de tomarse bacon and eggs, van a las fábricas, a las minas y a los campos y se pasan el día de sol a sol esforzándose para que nuestro estado y nuestro país progresen.

-Senador, ¿usted cree que «los que trabajan de sol a sol», sobre todo en las minas y en los campos, saben y pueden comer tocino y huevos para el desayuno, como usted dice?

-Si no lo hacen debieran hacerlo, porque «that's the American Way».

-Y si el American Way y el Welfare no les dan dinero para comprar tocino y huevos, ¿entonces qué?

-Pues... que coman tortillas y frijoles.

-Pero... yo me creí que los que comen eso no trabajan.

-That's right... Well. Good bye!...

-Un par de minutos, Senador, por favor, porque esto no me basta para la tarea de clase.

-Make it short.

-«... conciso», eso es. ¿Quiénes reciben el Welfare?

-Ya te lo dije, los que no quieren trabajar.

-Y... ¿quiénes son éstos?

-Los que no tienen huevos.

-¿Para comer?

-For goodness sake, otra clase de huevos.

-¡Oh!... Pero entiendo que la mayor parte de los que están en el Welfare no tienen huevos.

-Right. No tienen huevos, son huevones.

-Pero ahora me refiero a la otra clase de huevos.

-¿A cuáles?

-Pues... usted sabe muy bien que las mujeres y los niños no tienen huevos.

-¿Para comer?

-No, para engendrar.

-Y ¿qué?

-Pues que éstos no tienen huevos para comer ni para engendrar. Sin embargo, tienen que trabajar para comer.

-Seguro, porque los padres, que se creen que tienen los huevos muy grandes, los abandonan.

-Y las esposas y los hijos tienen que trabajar.

-Right.

-Pero, ¿no va contra la decencia, la dignidad, la justicia y la ley de este Senado que los niños trabajen?

-Sí, pero eso no impide que las mujeres trabajen.

-Y ¿no es cierto que los niños deben ir a la escuela?

-Sí, eso es parte de la American Way.

-Y ¿cómo es que los chicanitos tienen que trabajar de sol a sol?

-Porque así es The American W... Porque sus padres tienen muchos huevos... pero no para trabajar.

-¿Para qué entonces?

-Para ching...

-¿A quién?

-A las que están en el Welfare.

-Pero, ¿no sabe usted, por la experiencia en su rancho, que las mujeres van al tapeo de la cebolla y a la pizca del algodón?

-Sí, pero a la noche se abren de piernas a los que dicen que tienen muchos huevos.

-Y si no es indiscreto, ¿qué hace su esposa a las noches?

-... She takes the pill. Besides, it is none of your damn business. Get the hell out of here, you son-of-a-bitch. Go back where you belong. Tell your ignorant people to use the pill and then...

-... and then you will not have people to pick your cotton, your onions, your watermelons and your huevos...

Un portazo cortó la entrevista. Miguel tuvo que recoger del suelo los papeles en que llevaba escritas las preguntas, que no usó, y una cinta que saltó de la grabadora con el impacto. Después de unos segundos, se dirigió hacia la puerta principal. Salió y desapareció.

La línea que formaban los del Welfare era larga. Apagó el motor del Chevy, cogió la grabadora y salió del carro. Se puso al final de la cola.

-Señora, ¿quisiera decirme cuánto tiempo lleva aquí?

-Toda mi vida, señor. Mis papás, que en gloria estén, nacieron aquí también y...

-No me refiero a eso.

-Entonces ¿a qué, señor?

-¿Cuánto tiempo lleva aquí, en línea, haciendo cola?

-¡Ah! Pos cuatro o cinco horas, señor.

-Y ¿estos dos niños, son suyos?

-Sí, señor.

-¿Cuántos años tienen?

-Raulito tiene siete años y Juanita nueve, señor.

-Y ¿no les gusta la escuela?

-Sí, señor. Pero no tienen ropa ni zapatos.

-Bien, pero la Salvation Army podría dárselos.

-Sí, señor, pero no tengo dinero para sus lonchecitos.

-Bien, pero la escuela les da tíquetes para casos así, ¿que no?

-Sí, señor, pero es que los chamacos me dicen que a veces no les gusta ir a la escuela.

-¿Por qué?

-No sé, señor, ellos sabrán.

Miguel dio unos pasos, se acercó a los dos niños, se agachó y les preguntó:

-¿Te llamas Raulito, que no?

-Sí, señor.

-¿Cuántos años tienes?

-Ya le dijo mi mamá, siete.

-Eres un hombrecito.

-Sí, señor.

-¿Te gusta la escuela?  
-Sí, señor.  
-¿Por qué no estás en la escuela, pues?  
-Porque se ríen de mí, señor.  
-¿Y por qué se ríen de ti?  
-Porque a veces llevo tortillas y frijoles pa' el lonche, señor.  
-... Y tú ¿te llamas Juanita?  
-Sí, señor.  
-¿Cuántos años tienes?  
-Nueve, señor.  
-¡Qué chula eres, mijita!  
-¡Qué cosas tiene usted, señor!  
-¿Te gusta la escuela?  
-Sí, señor.  
-Y ¿por qué no estás en la escuela, pues?  
-Porque mi mamá no tiene dinero pa' comprarme vestidos, señor.  
-¿Te gustan los vestidos, Juanita?  
-Sí, señor, como los que llevan las chamaquitas de mi clase.  
... After weeks of investigation, the Border Patrol uncovered hundreds of imported illegal Mexican Nationals for the many city restaurants. These people are taking the food away from our tables. Literally.

The Republic Free Press

... Un grupo de Patrulleros ha sido llevado a corte. Se dice que formaban una red bien organizada y experta en el trámite de mexicanos sin documentos. Alguien sopló el pito.

El Clarín del desierto

-Y usted, ¿cómo se llama, señora?  
-Guadalupe García, para servirle, señor.  
-¿Por qué está en línea?  
-Porque no tengo comida para mis críos.  
-¿Cuántos tiene?  
-Tres, y uno que se murió chiquito.  
-¿Están aquí?  
-Sí, señor. Éstos.  
-Pero son dos nomás.  
-La hija mayor quedó en casa, señor.  
-¿No se sentía bien?  
-Sí, señor, pero quedó cuidando a su 'apá.  
-¿Qué tiene su padre?  
-Se cayó un año atrás de un tractor en marcha y lo agarró y le aplastó una pierna y no puede jalar ya, señor.  
-Y ¿no recibe ayuda?

-Era mojadito, señor.  
-... y sus niños, ¿por qué no van a la escuela?  
-Éste entoavía mama, señor, y la Lupita no quiere ir.  
-... ¿Cuántos años tienes, Lupita?  
-Doce, señor.  
-¿Y por qué no quieres ir a la escuela, tan chula como estás?  
-Porque la maestra no me quiere.  
-Y ¿por qué no te quiere?  
-Porque dice que no sé hablar ni leer, señor.  
-¿Y a ti te gusta la maestra?  
-Sí, señor, me gusta mucho. Se viste muy bonito. Tiene el pelo güero y unos ojos retechulos.  
-Y ¿sabe ella que tú la quieres?  
-No, señor.  
-¿Por qué no se lo dices?  
-Porque le tengo miedo, señor.  
-Y ¿por qué le tienes miedo?  
-Porque se ríe de mí.  
-Y ¿por qué se ríe de ti?  
-Porque los otros chamacos jugando me llaman india, y ella se ríe, señor.  
-Y ¿tú eres india, Lupita?  
-... No sé decirle, señor...

...

-Señora, ¿cuántos años hace que viene al Welfare?  
-Cinco años, señor.  
-¿En dónde está su esposo?  
-Debajo de la tierra, señor.  
-¿En las minas?  
-Allí trabajaba, pero un día, después de diez años, se cayó un palo muy grande y se vino abajo la mina y allí mesmo quedó sepultao.  
-Y ¿no lo pudieron sacar?  
-No, señor, allí mesmo halló su sepultura.  
-Y la compañía, ¿no le dio dinero?  
-No supe peliar, señor.  
-¿Por qué no peleó?  
-No teníamos papeles, señor.  
-Y ¿por qué no arregló los papeles?  
-Tenemos mucho miedo, señor.  
-¿A quién le tiene miedo?  
-A las leyes, señor.

Miguel lanzó una mirada a lo largo de la esquina. Una, dos, tres..., una misma versión. Se repetía como las avemarías del rosario. Era una letanía sin fin. Metió bajo el brazo su grabadora y se dirigió hacia el carro. Lo puso en marcha y, por el parabrisas, como cristal de aumento, el Capitolio se engrandecía cual dama preñada. Torció hacia la izquierda, hacia el Sur.

-'Amá.  
-Qué, hijo.  
-¿Te pusiste alguna vez en línea en el Welfare, haciendo cola?  
-Sí, hijo.

- ¿Cuándo?  
-Hace muchos años ya.  
-¿Por qué?  
-Porque teníamos hambre.  
-¿Y ahora?  
-Ahora, como sabes, ya no tenemos tanta hambre.  
-Y ¿te daban para la comida?  
-Sí, hijo.  
-Y ¿cómo te daban?  
-Tenía que mostrarles que ya había trabajo.  
-Y ¿cómo le mostrabas que habías trabajado antes?  
-Les enseñaba mis manos...  
-Y ¿qué hacían entonces?  
-Bajaban la cabeza.  
-¿Por qué?  
-Les daría vergüenza, hijo.  
-Y ¿tú tenías vergüenza?  
-De pedir, sí. De floja, no.  
-Y ¿qué sentías mamá?  
-Dolor, m'hijo, mucho dolor.

Miguel era muy niño entonces. A su padre, a quien no conoció, no le habían dado bastante por la caída mortal de un edificio en donde trabajaba. Un caso más en la telaraña de la vida.

Era una noche de sábado. Se quedó en casa. Cenó y puso la televisión para oír las noticias. Entre otras cosas, le llamó la atención un breve reportaje sobre la nueva arma de control en el mundo: la comida («El que controla la comida, controla el estómago, controla la política, controla las sociedades, controla la vida»). Decían que este país contaba solamente con el 6% de la población mundial, pero que consumía el 35% de todo lo que se producía en el mundo. Se quedó ensimismado. Se acordó de un sermón en donde el padrecito observaba que, mientras en muchos países la sola preocupación era la de la supervivencia diaria, en este país la preocupación del día era la de ponerse en dieta, para no engordar.

«Demasiadas calorías, demasiado colesterol, demasiada grasa, demasiadas enfermedades del corazón, demasiada mortandad, demasiada gula, demasiado pecado».

Se metió en cama y trató de poner orden en el cerebro. «Si las estadísticas son fidedignas, ¿quién come tanto?». Él sabía muy bien, por propia experiencia, y por lo que veía alrededor suyo, que su gente no comía bien. Entonces, «¿quién come tanto en este país? No todos, ciertamente, porque mi gente, que vive aquí, tiene que ponerse en fila, hacer cola a las puertas del Welfare». ¡Pedir limosna! ¿Quiénes, quiénes serán? ¿Quiénes son los que comen? ¿Quiénes controlan la comida? Entonces se acordó de lo que Leñero le había platicado... El cerebro, como un nido de avispa, le hervía. Decidió mejor echarse la cobija sobre la cabeza y esconderse, como la avestruz en la arena, o como la tortuga dentro del caparazón.

La oscuridad cóncava cayó como un paraguas negro sobre la algarabía de la vida. El sopor se hundió como una cucaracha en la red de la araña. Una familia de cucarachas, una población de cucarachas. Andaban sin brújula.

Buscaban el centro, pero andaban aturdidas. Se multiplicaban. Un enjambre sin reina. No había miel. Se debilitaban. La red estaba bien formada, como un pedazo de género, entretejido por manos artesanas. Pero les faltaba dirección, antenas. No sabían cómo llegar al centro, a la fuente de la vida. Allí estaba, allí se encontraba para exterminar su debilidad. Alguien había entretejido magistralmente la red, pero sin brújula no se podía llegar. Frustración, muerte. La mano magistral guardaba el secreto. Era un laberinto. «Si nos juntáramos y pusiéramos orden, encontraríamos el centro». Corrían desperdigadas de una parte a otra. «Si todas, una tras otra, cogiéramos un hilo, como un camino, llegaríamos al centro..., nos salvaríamos». Pero es que había demasiadas, era imposible el orden. Una, a quien todavía le funcionaba la antena derecha (¿o era la izquierda?), levantó la voz y dijo: «Sígueme». Pero no oyeron el llamado, sólo un ruido sin sentido. Sólo ella se dirigió por el hilo de la tela, de la red. Se fue abriendo camino, por el laberinto, por el caos magistralmente formado. Dio vueltas y más vueltas. Se abría paso por entre el tumulto de las compañeras, de camaradas. Nadie comprendió la llamada, el llamado. Tenían hambre, estaban sin fuerzas, no estaban unidas. «¿Quién come aquí? ¿Quiénes comen aquí?». Siguió por su camino, guiada por una antena, la izquierda (¿o era la derecha?). Sin saberlo bien, se encaminaba hacia el centro. Se cruzó con otras camaradas suyas. Por equivocación, le siguieron. Eran pocas, unas tras otras. Desfilaban, tenían hambre. Habían caminado mucho, pero en círculos concéntricos. Estaban casi mareadas. «El centro», gritó la encabezada, la de la antena. Las otras no oyeron bien. Dieron diez vueltas más, nueve, ocho..., cinco..., tres..., una. «El centro, la vida (¿o era la muerte?)». En la oscuridad de la noche, una araña panzona, que parecía ser negra (¿o era la noche?) lanzó las garras... Miguel sintió cosquillas en los párpados. Los abrió. Los ojos le giraban como canicas. Se levantó azorado. Fue al espejo y notó que tenía las pestañas húmedas. Se juntaban y se separaban como patas de cucaracha (¿o eran de araña?). Allí mismo se las lavó. Era jueves y tenía clase en la universidad.

... The Southern Pacific Railways, with federal subsidies, is building a net of tracks so that the major retail companies can bring goods to their warehouses for distribution throughout the State and other National locations.

The Republic Free Press

... Nuestros impuestos estatales y federales serán empleados para la construcción de una red compleja de ferrocarriles en nuestros barrios. El fin principal del proyecto es traer mercancías a las nuevas bodegas de las grandes compañías de comestibles y otros artículos. Nuestros barrios parecen telarañas, en las que los niños incautos y los viejos impedidos caerán y perderán sus vidas.

El Clarín del desierto

-... Proofs, proofs, Miguel. A few isolated cases or facts don't count. If you were to write an article or give a report on TV no one would believe you. Statistics, big numbers, not three or four individual cases.

-But, Professor White, I saw a huge line waiting at the door of the Welfare Office. My own moth...

-That is not convincing.

-Then, chinga a la tuya, viejo baboso.

-What?

-Nothing, Sir, you wouldn't understand.

Ese día no pasó por el parque, porque tenía que podar las palmeras que adornaban la Avenida Central, en donde se hallaban las mejores tiendas de la ciudad. Desde allá arriba, como un chango, veía a la gente copetona entrar y salir de Sacks Fifth Ave., I. Magnin, Diamonds, Macy's, Holsteins... A pesar de que todavía no había apretado el calor, las mujeres relucían sus diamantes en los rayos del sol y enseñaban, como hembras en brama, sus sendos senos pecosos. Casi sin pretenderlo, dejó caer un dátil. Le cayó a una transeúnta sobre el ala del sombrero que llevaba puesto para protegerla de los rayos del sol. Se agachó para recoger el sombrero y enseñó las nalgas. El chango silbó. La que le acompañaba miró hacia arriba. «Do monkeys whistle, Cindy?», preguntó, creyendo que el piropo iba dirigido a ella.

La junta de MECHA era a las 7:30 de la tarde. El tópico versaba sobre los Farmworkers. Discurso tras discurso, discusión tras discusión, no se hablaba más que de lo mismo:

-No coman lechuga.

-No compren uvas.

-No compren ropa Farah.

-No beban vino Gallo.

-No compren Rosarito beans.

-No coman en Rickie's Place.

-No voten por el senador Grower.

-No voten por el diputado («Puto») Bernstein.

-No beban cerveza Coors.

-Y no la chinguen. Declárense en Huelga.

El Decálogo Chicano. Todos votaron, y las resoluciones pasaron unánimemente.

-¿Cuántos años llevan peleando los Farmworkers?

-Unos twenty years.

-Y ¿todavía no han logrado su propósito?

-Entoavía no.

-¿Cuándo lo lograrán?

-¡Sabe...! Pero, in the meanwhile, hay que peliar.

-¿Por qué no se juntan a otros sindicatos o uniones?

-'Cause no los quieren.

-¿Quién no quiere a quién? ¿Los Farmworkers o campesinos a los otros, o los otros a los Farmworkers.

-Complicao 'tá eso. ¡Pos... sabe...!, unos a otros, I guess.

-¿Quiénes forman la Unión de los Campesinos o Farmworkers?

-Pos los chicanos, César Chávez, pues, menso.  
-¿No hay blancos?  
-No, puro chicano. Some filipinos también.  
-O sea, prietos.  
-Simón, que yes, ése. Pura Raza.  
-¿Por qué los blancos, digo las uniones o sindicatos de los blancos logran lo que quieren?  
-Pos por ser güeros. Pos porque las leyes las hacen los whites para ellos y no para los chicanos, ¿que no?  
-Y ¿qué hacen los senadores y diputados chicanos?  
-They are more vendidos que su chingada madre. Don't you know, baboso?  
-¿Por qué no se organizan ustedes y hacen campaña para respaldar a los mejores chicanos para esos puestos, y que pasen leyes que favorezcan a los campesinos?  
-Now you are talking, carnal, órale, ése.  
-Y esos políticos chicanos de que hablan ustedes, ¿no fueron estudiantes universitarios antes?  
-Pos sí, algunos.  
-Y, ¿qué les pasó?  
-Se vendieron, 'mano, se vendieron.  
-Y, ¿qué seguridad tienen de que no se vendan estos estudiantes que se quieren meter ahora en la política?  
-Pos, ninguna.  
-Entonces giramos, dando vueltas, para llegar a donde estábamos.  
-¡Qué bonito hablas, chingao! ¡Se te prendió el foco!  
-Y, ¿qué se puede hacer para remediar las cosas?  
-Trabajar, jalar together, unidos.  
-... Otra pregunta. Suponiendo que los Farmworkers ganen y obtengan los contratos que quieren, entonces, ¿en qué se meterían ustedes después?  
-¡Pos... sabe! Peliando against other injustices.  
-Y, ¿no tienen ustedes una filosofía?  
-¡Qué chistoso! Quesque una filosofía... Pos sí, la de peliar.  
-La de pelear por qué.  
-Pos, por la justicia, menso.  
-Pero, por eso pelean todas las Uniones o Sindicatos.  
-Right, pero esa justicia es different pa' los gabachos y different pa' la Raza.  
-Y, ¿cómo es que la justicia puede cambiar si es una?  
-¡Qué tapao 'tás, ése! ¡Qué naïve! Aquí hay dos justices, la white justice y la brown justice. Lo demás es puro pedo, mano.  
-Suponiendo, y es un suponer, que la brown justice llegue a ser como la white justice, entonces, ¿qué?  
-Antonces chingaremos nosotros.  
-O sea, que la brown justice se hace white justice, que es lo mismo que si los chicanos se hicieran anglos.  
-Pos sí, but el chicano será siempre brown.  
-O sea, cafecitos por fuera, pero blanquitos por dentro.  
-¡Chale, bato, tú eres muy abusao! No pienses tanto, and... join us.  
-Sí, pero cuando vea las cosas un poco más claras.  
-... En los libros de historia, señor Leñero, se nos habla de los judíos,



en las discusiones de los políticos siempre entra el tema de Israel versus los árabes, y, ayer noche, vi un reportaje-película, el Holocausto, sobre millones que mató Hitler.

-Y, ¿qué?

-¿Qué piensa usted de este fenómeno?

-¿De qué fenómeno, Hitler o los judíos?

-Pues... de los dos, supongo.

-Siempre con el judío o jodido «supongo». Pues mira, es muy simple. Desde tiempos inmemoriales, al judío se le viene llamando el «pueblo errante».

Han metido la nariz, que dicho sea de paso la tienen bastante larga, en todos los negocios de todos los países. Y todos los países, uno por uno, se la fueron cortando. Muy simple.

-Pero eso no excusa el genocidio de un pueblo.

-No se habla aquí de excusas, de excusaciones, ni de excusados. Los meros hechos pelones. Cuando en España, la reina Isabel los echó fuera del territorio, y también al fuego, por haberse apoderado del comercio de aquel país, entre otras cosas... Aunque no consta que fuera por racista, sí por asuntos religiosos y financieros. Hitler, en los últimos tiempos, los persiguió y los mató por racista, además de que ellos estaban colgados de la nariz, allí arriba, en los negocios, como los pájaros carpinteros o como los murciélagos o cucos. No me extrañaría que en este país, algún día no muy lejano, también los cuelguen de la nariz.

-Este país es demócrata, y nunca hará eso.

-Eres un jodido, por no decir judío, menso.

-Por favor, no insulte.

-No estoy insultando. Este país procede de las entrañas de la misma madre que parió a Hitler.

-Explíquese.

-Joder, «explíquese, explíquese», siempre lo mismo. Pues me explicaré. Hitler era teutón o sajón, aunque en parte también judío, sin él saberlo. Leyó al raquíptico de Nietzsche, el padre del Superhombre. Inglaterra produjo, como primos, tipos semejantes, como Darwin, el cofundador del Superhombre.

-Oiga, Leñero, dispense que le interrumpa, pero usted va meando fuera de hoyo.

-Ni ando meando, ni me interrumpas. No seas sinvergüenza. ¿Es que no te enseñaron modales y respeto a los mayores?

-Perdone.

-Como iba diciendo. El barbudo de Darwin, que si no fuera por la barba blanca se diría que había nacido y caído de un árbol, creía que su estirpe era de lo más puro y virginal. Se convenció a sí mismo, y a otros de su misma calaña, de que ellos eran la crema de la humanidad. Su especie procreó, y vino a parar a las orillas de la Nueva Inglaterra. Y, con el semen de la raza, traían la semilla de la mente podrida. Los seudocientíficos de hoy, y los profesores indoctrinados de las universidades, todavía hablan de genes hereditarios.

-Y, ¿a qué viene todo esto?

-Te he dicho que no interrumpas. Además, a ti hay que darte la comida como a un baby, en la boca y estrujadita. Digo que el día que se les calienten los tanates, cualesquiera que sean, a los descendientes de Darwin, ¡pobres

judíos!, se los llevará su jodida madre.

-¿Cómo puede usted decir tales cosas cuando aquí estamos en una democracia y no en una dictadura hitleriana?

-Ni democracia ni dictadura. Éstas son formas externas de un sistema o sistemas inventados conscientemente. Pero a la raíz, en el mero centro y fondo de la realidad y estructura social, queda la actitud subconsciente, que es una cosa cercana a la herencia. Esta actitud se mama de niño.

-Y, ¿cómo explica usted que esto no haya ocurrido todavía y que haya senadores y otros políticos que hablen en favor de los judíos y de Israel?

-Y, ¿te tragas la píldora? Y, hablando de narices, ¿no le has visto la pinta a algunos de ellos? ¿No le has visto el perfil al senador Grossman? Además, ¿no sabes que el dinero habla? Te voy a hacer alguna pregunta a ti.

-Está bien.

-¿Quién tiene el dinero de este país?

-Pues los bancos.

-Y, ¿de quién son los bancos?

-Pues, de los banqueros, y de la gente que allí tiene el dinero.

-Y, ¿quiénes son los banqueros y quién es esa gente que tiene el dinero?

-Pues, no sé. Muchos, todos.

-¡Claro! Pues lo que te iba diciendo. Los políticos demagogos, aunque no todos tengan la nariz larga, dicen lo que los banqueros les dicen que digan.

-Ahora voy comprendiendo. Por eso, cuando el presidente Echevarría abrió el pico, para hacerse chistoso, poniéndose del lado del tercer mundo árabe, los judíos casi lo joden.

-Ya se te va prendiendo el foco.

-Y lo chistoso es que ningún político se opuso al boicoteo que los judíos de aquí le hicieron a México.

-Y, hablando de México, imagínate que los chicanos hicieran colectas públicas de millones y millones de dólares para enviar a México y ayudar en los problemas que tienen en ese país y comprar armas, como hacen los judíos de este país con Israel. ¿Te imaginas qué pasaría?

-Que estos políticos, narigudos o no, levantarían el grito y la nariz al cielo y dirían: «traición».

-Y no quedaría ahí la cosa. Pronto se les ocurrirían slogans como «They are taking the bread away from our tables», «Bandidos», y otras hermosuras por el estilo.

-Bueno... ¿y cómo se une todo esto a lo que decía usted antes?

-Pues que este negocio es una espada de dos filos: cortas y, cuando menos lo piensas, se te vuelve la espada y te corta a ti. Ahora cortan ellos, pero más tarde los degollarán.

-Ahora comprendo lo que usted decía. Después aparecerán reportajes en la televisión, y otras generaciones derramarán lágrimas, porque niños, mujeres y ancianos perdieron brutalmente la vida.

-Cabal.

-Y esto, ¿cómo se une a lo del chicano?

-Que los herederos de Darwin cometieron los mismos o parecidos genocidios con nuestra gente a los que llevó a cabo Hitler con los judíos. La

diferencia es que nuestra gente nunca fue rica. Pero la raíz, la base de los genocidios fue la misma: la supremacía racial, corolario y consecuencia de la teoría del Superhombre.

-Oiga, señor Leñero, tengo que irme. Hasta otro día.

-Hasta otro día.

Miguel se levantó del banco. Como un relámpago le echó una mirada a Leñero. Notó que no tenía las facciones tan tensas como otras veces. Casualmente observó que el solitario perro, tendido junto al árbol, se le quedó mirando con los ojos abiertos. Se dio la vuelta y le pasó la mano por la cabeza. «Buenas tardes, cuadrúpedo», le dijo, y se fue.

-¿De dónde vienes, hijo?

-Del parque, de ver a mi amigo.

-No sabía que te juntabas con amigos en el parque. ¿Tomando?

-No, platicando con un amigo.

-¿Conozco yo a ese amigo?

-Creo que no.

-¿Cómo se llama?

-Dice que se llama Leñero.

-... Ah, sí. El que está pegado a un banco.

-Ése.

-Y... ¿dices que es tu amigo?

-Pues tanto como amigo, no sé. Pero me cae bien el viejo.

-Pues... tienes suerte, porque él no habla con nadie y, por consiguiente, no dice nada...

-De que no hable con nadie, es cierto, pero de que no diga nada, no es tan cierto...

Se quedó mirando a la mano derecha de su madre que daba vueltas a la tortilla sobre el comal. Se fijó en el arte y la gracia con que movía la mano. Todavía guardaban sus dedos una línea esbelta y delicada, a pesar de las incipientes arrugas y de la piel maltratada. Trató de imaginarse cómo se vería su madre si usara lociones y los esmaltes para las uñas que anuncian las cocineras que aparecen en la TV. Se echó la mano a la frente, la apretó, hizo un esfuerzo y... ¡nada! Nunca la había visto ponerse esas cosas.

-Mamá..., y el pueblo, ¿qué dice de él?

-No dice mucho. Parece que nadie sabe nada.

-Extraño.

-Pues sí. Nadie sabe ni de dónde viene, ni qué hizo en su vida, ni qué piensa.

-¿Cuánto tiempo lleva en el pueblo?

-Pues, que yo recuerde, desde que tú eras aún chamaco.

-Extraño que nadie sepa nada, porque aquí todos saben todo.

-Pues sí, para que veas. Sin embargo, al principio, la gente platicaba de él. Que si había cometido algún crimen en algún otro estado. Que si le habían reclamado por algún hijo ilegítimo. Que si le había pegado la locura. Que si estaba embrujado. Que si el perro era la misma encarnación del diablo. Que si lo de más aquí, que si lo de más allá.

-¿Todo eso decían?

-Sí, pero ya sabes cómo es la gente de mitotera.

-...

-Dios ha sido bueno con nosotros, hijo.  
-Sí, mamá.  
-Tú no te acuerdas bien, pero cuando eras chamaquito sufrí mucho.  
-¿Por qué, mamá?  
-Porque no podía darte mucho de comer.  
-Sí, mamá.  
-Ahora ya tenemos más.  
-Sí, mamá.  
-Come, hijo...  
-Sí, mamá.  
-Por eso tenemos que dar gracias a Diosito.  
-Sí, mamá... Pero, ¿por qué Dios no te ayudó más cuando tú estabas en el Welfare?  
-¡No digas esas cosas, hijo!  
-... Y ¿por qué se llevó a mi papá antes de que yo lo conociera y pudiera hablar con él?

A doña Lupe se le soltaron dos lágrimas, dejando dos hilos húmedos en los surcos que el sufrimiento había excavado en sus mejillas. A Miguel se le escaparon estas palabras como ecos de un resentimiento profundo. No quiso herir a su madre. Al contrario, sentía más la viudez de ella que su propia orfandad.

-Hijo, nadie tuvo la culpa. En parte fue el accidente, y en parte...  
-Sí, pero te quedaste joven sin esposo.  
-Pero la vida es así. Se le resbaló el pie... y... se vino abajo.  
-Pero la compañía pudo haber pagado.  
-Tú sabes muy bien que tu papá no podía recibir nada. Aunque había nacido aquí, no tenía documentación y se creían que... era del otro lado. Y en esos tiempos la cosa estaba muy pelona. Es la sociedad, hijo, es la sociedad, que no Dios. Los trabajos más duros y peligrosos se los dan a nuestra gente. Si no te gusta, te vas. Si quieres trabajar, te dan lo peor. Si te quejas, ni te pagan, o te echan. En veces estamos peor que los perros.

Por los ojos húmedos le alumbraron dos chispas de coraje. Nunca antes había perdido la compostura ante su hijo. Pero tampoco antes había oído doña Lupe tales palabras de la boca de su hijo.

Habían terminado de cenar, y doña Lupe recogió la mesa. Miguel encendió la TV y se tendió en el sofá, mientras su madre lavaba los platos. Aunque él tenía los ojos clavados en la pantalla, no veía nada. Estaba dando vueltas a lo que su madre le había dicho sobre su padre y sobre la incógnita de Leñero. Después de una hora, más o menos, se fue a la cama.

De panza arriba se quedó pensando «... se le resbaló el pie y... se vino abajo». Muy simple. Y... ¿por qué Leñero tendría siempre la pierna derecha cruzada sobre la izquierda? ¿Estaría inválido? Sabía muy bien que si le preguntaba no le contestaría. Aún más, se exponía a recibir una respuesta cortante y, quizás, grosera. Como un eco lejano, le retintineaba la letanía «Que si se había escapado por algún crimen en algún país. Que si le había pegado la locura. Que si le habían reclamado por algún hijo...». Había dejado caer la mano con que sostenía la mejilla, y se quedó extasiado mirando las raíces del árbol. Como tentáculos de un pulpo se iban abriendo camino en el lago terregoso del parque San Lázaro. A veces

parecía una enorme mano huesuda, descarnada, como la de un leproso... San Lázaro... Alzó la cabeza lentamente y el tronco, como un brazo, como un cuello duro de piel arrugada y venas protuberantes, se estiraba, se estiraba hacia arriba. Lo coronaba una cabeza enorme, de melena alborotada. Se figuró que tenía los ojos pelones. Los ojos de un tecolote, de un búho. Miraban de frente, giraba el cuello, lentamente. Ahora era el Norte, la estrella polar. Seguía girando. Dos ojazos se detuvieron, apuntando al Este. «De ahí vienen todos, todos. Todos los desconocidos, los que desconocen. También viene el sol que da vida y... muerte». Cerró los ojos, rechazó los rayos. Torció el gaznate hacia el Sur, y se echó a dormir.

-Levántate, hijo. Ya es hora de que vayas a tus clases.

-¿Tan pronto? Si acabo de cerrar los ojos.

-Ya tienes el desayuno listo.

-Gracias, mamá.

Se frotó los ojos para poder despertar y orientarse. Se sentó en el borde de la cama, se rascó la cabeza varias veces y se quedó pensando unos segundos. Se bañó y se afeitó. No podía descifrar el pesado sueño. Lo dejó.

-Mister Towrez?

-Miguel Torres.

-Sorry! I have such difficult time pronouncing Spanish words. I took two years in school and I thought I knew it... I just saw your application. It looks alright. When do you plan to finish school?

-In about one year.

-That is right, here it is.

-Do you know English well enough to write for this paper?

-Yes, sir. I had twelve years of English in public schools and three in College, which makes a total of fifteen. By the way, why are you asking this question?

-I guess I shouldn't have asked, should I? I am used to think that Mexicans speak only Spanish, I guess.

-Well, let me tell you one thing, Sir. We speak Spanish at home and with friends. But for business and in schools we are forced to speak English.

-Good. Nice arrangement.

-And as for «Mexicans», allow me to correct you by saying that, although we are proud of our Mexican heritage and culture, we are not Mexicans, we are Americans, like you.

-Well... Yah, I... I guess so, I guess so... At this point I do not have any opening for you. But, as soon as there is one, be sure I will call on you.

-But, Sir, I understand there is one vacancy!

-Oh, that one... It has been filled already.

-When?

-Last week, I believe.

-Mister Falk, I saw that opening still announced three days ago, how could you have had filled it one week ago?

-Well..., I said «I believe», I believe.

-You believe, Sir. But I also believe that mister Blake, the one you filled the vacancy with, applied two weeks after I sent my application in.

-Mister Blake has excellent qualifications.

-Mister Blake «has excellent qualif...». Stinks. And then you call us lazy, jijo' e la ching...

-What?

-That.

Algunos días después mister Falk recibió una carta con membrete de una de las oficinas del Estado en donde se pedían algunos informes sobre las normas irregulares de empleo que usaba la Redacción del periódico The Republic Free Press.

Mister Falk metió el dedo meñique de su mano derecha en uno de los orificios de la nariz. La hurgó. La uña, que era más larga de lo natural, sacó un pedazo de emplaste que limpió rápidamente en la cabeza. La secretaria, que había respondido a la llamada del intercom segundos antes, entró, se acercó con respeto y un tanto de cariño, e indagó:

-Yes, mister Falk.

-I want you to call that mister Towrez.

-Yes, sir.

-Ask him to see me this afternoon, at 2:00 sharp. Don't forget, at 2:00 pm., sharp.

-Yes, sir!

-That's all.

-Yes, sir!

La secretaria había girado lentamente. Se detuvo un par de segundos. Giró de nuevo y se atrevió:

-Mister Falk, you wouldn't mind if I mention to you, Sir, that you...

-Go ahead!

-... that you, Sir, are developing some kind of dandruff.

-Who, me?

-It seems that way, Sir.

Y, mientras decía esto, se le acercó afectuosamente Kathy y, con la uña del dedo meñique, le sacó del tupé un pedazo de caspa que parecía un moco reseco.

-This is a big one, mister Falk.

Kathy Fairhead se dio la vuelta. Dos tirabuzones brillantes desaparecieron por detrás de la puerta de caoba.

A las dos en punto de esa tarde, se abrió la puerta del ascensor. Miguel se plantó delante de los ojos de la secretaria que lo miraba de hito en hito.

-My name is Miguel Torres.

-I knooooow.

-I've received a call from mister Falk.

-Nooo. It was from meee.

-I know, but mister Falk wants to see me.

-Meee tooo.

(Kathy pulsó el botón del intercom y se oyó una voz:)

-Yes.

-Mister Towrez, mister Falk is here. Sorry! Mister Falk, mister Towrez is here.

-Send him in.

-Mister Towries, mister Falk said for you to go in.

-So I've heard.

-Gosh...!

Se quedó Kathy con la boca abierta de par en par. Sintió como si una miriada de mariposas se hubieran posado sobre su cuerpo abstenido por largas cuaremas involuntarias. Ya había desaparecido Miguel. Kathy pasó sus dos manos como palmas extendidas por la foresta florida de su cuerpo cubierto de mariposas inquietas.

-You have called me, mister Falk.

-Yes, mister Towrez.

-Torres.

-Right. I've called you, mister Tor... in the exact moment of mister Blake's decision of not wanting to take the job.

-Mister Falk, I don't usually take leftovers. But since mister Blake did not exist, I don't see any inconvenience in accepting it.

-Are you calling me a liar, mister Towrez?

-Torres, mister Falk.

-You are very touchy.

-Aren't we all?

-Back to business, mister Towr... I'm offering you the job. Would you take it?

-I think so, yes, I will.

-Well... Since we are going to be sort of partners, from now on can I call you Mike?

-Miguel would do, mister Falk.

-Still a little touchy. Well, I'll offer you the salary you saw in the job description.

-Right.

-In the meantime, here is a pamphlet of our regulations which are self-explanatory. I have to add to it just one detail.

-Which is...

-We do not like, as the matter of fact we do not tolerate any radical showing of any allegiance to any group or person.

-Can you be more explicit, mister Falk?

-I'm referring to lapel buttons or car decals, etc., showing «Eat grapes», «¡Huelga!», and the like.

-What about your faded Nixon-Agnew decal in the back window of your car with the caption «Law and Order»?

-That one represents the highest team in the Country.

-«Represented», mister Falk. And the caption itself «represents» some thing else, and you know it.

-Back to business... I do not tolerate disrespectful people.

-I understand.

-Alright. Then, since we understand each other, you may start working for us next Monday, at 1:00 pm., on the dot.

-I'll be here.

-See you then, mister Towr...

-Till Monday, mister Falk.

Miguel salió del despacho del Vicepresidente y Gerente sin despedirse de mano. Ni cuenta se dio que, en su bullicio, las mariposas habían abierto

el escote de Kathy, dejando expuestos dos medios panales de miel misuniversalera. «Ungrateful», se limitó a susurrar miss Fairhead. Sabía muy bien el nuevo reportero que él y mister Falk iban a darse muchos topetazos. Incluso se le ocurrió que su nuevo empleo no duraría. Pero era hora de aprovecharse de la oportunidad, aunque estuviera sembrada de escollos y de incertidumbre.

-Oiga, señor Leñero, usted no ve la televisión, ¿verdad?

-Ni veo televisión, ni leo periódicos

-Y, ¿se puede saber por qué?

-Por dos razones. Porque no tengo dinero, y porque son medios de comunicación, y los medios de comunicación son medios de endoctrinamiento. Por eso.

-Comprendo la primera razón, pero la segunda solamente en parte.

-¿Por qué?

-Porque lo del endoctrinamiento es algo relativo. Si usted está consciente de que lo están endoctrinando, esa misma conciencia suya es ya un obstáculo para el endoctrinamiento.

-Correcto. Pero el bombardeo constante de ese endoctrinamiento me revuelve el estómago.

-¿Tanto así?

-Tanto así. ¿Qué te parecen los reportajes, por ejemplo, del conflicto judío-árabe, que salen de esas bocas de radios?

-Pues que los medios de comunicación, sobre todo la televisión, se ponen al lado de los judíos.

-Exacto. Todo el mundo aquí sabe cómo se llama el Primer Ministro de Israel, el Ministro de Guerra, etc. Y, ¿cuántos saben los nombres de los presidentes de los países árabes? Nadie.

-Porque son muchos los países árabes.

-Lógico.

-Pero yo no puedo darle tanta importancia a eso.

-Te lo voy a poner de otra manera. Cuando la cámara de televisión enfoca la cara de una adolorida madre judía, a quien le han matado un hijo en la reyerta, nuestros corazones tiemblan de compasión por ella, y de furia contra los asesinos.

-Correcto.

-Contéstame ahora. ¿Cuántas veces se te quebró el corazón al ver a una madre árabe llorar desconsolada sobre el cuerpo de su hijo muerto por la asesina ametralladora judía?

-Nunca.

-Porque, para los reporteros gringos, el que una madre árabe lllore sobre su hijo asesinado no es digno de ser reportado. O, mejor dicho, giran la lente de la cámara y, al girarla, despiertan compasión y siembran odio al mismo tiempo. Juegan caprichosamente con las emociones humanas, gringas y chicanas, y son capaces de dictar y juzgar con lo que es moral y con lo que es inmoral, con lo que es virtud y con lo que es crimen, con el bien y con el mal. Y esto lo hacen caprichosamente, imbuidos por una predisposición racista y capitalista.

-O sea, que la compasión y el odio, la moralidad e inmoralidad dependen de la economía y de la política.

-Y del racismo. Esta política y economía dependen de unos cuantos



ciudadanos poderosos y capitalistas, que también controlan los medios de comunicación.

-Bien, pero yo no veo por qué debe usted preocuparse por un conflicto tan lejano que no le afecta a usted personalmente.

-¡Cabrón eres! ¿No ves que este conflicto «tan lejano» ocurrió aquí, y está ocurriendo hoy día con el doble standard político, económico y moral?

¿Con mi gente, con tu gente, con nuestra gente, Miguel?

-Comprendo.

Recordado Tomás:

Calladito, calladito, en el huevo mataste al pollito. ¿Es que no tuviste los huevos tan grandes y explícitos como los de tu nieto Adolf? ¿Que «todo hombre ha nacido igual»? Cuéntaselo a tu albina abuela. ¿Te olvidaste de lo que le dijiste «sotto voce» a uno de tus amigos? Quesque los chicanos éramos y somos «feeble people». ¿Cómo que todo hombre «ha nacido igual» si los chicanos somos «feeble»? ¡Tu madre!, que era abuela segunda de Adolf. Tu «feeble»

L.

Salió de casa, y se puso en la calle. Pedro Peralta pasaba con su carro.

Se paró.

-Quiúbole, carnal.

-Pues nada, voy a dar una vuelta.

-¿A patarraíz?

-Sí.

-Súbete, mano.

-No, si no voy lejos.

-¿A ver a la Xóchitl?

-No seas pendejo.

-No seas abusao con ella, que la quiero como si fuera mi sister.

-Estás loco.

-Ahí te wacho.

-Adiós.

Se oyó un chillido de llantas que despidieron olor a goma. Dio la vuelta a la esquina y, desde lejos, divisó las copas de los árboles que cubrían el parque como una gigantesca sombrilla verde. Se acordó del sueño de alguna noche atrás. El recuerdo le atravesó la sien como un relámpago. Una mano, un brazo, un cuello, una cabeza, unos ojos, un búho. ¿Y Lázaro? ¿Y el perro?

Se divisaban dos bultos a la distancia. Eran ellos. Se acercó. El perro, acostado como una esfinge egipcia, guardando una pirámide o un palacio quimérico. Él, inclinado ligeramente, como «el pensador», el filósofo griego. El canino abrió los ojos con pesadez de hambre o de aburrimiento. Leñero se enderezó un poco y, sin ceremonias, saludó:

-Buenas tardes, muchacho.

-Buenas tardes, señor Leñero.

-Quítale el señor y quédate con el Leñero.

-Está bien, Leñero a secas.

-Y, ¿qué te trae por aquí hoy?

-Nada. Tenía ganas de dar un paseo.

-¿Así, a secas?

-Pues sí, a secas...

-... ¿Sabes qué, muchacho?  
-Diga usted.  
-Que ese árbol, a tu derecha, necesita que le cortes la melena.  
-Sí, lo necesita. Pero no he de ser yo el que lo haga.  
-¿Por qué?  
-Porque, a partir de mañana, dejaré de ser jardinero.  
-Y yo que ya estaba acostumbrado a verte colgado de los árboles, como los changos.  
-Pues, a partir de mañana, ni chango ni jardinero.  
-Y, ¿en qué te vas a ocupar?  
-Y que yo me creía que usted no tiraba de la lengua...  
-Sólo a ti.  
-Pues de jardinero a reportero.  
-A gacetero dirás.  
-Pues sí. Así me puede llamar usted, si le place.  
-Te volverás chismoso y mitotero. Pero, te harás esclavo del establecimiento.  
-Y, ¿cómo está usted tan seguro de ello?  
-Porque, como dicen, «más sabe el diablo por viejo que por diablo».  
-Esto quiere decir que usted se considera viejo.  
-Eso quiere decir que no se meta usted en mis asuntos, señor gacetero.  
-No se enoje ya, que no es para tanto. Usted mismo dijo que era viejo, como el diablo.  
-Ni viejo, ni diablo. Lo que sí te puedo decir es que tengo los suficientes años como para poder ser tu padre.  
-... y, hablando de eso, espero que no se ofenda por la pregunta. ¿Usted ha sido padre alguna vez?  
-¿Y qué te importa a ti, gacetero?  
-Como ve, es imposible entablar un diálogo con usted.  
-Yo, como gallo, dejé caer la simiente. Ellas, como gallinas, incubaron el huevo. Si soy padre, no lo sé.  
-Pero eso implica poca responsabilidad.  
-¡Cabrón! No me vengas a dar lecciones a mí, que bien pudiera ser tu padre.

Miguel quedó aturdido. Nadie hasta ahora le había llamado «cabrón», sobre todo viniendo el insulto de un hombre de su edad. Sin embargo, no hizo ningún escándalo, porque ya conocía la amargura profunda que se había anidado en el corazón y el alma solitaria de Leñero. Simplemente se limitó a decirle:

-Siento que me trate así, sin haberle dado yo motivo para ello.  
-Así hablo yo, muchacho, y, si no te gusta, puedes buscarte otro banco, pues hay muchos en el parque.

Miguel notó que Leñero se había inclinado sobre sí mismo, como un niño, buscando, regresando a la placenta. Debía tener los tendones tiesos, tirantes, pero en forma de nudo. El perro pareció intuirlo, porque, aunque perezosamente, alzó sus dos patas delanteras y, con esfuerzo, levantó las traseras. Después de tambalearse unos segundos, se acercó al que parecía ser su maestro. Bajó las traseras, luego las delanteras y descansó el hocico sobre el zapato izquierdo, deslustrado y carcomido de Leñero. Durante breves minutos, Miguel contempló la escena. El cuadrúpedo tenía el

pelo corto, color bayo. Sería difícil descifrar su origen. Un perro cualquiera, de callejón. Parecía viejo, más bien por el hambre que por los años. Se le contaban las costillas. Los huesos, por la parte de las coyunturas, querían salirse. Daban la sensación de que le habían metido el pellejo a un caballito de madera, de esos que se hacían antiguamente para disfrute y maltrato de niños traviosos. Pero tenía alma, sentimientos. Se olvidaba del gruñir de sus tripas para servir de alfombra y pedestal a las congojas de su amo.

Él, Leñero, ensimismado en otro mundo, no parecía percatarse del canino. Los zapatos pedían limosna a la tierra que pisaban. La punta del izquierdo, sobre el que descansaba el hocico del cuadrúpedo, abría la boca y enseñaba el dedo gordo. La piel podía tomársela como parte del cuero que calzaba, o de la tierra que acariciaba. El pantalón, de color un tanto grisáceo, hacía tiempo que no visitaba ni agua ni plancha. La chaqueta, de cuadros descoloridos, estaba hecha jirones por el fleco y los codos, que estaban rotos, habían sido remendados dos o tres veces en sus mejores tiempos. A la camisa le faltaban botones. Una piltrafa de espantajo. La mano izquierda, que le caía sobre el muslo de la pierna derecha, era un manojo de raíces, secas y puntiagudas. Las uñas dibujaban un arco iris de carroña. Las venas levantaban el pellejo descarnado y apuntaban promontorios, como los que dejan los topos sembrados en la superficie de los parques.

Por el triángulo que dibujaba la camisa desabotonada se le veía la parte derecha del cuello. Una nuez puntiaguda que, más bien que manzana o pera, semejaba una nariz judaica, después de haberse soplado la trompa repetidas veces. Una vena gruesa subía por el cuello, como una enredadera pegada a un árbol viejo y escarapelado. Una barba rala ocultaba las quijadas, y la perilla que, por tener el pelo un poco más largo y suelto, parecía la de un chivo. La nariz era una réplica de la nuez, aunque se diferenciaba de la de los judíos en que tenía algo de aguileña. Los labios, finos y delicados, se escondían entre lo que pretendía ser un incipiente bigote de Pancho Villa y una barbilla de chivo cansado. La melena, como copa de árbol enmarañado, no había visto ni sabía qué era un barbero o un jardinero. No tenía color discernible, entre negro descolorido y cano borroso. Parecía más bien un nido de zopilotes caído sobre la cabeza pelona de un maniquí.

Hombre y animal, dueño y siervo, maestro y discípulo, solitarios los dos, se entendían, se comunicaban sus cuitas sin decirse nada. A través del dedo gordo del pie, y del hocico humedecido del que había sido perdiguero, pasaba una corriente alterna preñada de amistad y de compasión.

-Miguel, ¿qué estás pensando?

-Nada, Leñero.

La voz baja y lenta del filósofo iba acompañada de cansancio, y un tanto de amistad y cariño.

-¿Cómo que nada?

-Estuve observando.

-Y, ¿se puede saber qué observabas?

-Sí. Yo no tengo secretos como usted.

-Además de irrespetuoso, te has vuelto fresco.

-Ni fresco ni irrespetuoso. Soy franco.

- Contesta, ¿qué estabas observando?
- La escena que formaba perro y hombre.
- Dirás hombre y perro.
- Como quiera usted.
- Y, ¿qué escena es ésta?
- Que los dos parecen uno.
- Y, ¿qué entiendes tú por eso?
- Simplemente, que los dos están siempre juntos. Los dos padecen de hambre y de cariño.
- Mira Miguel, los dos nos entendemos, los dos nos respetamos y ninguno de los dos se mete en los negocios de otros. Y esto es mejor y más grande que todo lo que se ve y observa en este pinche mundo.
- Y... ¿en cuánto a su origen?
- ... Estoy cansado. Aunque no lo soy, me siento viejo. Quisiera que me hicieras un favor.
- Usted dirá.
- Tráeme una botella de cerveza, porque la cerveza es la leche de los viejos.
- Ahora vuelvo.

Parsimoniamente, Leñero alzó la desmelenada cabeza. Dejó que sus ojos cansados vagabundearan por el único paraje que se le ofrecía a la vista. Por entre los árboles se divisaban pedazos de edificios que alzaban su majestuosa y soberbia esbeltez hacia el cielo. Con dificultad, y moviendo de un lado para el otro la cabeza, iba reconstruyendo el puzzle que formaban los rascacielos plantados en el centro de la ciudad. El Central City Bank enseñaba su costado derecho. El First State Bank mostraba el costado izquierdo. El Western Security Savings, la barriga panzona. El National Credit Reserve atisbaba, con sus ojerosos y sedientos ventanales, el panorama ciudadano. Y el International Monetary Fund desafiaba las nubes con su puntiagudo pararrayos. Retrajo la mirada y la posó sobre los árboles que entrecruzaban sus ramajes, buscándose unos a otros. El retintineo de sus hojas producía un espejismo hipnotizador. Billetes de uno, cinco, diez, veinte, cien dólares, mostrando caras de presidentes, de banqueros, de políticos y de tesoreros. Los ventanales abiertos semejaban ojos ansiosos, sedientos de hojas verdes de árboles, de presidentes, de banqueros. Se entrecruzaban, se filtraban, se sobreponían las miradas, las ventanas y las hojas. Copas de árboles, de tejados, de ojos, de ventanas, de billetes, de hojas, que se bajaban por la savia, por la sangre, por los troncos, por las paredes, por las raíces, por los cimientos, hasta la tierra, hasta los pies, hasta la entraña, hasta la matriz, hasta la madre. Sus raíces, sus cimientos se metían, ahondaban, buscaban, buscaban, buscaban, y encontraban, encontraban, encontraban. Por debajo de las calles del asfalto de las pipas, por las tuberías por los drenajes por las cloacas. Se hinchaban, crecían, engordaban, como topos como ratas como monstruos antediluvianos, diluvianos, postdiluvianos. Bebían, chupaban, extraían excremento, orín, sangre... La filtraban, la transformaban, la convertían en hojas en billetes, en vida, en muerte. En tractores en pesticidas en aviones, en bombas, en «ays...». Salían ramas por los ventanales verdes, por las barrigas verdes, por los ojos verdes, por los dedos verdes, por las cabezas verdes, por el pelo verde, por los

tentáculos verdes, por los culos verdes, por la mierda verde, por la sangre verde.

Volvió en sí, teniendo la cabeza caída. Una sábana verde, como un arenal de zacate, cegaba su turbado ojo. Reajustando la pupila, y alargando la mano, fue tocando mechones de verde pelo frío que cubría la cabellera del parque San Lázaro. Sintió como un mareo. Respiró fuerte. Con dificultad extrajo una carraspera. Hinchó los cachetes, y largó un gargajo que pegó en una hoja que, bamboleándose, se venía hacia el suelo verde.

Miguel cogió cuatro burritos de chile verde que su madre había hecho, se compró un six-pack de cerveza y se puso en camino hacia el parque. Serían las seis, porque el sol ya se ponía. Aunque todavía no desprendía rayos, la luna aparecía redonda y pálida por el Este. La sangre hervía en el cuerpo de Miguel, como gorriones farfulleros en las ramas de los árboles al atardecer.

Llegó a donde estaba Leñero. El perro, sin levantar el hocico del zapato que le servía de almohada, abrió el ojo izquierdo como para atisbar qué es lo que traía Miguel en una bolsa. Mientras sacaba las cosas de la bolsa, y sin más ceremonias, Miguel preguntó:

-Señor Leñero, todavía no me ha dicho cómo se llama su perro.

-Ya te he dicho, muchacho, que no gastes saliva con lo del «Señor». Y, en cuanto a lo de «mi» perro, estás muy errado. No es «mío».

-Entonces, ¿de quién es?

-El perro se juntó a mí y fuimos compañeros en las alegrías y en las tristezas, más en éstas que en aquéllas, durante los últimos cinco años.

-Si el perro vivió con usted durante cinco años, y dice que no es suyo, entonces... No entiendo.

-También te he dicho ya que tú tienes pocas entendederas. A ti te han metido los sesos por un embudo y salieron hechos salchicha, en forma de mole y todo. Piensas como ellos.

-No insulte.

-Yo no insulto, digo la verdad.

-Bueno, y ¿quiénes son esos que me han moldeado los sesos, como usted dice?

-Pues tus maestros, tus profesores y, sobre todo, eso que llaman «el tubo», que yo diría «embudo», de la TV.

-Y, ¿qué tiene que ver esto con lo del perro?

-Pues que ni el perro es mío ni yo del perro.

-Entonces, ¿de quién es el perro?

-El perro se juntó a mí, yo me junté al perro, los dos nos juntamos, y ya. Nadie es propietario de nadie.

-Entiendo, pero hay costumbre de decir que los animales, como el perro, son siervos del hombre. A eso me refiero, y en esa forma debió entenderlo usted.

-En cuanto a lo que yo entiendo o no entiendo no es negocio tuyo. Pero sí te diré que el hombre es muy soberbio y orgulloso. Se cree que tiene derecho a todo, y a poseer lo que no le pertenece. Por ejemplo, tú en tu trabajo eres poseído por ese periodiquillo. Te chupan tus ideas, si es que las tienes, que es algo del espíritu y, en cambio, te dan una migaja de dinero, que es una cosa material, además de que tiene el mismo color verdoso de la mierda.

-Mire, Leñero, no se altere y vamos a comer estos burritos de chile verde que, aunque usted dice que parecen tener color de mierda, se los va a comer muy a gusto.

-Parece que se te va prendiendo el foco poco a poco... Y eso que traes ahí envuelto, ¿qué es?

-Unos huesos de barbacoa.

-Y... ¿los vas a roer tú?

-Un poco de humor, ¿eh? No, se los traje para su perro, que todavía no me dijo cómo se llama.

-Repito. Te han dejado los sesos como un embudo. El perro no es «mío», es mi compañero. Y en cuanto a su nombre, se llama Emiliano.

-Nombre famoso, aunque no parezca pariente del gran indio.

-Las apariencias engañan...

Miguel había sacado de la bolsa los huesos que venían envueltos en papel de aluminio. Abrió el paquete y, como en plato, se los entregó a Emiliano. Éste levantó las dos patas delanteras. Olió el manjar, abrió el hocico y atenazó el primer hueso. Bajo la presión de los colmillos crujió.

-Buen hueso, Emiliano.

-Buen burro, Leñero.

-Aunque parezca ingrato, te diré que no es de buen gusto alabarse uno a sí mismo.

-Yo no los hice, que los hizo mi madre.

-Buenas manos.

-De acuerdo.

-... Hoy las mujeres no sé para qué sirven ni para qué quieren las manos. No saben cocinar, no saben coser, no saben hacer camas, no saben hacer cariños... No sé para qué quieren las manos.

-Es que les gusta verse bonitas, tener las uñas pintadas, la barriga lisa y las chiches...

-No sé para qué quieren todo eso.

-Para sí mismas, para verse bonitas.

-¿Quieres decir que para enamorarse solas ante el espejo?

-Para que los hombres no seamos machos, sino una bola de jotos. Dentro de poco no nos va a salir barba ni pelos en el pecho, y tendremos que afeitarnos los sobacos.

-Oye, Miguel, me parece que sería mejor cortarle.

-Creo que soy del mismo parecer.

-... Hermosas manos.

-Cuáles, ¿las tuyas o las de mi madre?

-Las de tu madre, cabrón.

-¿Es que usted las ha visto?

-Lo que he visto o no he visto, lo que he tocado o no he tocado, lo que he contemplado o no he contemplado, no es negocio tuyo.

-Bueno, pero ¿es que no puedo gastarme una broma? Usted se pone corajudo por nada.

-Si tu madre se hubiera preocupado de sus uñas, de su barriga y se hubiera contemplado en el espejo, nunca hubiera dado cabida a un hombre, y tú te hubieras quedado en el vacío...

-De acuerdo.

-Y si las chicanas, imitando a las gringas, dejaran de parir, se acabaría

la Raza, como se acabarán los gringos algún día.

-Me parece que usted ya está divagando.

-¡Cómo se conoce que no has vivido ni pensado!

-Cierto. Es que no tengo tantos años como usted.

-Espero que no me estés llamando viejo, porque ya te he dicho más de una vez que, aunque bien pudiera ser tu padre por los años, no soy viejo.

-No se caldee y explíqueme eso del acabamiento de los gringos.

-Muy simple...

Leñero, mientras trataba de rebuscar en el cerebro alguna idea perdida, arrimó la cerveza a la boca y le dio un largo sorbete. Se limpió los labios con el dorso de la mano izquierda y, con los ojos de profeta mirando al espacio oscuro y vacío, continuó:

-Aunque la sociedad gringa, obsesionada por su profilactismo y por su manía de no llamar a las cosas por su nombre, insiste en no admitir que hay prostitución, la pura pelona verdad es que la gringa está prostituida, por no decir podrida. De joven, como el becerrito que busca con la lengua el pezón de la vaca, corre tras el trabuco del toro para que se lo clave en la tierna membrana. Es como en las carreras, una competencia, a ver quién llega primero. La experiencia se repite, se hace costumbre y queda instalada como segunda naturaleza. De ahí en adelante, el abrirse de piernas es como el ejercicio ecuestre.

-Y, ¿qué tiene que ver eso con el acabamiento del gringo?

-El arado abre la tierra para enterrar la semilla, pero cuando la tierra se menea demasiado, la semilla queda al descubierto y se pudre.

-No me hable en parábolas.

-La tierra se cansa, se hace estéril. El árbol sexagenario no puede nutrirse por la raíz, y con afeites tecnológicos o cosméticos, le prolongan la vida artificialmente, hasta hacerse centenario.

-No divague.

-El monte es un viejo con una gran joroba, y los bosques, cual rizos de melena cansada, miran hacia la tierra, buscando en dónde descansar.

-Está complicando más la cosa.

-La vejez, como una inmensa plaga, arrasa con las copas, las cabezas, sin que la raíz, la semilla, haya dado retoño.

-¿Puede traducir lo que dijo en términos más asequibles?

-Que la sociedad gringa está convirtiéndose en una sociedad de viejos. Las gringas abortan la vida en ciernes, y después andan incubando y cacareando como gallinas cluecas sobre huevos estériles.

-Y, ¿éste es el fin?

-Sí. Una raza impotente y estéril dejará paso a otra joven, viril y fértil. Ésta es la ley de la Naturaleza, la ley de la Historia, la ley de los Imperios y la ley cíclica de la Humanidad.

-Y, ¿quién le sigue?

-Otra raza mezclada, otra raza que no conoce fronteras de colores, una raza universal y cósmica.

-Pero esto parece absurdo.

-También parece absurdo que un gato callejero gane un concurso de raza o de pedigrees. Sin embargo, si pones en una mano a un gato de callejón, y le soplas en la nariz todo el día, no le dará catarro, pero si pones en la otra mano a un gato de raza pura y le soplas cogerá un catarro que, al

segundo estornudo, tuerce los ojos y no le queda tiempo ni para decir «ahí nos estamos viendo».

-Ahora comprendo.

-No te creas tan seguro.

Terminado de decir esto, Leñero puso fin al tercer bote de cerveza y a la conversación. Simplemente dijo:

-Miguel, se te está haciendo tarde.

-Sí, ya es hora. Mañana tengo clase.

Miguel se levantó. Se despidió de Leñero y se agachó para acariciar la cabeza de Emiliano. Éste permaneció inmóvil, frío. El muchacho alzó la cabeza y vio la luna llena, pálida. Atravesó el parque. Se detuvo para echar una mirada atrás y vio dos siluetas que parecían una sola. Continuó, llegó a su casa y abrió la puerta. Ya su madre se había acostado. Se metió en cama y apagó la luz. Por la ventana entraba la luz de la luna. Creyó haber visto dos siluetas superpuestas y proyectadas en la pared de su cuarto. Cerró los ojos. Se imaginó una planicie larga y ancha que se agrandaba a medida que apretaba los párpados. Estaba dominada por una luna pálida, blanca. La luz lo inundaba todo. No había hondonadas, ni lomas, ni árboles, ni nada. Estaba todo liso, inerte. Era como un desierto, como un yermo. No había nubes, no llovía. La tierra estaba árida, blanca. De un color sepulcral. Ya habían pasado años, y nada. No había verdor. Todo había perecido. Silencio sepulcral. Ni un grito, ni un aliento, ni un movimiento. Ni siquiera una brisa. Todo se había paralizado, incluso el tiempo.

Algo pasó flechado por delante de sus ojos. Lo siguió, pero no pudo saber qué era. Lo vio, porque dejó una estela oscura. No sabía si a raíz de tierra, si a la altura de la cintura de un hombre, o si a la altura del pecho de una mujer. Profunda quietud, profunda soledad. Como la de una legión de vientres que dejaron de parir, que dejaron de vivir. La luz opaca y ajena que dejó de fertilizar.

Cuando despertó, sintió las blancas sábanas frías. Se las imaginó como sudarios de ocho horas.

... Although at this very moment we still don't know in which precise State, it is said that in the East one lady, at the age of fifty five, has given birth to a bab... to a ma... to a human that has the looks of a grown man, even though he is a baby.

The Republic Free Press

... Se dice que en uno de los estados del Atlántico las mujeres están dando a luz a niños que son más hombres que bebés. La medicina ha inventado una hormona para que las mujeres cincuentonas, que no han tenido niños de jóvenes, puedan tenerlos de viejas. Pero se rumoriza que el gobierno anda preocupado.

El Clarín del desierto



-Y ahora, ¿qué se traen?  
-Ponte al alba, bato, ponte al alba.  
-¿Con quién puedo hablar?  
-Con todos o con cualquiera.  
-Pero necesito una cosa oficial.  
-¡Chale, ése! ¿Te has vuelto ruperto? Pero si te cái, áhi mero 'tá el Chuy y sus body guards.  
Se abrió camino por entre la plebe, y llegó junto a Jesús («Chuy») Barriga. Aunque se apellidaba así, era esbelto y de espalda ancha. Tenía melena de indio, y mostacho entre Hitler y Pancho Villa. Llevaba una camisa color kaki, descolorida. Por delante formaba un triángulo que dejaba ver unos cuantos pelos desaliñados y algo chinos. Por detrás llevaba una imagen de Zapata con sombrero y fusil. Debajo, se trenzaban dos fuertes manos saludándose al estilo chicano.  
-¿Jesús Barriga?  
-No te hagas el pendejo. ¿Qué se te ofrece?  
-Quisiera entrevistarte para un reportaje que quiero publicar en el periódico.  
-¿Cuál, pues, el Republic Free Press?  
-El mismo.  
-Chale, bato. No quiero hacer waste my time.  
-Es serio. Escribiré lo que me digas.  
-Esos crazy capitalists no te van a dejar hacer print lo que yo te diga, ni el pedo que estamos haciendo right now.  
-¿Qué tratan de hacer? ¿Cuál es el propósito de esta demostración?  
-Queremos hacer ver a esta pinche Administration que ya estamos tired de sus cochinas movidas chuecas.  
-Y, ¿cuáles son esas movidas chuecas?  
-Muchas. Tenemos una lista larga de complaints.  
-Y, ¿cuáles son algunas de esas quejas?  
-La principal es la representación. Las statistics show it. 25% de la population del State es chicana. En la University se divide ansina: 0% en la Administración, 0,6% de Professors, 4% students y 47% jardineros y maintenance people. Como ves, esta es política chueca. Los Administrators, los que mandan y ganan lana, son de origen alemán, Germans, man. No hay Garcías, ni Rodríguezes. Y eso que estamos en nuestra tierra y ellos son los «mojados», the «wetbacks», man.  
-Y, ¿creen ustedes que la violencia conseguirá una representación justa?  
-Ya les hicimos approach por las buenas. Tuvimos meeting con ellos. Nos dieron pura plática y pinches promisses. Que iban a hacer hire a profesores chicanos, que iban a create programas de Chicano Studies, que this and que that. Puro pedo, mano, puro pedo. Ya nos agüitamos. Esta pinche gente nomás entiende de violence.  
-Ellos dicen que han tratado, pero que los chicanos no están preparados para responsabilidades administrativas, y que no hay bastantes Chicanos Ph. D.  
-Pura chit, bato, pura chit. Son racistas cabrones, and they hate to see chicanos en estas positions. Los gabachos se creyen que la Raza es inferior y que tenemos midget brains. Nos han jodido en la Elementary School, nos jodieron en la High School con sus vocational programs, y

ahora nos joden aquí, en la University. Nos han desmadrado, mano, nos han desmadrado.

-Y, ¿para qué quieren los Chicanos Studies?

-Carnal, ¿tás tapao o qué te pasa? They brainwashed you!

-Aunque soy chicano, también soy reportero. Tengo que ser objetivo.

-Ok, ok. Queremos Chicano Studies y Chicano Professors para hacer teach a nuestros students lo que nos han negado de nuestra historia y nuestra cultura. Que si Washington is our Father, que si Pancho Villa fue un Bandido, que si esto y que si aquello. Queremos straighten out a few things.

Mientras Miguel estaba entrevistando a Jesús Barriga, un grupo de estudiantes estaba representando un Acto en el que hacían una parodia de la Administración. Doce policías de la universidad estaban rodeando al grupo. Uno de los chicanos espectadores gritó: «Pigs!». La policía lo cogió, y hubo un tumulto.

Al día siguiente los periódicos reportaron que algunos jóvenes universitarios, en su mayoría chicanos, habían invadido los edificios administrativos, habían apedreado a los policías, roto ventanas de varios edificios y puesto una bomba en el Centro Estudiantil. Citaban las entrevistas que habían tenido con algunos administradores. Que ya el FBI estaba estudiando la afiliación política y la infiltración comunista en la mesa directiva de MECHA, la organización estudiantil chicana.

Miguel Torres había escrito un artículo para la Republic Free Press en el cual exponía la lista larga de demandas que MECHA hacía a la Administración de la universidad. Además, citaba por nombre a los estudiantes que habían sido maltratados y heridos por la intervención innecesaria del cuerpo policial de dicha institución. El artículo fue mutilado y expurgado por el jefe de redacción, mister Greenfield, con el beneplácito del gerente mister Falk. Cuando Miguel, por la mañana, leyó su artículo en el periódico, dejó las clases de la universidad y se dirigió de inmediato al despacho de mister Falk.

-May I?

-Come in, mister Towrez. What brings you in?

-You know what brings me in. I come here looking for explanations as to what happened to my article.

-Mister Greenfield is the man in-charge of that department.

-I know it. But I also know that you had the final ok. So, you are responsible for everything.

-Right. So?

-You omitted things that I wanted to say and changed things that I didn't say. For «general consumption», I suppose.

-That is our policy and general practice.

-Then you can have the job y te lo puedes retacar en el culo. Good bye, mister Fuck.

Era todavía temprano y se dirigió a la universidad. En lugar de asistir esa mañana a su última clase, fue a las oficinas de MECHA. Allí estaban algunos miembros de la mesa directiva haciendo balance de todo lo que había ocurrido el día anterior. Cuando vieron entrar a Miguel, se le enfrentaron.

-Ése, bato, tú eres un vendido. You promised an objective and fair report,

y la regastes.

-No, carnales, no la regué. Yo traté de escribir objetivamente, y lo hice. Pero la chingada oficina de redacción me lo cambió.

-¿Cómo? ¿Que no era tu article? What are you going to do?

-I already did. Acabo de dejar el pinche trabajo.

-Well, that is the way it goes. One more víctima. ¡Me la rayo, ése!

-Soy Miguel Torres. Necesito trabajar medio día.

-¿Qué puedes hacer?

-Soy estudiante universitario y me especializo en periodismo. Me falta un año o un año y medio para terminar mi carrera. Pero serví un par de meses en el Republic Free Press, y me valió un poco la experiencia.

-Está bien. ¿Sabes escribir en español?

-Sí, en las dos lenguas.

-¿Conoces el ambiente de nuestra gente?

-Entre ella he nacido, entre ella he vivido y entre ella he sabido de alegrías y de tristezas.

-¿Y el de los anglos?

-Demasiado bien.

-Trabajarás cuatro horas al día en el cuerpo de la redacción de El Clarín, y, por el momento, te ocuparás de informar sobre las actividades de nuestra gente joven.

-De acuerdo.

-Tu salario será equivalente al del Republic Free Press.

-Bien.

-Repórtate el lunes, a partir de la una de la tarde.

-Así lo haré. Hasta el lunes, señor...

-Joaquín Delgado.

-Hasta el lunes, señor Delgado.

-Hasta el lunes.

Miguel salió de las oficinas de El Clarín, que se hallaban situadas en el centro de la ciudad, y miró hacia el cielo que estaba despejado. Era diciembre, y hacía un poco de fresco. Tenía ganas de caminar. Sentía las piernas livianas, y se metió por las calles de su barrio Las Pencas. Eran las cuatro, y algunas puertas despedían olor a chile verde recién tatemado, otras vociferaban violines y trompetas de mariachis, y en otras aparecían mujeres con alguna bolsa de harina o azúcar que seguramente pidieron prestada a una de las comadres o vecinas. Miguel se encontraba satisfecho, seguro y libre.

-Y... ¿qué es lo que me querías preguntar, muchacho?

-Pues... muchas cosas. Por ejemplo, cómo se llama usted, en qué se ocupaba cuando era más joven, por dónde anduvo, si estuvo casado alguna vez, si tuvo hijos, por qué está usted siempre aquí en el mismo lugar, en dónde vive, cuáles son algunos de sus pensamientos, etc.

-Pues te diré que son muchos «ejemplos» los que me preguntas. Pero te contestaré a algunos. Yo me llamo Lázaro Villa. Tengo 55 años de edad. Soy natural de Canutillo, uno de tantos pueblos fronterizos que hay en Aztlán. Viajé mucho, primero siguiendo las labores del campo, como la mayor parte de los chicanos de mi generación, y, mucho más tarde, por interés propio, viajé, porque quería conocer mundo. Terminé la escuela y fui al colegio. Trabajé en la construcción para poder costear los estudios. Terminé,

enseñé en un colegio y después en una universidad. Me peleé por mis convicciones, y me echaron. Volví a la construcción, hasta que un día me caí. De ahí en adelante, ya ves.

-O sea, la carrera que hicieron muchos chicanos.

-No exactamente, porque en mis tiempos no se llamaban «chicanos», y no teníamos la fuerza que tienen ahora, además de que casi ninguno llegaba a la universidad. Yo fui uno de los pocos de mi generación que tuve la suerte o la desgracia de llegar a la universidad.

-¿Por qué «la suerte o la desgracia»?

-Porque depende de cómo se miren las cosas. «Suerte», si escoges una carrera que te puede servir a ti y a tu Raza. «Desgracia», porque hay muchos que se dejan indocinar y se venden. Después no se acuerdan de su gente, ni de la madre que los parió. No prestan sus servicios a la Raza, porque saben muy bien que así no van a hacer lana, y mejor van con los gringos, alargando la mano unos, inclinando la cabeza otros, y arrodillándose todos.

-¿Usted cree que hay muchos de estos últimos?

-La mayoría.

-... Y cuando usted fue al colegio, ¿en qué se especializaba?

-Como la mayor parte de los nuestros en ese tiempo, estudié para maestro de español y, después, para profesor de universidad.

-Y, ¿por qué dejó usted su profesión?

-Pues, como ya te indiqué antes, porque me echaron y, además, por frustración y coraje.

-¿Puede explicarse un poco más?

-Sí, cómo no. Pero primero permíteme que te haga una pregunta hipotética.

-Está bien.

-¿Quiénes crees tú que formarían la facultad o profesorado del departamento de inglés en las grandes universidades latinoamericanas, pongamos por ejemplo la UNAM?

-Pues los nativos de dicha lengua. Los gringos, por ejemplo.

-Lógico. ¿Y no crees tú que en las universidades de Aztlán debieran enseñar español profesores chicanos?

-Lógico.

-Pues no es así. Date cuenta que el slogan del «double standard» nos lo aplican los gringos a nosotros, pero ellos están, por creerse superiores a cualquier otro ser humano y pueblo, exentos de tal cosa, y son los que más la practican.

-Y esto, ¿a qué viene?

-Pues al «argumento de la tortilla».

-Y, ¿cómo va eso?

-Muy simple. Dale la vuelta a la tortilla, y se calienta o tuesta del otro lado. Es «lógico» que ellos sean, como nativos de la lengua, profesores de inglés en la UNAM, pero no de español en las universidades de Aztlán. Sin embargo, como ellos gobiernan al mundo, justifican todo. Allí te dicen que son «nativos» de la lengua y aquí te dicen que ellos saben mejor la «técnica» de la enseñanza. Y, como dice el dicho, «se quedan con la reata y, de pilón, se llevan la vaca».

-O, como dirían otros malhablados, «se quedan al mismo tiempo con el pedo y la caca».

-Exacto, aunque hay dichos que apestan. Bueno, pero esta actitud no sólo se refleja en lo de la lengua y su enseñanza. Esto se deduce «lógicamente» de un sistema más amplio, de una estructura racial-económica-política. Poniéndotelo en términos cariñosos, es el antiguo paternalismo o patronaje. Es todo.

-Bueno, pero ¿qué tiene que ver esto con lo del departamento de español y lo de su frustrada carrera?

-No seas bruto. ¿Cómo esperas tú, o cualquier otro, que yo continuara en un departamento compuesto de unos que se llaman profesores y que parecen más bien una combinación de atrasados mentales, tartamudos, jotudos, y, de pilón, se creen dioses? Que te dicen que la lengua que mamaste de tu madre, y con la que te arrulló tu abuelita, no es la misma que sufraga una bola de barbudos y vejestorios que forman lo que diz que se llama la Real Academia de la Lengua que habló Cervantes. Que te vienen con el cuento de que saben la gramática mejor que tú y que, cuando les das un regalo o les haces un favor, te escriben una nota de agradecimiento que dice «quédetes agradecido», o que cuando alguien le llama a uno a la puerta del cuarto o aula de clase le contesta «yo voy viniendo», o cuando, después de enseñarte el subjuntivo durante dos o tres meses te dicen después «yo me alegro de tú estás aquí», o «si yo era chicano yo hacía una otra cosa», o que en México «ellos no comen con cucarachas», como si la tortilla no fuera mejor que la «cuchara» para comer frijoles. Y, de pilón, te echan a la cara, cuando no te entienden o no saben, que es la mayoría de las veces, que lo que tú hablas es «pocho» y una adulteración del castellano.

-Y usted, ¿qué hizo ante esto?

-Pues te diré que un día, siendo yo aún estudiante, y después que el profesor me corrigió, se me hincharon los huevos, me levanté y le dije: «retácatelo en el ojete, hijo de tu tatemada y retiznada madre».

-Y, ¿qué dijo él?

-Nada.

-Porque se creería que usted estaba hablando en «pocho».

-Seguro. Y eso no es todo. Después, algunos profesores van a las convenciones o congresos. Hay algunos que van saltando de una en otra como los chapulines. Analizan y discuten profundamente asuntos sobre la mismísima lengua que no saben hablar. Otros te echan peroratas sobre estructuras literarias, dejando de lado la médula y la sustancia cultural que encierra ese arte, y que es como el alma de los pueblos. Otros, como pericos, van repitiendo las babosadas que ya habían dicho otros anteriormente, sin saber lo que decían, y, lógicamente, sin saber lo que dicen. Hay otros que no sólo no saben el español que se dio por llamar «standard», sino que tienen la cara dura de llamarse especialistas en «Chicano Spanish» y no saben distinguir entre «culo» y «culero», entre «curandero» y «culandero». Hay aún otros que se creen especialistas en Don Quijote, sin haber estado en La Mancha y sin entender papas de los dichos sanchescos, e insisten todavía en que Don Quijote era un loco rematado y que Sancho era más burro que su propio burro. Pasan estos profesores por muy inteligentes y muy sofisticados, cuando no hacen más que rebuznar peor que el mismísimo burro de Sancho Panza cuando eructaba y estornudaba por debajo del rabo. También hay otros, aunque por creerlo «Anti-American», que saben todo lo que hay que saber sobre la literatura chicana y sobre

los chicanos, porque han leído, en su propia lengua, la novela Chicano, escrita en inglés, y llegan luego a la conclusión infalible de que los chicanos somos winos, drogadictos, traicioneros e hiperprocreadores. Y de las chicanas que son fanáticas, supersticiosas, esclavas, pirujas y que se entregan sin dificultad, y por cierta obligación mayflowriara, al capricho sensual y sadista del joven pelirrubio. Sin embargo, esos mismos pasan por alto Peregrinos de Aztlán, porque diz que ese libro no fue escrito por don Miguel de Cervantes, como si no hubiera otros Migueles, émulos del complutense. En fin, en esos departamentos no hay más que chupatintas, sanguijuelas, chinches y lambeculos culturales. Explotan la lengua y la cultura, y diz que se la enseñan a sus estudiantes, pero no la juzgan digna de enseñársela a sus propios hijos. La lengua y la cultura chicanas las tratan esos profesores como una mercancía más.

-Ya veo por qué está usted amargado y frustrado. Pero pudo haber seguido su profesión y haber enseñado a los estudiantes lo que usted sabe.

-¡Cómo se ve que no has vivido! ¿No ves que el mal no está en algunos individuos, ni siquiera en todos los individuos? El mal está en la totalidad, es decir, en el sistema.

-Además de amargado y frustrado, es usted un fracasado.

-Mira, muchacho, yo no soy un fracasado. Yo he vivido mi corta vida y carrera intensamente. En mis cincuenta y tantos años, he vivido la vida que muchos centenarios no han sido capaces de vivir. Más de la mitad de mis energías las he empleado para ayudar a otros. Desinteresadamente. He peleado contra molinos de viento. Me han llamado loco, o tirado a lucas, como dice la plebe. Y lo peor es que muchos de esos a quienes ayudé, fueron peores que los perros, porque los perros, a pesar de ser perros, son más agradecidos que la gente. Y ésta es más perra que los mismos perros. Mira a Emiliano. ¿Qué bípedo pudiera ser tan fiel como este cuadrúpedo?

-Perdone, pero no quise ofenderlo.

-A mí ya no me ofendes ni tú ni nadie. Estoy sobre esas mezquindades, porque ya no me siento miembro de esa especie animal que llaman eufemísticamente Hombre.

Miguel creyó propicio no continuar, porque francamente sintió miedo de caer en un abismo. Sintió algo allí muy adentro, algo que le fallaba, como si se cayera de un precipicio. Permaneció un rato sentado y, después de frotarse un poco la sien, se levantó y, con la disculpa de que ya era tarde, se despidió del doctor Lázaro Villa, alias «Leñero».

Era noche cerrada, y no había luna. Atravesaba el parque y tenía que buscarse camino para no tropezar con los árboles. Al llegar a su casa tuvo dificultad para meter la llave en el agujero de la cerradura. Sentía las manos frías. Se acostó, se echó las cobijas encima y escondió bajo ellas la cabeza.

Querido don Quijote:

¡Qué gusto me da saber que no estoy solo en el mundo, aislado del género humano! La diferencia es que tú flotas sobre la inmundicia humana y yo tengo que nadar contra corriente en un río de excrementos. La belleza y la justicia te han vuelto loco. ¿Cómo es posible eso? ¿Es que la injusticia y la fealdad son garantía de salud mental? Pero, veamos, ¿qué es lo que vuelve loco a uno? ¿Cuál es la causa de la locura? ¿La obra de arte? ¿Las

ideas nobles? ¿La causa justa? ¿Quién nos ha calificado de locos? Los verdaderos locos, los feos, los impostores, los chupatintas y lambiscones, los...

L.

La noche seguía oscura, sin luna y sin estrellas. Parecía un vientre vacío, cobijado por las nubes. Se extendían éstas por doquier, como mechones de lana o bolas de algodón enlodado. De cuando en cuando aparecían huecos por donde se filtraba el frío. No se movían. Colgaban del vacío y tapaban el vacío. Estaban sujetas, encarceladas por dos abismos. En medio de una inmensa quietud, los perros se oían ladrar, alternando a espacios intermitentes. Era un ladrido penoso, largo y punzante, como el del coyote caído en la trampa de hierro que le tendiera el cazador, o como el de alguien que, a medida que desciende vertiginosamente al abismo, va dejando un hilo de voz imperceptible. La luz de la vela se apagó, y ya no se oyó más nada.

-Hijo, despierta que ya es tarde.

Miguel estaba sudando. Echó de encima las cobijas, y sintió que la pieza estaba fría. Se tapó de nuevo, frotó los ojos y se quedó mirando las cuatro paredes y el techo de la habitación. Por un instante se creyó encerrado, enjaulado. Saltó de la cama, se bañó y desayunó.

Era la clase de las diez, y no podía concentrarse en lo que el profesor decía. Sabía que emitía sonidos, como si estuviera vociferando. Movía los brazos, las manos, los dedos y los labios, como si estuviera tratando de decir algo. Se sentía incómodo en su escritorio. Quería moverse, desprenderse y no podía. Miró de reojo alrededor, y todos estaban lo mismo, como enjaulados. Volvió a fijarse en el profesor, que seguía con sus aspavientos, y creyó recordar a un domador de fieras aprisionadas. Seguía los movimientos del domador, como los ojos cautivos que siguen al péndulo del hipnotizador. Eran las once en punto y el timbre, que anunciaba el final de la clase, lo sacó del sopor.

Había transcurrido algún tiempo sin que Miguel hubiera hecho una visita a Leñero. Un domingo del mes de enero pasó por el parque. Serían como las dos de la tarde. Había alguna gente, en su mayoría hombres de edad. Cuatro de éstos se pasaban una botella de Johnny Walker. En otro banco estaba otro hombre, acostado sobre un banco. Despedía olor a vino barato. Muy cerca había otro hombre también solo. Portaba sombrero y botas de cowboy. Estaba pierna sobre pierna, con el brazo izquierdo sobre el respaldo del banco y, con uno de los dedos de la mano derecha, escarbaba consecutivamente los orificios de la nariz. Una de las esquinas del parque bullía con la algarabía de un grupo de niños jugando al béisbol, mientras en otro banco, escondido detrás de un arbusto, un muchacho le echaba el brazo derecho sobre el hombro de una muchacha para tentarle el pecho. Caminó hasta el fin del parque, y Emiliano soltó un gruñido escuálido. Leñero torció con dificultad la cabeza.

-Buenas tardes, muchacho.

-Buenas tardes, Leñero.

-¿Qué te trae por aquí?

-No sé.

-Pues eso es de gente despistada.

-Quizás me traiga la costumbre.

-La costumbre no espera tanto tiempo.  
-Estuve muy ocupado.  
-¿Haciendo qué?  
-No sabía que se interesara por mí, ni que le importara el tiempo.  
-Te has vuelto sarcástico.  
-Es que tengo buen maestro.  
-Y también te has vuelto irrespetuoso.  
-Lo siento...  
-¿Cómo va lo del periodiquillo?  
-Bien. Tuve que escribir un artículo sobre los parroquianos del barrio Los Cuatro Caminos, y su visita al Obispo.  
-Y, ¿qué?  
-Pues que la gente se agüitó, porque diz que el Obispo quiere vender la vieja iglesia y el acre en donde está ubicada. Las malas lenguas dicen que el dinero que saque se lo va a llevar al Norte y construir una iglesia para los gringos.  
-Razonable sospecha.  
-Mucha Raza fue en marcha para ver al Obispo.  
-¿Y?  
-Su Secretario dijo que Su Excelencia se hallaba fuera de la ciudad.  
-Y se volvieron calladitos a sus casas.  
-A casa sí, pero calladitos no.  
-¿Qué dijeron?  
-Que volverían y, entre tanto, le mentaron la madre.  
-Saludable réplica.  
-Así somos.  
-Cierto, aunque no todos.  
-¿Qué quiere decir usted?  
-Que todos, y no solamente unos cuantos, debieron hacer lo mismo en circunstancias semejantes.  
-¿Por qué?  
-Porque la Iglesia, como otras instituciones gringas, no hace más que chingar al pobre.  
-¿No le parece algo fuerte e irrespetuosa esa expresión?  
-No, me parece saludable y santa.  
-¿Por qué dice usted eso?  
-Sencillo. Porque el mismo Cristo azotó y se encabronó con los mercaderes del templo.  
-Pero no dijo malas palabras.  
-¡Vete tú a saber! Cuando a uno le da coraje, ni el más santo se escapa de darse un gustito así.  
-¿Usted cree que la gente tiene derecho a hacer una cosa semejante?  
-Y, ¿por qué no?  
-Porque, creo yo, que la Religión es una cosa delicada.  
-No confundas la Religión con la Iglesia, aunque debiera ser una y la misma cosa.  
-Y, ¿acaso no son?  
-Tu madre...  
-No meta a mi madre en este asunto.  
-Cierto. La Religión trata de Dios, y la Iglesia está hecha de hombres.



Conociendo a los hombres, ya tienes la respuesta.

-Sí, pero los hombres, a quienes se refiere usted, son ministros de Dios.

-Y... del dinero, que, como decía el otro, es el excremento del diablo. El dinero mueve el mundo. Las Iglesias son como bancos. Su dios el dólar, y sus ministros, los banqueros.

-Pero esto no quiere decir que los obispos sean banqueros.

-No te convenzas tanto de lo contrario. Los obispos gringos, por ser obispos, no dejan de ser gringos. Fueron paridos por la misma madre. La Iglesia gringa no es más que una rueda de la monstruosa máquina que es esta sociedad. Funciona, por lo tanto, como el resto de la máquina, y con la misma grasa. La máquina es el sistema capitalista, y también lo es y tiene que ser la Iglesia. De otro modo se moriría. Y esto, como comprenderás, no le interesa.

-Entonces usted está diciendo que Cristo fundó una Iglesia capitalista.

-No seas pendejo. Cristo no ha fundado tal Iglesia. Si es que alguna Iglesia fundó Cristo fue la Iglesia comunista.

-Esto suena mal.

-Claro, como que estás endoctrinado, además de no haber leído el evangelio.

-Y, ¿cómo se atreve a decir que Cristo fundó una Iglesia comunista?

-Yo no lo afirmé. Yo dije «si es que...». Además, contéstame: ¿cuántas iglesias construyó Cristo?

-Ninguna, que yo sepa.

-¿Qué capital tenía Cristo?

-Ninguno, que yo sepa.

-¿Cuántas tierras compró Cristo?

-Ninguna, que yo sepa.

-Como te dije, sabes muy poco.

-Es que el padrecito nunca habla de estas cosas.

-Pues eso, eres menso.

-Déjese de insultos.

-Te digo la verdad y te enojas.

-Bueno, bueno, ya está bien. Pero, dígame, si es cierto lo que usted dice de Cristo y del comunismo, ¿por qué los padrecitos dicen que los comunistas no creen en Dios?

-Y, ¿quién te ha dicho a ti que la Iglesia capitalista practica el cristianismo?

-Nadie, pero está claro que nuestra sociedad cree en Dios.

-Mira, muchacho, el creer en Dios es una cosa muy cómoda y conveniente para la sociedad y la Iglesia capitalistas. Creyendo en Dios se lavan muchos la culpabilidad de crímenes horrendos. En realidad, son anticristianos, por no decir Anti-Cristos.

-Lo que usted está diciendo es algo horrible.

-Si Cristo volviera hoy día a esta tierra diría cosas aún más horribles que las que digo yo. Convéncete, bajo el nombre de Cristo se cometieron y se cometen las aberraciones más absurdas que la humanidad ha conocido y conoce. No tienes más que recordar que los últimos presidentes han invocado el nombre del Dios cristiano y lo han puesto de su parte para echar bombas atómicas y matar sin discriminación a miles y miles de mujeres y de niños inocentes e indefensos. Los obispos, que cacarean ser

representantes de Cristo en la tierra, se ponen del lado de los ricos, de los que relucen panzas obesas, y se olvidan de los pobres, de los que hacen cola en el Welfare. Si se pusieran del lado de los pobres, perderían la lana que le dan los ricos. Son algo así como los grandes rancheros, que se creen cristianos, porque escriben cheques gordos y untan las manos obesas de los obispos. Éstos y aquéllos se aprovechan de la fe de los campesinos y gente sencilla y, con el cuento de que «de los pobres es el reino de los cielos», los explotan, les chupan el sudor y la sangre, y la usan para dar brillo y lustre a sus barrigas. Los obispos, en lugar de proteger a sus ovejas, se cruzan de brazos y dejan que los lobos se ríen en las lomas.

-Esto no tiene sentido, es una locura.

-Como que el mismo Cristo estaba poseído de una locura utópica e infinita. Era comunista, pues.

-¿Cómo se atreve a decir eso?

-Porque es la pura pelona verdad. Y si no, dime ¿por qué en dos mil años de existencia el Cristianismo no ha hecho más progreso?

-No sé.

-Porque es impracticable, dada la naturaleza perversa del hombre, sobre todo del hombre occidental.

-Y, ¿cómo se llevaría a cabo este saneamiento de la naturaleza del hombre, sobre todo occidental?

-Practicando lo que dijo ese Loco.

-Leñero, ¿me permite hacer una observación?

-Tú dirás.

-El loco es usted.

-No eres el primero que así me ha calificado. Por eso estoy como estoy: desahuciado.

-Lo peor es que, si le sigo escuchando, me va a volver loco a mí.

-Como dice el proverbio: «dime con quién andas y te diré quién eres».

Era todavía temprano cuando se volvió a casa. Su madre estaba regando las flores del jardín. Aunque era invierno, el sol se aliaba a sus manos para que ella tuviera las rosas más bonitas de todo el barrio.

- II -

Reminiscencia

-Uno, dos, tres. Uno dos tres. Testing, testing...

Allí estaban los representantes de la comunidad hispana, de las asociaciones de estudiantes y de profesores. Todos teníamos un interés común y personal. Esa experiencia era la réplica de diez, cien más. Había que abrir las puertas al aprendizaje, a la enseñanza de nuestra juventud.

-Damas y caballeros, Ladies and Gentlemen, Representantes de la radio y de la televisión...

Tres focos brillantes, como pupilas estelares en una noche tormentosa, se

clavaron sobre los labios que, repletos de sangre, pronunciaban anatemas contra el sacrosanto orden del templo de la sabiduría y de sus consagrados sacerdotes. Nombres alemanes éstos, de origen teutónico, a ocho mil millas de distancia de su cuna, se habían sobrepuesto, se habían posesionado de la sabiduría. Habían implantado su mentalidad, su concepción de la vida, sus costumbres sobre las nuestras, por juzgarlas primitivas.

-How can we give them jobs if they don't have P. D.'s in Zoology... -decía uno de los meros chingones, que poseía un simple M. A. concedido por la Alabama University-. We can't water down our standards just to accommodate a few of them. Quality is the name of the game.

(«Lázaro, doctor Lázaro Villa, tú, usted, ustedes conocen cómo hablar su lengua, pero nosotros sabemos las estructuras íntimas, las leyes profundas que gobiernan la distinguida lengua cervantina. La importante cosa no es hablar la lengua, pero hablar sobre la lengua»).

-Consequently, we will go to the Federal Government, to the Courts, and to the Foundations...

Cortar los canales que dejan fluir la savia monetaria, las venas y arterias conductoras del fluido portador de vida, cercenar los conductos del dinero y de la gracia santificante que mantiene a este templo de la sabiduría. Cortando estos conductos, el cuerpo se paraliza, se cristaliza, se fosiliza («Si yo no lo puedo obtener, tampoco tú. Justa justicia»).

(«That doctor Villa, is he related to Pancho Villa?»...).

-Anyway, we have many good gardeners. I don't know how and why are they complaining so much.

-Somos hijos de la tierra. Nuestra tradición ha sido la de la tierra. Las plantas, los árboles, las siembras, las cosechas, la luna y el sol regeneradores, productores de vida y de muerte. Ciclos de vida, ciclos culturales, ciclos históricos, ciclos fatalistas. Somos hijos de la tierra, somos jardineros. Ése es el destino. Hasta ellos lo saben, lo intuyen.

(«That doctor Villa talks too much»).

-If they want our jobs...

Junto a la fuente y a los surtidores de agua se veían dedos, manos, pies, piernas, dorsos y torsos albinos implorando al dios sol unos cuantos rayos mansos y reconfortantes. A la hermana agua le agradecían el riego refrigerante que apagara las ardorosas punzadas solares. Muchachos, muchachas, todos estudiantes importados del Este, del Norte, se daban vuelta, giraban en el césped de Aztlán, como lo hicieran dos amantes ayunos de orgasmos cósmicos.

-Levántense, cabrones, y dejen trabajar. No me jodan el zacate.

NEWS BREAK... A group of Chicanos at the University threatened our State Institution with... This is an unspeakable and an un-American act.

-Somos corazones transplantados. Después de dar vida, sangre, y enseñar qué es amor, el cuerpo, el sistema nos rechaza. Este sistema prefiere un robot burocrático, un corazón mecánico, que no sienta compasión.

-El condescender es una debilidad, indigna y retrógrada. La civilización, el progreso significan una superación, un control sobre las flaquezas humanas y animales.

-If these strange elements don't want to adjust to the system, the system should, shall drop them. Like a cancerous tumor they should, shall...

(«That doctor Villa is playing with fire»).

-El departamento de español tiene por objeto y función enseñar el idioma de Cervantes, no el del pueblo, a nuestros estudiantes, para que nuestros estudiantes puedan enseñar, a su vez, la lengua cervantina, no la del pueblo, a los niños de esta sociedad.

Éste era el credo grabado en las mentes, en los boletines, en los pizarrones, y hasta en las paredes de los excusados. Saturación, hasta en la defecación.

(«Pero doctor Jones, si ansina lo oí de mi agüelita»).

-La lengua española es una destilación, un eslabón ulterior al que llegó la lengua ciceroniana. Por consiguiente, un aristocratismo elitista, una meta plus ultra que nos señala el progreso, y no una retroacción, una retrogradación hacia niveles pueblerinos y vulgares.

(«¡Chinga pues a tu madre, menso baboso!»).

(«Doctor Villa is going to get burnt»).

-We understand you don't have enough students in your graduate level classes. As a matter of fact, the enrollment went down.

Se iban quedando dormidos, después de haber bostezado tres veces. Las sutilezas estelares, las nubes vaporosas y el preciosismo barroco, a fuer de viejo, muerto y anacrónico, despertaban un sopor contagioso en las mentes cansadas de los asistentes. Una atmósfera de aire caliente, como cargada de olores intestinales, respondía en grupo y en masa al olor fétido que salía de la encía parcialmente desdentada del ilustre aborto ciceroniano.

-So, we are considering to discontinue the Spanish Ph. D. Program. Cinco narices, que servían de columnas a otros tantos espejuelos de culo de botella, apuntaban hacia la cátedra de donde procedían los olores aromáticos de un vejestorio literario sacado de pergaminos ovejunos trashumados, que se encontraron en las salas traseras que servían de mingitorio a bibliotecarios que adolecían de males de vejiga.

-Imposible. Imposible de toda imposibilidad. Ustedes son incapaces de aprender y de dominar la lengua de Cervantes. Son como árboles torcidos. De niños les enseñaron mal. De niños aprendieron mal. Por consiguiente, tienen que olvidar lo que les enseñaron sus madres y aprender lo que les enseñamos nosotros. Y, como ven, esto no es nada fácil.

(-Usted lo ha dicho. Yo lo mamé de mi madre y usted lo chupó de una madrastra. Lo que quiere decir que mi español es legítimo y el suyo ilegítimo. Que viene a ser lo mismo, como diría también Cervantes, que yo soy legítimo y usted es un puto, «hideputa»).

(«Meet me at Johnny's Place tonight, Lázaro...»).

Querido divino Loco:

El otro día te vi turbiamente. No sabía discernir si eras un ángel o un diablo. Quizás un ángel diabólico, quizás un diablo angelical. Cuando te enojaste y acuchillaste a los odres académicos, repletos de seca materia gris. ¡Qué gesto de loco cuerdo! ¡Una idea encarnada o un cuerpo idealizado luchando y desangrando en desigual batalla a un batallón de gigantes malandrines seudoliteratos, literatontos, feos y mocosos! Parecías un Murrieta resucitado, acuchillando a los de la Real y Compañía. ¡Qué lástima que no hubieras estado en el Aztlán moderno! ¿O es que ya estabas aquí, lo hiciste aquí, te enfiebraste aquí, y nosotros estábamos

ciegos?

Tu amigo el Loco,

L.

Por esos días el departamento andaba muy nervioso. Se meneaba como si tuviera un chile jalapeño en las entretelas anales. Tenía ganas de eructar, de expresarse, de expresarlo, pero los vapores gastronómicos habían embotado los millares de diminutos nervios que subían hasta la región del cerebelo.

(«¡Setenta estudiantes en la clase de 'Orígenes de la Raza'!»). Cosa inusitada. Si el Libro de Buen Amor siendo, además de pornográfico, clásico, cómo no es capaz de reclutar más de cinco estudiantes. Increíble.

(«Cincuenta estudiantes en la clase de 'El español chicano'»). El curso de «Filología española», después de una centuria de investigaciones y bibliografías abundantes de hombres preclaros, había que clausurarlo. En una sala de cuarenta, solamente estaban ocupadas tres sillas.

(«-Doctor Lázaro Villa, dígame a sus estudiantes que tomen otros cursos graduados de más prestigio nacional»).

-The Department should be a reflection of the American Society. Should be ruled by the Law of Supply and Demand... Close the courses and the Graduate Program.

-No se puede hacer eso. De ninguna manera. Nos quedaríamos en la calle. Tendríamos que vender zapatos en Sears o sacar gasolina de las gasolineras de Texaco. Una solución más inteligente e intelectual consiste en un cambio. Eso es. Un cambio saludable e inteligente. Quizás intelectual. Después de todo, el español de los chicanos puede ser tan importante y científico como el galaico-portugués o el mismo castellano. Además, así empezó el lenguaje cervantino: como una corrupción del latín.

(«-Hay que ser inteligentes, intelectuales y... ¡prácticos!»).

Eso. Prácticos. Pero que no se mencione lo del cheque. Ni menos el asociar la materia intelectual con la materia pigmentaria. Eso no sería intelectual ni digno de las aulas humanísticas, lingüísticas y literarias. Ese asunto pertenece a la Antropología científica y cultural. Quizás a la Fisiología y a la Epidermiología. Nosotros nos ocuparemos de la lengua y de su literatura. Pero lo del cheque ni mencionarlo (¿«Mentarlo»? ¿«Mentada feria»?).

-Quiúbole, carnales (¿batos?). (¿Batos con «b» o vatos con «v»?).

El code-switching es tan interesante e intelectual, por no decir científico, como las desinencias y evoluciones del asturiano o del catalán-provenzal. Es un arte, un genio. ¡Parece increíble que nosotros no lo hubiéramos descubierto antes! Quizás esa dirección, ese camino sea el futuro de la lengua, de la lingüística, de la literatura hispánica. Quizás (De todos modos es el camino del cheque).

(«-You are a toda madre, ése»).

Muy simple. Se pone, se usa una parte en inglés y otra en español, y ya. Muy fácil.

Un rumor se escurrió por los pasillos y las rendijas de las puertas de las oficinas. Pescó incautas las células pituitarias, y las ondas sonoras vibraron en los tambores auriculares filtrándose sutilmente hasta llegar a los registros de la masa grisácea y sesuda. Como animales caninos, por

delante de cuyas fosas nasales hubiera pasado el perfume de un hueso rostizado, olfatearon la estela, las ondas mitoteras. El doctor Daniel Gallegher, conocido crítico y filólogo, había visitado las aulas de la corte citadina. Una media hora después, había salido por la puerta giratoria, revestido de una nueva personalidad. Salía recién parido, como si recibiera las aguas purificadoras de la pila bautismal. Dejó detrás el pecado original y se revistió de un nuevo onomástico. Como lo hiciera una novia al contraer nupcias solemnes con un potente y rico joven. Demandó y exigió que todos le llamaran doctor Daniel Gallegos. Después de todo, siendo filólogo, las consecuencias traumáticas que este pequeño detalle pudieran causar en el balance psicológico de su enriquecida alma purificada podría justificarse con creces si se tiene en cuenta la inversión económica de la profanación onomástica.

-He castrated his own self.

-But his job is secured.

-Besides, the Spanish surname is becoming.

-As long as that cheque keeps coming in.

-The end justifies the means.

-And, where is the self-pride?

-Anyway, he is a motherfucker.

-Un aprovechado, un convenienciero, un chaquetero y un lambiscón.

Aun aquellos que no podían cambiar el nombre, ni a cachitos, por no poder hacer fáciles reajustes, como el doctor Horowitz, traían a cuento otras historias y cuentos errantes, como lo de la Diáspora, lo de la Inquisición, lo de los Autos de Fe. Pero en el fondo eran aquello, eso es, aquello. Que si el Lazarillo de Tormes, que si la Madre Celestina, y otras obras y cuentos. Que su raíz era muy honda, muy larga, muy aguileña y jugosa en eso de la cultura y de la lengua («el sefardí también era una especie de caló»), en lo de la opresión («el nazismo, pues»), en lo de la migración («el Éxodo»), y en otras bellezas. En pocas palabras, una historia matusalénica. Se encaramaron por vías y veredas sutiles unas veces, y otras no tan sutiles, como haciendo zancadillas. Olfateaban los escondrijos, las rendijas y hasta las verijas, como comadreja. También ellos se habían anclado en Aztlán, en tiempos de Oñate. Nativistas, si se quiere, pues en ocasiones se remangaban el brazo y había quien, a escondidas, mostraba la nalga izquierda, quizás después de haberse pintado de antemano la mancha india («Y, si no, quién descubrió las vetas de oro, pues»). Y lo de la Atlántida. Esa era la verdadera mina. Había que reescribir la Historia.

Lo dicho. Llegaron los últimos a la vendimia, a la cena. Alzaron el cuello, estiraron el hocico, hincharon la nariz, clavaron el colmillo y, paradójicamente, se aplicaron aquello de que «los últimos seremos los primeros». Cogieron la batuta, estiraron los brazos y, dando unos golpecitos sobre el podium, dijeron: «Let's play Salón México» («Hello Dolly» - «La banda está borracha»).

Ex-estimado y ex-colega:

No escondas la mano después de haber lanzado la piedra. La envidia te come, te carcome y te roe las entrañas. Eres hijo del Destino (Manifiesto): «Apártate o te aplasto». Sembraste cizaña y «a río revuelto, ganancia de pescadores». Agradeces (tradúcelo por 'te aprovechas' de) el

fruto literario de los nuestros, porque te proporcionan el pan, pero detestas a los míos y a mi sombra. Eres un asqueroso sadista. Algún día, cuando no tengas víctimas, te harás masoquista. Chao, chingao.

L.

Y ya no se diga lo de los Smithsonianos. Ésos comenzaban a merodear. Venían imbuidos de entusiasmos altísimos, después de sus correrías y peregrinaciones espiritualistas y de sus voluntarísimas migraciones centrípetas. Iban motivados por resortes genealógicos, no de sangre ni de raza, eso ni pensarlo. Sola y simplemente querían reafirmar sus raíces espirituales para poder después aplicar el hombro y aventar al Azteca, al Maya, al Inca, al agua, al mar, a la madre, al «home where you come from». «¿Qué se creen éstos? ¿Que son, que fueron los primeros? Si ya Cristo estuvo aquí antes, nuestro Jefe, nuestro Dios Blanco, claro está. Lo de Quetzalcoatl, pues. Váyanse muy a la ching...», decían. Eso decían. Decían todo esto, pero lo decían con un deje, con un tonillo y con un énfasis medio sureño, al estilo argentino. Claro que se les notaba el rabillo de afectación, pero esto solamente después de pegar el oído muy cerca del colmillo, del paladar y de la lengua, con el gran peligro de oler hamburgers with onions. Hasta hablaban del Lunfardo y, a veces, hasta les salía alguna grosería lingüística en Lunfardo («-El caló del chicano no es nada nuevo, eso llo lla lo ollí en una revelación. Lla mis mallores lo habían ollido y hasta Nuestro Gran Profeta lo olló»). Los Dorados del Profeta se acomodaban. No entraban olfateando por las rendijas y verijas, como los otros, los aguileños, sino por las puertas traseras, y hasta por las delanteras. Con el pecho levantado, con ojos del color del Titicaca, revestidos de pelusa rubicunda y dorada, le dijeron a Moctezuma: «Nuestra genealogía es matusalénica. Tú eres un intruso. Ya lo ha dicho el Gran Profeta: Chao, chingao».

«Nosotros somos la reencarnación de aquellos nombres-hombres que aparecen en las Tablas Doradas. Tenemos dos mil años. Mil quinientos años más que tú, Moctezuma, Caupolicán. Aunque no tenemos la mancha en la nalga, somos más legítimos que tú, Azteca, Inca. Somos dorados, azules, como el Titicaca. Y en cuanto a la lengua, la sé tan bien como tú, Cortés, sor Juana, Juárez. Mejor que tú, Murrieta, Tijerina, Chávez. Yo soy el que soy, y hago lo que hago, y te mando al carajo».

-Pedo, pedo, pedo. Puro pedo. Puro pelado pedo. Puro pelado pedo blanco. Puro... chinga a tu madre.

Dear Chairperson:

Es admirable la gallina, con todo y ser gallina, cuando el gavilán se cierne sobre sus polluelos. Pero cuando la gallina se alía a su enemigo el gavilán para picotear a sus polluelos, ¿qué clase de gallina es? Hay algunos que son más (¿o menos?) gallinas que las mismas gallinas.

Tu abandonado polluelo,

L.

Comenzó el año académico con una cena de gala, a la que seguiría una serie ininterrumpida de banquetes. Que si el sour kraut, que si les crêpes, que si el sukiyaki, que si el chow mein, que si la lasagna. Hasta hubo quien llevara enchiladas mexicanas apócrifas. Sortijas prendidas de tamboriles dedos resonaban huecamente sobre la mesa, deslizándose por el mantel vajillas preñadas de profilácticos manjares. Como largas uñas

pintorreadas, quedaban detrás colas perfumadas del oriente y del occidente. Ojos varoniles claveteaban la femenina procesión, con un ojo en la hembra y con otro en el manjar. Bizcos, tuertos, miopes, cataratos. Una serenata estridente salía de los bolsillos, por el choque de monedas y de llaves, de pitos y de maracas encanizadas. Los perfumes y los polen machihembrados se mezclaban en un humedecido e incoloro jardín de rosas y jazmines. El vaho desprendido de las cuerdas bucales esparcía piropos que caían sobre las pecheras resbaladizas de chicheras en brama. Palmoteaban las manos encarceladas, palmoteaban las chiches enjauladas. Chiches, manos, feria, platos.

Dientes batientes, dedos tiesos, palmas planas, ojos rojos, piernas tiernas. Se cruzaban, se enlazaban, se fundían, se derretían. Mesa multicolora de mantel y de comida. Gran huevo de avestruz de pinguitos decorados. Cristal mágico anunciador de gustos gastronómicos y de previstas prebendas. Cinco, diez, veinte... innumerables garfios prendidos de las palmas de las manos, del cristal y del huevo. A media luz se movían las manos, los dedos, las uñas de rapiña, las narices judaicas. Por encima, por debajo, se comía, se negociaba. Please, danke schön, c'est rien, molto piacere, gracias. La bolsa, la bolsa, la bolsa. Acciones, inversiones, compras y ventas. Por encima y por debajo del mantel y de la mesa. Los platos pasaban, las botellas destilaban, los vasos se estrellaban, los dedos gordos se rozaban. La mesa sobre las piernas, el mantel sobre la mesa, el vino sobre el mantel, sobre el mantel, sobre el mantel. Como sábana manchada de rojo, de vino y de sangre. El vino de la uva, la sangre del huevo, del óvulo, del ovario. Jugos, juegos, jugosos jugos de juegos. Bolsa, mantel, sábana, mesa, cama.

En el otoño apareció en la revista Hispaparlante un artículo titulado «Función y análisis diacrónico y sincrónico del punto de la i de acuerdo a las más recientes teorías post-freudianas». Instantáneamente se divulgó la voz y la fama por todas partes. Aplausos de uñas, dientes y pestañas.

-Doctor Esther Rosenbaum will bring our Department to national attention.

-She sure will.

-She deserves an increase.

-Tenure.

-Promotion.

-Teacher's Award.

-Researcher's Award.

-¡Pobres chiches!

-¡Qué fregaderas se llevaron!

-¡Qué chingaderas se llevarán!

A las pocas semanas, también por el otoño, apareció en la revista Hispaplática otro artículo sobre el mismo tema, pero con diferente perspectiva. Llevaba por título «Fama, ascenso y remuneración concedida por la obscena decapitación de la única i del alfabeto chicano».

-Doctor Lázaro Villa is a disgrace to our Department.

-Now that we were in the way up.

-Now we are in the way down.

-Shame!

-Shame!

-Shame!



-Ascenso.

-¡Promoción!

-¡Lana!

-Let's summon a committee meeting.

-¡Chinguen a su mitotera madre todos los mitoteros meetings!

El edificio tenía forma de cruz. El palo largo y el travesaño. Como cuando eran niños, iban saltando, de brinquito en brinquito, para no pisar en las juntas del linóleo («El que pisa cruz pisa a Jesús, el que pisa raya pisa Medalla»). Llevaban las piernas cejijuntas y los calzones en forma de horquilla cerrada, apretando el fondillo para no dejar regados los humores vespertinos. Como una y-griega se iba bifurcando la procesión bisexual. Exclamaciones, alaridos, vociferaciones y pujidos retumbaban por los pasillos y corredores del crucero albergador de letras, lecturas y literaturas. Fogonazos, temblores y estridencias. Música de mariachi parturiento. Bajos y contrabajos, guitarras y guitarrones, trompetas y requintos, en desacorde pedorro. Carcajadas de nalgas rosadas. Sinfonía de cuerdas anales. Griterío de frijoles desalmados.

-If brown is beautiful, I've just shit a masterpiece.

-El que muy macho se crea, aquí o se caga o se mea.

-Flush it all the way, brother. It's a long way to the cafetería. La revancha de Moctezuma.

Graffiti, diseños y murales cuachudos expresaban impresionísticamente los desentonados acordes barrocos de las letras y de las artes, de la bolsa y de la cama.

-Doctor Villa, ¿por qué no hay TAs chicanos?

En la clase de entrenamiento, del practicum, aparecía la doctora los lunes por la mañana. Caminando hacia la mesa, dejaba prendida hasta la puerta una estela de perfume trashumado, espeso y pegajoso, como cajeta de chiva. Parecía reminiscencia de amoríos finsemaneros. Restos machihembreros, de fetos malogrados, depositados en pegajosos ombligos.

(«-Así se enseña la idioma»).

Al chasquido producido por el dedo cordial contra la palma de la mano, después de haberse desprendido del pulgar, como lo hiciera una bailaora flamenca, apuntaba los dedos de la mano derecha como garfios de bruja dirigidos a los ojos entrecerrados de los asistentes parranderos («Buenos días, clase, buenos días estudiantes. Repitan»). Los movimientos se hacían más rápidos, los chasquidos más frecuentes, y el ritmo más intenso. La atmósfera se volvía más pesada e hipnotizadora. La doctorcita chasquida giraba, se le soltaba la melena, abría los brazos, levantaba la pechuga y le tintineaban las tetas.

(«-Así se enseña la idioma»).

(«-No, así se enseñan las tetas»).

-¡Bah!, porque así no les enseñaron la idioma sus madres.

-El idioma, doctora, el idioma. Y no mencione a la madre, ¿eh?

Entre los veinte, se hallaban tres del otro lado del trópico, descendientes de Caupolicán. Tenían que asistir los lunes por la mañana. Un chiscar de dedos, de castañuelas y de tetas. Todos los lunes, todos los dedos, todas las tetas.

(«-Así se enseña la idioma, la lengua»).

(-Así se aprende a mamar).

(-Y mamando se aprende la lengua).  
(-No, mamando se prende la lengua).  
(-No, es la lengua la que se prende de la teta).  
(-No, es el cuerpo el que se aprehende).  
(-No, que es la lengua la que se aprende con la aprehensión del cuerpo).  
(-No, que es la lengua la que se aprende con la lengua prendida de la teta).  
(-¡Joder!).  
(-Eso es lo que yo le quisiera hacer).

La doctorcilla gringa había perdido el control. Como si se le hubiera estallado un resorte al robot lingüístico, gesticuló absurdamente. No estaba programada para el reflexivo ni para las sutiles distinciones semánticas del espontáneo multílogo. La robot estaba acostumbrada, entrenada, programada al gesto, a la gestación, a la gesticulación, a la tetaría, a la tetalería, a la teatralería putativa y computadoresca. Era imposible.

(-Ustedes nunca podrán ser buenos maestros y profesores de la idioma española en esta sociedad avanzada).  
(-Hasta las computadoras son unas putas).  
(-Es que las computadoras se sienten superiores y racistas).  
(-Otra vez con la jodienda).  
(-Ya no jodan a la jodida judía).

Al año siguiente, ni chicanos ni sureños.

-Doctor Lázaro Villa, ¿por qué no nos quieren de TAs?

-Porque tampoco nos quieren de Profesores.

El fuego, cuanto más lejos más hermoso. El tigre cuanto más fiero y enjaulado más bello. Aquel día de marzo primaveral se celebró un festival literario. En la mesa redonda se trató de las literaturas tercermundistas y chicanistas. El teatro secundó el tema, lo desarrolló y lo humanizó. Es imposible comprender cómo una cosa tan bella fuera tan grotesca. El arte es atemporal, debiera de ser atemporal (Pero...). Érase un hombre a una nariz pegado..., Los siete infantes de Lara eran, ante los ojos fisgones del público crítico, bellos. Arte bello, por ser lejano, por no herir conciencias, por estar enjaulado. Yo soy Joaquín, Vietnam Campesino, era, por ser cercanos, algo grotesco, repugnante, indecoroso.

-Horrible.

-Unspeakable.

-After receiving them in our bosom.

-They behave like illegitimates.

Como gusanos carnívoros royendo un cuerpo sano, robusto, que, por sano y por robusto, comenzaba a despedir olores putrefactos de cadáveres empachados. Gusanos creados por la misma robustez saludable y cadavérica. Gusanos..., como una solitaria que crece y crece y carcome y roe a un avaro niño dorado que sale del útero echando gritos a mansalva. Un niño que se come la uva que le pertenece al gusano que lo deja famélico que reclama lo suyo en la barriga, en la entraña, en la tripa. El jugo, el zumo, el vino convertido en sangre dorada, que circula por las venas doradas hasta el corazón dorado. La solitaria sigue, lo persigue migratoriamente por la entraña, por la tripa, por la vena, en el corazón. El niño dorado bebe, derrama, fumiga pesticida antigusánica. El gusano, la

solitaria, la lombriz comunitaria se cubre, se tapa, se cobija con la sombrilla cartilaginosa de la vena, de la tripa, del menudo. Chupa, bebe, devora lentamente la robustez creada por la uva, por la uva, por la uva. Come, carcome, roe, corroe lentamente, lentamente vive de la vida del que chupa la vida. Ciclo vital, de vida mortal, de muerte vital. Como el tigre, como el fuego que sube, se alimenta, se nutre mortalmente de la materia, de la madera, de la madre viva que chupó el jugo, la savia de la tierra prohibida, de la tierra robada, de la tierra de falsa promisión, de un Edén prohibido, de un Edén aztlánico. Tigre, fuego, lombriz, sanguiuela, madera, uva, sangre, gusano, solitaria, niño dorado. (-Grosse, grotesque).

(-This is not our art. It can't be).

(Dante, La Danza de la Muerte... «These people knew how to write, how to present reality, how to express their beliefs»).

(-This is a shame. They put us to shame. Our home is not...).

(-Porque aquello será lejano. Esto fue cercano).

(-El arte es atemporal. El arte no es subjetivo).

(-El arte es vida. El arte no es muerte).

«It must die, we have to let it die, force it to die». «Todo lo que no nos pertenece, tenemos que dejarlo morir», se decían. Ésta es la ley. La ley de nuestro pasado, de nuestra tradición, la ley de la vida. «¿Qué pudiéramos hacer con un dinosaurio vivo?», se preguntaban. Comería por todos juntos, se los comería a todos, nos comería a todos. No sería posible un zoológico. Fue necesario que muriera, que se convirtiera en fósil, para desenterrarlo, para estudiarlo mansamente, de acuerdo a nuestros métodos, a nuestra tecnología, a nuestra manera de ver las cosas. El descubrimiento de una cosa desaparecida es un gran evento. Hasta se diría que tiene su encanto. «Lo lejano es hermoso, como el tigre», se decían. Los griegos tuvieron que morir, desaparecer, para que los romanos pudieran justificar su existencia. Tuvieron que someterlos, apropiarlos, filtrarlos, para poder desarrollar su cultura. Nosotros tuvimos, tenemos que supeditar todo, a todos, para levantarnos sobre pedestales. Tenemos que apropiarnos lo que encontramos. «Transformarlo, filtrarlo, consumirlo», se decían.

Los mamíferos, las mamíferas pacen para hinchar las glándulas mamas, las ubres, para que el corderito, el becerrito le dé a la cola placenteramente, le topetee con el hocico el odre del jugo lácteo. El ente superior, el dueño que pastorea, le extrae con mangueras desinfectadas, enchufadas en los pezones, el líquido becerril que se escurre, recorre tecnológicos intestinos, tripas plásticas, pasteurizando desconfiadamente lo que mansamente, amorosamente maman de su madre el becerrito, el corderito, el chicanito.

(«Your Spanish is corrupted. 'Mocho, Pocho'»).

«You're not to speak Spanish in school grounds. Your parents should not speak Spanish to you. Not their brand, anyway. In order to retrace it, in order to straighten it, in order to study it, it must die», decían las generaciones de pedagogos ilustrados. Y los del presente, ilustrados también, esclavizaban, como redentores, a una docena de futuros frustrados sabihondos. Les decía el claro y preclaro catedrático: «Tú, investiga la naturaleza y derivación diacrónica de la x y de la j. Tú, la de la y la de

la ll. Tú, el pretérito de traer. Tú, el subjuntivo de ser. Tú, y tú, y tú, y tú...». Treinta páginas por cinco estudiantes, ciento cincuenta páginas de estudios de fenómenos fosilizados y defecados de la difunta fabla chicana. Un libro científico, documentado, fidedigno y publicado por la McMillan & Co. se distribuía por bibliotecas y aulas produciendo un rédito dividido entre casas publicitarias y autores cejjuntos como bandada de carnívoros zopilotes grisáceos sabihondos sobre proteínas vivificadoras. Como médicos cirujanos que colectan sobre autopsias. Abogados de prometedoras causas perdidas. Sacerdotes de responsos y misas enlutadas. «El lenguaje chicano vale como objeto de excavación antropológica, no como vehículo viviente». Era un virus que, después de muerto, había que resucitarlo con máscara y guantes profilácticos.

-Doctor Lázaro Villa, ¡qué humillación!

-Carnales míos, algún día sus hijos afilarán sus picos de zopilotes hambrientos. ¡Ésta es mi profecía!

-El Dr. Lázaro Villa se quemó. He got fired!.

«Taxas, taxas, taxas». Los japoneses no pagan taxas. Los chinos no pagan taxas. Los rusos no pagan taxas. Los franceses no pagan taxas. Los portugueses no pagan taxas. Los italianos no pagan taxas. Los zionistas no pagan taxas. Los árabes no pagan taxas. Aunque algunos tienen muchos bancos y pozos petroleros. Por eso y sólo por eso, ¡qué joder! Pero nosotros que pagamos taxas, nosotros y los indios que pagamos taxas, nada, nada, nada. Tierra, tierra, tierra, estamos en nuestra tierra y nada. Los otros están lejos, muy lejos, lejísimos, y ellos sí. Pero nosotros que estamos en nuestra casa, en nuestra tierra, en nuestras taxas, nada, nada, nada. Casa, tierra, taxas, nadanadanada. Nada. Nadamos en mierda.

-¡Es que no nos quieren, doctor Villa!

-¡Que chinguen a su marrana madre!

-¡Amén!

-¡Adiós, doctor Villa!

Dear President:

Es digno de admirar el valor y la rectitud, como motores que hicieron categórica su determinación. El salvaguardo de «law & order», las razones máximas, la autoridad suprema y el origen de toda moralidad. «La loi c'est moi». «Principium et finis media iustificant». «Cualquier manifestación reaccionaria, por muy sana y justa que sea, que vaya contra el supremo principio y fin, por muy injustos que sean, no puede tolerarse». Así que, retécate el principio por el fin, o lo que es lo mismo, la trompa por el ano.

L.

El excusado del parque San Lázaro ya no servía para nada. Entiéndase, no servía para hacer del excusado. Solamente lo hacían aquellos chamacos que jugaban al béisbol que, olvidados de las necesidades impuestas por la naturaleza y, no pudiendo aguantar más, orinaban fuera del cazo. También lo usaba algún viejo, como don Filomeno, que, con su six-pack matutino, sobrecargaba sus envejecidos riñones. Y no faltaba algún malcriado que, después de pasados los burritos de chile verde, dibujaba con un dedo en la pared un «con safos» o un schwastika, que para el caso es lo mismo. El excusado de las mujeres estaba en mejores condiciones, quizás por ser ellas más cuidadosas, quizás por no ser tan frecuentado, quizás por no

confiar en la plebe. Y no podía culpárselas a ellas, porque se exponían a que los chamacones y los viejos raboverdes les vieran las nalgas por los muchos agujeros que ellos mismos habían hecho en la pared, que parecía un colador.

Una vez aparecieron las nalgas de una mujer pintadas en una de las paredes, con la inscripción: «Estos cuadriles son los de Rosa Ana». Como había dos muchachonas del mismo nombre, ninguna se dio por enterada. Pero Horacio San Simón, a quien le gustaba el argüende, descubrió y afirmó que las tales nalgas eran las de Rosa Ana Valdez, porque las de Rosa Ana Gómez eran muy flacas y no correspondían al dibujo. La pintura, como era de esperarse, carecía de firma. Pero fue el mismo Horacio San Simón quien sopló que «el único artista en el barrio era Jacinto Cuadrado», especialista en nalgatorios. Los hermanos de Rosa Ana Valdez se encargaron de recobrar el honor perdido de su hermana Rosa Ana. Por algún tiempo el pintor caminaba con dificultad y, cuando se sentaba, lo hacía muy despacio y cuidadosamente. Aunque él decía que sufría de almorranas, los del barrio sabían que la razón era otra.

Los fines de semana el parque San Lázaro cobraba vida. Mientras los borrachines se curaban de las crudas, los chamacones jugaban al béisbol. Los White Caps retaban a los Brown Caps. El catcher de los White Caps lanzó la pelota con tanta fuerza que el short-stop de los Brown Caps ni la alcanzó a ver. Fue la pelota a pegarle entre las piernas dormidas de el Mayate. El viejo visionario se incorporó como si le hubiera picado un alacrán. «Jijo 'e tu empelotada madre», se limitó a decirle al outfielder que se encontraba más cerca.

-Viejo chismoso, ¿por qué se queja? -le preguntó el pelotero.

-Eso, ¿por qué se queja? -secundó otro viejo desde un banco.

-Porque me estrellaron los huevos, por eso me quejo.

-Pues, ¿quién le manda tener las piernas abiertas?

-Me gusta más así, estar con ellas al sol.

-Es que tiene mal de gota y tiene que asolearlo.

-Porque siempre está encaramado en las call-girls.

-En tu madre, cabrón.

-No la tengo. Yo no nací de madre.

-En tu abuela, entonces.

-Ya Dios la tiene en su gloria.

-En tu vieja, pues.

-Mi vieja me es fiel.

-En tu hija.

-Mi hija es virgen.

-Hasta el año pasado.

-Si ya lo tienes pachiche, viejo pringoso.

-Ven y tiéntamelo.

-Me dan asco los blanquillos estrellados.

-Lo que pasa es que eres un puto joto.

-Mister Smith, when are you going to teach us about our history?

-What do you mean? What have I been doing up to now?

-Teaching your history.

-Oh!... Look, your history is our history. That's all.

-And what happened before 1848?

-That? That is pre-history.

Mis bisabuelos, mis abuelos son prehistoria. Si yo conocí a mi bisabuelo y a mi agüelito. Me agarraba en sus piernas y me hacía cosquillas. Una vez hasta me dio cerveza cuando estaba mirando un juego de béisbol. Me contaba cuentos. Me hablaba de la Llorona, de Pancho Villa y de otras muchas cosas. Que no había ido a la escuela, pero que sabía mucho. Le había ganado a los gringos. Muy chingón que era. Que a lo mejor y éramos parientes. «¿Qué es prehistoria?», le preguntaba a su abuelito. Él no había ido a la escuela, pero creía que era «aquello anterior a la historia, aquello de que uno no se acuerda y no sabe. Eso es pre-historia, hijo». Yo recuerdo a mi agüelito y sé muchas cosas que me contó él. Sé que tenía ranchos que su agüelito le había dejado, y que ahora no tenemos. Sé que se pelió con aquel cowboy y que lo metieron en la pinta, porque no quería dejar sus tierras. Porque le dio en la madre a aquel que diz que era licenciado. Por esas y otras cosas fue mi agüelito a la prisión. Y eso es «prehistoria». Si esas cosas me las contaba él, a las noches, en el porche, cuando hacía calor en casa, en los veranos. Si yo todavía me acuerdo. Cuando matábamos los zancudos que venían de la acequia a picarnos. Cuando oíamos a la Llorona que pasaba por juntito al otro lado de la acequia, vestida de negro en las noches oscuras. En las noches de luna iba de blanco y se la veía, a veces, inclinada sobre la agua buscando dizque a sus hijitos en el fondo de la agua, pero que sólo veía sus huesudas manos y su cara de muerto. También me acuerdo de cuando mi agüelito me llevaba dormido a la cama, y me daba un beso por la noche. «¡Prehistoria!». Pero no me acuerdo bien de lo que pasó antes de 1848. Mi agüelito sabía más, pero ya no podía distinguir muy bien. Con las verdades le contaban muchas mentiras. Estaba muy confuso el pobrecito. Además, ya era viejito. Me decía que ya se le iba la memoria, por viejo, pero yo sabía que porque le metían muchas cosas en la cabeza. Lo sabía yo, porque en veces él las decía sin darse cuenta. Como si estuviera todo confuso. Por eso quería yo saber qué había pasado antes de 1848. Porque las cosas no desaparecen así nomás, porque sí. Por eso le preguntaba yo a mister Smith. Que me contara lo que decían los libros de los años anteriores a 1848. No nomás lo que decían los libros en inglés, sino también lo que decían los libros en español. Eso sí, bien pudiera ser que mister Smith no supiera español, no supiera leer la lengua de mi agüelito. Bien pudiera ser.

Querido Demóstenes:

¡Qué linda es la palabra cuando se escoge, se pule y se le da brillo! Se hace diáfana y transparente a la luz, se hace virginal. Un párrafo es un coro de vírgenes. Pero cuando esa palabra, esas palabras, esas oratorias salen de una boca y de una mente podrida, las vírgenes jieden a verijas de puta.

L.

Pasó el viejo Aleluya con su Biblia debajo del brazo. Iba atisbando a cada leproso y desprendiendo de sus ojos rayos apocalípticos. Unos estaban acostados sobre el zacate, otros sentados en bancos y uno estaba encaramado en un árbol, por miedo a los perros. El apocalíptico se quedó de pie en lo que parecía ser el centro geométrico. Abrió el libro sagrado y, haciendo que leía, descargó un sermón a los presentes:

-Ustedes están todos condenados. El fin del mundo se aproxima y no tendrán tiempo de recibir al Señor en sus corazones. Dios Jeová me envió a mí, el hermano profeta Samuel Santamaría, para que se lo dijera. Este parque es peor que Sodoma y Gomorra. Ustedes son unos borrachines, sodomitas, adúlteros, drogadictos y apóstatas. Me malicio también que hay, entre ustedes, algún maricón o joto. La palabra de Dios está clara. La tengo en mis manos. Ustedes sufrirán los tormentos más tormentosos que se encuentran en los infiernos. Vinagre para su grosero paladar, chiches deslechadas para sus asquerosas manos y bocas, diarreas ajalapeñadas para sus culos y panochas agonorreadas para sus...

-Para tus huevos, cabrón -concluyó uno de los espectadores.

-¿Qué te traes, viejo culandero? -añadió otro de los presentes.

-Si ya te conocemos, perro faldero.

-¿Quesque estuvites en el Watergate tú también, Preacher?

-No, debe de venir del FBI o del CIA.

-De donde viene es de la casa de la Güera. Lo vide yo la semana pasada, con una mano en la Biblia y con la otra metiéndole el pito.

-No, si lo que debiera hacer es ir a predicarle a la alcaldesa para que arregle el parque.

-Y si no te hace caso, Profeta, cógetela.

-Está muy correosa la puta vieja.

-Y tú ¿cómo lo sabes, Casimirón?

-No hay más que mirarle a la cara.

-¿La vites?

-En la televisión, con un tic muy feo.

-Es que ustedes están empedernidos. No hay remedio. Como les dije, son unos malhechores y Jeová les enviará a los tormentos más tormentosos de un infierno preparado para crudos y putos, como ustedes.

-Lávate el hocico, viejo apestoso -le dijo Casimirón.

-Vete de aquí, o te dejo caer un cerote -amenazó el Chango desde el árbol.

-Quema ese libro y agarra un martillo -le arengó el Comunista.

-Y si no tienes huevos para tanto, mejor vete a joder a la alcaldesa.

-Pero si ya te dije, Casimirón, que esa vieja puta está muy correosa y pachiche -le recordó el Chango desde el árbol.

-Y tú, Casimirón, eres el peor de todos. Cuando llegues al infierno te sacarán el ojo tuerto ese de cristal que tienes y te lo rellenarán de excremento humano jotudo para que ya no puedas ver más a las viejas encueradas.

-Pero si yo miro con el otro y no con el de cristal, menso.

-No me llames menso, Casimirón.

-Pos entonces, baboso.

-Tampoco eso, Casimirón.

-Luego, mocososo.

-Eres un cabrón, Casimirón.

-Y tú un puto.

-Y tú un maricón.

-Chinga a tu madre, Preacher.

-Ya chingué a la tuya, y no me quedan juerzas.

-Jijo 'e tu ching...

El del árbol cumplió lo prometido, y el hermano Samuel Santamaría se alejó

de la bola de gente con la mano sobre la cabeza, como tapando una cagada de pájaro.

-Mister Smith, what happened to our people after 1848?

-I don't think you would like to know.

-Why?

-Well, you see. It all started this way. Mexico did not want to share...

Y después que sólo servíamos para cotton pickers, para la uva, para el cobre, para los traques, para la basura, para... basura, basura, basura.

Las uvas del padre Serra, del padre Kino, del padre... Que las habían traído de México, que procedían de las Españas, y de más allá... Eso me decía mi agüelito, que no sabía leer, pero que se lo habían dicho alguien que lo había leído en un libro de español. («Mister Smith...». «Well...»).

Pero es que los canales los habían ingeniado el padre Serra, el padre Kino, el padre..., aunque diz que los primos ya los tenían aquí también.

Por eso se veían tan chulas las uvas, las tierras. Las tierras...

(«basura, basura, basura»). Se perdieron («Mister Smith...». «Well...»).

«They were lost... and acquired». Mi agüelito estaba muy confundido. Es que mister Smith no sabía leer libros en español («basurabasurabasura»).

Antes, las tierras nos pertenecían. Ahora pertenecemos a las tierras.

Ahora la tierra, la madre, nos la quitaron, ya no es nuestra, estamos

deshonrados, desmadrados. Nos cortaron el ombligo que nos tenía prendidos

vivos de la tierra, a la tierra («basurabasurabasura»). La tierra es

basura. Es lo mismo, decía mi agüelito. Ahora, desde 1848, se convirtió

todo en basura, en basuras, en callejones, en alleys, en donde andan las

trocas de la ciudad, llenas de basura, como colmenas de miel en donde se

juntan las moscas. Eso es, moscas. Los basureros, los recolectores, los

chicanos, pues, se acercan, rodean a esta troca-robot, como moscas

apetitosas. Meten los hocicos como ratas en esos cubos de basura, sobras

de cena putrefacta, de huesos roídos, de botes de coors, de naptkins con

lipsticks y babas de besos sifilíticos, de pañales y zapetas meadas, de...

Un viejo, privado de Welfare, recoge sobras bajo la tenue luz del alba

matutina, mientras las sienes de festejantes licorinos forcejean por

reventar las paredes del cráneo. Inclinado sobre el bote de la basura

trata de alcanzar medio T-bone al mismo tiempo que la ex-señorita

encorvada fuerza una basca sobre la taza en donde suelen reposar

sonrosados y proteicos nalgatorios. En el centro del callejón dos perros

culijuntos representan la escena que todavía la noche anterior habían

representado los hijos de Baco y de Dionisio, del Banco y de la Bolsa. Y

don Pánfilo, al que le negaron el Welfare, sigue con su hocico olfateando

los desperdicios y los excrementos humanos y perrunos.

-Tío, y ¿por qué...?

-¿Por qué, qué?

-¿Por qué...? Nada.

Su tío lo había llevado, con mucho orgullo de «ingeniero sanitario», un

sábado de Chrismas por los jardines callejeros y matutinos, llenos de

relucientes papeles de regalos y ramas de arbolitos navideños.

Los clientes del parque San Lázaro estaban ese día un poco molestos porque

el Mayate no le quería bajar el volumen a su transistor. Era la hora del

programa «El Pueblo Opina», a cargo del locutor Juan «el Deslenguado»



Tirado.

«Buenas tardes, buenas tardes, estimados radioescuchas. Aquí les habla su amigo, su amigo de siempre, Juan Tirado. Llamen a la KKDG y expresen sus ideas libremente, pues estamos en un país libre. Expongan sus males, sus angustias, sus quejas y todo lo que ustedes quieran compartir con el resto de la Raza, de la gente, de la plebe, pues».

(-Cállate la boca, «Deslenguado»).

(-Bájale la voz a ese pelao, Mayate).

(-No, que la suba, que yo quiero oír el mitote que se trae la Raza).

(-Que la suba, pues).

-Mister Smith, was George Washington a bandit?

-Lázaro, you have a twisted mind.

-It is because my father likes Pancho Villa.

Pancho Villa «was a bandit...». A mi agüelito se le ponía el bigote chino cuando oía esto. Sólo lo oí así, «bandit», porque en español nunca había ido decir que Villa fuera un «bandido». No, eso nunca. Lo que sí era chistoso era ver los ojos de mister Smith cuando le dije yo que mi papá (y mi agüelito) decían que George Washington era un «bandido», así en español, porque en inglés «bandit» nunca lo habían dicho de George Washington, a no ser que lo dijeran los del otro lado del mar, los de Inglaterra. Después de todo, se levantó contra ellos. Y, claro está, todos los que se levantan, se alzan, se rebelan contra la autoridad, la injusticia, son «bandits», «bandidos», eso en todas las lenguas, pero no en todas, desde todas, bajo todas las maneras de ver. Eso no. Porque, no cabe duda, como decía mi agüelito, y mi papá, que «Jorge Guasintón fue un bandido para el inglés». Eso decía mi agüelito, que no sabía leer (y mi 'pá) y debían de tener razón. Por eso mister Smith había abierto tamaños ojos, como si hubiera visto una visión, una luz, como si hubiera salido de la oscuridad. Como si hubiera recibido una sorpresa, pues. Es que mister Smith no había leído libros en español. No sabía español. No podía leer el libro que guardaba mi agüelito en su mesita de su pieza. Pero yo andaba un poco preocupado por aquello de que «you have a twisted mind, Lázaro», que me dijo mister Smith. Se lo dije a mi agüelito y me aconsejó que no parara mientes en ello, que no le hiciera caso, aunque mi agüelito no sabía ni entendía muy bien el inglés. Yo no sabía qué hacer. Me encontraba así, como si estuviera entre dos paredes, muy pesadas y gruesas, como si fueran a caer sobre mi cabeza y me reventaran los sesos. Me dolía la sien de tanto pensar a veces. Quizás por eso también me decía mi agüelito que no hiciera caso.

«A ver, a ver, no se hagan. Llamen a la KKDG y expresen sus libres ideas libremente. No dejen que corra el tiempo. A ver...».

-Hello, hello. Diga. Señorita Paloma Garza.

-Buenas tardes, don Juan.

-Buenas, pero... ¡ay caray!, pero eso de don Juan como... como que no me cae muy bien.

(-Cabrón, te dieron en la pata coja).

(-Ja, ja, pos sí).

-Y ¿por qué no, don Juan?

-Porque yo no soy..., cómo le diré..., porque yo no soy así... tan faldero que digamos.

(-Ándale, como si no supiéramos que le dites unas sobaditas a la Güera).  
(-Tiene razón, él es medio maricón).  
-Perdone, don Juan. Yo no sabía eso.  
-Perdonada. Bueno, dígame: ¿usted es... señora o señorita?  
-¡Cómo que señora o señorita!  
-Quiero decir que si está casada o si es soltera.  
-Ah, bueno, así sí se entiende uno mejor. Pos le diré que estuve casada, pero ahora ya soy señorita otra vez.  
-¡Ah, chihuahua! Oiga, señor...ita Paloma, ahora sí que se está poniendo pelona la cosa, ¿no cree?  
-Perdone, don Juan, y no insulte. Yo ni soy pelona ni pelada, como algunas de mis amigas.  
-Mire, señorita, aunque yo mantengo y sostengo que en mi chow se expresen las «ideas» libremente, no dije que se hable de las «personas» libremente.  
  
-Y qué, ¿no es la misma cosa?  
-No, señorita Paloma, no. Dejémoslo mejor así, y ya.  
(-No le cortes, bruto).  
(-Ahora que se estaba poniendo suave la cosa).  
(-Ustedes son más mitoterros que ella).  
-A ver, señorita Paloma, ¿qué opinión quiere compartir usted?  
-Yo, don faldero, digo, y dispense, don Juan, quiero hacerle una pregunta a usted, una pregunta sobre un tema social.  
-Yo no soy «faldero», pero usted dirá.  
-Usted sabe muy bien, don Juan, que en este barrio, en esta ciudad, hay muchas putas. ¿Que no?  
-Pues... no sé decirle muy... bien.  
-No se haga, no se haga, don Juan. Usté lo sabe muy bien.  
-¡Ay, caray!, pues sí, pero... creo que hay que seleccionar las...  
-No, si ya están seleccionadas. Unas son putas y otras no.  
-Pues sí, pero digo que hay que seleccionar las palabras.  
-¿Cómo, pues?  
-Pues..., en lugar de llamarlas por su nombre verdadero, como usted las llama, ¿no cree usted que sería mejor llamarlas «niñas en llamada», «mujeres de la calle», «casas de infamia», etc.?  
(-¿Qué se trae ese baboso?)  
(-Pos que le gusta usar palabras rasuradas).  
(-Sus sobacos).  
(-Maricón, pues).  
(-Cállense el hocico y dejen oír).  
-No.  
-¿Por qué no, señorita?  
-Porque la gente, nosotros, pues, las llamamos putas o pirujas, y ya.  
-Amén.  
(-¿Y eso?).  
(-Pos sabe).  
(-Estará rezando).  
(-¿Ese faldero?).  
(-Que no es faldero, mano, que es un maricón).  
(-Amén).

(-¡Joder!).

-Mister Smith, is it true that the Pilgrims took the turkey away from the Indians?

-No. They sat down and shared the turkey with the them.

-Oh! I've got it all wrong.

-You sure did. But not from me.

-I sure didn't.

Ya desde el primer año de la Primaria tuve que pintar el «turkey» con el «gobble, gobble, gobble», y todo. Tuvimos que pintar a los gringuitos con su sombrero de plumas y a los inditos con su sombrero de Peregrinos o Quakers. Se veían muy chistosos, sobre todo cuando jugaban juntos y todos tenían que hablar inglés. Es que por allí, por Boston, siempre se habló inglés, los gringos y los inditos, todos. Además, aquellos inditos de aquellos tiempos eran muy inteligentes y eran bilingües. Eran muy abusaos. Se aventaban, pues. Aunque también fueron aventados... de sus tierras, claro está.

Lo chistoso era cuando tuvimos que dibujar en los «coloring books» la cena o comida de Thanksgiving. Se sentaron toditos los niños, como si fueran amigables y felices. Todo iba bien, hasta que tuvimos que pintar los colores del color del «turkey». Casi todos los estudiantes le preguntaron a la maestra que qué colores debían usar. Ella nos decía pues «red, white and blue», qué otros. Después nos sentamos a comer en la cafetería, que estaba en los «woods». Se había acabado la «white meat», ya no quedaba más que de la «dark meat». Que los gringuitos ya no querían de la «dark meat», que lo de más acá y que lo de más allá. Bueno, hubo un rejuego. La maestra no sabía cómo aplacarlos, ni qué aconsejarles. Los inditos se echaron sobre los platos de los gringuitos para quitarles la «white meat» y los gringuitos, que no estaban acostumbrados a ver ni a gustar de la «dark meat», se agüitaron de a madre. Todo fue un relajo. Se tiraron del moco. Desde entonces diz que ya no se llevaron bien los indios y los peregrinos. Hasta hoy día. Así quedó la cosa. Hasta los hombres y las mujeres se pelearon por las «meats».

Cuenta la historia o la leyenda que un peregrino, que había llegado tarde a la cena, porque andaba buscando leña para el fuego, cuando llegó encontró solamente un zanco de «dark meat». A pesar de que era un zanco, gordito, jugoso y sexy y todo, no se atrevió, no le entró, diz que porque no estaba acostumbrado a esas cosas. Prefería mejor quedarse en ayunas, como en cuaresma, una cuaresma matrimonial, que prefería eso a probar la «dark meat». Casi prefería masturbarse. Es que no todos habían traído peregrinas. Pero así era la cosa. Quizás también se abstuviera por fuerza de voluntad. Después de todo se habían escapado de la vieja Inglaterra y venido a la nueva, por asuntos religiosos, morales y todo ese relajo. Eso le ayudaba a abstenerse de la «dark meat», y hasta a detestarla. Así era la cosa.

La cosa es que ese día en la escuela fue un día de relajo para todos, y de confusión para mí. El problema de mister Smith, de que si los Peregrinos «took away» o «shared» el guajolote con los indios no se me quedó tan gravado en la mente. Fue la pelea por la «white meat» y la desgana por la «dark meat» lo que se me grabó más.

«Buenas tardes, buenas tardes. Aquí Juan Tirado otra vez con ustedes en su

programa favorito 'El Pueblo Opina', en la KKDG, la única estación de radio en español, de la gente para la gente. Llamen y expongan sus ideas».

-Bueno, sí, diga.

-Soy el señor Castillo, aunque la gente, mis amigos, me llaman «el Arrimao».

-Bien, señor Castillo, y...

-No, puede llamarme «el Arrimao», con confianza, no le hace. Yo no me ofendo, porque para mí vale tanto o más el bautizo que le da a uno el pueblo como el nombre que le ponen a uno cuando el padrecito le avienta al chamaco con el agua en la cabeza.

-Está bien, señor Arrimado, y ¿cuál es su opinión?

-Yo no tengo opinión. Yo sólo veo lo que veo.

-Y ¿qué es lo que ve usted?

-Muchas cosas.

-Díganos alguna.

-¿Por qué hay tanto hombre huevón que está prendido del Salvation Army, como un torito de las chiches de la vaca, y que van a dormir al Light House y se la pasan el día tirados al sol en el parque?

(-¡Ah, cabrón! Este bato rucu nos la está tirando a nosotros).

(-¡Quién, quién, que lo desmadro!).

(-¡Destápate la oreja, menso, y escucha!).

-Pues no sabría decirle con seguridad, señor Arrimado. Quizás porque no encuentran trabajo, o porque no pueden ya trabajar. Quizás estén jubilados.

(-¡Ese, bato!).

(-Simón, yo le entré a todo. Yo no soy huevón).

(-Chale, yo ya tengo el lomo doblado).

(-Nel. Yo no trabajo pa' patrones sanguijuelas. Que le chupen la sangre a su agüela, pero la mía no).

-No se haga, señor Tirao, no se haga. Usté sabe muy bien que en este país hay oportunidad para todos aquellos que quieran trabajar.

-Y usted, ¿podría decirme por qué el pueblo le llama a usted «el Arrimao»?

-Y, ¿por qué le llaman a usted Tirado?

(-¡Ay, fregados! Se van a tirar del moco).

(-Por eso me gusta a mí este chow).

(-¡Cállate, Casimirón!).

(-¡Shut up, Chango!).

-A mí, porque así parieron a mi padre y a mi abuelo.

-¿Pecado original?

-No, pecado sexual.

-Y, a usted, ¿por qué le pusieron el Arrimado?

-Porque diz que me arrimé a mi esposa.

-¿Al cuerpo o al dinero de su esposa?

-It's none of your damn business. Bye.

-Pecado social, queridos radioescuchas, pecado social.

(-Pecado capital, camaradas, pecado capital).

(-¿Qué te traes tú, Comunista?).

(-Pues que es pecado del capital, del Capitalismo. Del patrón, pues).

-Mister Smith, why is it that the Indians are in reservations?

-Because they don't know how to drink. They become wild and they have the urge to auto-annihilate, to kill themselves.

El jaguar estaba extendido a lo largo de la jaula. Parecía una de esas pieles que adornan los living-rooms de los famosos cowboys o safaris. Con una oreja trataba mansamente de espantar una mosca que se le había posado para chuparle una lagaña. Serenamente se dio la vuelta y continuó el sueño. Soñó en su pasado, como lo había hecho toda su vida, y como lo había hecho su padre. Soñaba despierto, aunque entornaba los ojos. Tenía sueños irreales. Soñaba que estaba soñando. Estaba confuso, le dolía la cabeza y se la rascaba con la pezuña. La mosca se escapaba, pero volvía impertinentemente, como una pesadilla. Le zumbaba el recuerdo de lo que sus antepasados le habían dicho que hacía cuando tenían energía. Se imaginaba corriendo, bravo y joven por el llano, el desierto y las montañas, como terrible rey de la naturaleza. Retorcía el cuello, levantaba la garra y enseñaba el colmillo. Los otros de su reino le temían y entonces se inflaba el pecho de orgullo, como un Cochise.

Un safari, con pantalón de mezclilla, sombrero de paja y botas con espuela, le apuntó el caño de su winchester. Le disparó un somnífero que se le clavó en el anca, como una inyección a un muchacho hiperactivo, y se quedó dormido. Vio vidriosamente que sus pestañas caídas dibujaban barras de hierro verticales y cruzadas en forma de tela metálica. La tina del agua le devolvía la imagen. No sabía distinguir si gallo o gallina. Se inclinó a que más bien sería gallo. Pero la diminuta cresta estaba caída. Levantó el ala y notó que en el costado tenía una cicatriz que había abierto un bistori veterinario. Ahondó en el pensamiento y recordó olores clorofórmicos. Estiró el ala, la abanicó ante una pollita, pero la gallina no sintió emoción. Sacudió la cabeza de coraje, y despertó. La mosca le seguía chupando la lagaña. Se levantó tímidamente y se acercó al barril de la cerveza. Otros jaguares mansos se tendían por el suelo, como midiendo la largura y la anchura de sus futuros nichos. Después de dar un sorbo, estiró el cuello y, sacando aire del fondo de los intoxicados pulmones, gritó: «¡Viva Gerónimo, hijos de su emplumada madre!». Giró dos veces sin estirar ala, y cayó al suelo. La tela metálica seguía de pie.

-Papá, ¿es cierto que los indios no saben beber y se vuelven furiosos y locos?

-Beben para olvidar, mijo. Para matar las penas, para poder llevar las humillaciones, para matar la vida.

-Y ¿de dónde sacan el licor?

-La sociedad se lo vende para que se maten solos, hijo.

Antonio Arteaga, que por tener un ojo de cristal la plebe le había puesto el Casimirón, medía más de seis pies. Aunque ya le raspaba a los sesenta y cinco, todavía se «sentía joven». «Tuve que retirarme temprano y chamacón», decía a sus compañeros del parque. Había sido muy trabajador, pero desde lo del «accidente» del ojo se jubiló, pero de verdad. Cuando venía al caso lo del ojo, se refería a ello como «lo del accidente». A ninguno de ellos se lo había confiado, pero la verdad es que le daba un poco de pena, si no de vergüenza. El caso fue simple. Cuando en lo del ferrocarril, siempre gastaba bromas con Danny Woods, conocido entre la plebe como «el Bolillo». Que si «te voy a chingar a tu vieja», que si «lo

tienes más pequeño que una viena sausage», que si «se te dobla como una lombriz», que si «las pirujas te sacaron la leche», que si lo de más acá que si lo de más allá. Por mucho tiempo le aguantó el Bolillo las insolencias a Antonio Arteaga. Pero un día se agüitó, pequeño como era. Aunque tuvo que mirar hacia arriba y hacer buena puntería, con el rabo de la pala que traía en las manos le metió tal chuzo en el ojo izquierdo que Antonio Arteaga no tuvo ni tiempo para mentarle la madre. De momento, sólo sangró. A los pocos minutos, lo tenía grande y rojo como un tomate de Sinaloa. Lo llevaron al hospital, y de allí en adelante ya no se supo más de él. Meses después, apareció en el parque con un ojo de cristal. Lo de «Casimirón» ya nadie se lo iba a poder borrar.

-Mister Smith, why is it that Chicanos live across the tracks, behind barbwires and highways?

-Because they don't want to integrate?

-What do you mean by integrate?

-It's like being together.

-Among ourselves or among yourselves?

-Well... to each its own. We have to respect rights, you know.

-Yes, I know, you know, we know.

La escuela quedaba en la línea divisoria del barrio. Hacía algún tiempo que le había echado el ojo a la Betty. Ella le sonreía. De chiste le decía que debía cambiar la marca. Que si el «Tide» dejaba la ropa más blanca, esa marca debía usar él. Trató repetidas veces. Se decía: «el Tide fue hecho para la ropa, por eso no surte efecto. Es todo». A ella le confiaba que quería andar mugroso, como los meros machos. Un día se decidió. Imitó a la Betty, y no fue a la escuela. Después de bajarse el calzón, Betty le dijo:

-What is that?

-What is that, what?

-That dark spot on your ass.

-Oh! That? That is... Well, that is that».

Se levantó el calzón y se largó. Al cabo de una semana, le secreteaba a un amigo suyo que no había como las rucas de su propia raza. Ellas aceptan a uno como es, con la mancha y todo.

En otra ocasión, la maestra de inglés, que le había avergonzado más de una vez porque le decía «Lázaro, here we don't chaine choose, we shine shoes», le mandó que se sentara en la silla de atrás, junto a la esquina. Al día siguiente no fue a clase. No porque no quería ver a la maestra, sino porque quería visitar a Nellie, que, como gata primaveral, adolecía de brama por esos días. La muchacha era muy popular y querida de muchos. No se le hizo difícil a Lázaro. No se escondieron debajo de las cobijas. Se sentía superior, aunque sólo fuera porque se había anclado encima. Lo notó en los brazos, sobre todo cuando se entrelazaban. Los antebrazos de ella con sus antebrazos. El contraste. Eso era, el contraste. Cuando llegó a casa, se olvidó de todo lo demás. De los movimientos, de la emoción, de la palpitación, del éxtasis, de todo. Sólo se le grabó el contraste. Le quedó grabado por mucho tiempo. El contraste, y el haberse sentido encimado. Eso fue todo.

El Preacher o Profeta había asistido de niño a una escuela católica. Ya de grande sólo iba a Misa de Gallo y a uno que otro velorio, cuando se lo

dictaba la obligación. El resto del tiempo lo dedicaba a lo suyo, que era bastante. «El tiempo es mío», decía a sus amigotes de parranda. Una dolencia de vejiga lo puso meditabundo. Se volvió un poco tristón al pasarle por la mente de que a lo mejor esta dolencia dependía de la cerveza. Todo comenzó por ahí y, para qué negarlo, en un sábado, cuando abrió la puerta a dos señoritas Testigos de Jeová. Cuando le dieron la nueva, abrió los ojos, no sabía si de miedo coyón o de deseos lascivos, pero los abrió. Alguien le malició de que había quedado embrujado por la rubia belleza de las dos chamacas. Como fuera, pero aquello de que «solamente ciento cuarenta y cuatro mil se salvarían» como que le quedó muy clavado en la mente. Él no quería condenarse. Eso ya se lo habían enseñado las monjitas, de chamaco. Pero ellas nunca habían limitado el número, así tan precisamente como estas dos chamacas. Hizo la señal de la cruz, y sanseacabó. Desde entonces no dejaba de llevar siempre la Biblia bajo el brazo. Él mismo se adelantó a la plebe. Aunque ésta le lamaba Prícher y Aleluya, él en cambio se bautizó con el bíblico título de «el Profeta». Se vestía de negro, con mantón largo. Casi nunca se cortaba las uñas, que las más de las veces dibujaban un arco iris de mugre, y dejó de rasurarse. Le crecieron unas barbas muy ralas y canosas, como las de un chivo vietnamita.

«Aquí, aquí de nuevo con ustedes, estimada Raza, su locutor favorito, Juan Tirado, en su programa de 'El Pueblo Opina', de la KKDG, de la gente para la gente... Ya llaman, ya llaman. ¡Ay, caray!».

-Sí, señora... ¿Cómo dice que se llama?

-Me llamo doña Blanca Castellanos, aunque me conocen más por la Güera.

-¡Ah! ¿La Güera de quién hablaron el otro día?

-No, no. Tengo entendido que esa otra es una piruja. Yo no soy piruja, no señor. Yo soy gente decente.

-Perdone, pues, doña Güera.

-Perdonado.

-¿Cuál es su opinión?

-Mi opinión y convicción es que debieran cerrar definitivamente las fronteras con México.

-¿Cómo y por qué?

-Poniendo una muralla como diz que tienen los chinos de la China, para que los hambrientos mojados no vengan a robarnos el pan de la mesa.

(-¡Ah, chingada!).

(-Putá no será, pero lo cabrona no se lo saca nadie).

(-¿Tendrá sangre azul?).

(-Mierda en el culo).

-Doña Blanca...

-Puede llamarme Güera, con confianza.

-¿Le gusta que le llame doña Güera?

-Sí, don Juan.

-Como iba diciendo, doña Güerita, ¿en dónde nació usted?

-Aquí me parió mi madre.

-Y... ¿se puede saber en dónde parieron a su madre?

-En Chihuahua, Chihuahua.

(-¡Ay, chihuahua! Y con lo que me gustan a mí las chihuahuenses).

(-Chihuahuense o no, es una cabrona).

(-Y se me hace que también puta).  
(-Víctima del endoctrinamiento y de la opresión capitalista).  
(-A ti ni Dios te entiende, Comunista).  
(-Ni falta que hace).  
-Y... ¿cómo pasaron sus padres el río, si se puede saber?  
-Eso ya no lo sé, pa' que vea usted. Nunca se lo pregunté a ellos.  
-Pues hágame un favorcito, doña Güera.  
-Usted dirá, don Juan.  
-Pregúnteselo.  
(-La jodió el Deslenguado).  
(-Eso lo hará mañana).  
(-Dicen que le gustan las güeras).  
(-Aunque sean oxigenadas).

-Miss Goldman, do you think someday I can teach English?  
-May be. But I wouldn't encourage you in that direction.  
-Then, why are you teaching Spanish?...

Se le había metido por la puerta de atrás. Sin darse cuenta se le metió. Le dijo que aquella era su casa. Simplemente se lo dijo. Al principio hasta comían juntos, mientras aprendía el negocio. Después le fue dando un codazo acá («sorry»), un codazo allá («sorry»), una zancadilla aquí («pardon me»), otra zancadilla allá («pardon me»). Por fin le dijo: «get out». Y se quedó con la vaquería, con la minería, con las cosechas, hasta con Taco Bell. Así fue. Y el mentado Frito Badido se fue a la Luna, lo echaron a la Luna, a dormir la siesta, dizque a robar sus propios fritos. Fritos mecanizados, fritos profilácticos, fritos pasteurizados, fritos incontaminados, fritos agabachados, fritos ilegítimos. Comida adulterada, pues. No era ni sabía como la que hacía su madre, ni su abuelita. Por eso miss Goldman no comprendía por qué le había dicho: «Así no habla mi nana». Es que miss Goldman lo había aprendido, no de los labios de una abuelita, ni de los quejidos de la Llorona, sino que lo había sacado de las páginas limpiísimas, pasteurizadas de un McMillan and Co.

Juan Samaniego había terminado la High School. Pero sus ideas no le vinieron de ahí. Por lo menos, eso decía él. Tampoco le venían de los libros, porque nunca había aprendido a leer bien. Le venían, sobre todo, de lo que había oído líricamente. Algunos corridos lo insinuaban. Eso lo supo, porque uno de sus hijos se lo indicó. Resulta que el hijo mayor se hizo brown beret, el que colgó de la pared de su pieza un cuadro de Che Guevara. El hijo dejó crecer el bigote y se compró una gorra. Su padre notó la semejanza. Quiso imitarlo, pero desistió. Sin embargo, las ideas le fascinaron. Trató de predicarles a los trabajadores de las minas, pero lo tomaron por loco. En lugar de desilusionarse, sus ideas se fortalecieron, aunque un poco tarde, pues ya se le acercaba la jubilación. «El sistema capitalista no hace más que chuparle la sangre al pobre y al obrero». Fue todo lo que dijo, y se retiró taciturno. Muchos se burlaron de él y le pusieron el Comunista. A él no le desagradó lo del apodo. Para reforzar su «ideología», como la llamaba él, le dio por dejarse la barba y la greña a la manera de Marx. Como los «jubilados» del parque nunca habían oído hablar de ese barbudo, tuvo que explicarles más de una vez lo que él había aprendido líricamente del padre del comunismo. Había estado una vez en la cárcel. Lo había enjaulado un juez chicano a quién él llamaba «Your



Honor Pinche Vendido». Decía él que la mayoría de los chicanos en la Pinta los había echado allí el mentado «Your Honor». Eran muchas las razones, pero él se consideraba «preso político». La verdad es que cuando él aterrizó en «la jaula» todavía no había oído hablar de Karl Marx. No se sabía exactamente por qué había pasado tres años en la pinta, pero corría el runrún de que se había enredado con una chamaca ya varias veces desflorada. Pero él insistía en que había sido «por razones políticas».

Although progress is welcomed and beneficial for everybody, there are people that do not want to adjust to it. Drugs, liquor, rape, and alike run uncontrolled. So, plans are underway to build another city jail. However, one city councilman has opened his mouth. He harbored the thought of locating it in the Sunrise Hills District. Incredible. A jail in a clean, respectable and well-to-do residential area.

The Republic Free Press

Por primera vez, algún concejal ciudadano tuvo el valor de «darle vuelta a la tortilla». Se trata de construir otra cárcel en la ciudad, en la parte Sur, en donde se encuentran la mayor parte de nuestros barrios. El dicho concejal simple y claramente sugirió la posibilidad de construirla en Sunrise Hills, pues ya tenemos una en Sunset District. Los demás concejales se quedaron con el aliento congelado en el gaznate. Después de un rato, parece que se oyó un clamor casi unánime que decía: «Impossible». Mucho después, el alcalde determinó: «The motion has been tabled».

El Clarín del desierto

-Hello, hello. Diga usted.

-Yo me llamo Manuel Castro, pero la plebe me llama el Político.

-Y se puede saber ¿por qué le llaman el Político?

-Pos porque me meto en la política.

-Hombre, pues sí, eso se le ocurre a cualquiera, ¿que no?

-Pos sí, creo yo.

-Y, ¿se puede saber cuál es su opinión?

-Que nuestros males vienen de que la Raza no tiene bastantes políticos.

-Y si los tuviéramos, ¿cree usted que nuestros males desaparecerían?

-Pos yo creo que sí, ¿que no?

-Hombre, pues yo no sé. Usted es el que está emitiendo su opinión.

-¿Que estoy qué?

-«Emitiendo», dando su opinión.

-¡Ah! Pos sí, ¿que no?

-Pues yo creo que sí.

(-Oye, Mayate, ¿por qué no apagas eso?).

(-Apago qué).

(-Pos el transistor ése).

(-Y, ¿por qué?).

(-Para no tener que oír esas babosadas).

(-¿Crees tú?).

(-¿Eres pendejo o qué?).

-Mister Maldonado, I want to be a doctor, how can I go about it?

-Lázaro. That is not for you.

-Why?

Debajo del curita había una gasa. Con mucho cuidado la despegó. Una capa de gasa iba adherida al curita. Con la punta de los dedos tiró de la otra capa. Gasa y más gasa, como estratos geológicos superpuestos por años, por generaciones, como niveles de conciencia interpuestos entre el afloramiento de lo desconocido y la raíz de la misma. Un sedimento se había estancado sobre el fondo del agua y sólo se veía turbio. Como gafas de sol, como espejos que rechazan, que devuelven la imagen superficial sin dejar ver el fondo del alma transparente y nítida. Capas superpuestas de basura, de fertilizante, como en los botes de los callejones, como en los jardines de la escuela, de la ciudad.

-You wouldn't be able to...

-Mister Maldonado, I want to be a doctor. I want to take care of my agüelita, my people, pues.

-Fine, fine, but you can't make it.

-Why, mister Maldonado?

Si mi abuelita curaba a los enfermos, ¿por qué no puedo ser doctor yo? ¿O es que no saben que nosotros sabíamos hacer cosas así? Hay que olvidarlo ahora («You have to forget it»). Esas cosas son brujerías, son cosas del diablo («¡Comadre! ¡Me lo dijo el padrecito, comadre!»). Los doctorcitos dicen que no es científico. A doña Casimira la quisieron llevar a corte. Los doctores dijeron que eso no era científico. Y el juez les creyó a ellos («That isn't the American Way. That is witchcraft. There are severe penalties against that practice»). Mister Maldonado se lo creyó también. Es que ya se lo habían repetido muchas veces, por muchos años, desde que era chamaco en la escuela primaria. Ya habían pasado muchos años, porque ahora ya era consejero. Eso era lo que decía. Aconsejaba, nos aconsejaba a los estudiantes chicanos. Así era mister Maldonado. No sabía hacer otra cosa. Es que sólo sabía decir eso, repetirlo. Repetir lo que le habían dicho. Que lo repitiera. Como un perico. Nunca lo dejaron pensar, ni tuvo tiempo para eso. Sólo repetía («You can't not make it, you can't make it»), repetía lo mismo que había oído desde que era chamaquito en la primaria. Eso nos decía, nos aconsejaba, nos repetía a nosotros también.

-Mister Maldonado, I want to be a doctor. I want to save the lifes of my chamaquitos.

-The Americanos will take care of them.

-But I mean, I mean, the unborn chicanitos.

-You will never make it. Eres un menso, un pendejo, can't you see?

Le dijeron que sí. A todas les decían que sí, que habían contraído una enfermedad. Una enfermedad diz que asiática. Que no saben cómo ni cuándo. Quizás fuera hereditaria. Si así fue, entonces viene de muy lejos la cosa. De generación en generación, y de lugares muy lejanos. La China, el Este, de donde vienen los amarillos, los prietos. Así les dijeron. Que iban a tener unos chamacos algo diferentes. Los ojos un poco ladeados, la greña

muy lisa, la barba de Ho-Chi-Min. Quizás la lengua muy grande, echando saliva, colgada de afuera. Eso les decían los doctores, los que habían ido a la escuela, al colegio, a la universidad. Y ellas se volvieron miedosas con lo que les decían. Tenían miedo parir chivos, güerquitos chinos. Los querían sanos, normales, güeritos mejor. Eso les decían ellos que era mejor. Que se esperaran para la próxima vez. Que esta vez no, que mejor no.

Así se lo había contado su madre, cuando él era niño, cuando todavía no había salido al mundo. Que por un pelito se quedó sin ver este mundo. Su abuela, que no había ido a la universidad, se lo había dicho a su madre. Que no, que no siguiera malos consejos. Y él se lo agradeció mucho a su abuelita. El consejo, pues. Los otros no tuvieron la misma suerte, porque sus madres siguieron el consejo de los doctores. Los sacaron tempranito de la huevera. Los pobres ni pudieron chillar, no tenían fuerzas, pues. Él se quedó sin carnalitos. Por eso no tenía muchos carnalitos con quien jugar. Cuando corría por las calles de su barrio, jugaba con los animalitos. No había chicanitos, ni chinitos, ni nada. No había güerquitos, pues. Por no seguir el consejo de mi agüelita, ellas se dejaron. Se dejaron engañar, y en los barrios no se oían risas. Solamente lamentos en las noches («¡Ayyy!»). Yo tenía miedo. Mejor fuera no haber nacido. Como los otros, pues.

Don Braulio Quezada, a quien llamaban el Ciego o el Focos, aparecía algunas veces por el parque. Su ceguera le impedía movilizarse con la misma facilidad con que lo hacían los otros. Sin embargo, estaba más enterado que ellos del mitote del barrio. Aunque sabía casi todos los chismes, no alcanzaba a disfrutar de algunas sutilezas sibaríticas de que eran capaces sus compañeros. Por ejemplo, nunca pudo imaginarse por qué le llamaban «mayate» al Mayate. Le decían que porque era más prieto que los otros. Pero esta explicación lo dejaba tan a oscuras como estaba antes. Tampoco podía comprender totalmente lo del Casimirón, a pesar de ser «medio pariente suyo», como pícaramente le insinuaba el Chango. Es que nunca le había visto el ojo de cristal. Y, para decir verdad, ni el sano. Caminaba con su caña o bastón blanco. Hubiera preferido un perro, pero eso no estaba al alcance de su bolsillo. El Comunista le indicó una vez que, en un país capitalista, un ciego pobre nunca podría tener perro. Se interesó por algún tiempo en el comunismo, pero solamente por lo del perro. Además de la caña, Focos llevaba pantalón guango que nunca había visto plancha. El abrigo color gris oscuro se lo concedió el Salvation Army. Y el sombrero, al estilo de Humphrey Bogart, se lo había regalado Casimirón, por ser su «medio pariente». Los ojos miraban a todos y a ningún lado. Parecía como si las pupilas se hubieran avergonzado del mundo. Le dieron la espalda y aparecieron dos blanquillos de zopilote. «Buenas tardes, radioescuchas, buenas tardes tengan todos. Aquí Juan Tirado otra vez con ustedes en la KKDG, ofreciéndoles su programa diario, 'El Pueblo Opina'. No se hagan, llamen y expongan su opinión libremente».

-Diga. Sí. Diga. Pero no hable tan alto, hombre, que me va a romper los tímpanos. Eso, así, sin emocionarse. ¿Y cómo dice que se llama? ¿Así le llaman? Repítalo, por favor.

-El Comunista, ¿o es que no oye?

(-¡Fregao! ¿Y qué está haciendo ese loco en la KKDG?).

(-Pos hablando, menso. ¿O es que no oyes?).  
(-Sí, pero...).  
(-Y ¿de dónde habla?).  
(-Del teléfono de la gasolinera del judío).  
(-Pero si no tiene un centavo el pelao).  
(-Quién, ¿el judío?).  
(-No te hagas menso, bruto).  
(-Pero si no puede ver al judío, ¿cómo puede estar llamando desde su gasolinera?).  
(-¿Es que no tenía un quarter ayer?).  
(-Sí, ayer mercó una peseta).  
(-¿Así, simplemente?).  
(-Así nomás).  
-¿Es que usted no tiene nombre de pila?  
-Sí, lo tengo, pero no lo quiero, ni lo necesito.  
-¿Por qué, si se puede saber?  
-Porque no va con mi ideología.  
-Con sus ideas, dirá usted.  
-Con mi ideología, que no con mis ideas.  
-Y ¿se puede saber quién le puso el Comunista?  
-Yo mismo me lo puse.  
-¿No cree usted que es un poco extraño eso?  
-No.  
-De todos modos, supongo que tendrá usted derecho a llamarse como usted quiera.  
-Pos sí, lo tengo.  
-Bien, y ¿cuál es su opinión?  
-Tengo una opinión general y muchas no tan generales.  
-Pues, comience por la general.  
-La general es que todos los que hasta ahora han llamado a su programa son una bola de pendejos, estúpidos, babosos e indoctrinados.  
-Oiga, señor Comunista, oiga, tenga cuidado con sus palabritas, porque el público está escuchando y no se puede ofender así a los radioescuchas, y menos a las damas.  
-No, pero si también va para ellas. También ellas son unas babos...  
-Párele.  
-A mí no me parirá nadien.  
-¡Válgame Dios!  
-¡Que se cree usted que Él le va a valer!  
-Mire, señor Comunista, ¿por qué no pasamos mejor a sus opiniones particulares y dejamos lo de la opinión general para otra ocasión? ¿No cree usted?  
-No, yo no lo creo, pero usté es el boss.  
(-No te dejes, Comunista, dales en la madre).  
(-Eso, Comunista, dales en la madre).  
(-No repitas, perico, no repitas).  
(-Yo no soy perico, Casimirón).  
(-No interrumpas, pues).  
-¿Cuáles son sus opiniones particulares?  
-Quiero responder a todos los que ya le han llamado.

-Pues tendrá para rato. Pero comience usted.

-A la señorita desflorada ésa que se llama Paloma, y que no se puede explicar por qué hay pirujas, le diré que no es solamente porque las putas se abren de piernas, ni porque los hombres quieren probar que tienen los tanates tamaños así...

-Por favor, señor Comunista, use un lenguaje más apropiado.

-Creo que mi lengua es la lengua de la gente y para ella estamos hablando, ¿que no?

-Pues sí.

-Pos entonces no interrumpa. Como iba diciendo, señor Tirado, la razón y causa de la putería está en la explotación económica del capitalismo gringo.

-¿Cómo?

-Como oye. Si el gobierno diera trabajo a esa gente, la mujer no se abriera de piernas ni el hombre anduviera ocioso. Y si el hombre pudiera controlar el sudor de su trabajo, se sintiera más digno, más hombre. Y esto no es todo.

-¿Hay algo más?

-Sí, que la prostitución la controlan los capitalistas y se meten el dinero sifilítico y agonorreado en los bolsillos y lo invierten en otros vicios.

(-Fregado Comunista, cuántas cosas sabe).

(-Cállate la boca, Chango, que todavía no terminó).

-¿Alguna otra opinión particular?

-Sí. Que el que se llama Político ni sabe de política, ni sabe nada de nada. Puro pedo.

-Y ¿cómo es eso?

-Pues que, aunque la Raza elija a sus propios políticos, no nos valdrá de nada. Porque serían una minoría. Y en una democracia, en donde se deben contar los votos, los votos de la minoría son como si los quemaran. No valen mierda. Además, de que corre el peligro de que los políticos se vendan, y eso es lo que hace el sistema capitalista: compra votos y personas.

(-A este Comunista no le entiende ni su propia madre).

(-¡Cállate Casimirón!).

(-Lo que yo siento es que se me están gastando las pilas del transistor).

(-Te compramos otras, Mayate).

(-Gracias. No sabía que tenía brothers tan abusaos).

-¿Ya expuso todas sus opiniones, señor Comunista?

-Todavía me quedan muchas más.

-Pues ándele y sea breve.

-A la güera chihuahuense le diré dos o tres cosas. Que está indoctrinada y tapada. Que el capitalismo gringo trajo de esclava a su mentada madre de mojada. Y que a ella misma le esclavizaron la mente, que es peor todavía. Que el capitalismo nos está dividiendo a los hermanos y quiere que nos odiemos y que nos matemos solos...

-Mister Maldonado, why are there so many gringo teachers and administrators in our chicano school?

-Because that is the way it is.

-Why aren't you Principal?

-Because, that is the way it is.

-Why aren't you teaching in Sunrise Hills High School?

-Because..., that is the way it is.

-Why are you so vendido?

-Because... Te voy a dar en la madre.

Se acordó de aquella chicana del banco. Era muy bonita la chamaca. Se acordó de cuando siempre decía, «Our bank has the best services in town». Aunque se acordaba siempre de eso, nunca comprendió por qué era tan rica esa chamaca chicana. Eso pensaba él cuando iba al banco con su mamá a cambiar el cheque. Allí estaba la miss Sánchez. Cuando abría el cajón había dinero de a montones. Sonreía la miss Sánchez cuando cerraba el cajón y miraba a mi mamá. Le decía que yo era muy «cute». Me daba vergüenza, pero luego pensaba en lo del cajón y en lo rica que era. Chamaquito como era yo, hasta me daban ganas de casarme. En la sonrisa se parecía mucho a mister Maldonado, excepto que éste no tenía tanto dinero, ni era tan guapo. Más tarde, mister Maldonado me había revelado que el dinero no era de ella, de miss Sánchez. Que ella solamente estaba allí de cajera, para sonreír. Que los del dinero estaban detrás, lejos, que nunca aparecían por allí. Que a veces ella podía ir a hablar con ellos, y que ellos querían que ella llevara la falda corta, y que se agachara para verle las piernas y las chiches. También mister Maldonado me dijo que a ella le gustaba hacer de todo, porque ellos tenían los ojos muy azules. No sé por qué me decía eso mister Maldonado. Pero que el dinero del cajón, que no, que definitivamente no era de ella. Entonces me di cuenta de que miss Sánchez se parecía mucho a mister Maldonado, y me acordé de lo que decía él siempre: «That is the way it is». Es que nos enseñaba muchas cosas nuestro consejero, mister Maldonado.

El Chango era un hombre raro. Liviano, de unas cien libras. Chupado, como uno de esos canutos o brazos de mata que se ven disecados en cualquier arrollo del desierto. Prieto y cacaruso, como el esqueleto de un cacto. Decía que le gustaban las alturas y que creía que su «madre lo había parido en un árbol, como las águilas». Pero la verdad es que le tenía miedo a los perros. Abierto de piernas, se sentaba en dos ramas a la vez, y usaba el tronco para reclinar la incipiente joroba. Cuando hablaba, nunca miraba para abajo, y, por entre los dientes caídos, producía un silbido de pájaro encanizado. Con la mano derecha se rascaba la cabeza, y el sobaco con la izquierda. Siempre que se tiraba un pedo, que eran frecuentes y ruidosos, alzaba la nalga derecha. Para ello tenía que apoyarse fuertemente con las dos manos en las ramas. Cuando lo veían menearse de esa manera, los de abajo, de antemano, se prevenían de sus descargas etéreas con un «amárrense las narices, que ahí vienen frijoles». Al principio, hasta lo amenazaron con tapárselo con un elote y todo, pero ya después como que se acostumbraron al cañoneo.

-Mister Maldonado, are you Chicano?

-No, I'm Mex..., I'm American.

-Mexican-American, you mean.

-No, plain American. I was born here.

-But your name is Chicano.

-My name comes from Latin.

-And your blood?

-Well, you see, I'm part... Well...

El accidente había ocurrido en su barrio, en la calle Alamitos, casi enfrente de su casa. Se acordaba que todavía no había hecho la Primera Comunión. La carcancha de don Baldo lo había atropellado. Nomás se veía la sangre en la calle, junto a la banqueta, cerca de mi casa. Era un charco, pero ya estaba casi seco. Aunque en el centro estaba muy colorada y parecía que era una cosa pegajosa, alrededor tenía otro color, algo oscuro, casi negro. Creo que ya estaba seco, porque no se veía pegajoso. Aquella noche no pude dormir bien, porque nomás veía manchas coloradas y negras en mis ojos. Me dio mucho miedo. Creí que se le había quedado el alma en el charco. Por eso le corrí, con las manos en los ojos. Y por eso tropecé y me caí. Me levanté para ver si yo también había dejado otro charco de sangre. Me pareció haberlo visto. Me agaché, y me di cuenta que la había visto, aunque no en el suelo. Después se me ocurrió que la llevaba todavía en los ojos, por eso me pareció que la había visto tirada en el suelo. Cuando salió del hospital, no hacía más que llorar. No se sabía si de dolor, de contento o si era porque se había vuelto loco. Pero le salían lágrimas, se reía también. Algunos decían que se reía porque la sangre que le metieron no le había caído bien. Otros decían que se reía porque ya no se sentía mexicano. Otros decían que, porque le habían metido sangre azul, se creía que se iba a poner güero. Algunos dijeron también que lloraba de contento, porque ahora era gringo y ya no le llamarían nunca más greaser. Pero lo que sí era cierto es que se reía mucho cuando lloraba. A la gente le daba mucha lástima. A mí se me grabó mucho en la mente y en los ojos.

... Statistics show that the number of cars grows faster than the construction of city streets and county roads. The City and State leaders are working out plans to build another freeway to provide access to jobs and interstate traffic. They will present these plans in the next general elections. Political propaganda on Proposition 221 is underway. It is almost sure it will pass.

The Republic Free Press

... Hace veinte años se construyó la única autopista que tiene la ciudad. Dividió a nuestros barrios por la mitad, de Este a Oeste. Ahora quieren construir otra, de Noroeste a Sureste, dividiendo aún más nuestros barrios. La red de ferrocarril ya se está construyendo y la expansión del aeropuerto será una realidad en breve. ¿Qué será de nuestros barrios? ¿En dónde nos meterán?

El Clarín del desierto

Algunos trapiés había tenido Lázaro en su juventud. Sentía algunas veces un horno que le devoraba allá adentro. Le salía de la raíz, de la entraña misma de la vida. Como si se le hubiera acumulado por mucho tiempo, por muchos meses, por muchos años, por muchas generaciones. Como un corazón

palpitante. No sabía si de vida, si de odio o si de responsabilidad. Como un peso que la herencia o las generaciones le hubieran legado. Quería sacudir el yugo. Y aquella noche lo sacudió. La noche que se encontraba a solas con Susan Parker. Él no se lo podía explicar, pero siempre que ella lo veía en la clase de matemáticas y en los pasillos de la escuela no se fijaba en él. Tuvo que aguantarse mucho tiempo. Pero llegó aquella noche. La noche del Prom, Tommy Stitcher no la quiso llevar. Ella no se lo podía explicar. Habían sido amigos desde la Primaria. Novios en su último año de la Secundaria. Ella ya le había mostrado que lo quería. Se lo probó muchas veces, aunque algún otro ladronzuelo le había robado el secreto de la adolescencia femenil con anterioridad. «Le hizo de chivo los tamales», pues. Sin embargo, a Tommy no le traía preocupado ese detalle. Pero ella no se lo podía explicar. Muy simple.

A última hora recurrió a Lázaro. De él no dudaba. Sabía que él se fijaba en ella, aunque nunca le dio esperanzas. Lázaro aceptó a la primera. Ni se dio cuenta de la ceremonia. Y ella se dejó conducir. Andaban los dos como sonámbulos. Fue aquella noche de plena primavera, cuando la vida y la graduación exhalan un aliento de coito. Los acordes musicales de la banda roquenrolera eran absorbidos por el follaje del parque. El tambor marcaba distintamente el ritmo. El ritmo matemático y preciso, como cuando el gallo gala a la gallina, o cuando el amante llama con badajo a la puerta de la amada. Seis golpes tamboriles como seis generaciones rítmicas y pesadas descargó Lázaro sobre Susan. Como una llaga llena de pus, o como un costal repleto de maíz se derramó por el parque oloroso a primavera y a vida. Seis llamadas, seis golpes, seis generaciones se desbocaron como arroyo tortuoso en un remanso adormecido. Fue el mensaje de seis generaciones, encorvadas por el peso del yugo que las tenía atadas. Ella recibió el mensaje, aunque no se lo malició.

Allí estaban ellos, sin decirse una palabra. Meditabundos. Como lagartos al sol. Uno acostado en el zacate. Otro acostado a lo largo de un banco. El tercero encaramado en las dos ramas bajas de un árbol. El Comunista, sentado con los dedos engarfiados en las greñas. El Ciego con las nalgas en una roca, las dos manos apoyadas en la caña y las canicas mirando al infinito. El Profeta, con su Biblia bajo el brazo, parecía una alimaña enjaulada. Mudos. Un mutismo exacerbado y elocuente. Ya habían repetido sus historias hasta el aburrimiento. Se sabían las vidas de memoria. Un disco rayado. Cada vez que lo tocaban era un escape. La angustia y la frustración quedaron grabadas en cada surco del disco. Como la aguja, penetraba y picaba para extraer la acritud en masa. Se escapaba la amargura y se quedaba envuelta en la cáscara, en el globo del parque. Se extendía por el zacate y se colgaba de las hojas de los árboles. Bastaba una llovizna, un rocío o una brisa para que se activara y se apoderara de la mente, de las mentes de todos. Picaba como la aguja de un tocadiscos, como el agujón de una abeja, de una avispa.

Por entre la melena, las uñas del Comunista se le clavaban en el cerebro. Como el burdo cincel que usaba en el cobre. Con cada martillazo descargaba su alma. Tenía que estar boca arriba, perforando la vena, a dos mil pies bajo tierra. Seguir la vena boca arriba. Al poner la dinamita, se creía un dios. Un destrozo volcánico. Creación a la inversa («¡Te desmadré, cabrona!»). Seguía la vena («¿Hasta cuándo?»). Día tras día. Año tras año.



Las horas se hacían eternas («¿Cuándo llegará el día? ¿Cuándo llegaré al lugar?»). Seguía la vena. Se retorció la vena («La vena que llega al corazón, que llega a la entraña de la vida»). Por cálculos caseros lo sabía. Los de arriba no lo sabían, ni con cálculos tecnológicos («¿Algún día llegaré. Por debajo ha de ser. Porque estoy debajo, con la cara para arriba»). Mirando para arriba. ¿Para dónde va la vena? («La sangre del cobre. La sangre del pobre»). Los años eternos pasaban («Algún día llegaré»). Aquellas grandes oficinas, alfombradas, acondicionadas. Allí estaban los libros de cuentas, las computadoras. «Tantos miles de toneladas. Tantos millones de dólares» («Cobre, pobre»). Los separaba la corteza de la tierra y la alfombra del piso. Solamente esas dos capas. Él miraba para arriba, para el cobre, y ellos miraban para abajo, para los números. Se acercaban las miradas («Nos veremos cara a cara»). Le acariciaría la alfombra, acariciaría a la alfombra. La alfombra policromada. Como un arco volcánico después de la dinamita.  
-¡Comunista!

Se incorporó al llamado del Chango. Quería advertirle, y se lo advirtió. Efectivamente, tenía la espalda mojada. Se creyó que era su propio sudor, de los martillazos que daba hacia arriba, boca arriba. Pero era el rocío que había caído la noche anterior sobre el zacate alfombrado.

El Chango lo sabía bien. Lo supo, después de veinte años de trabajo. Su padre le había dicho que hiciera lo que él había hecho. Después de todo ya «era tradición de familia». No le pareció mal. A los diez y ocho años recibir el salario mínimo era mucho dinero. Podía tener su carcancha y llevar a una chamaca al cine y al baile. Hasta le sobraba dinero para la birria. La pasaba padre con sus amigos («Ya tengo un full-time job, 'mano»). No podía ser. Mejor el unemployment. Además, si decía algo, si se quejaba, se exponía a ser reemplazado por «cualquier estudiante mocosito». Se lo habían dicho últimamente. En aquel tiempo. Que si quería el pago más elevado, que no se preocupara, que había estudiantes que querían hacerlo («para las chamacas, para la birria, pues»). Pero ahora él tenía esposa y familia, y no alcanzaba para tantos. No era sólo la rabia. Hasta celos le daban («¿Cómo aquellos chamacos podían gozar de aquellas chamacas medio encueradas, aplastados sobre el zacate!»). Miraba para el zacate y allí estaban las chiches escondidas bajo dos garritas. Miraba para los ventanales, y allí estaban los meros meros, con saco, corbata y todo el rejuego.

(-How much I envy you, mister López).

(-Beautiful day outdoors, mister López).

(-This grass is so soft, mister López).

(-Can I sit on the grass while I do my Chemistry, mister López?).

(-I would love to sleep tonight on the grass, mister López).

(-The birds are so happy today, mister López).

-¡Chinguen a los birds y al grass y a sus madres, lazy cabrones!

Pasaban en procesión corbatas, sacos, bikinis, nalgas y chiches adorando a los libros, al dinero, al grass y a los birds. «Mis hijos se quedarán sin pan, pero no sin padre», dijo, y se fue del College.

Samuel Santamaría, el Preacher o el Profeta, había sido «Sanitary Technician». Tanto así que, en fiestas y cuando se encontraba con alguien desconocido, se presentaba él mismo como «Samuel Santamaría, Sanitary

Technician», como si la profesión fuera parte de su ser. Le caía muy bien al oído, y hasta se le llenaba la boca al pronunciar el nuevo apellido o apelativo. A veces se le trababa la lengua con el doble sobrenombre inglés. Ésa era la mera verdad. Lo único que le preocupaba era la pronunciación. Más tarde en su carrera, otras preocupaciones se le echaron encima. Por ejemplo, aquella observación maliciosa y cruel de una amiga suya que sabía bastante sobre su profesión. Le dijo corta y brevemente que no se hiciera el pendejo, que no era «technician» ni nada que se le pareciera. Que era simplemente «basurero y agarracerotes». Eso no le cayó nada bien. Se le escurrió por las verijas del alma. Tampoco le cayó bien la observación que le hizo otro amigo suyo cuando, una vez, se dejó llevar de la inspiración Samuel y le intimaba que su profesión era algo así como una manufactura. «Imagínate, amigo», le decía, «una fábrica de vino. Después de recoger la uva, llevarla a la bodega, exprimir los racimos, meter el zumo en los barriles, fermentarlo, embotellarlo, distribuirlo, comprarlo y... beberlo, como nosotros. Éste es el fin del proceso. Esto es como lo que yo hago. Ésta es mi profesión. Como el gustar de ese último paso en el largo proceso del vino». Lo sacó del éxtasis su amigo cuando le dijo: «No te hagas pendejo. El proceso no termina ahí. El vino nos lo bebemos, pasa por los riñones, de rosé se pone amarillo, se echa por el pito y se va por el excusado, o se dispara contra un árbol. Es puro meado, mano, puro meado, pura cuacha, pura mierda. Después tú la recoges con tu troca. That's all, 'mano, that's all». Desde entonces se volvió taciturno y, cuando le preguntaban por su profesión, decía abstractamente: «trabajo por la ciudad». Y nadie lo sacaba de ahí. «Por la ciudad, he dicho». En lugar de cacarear, pensaba. Pensaba cómo cambiar de profesión y de sobrenombre. Pensó mucho y muy largo, hasta que un día, cuando pasaba con su troca llena de basura por junto a un parque cerca de Sunrise Hills, se percató de que había un grupo de personas, en su mayor parte señoras, ya un tanto pasadas, escuchando respetuosamente a un hablantín. Lo miró de reojo, y dijo: «Yo también quiero ser gallo de corral». Cuando ya antes le habían caído a la puerta las dos chamacas Yehova Witnesses, estuvo tentado allí mismo de convertirse al ministerio espiritual, profesionalmente. Pero este segundo remalazo lo tumbó. Dicho y hecho. Le intimó al boss que «I had it. Bye». Ni esperó a dar más razones. Era viernes. Recogió su cheque y, al día siguiente, que era Sabbath, se metió por la puerta de un templo Aleluya. Al mes ya era brother Samuel. Destino, Barrio Las Pencas. Profesión, Prícher. Después de algún tiempo de clases escripturísticas y de vender Biblias de puerta en puerta, le dieron clientela y responsabilidad seria: un templo en el barrio, por cuyas ventanas soplaba un viento embrujado, y por cuyas puertas entraban ratas nocturnas a hacerse el amor y hacer del excusado. Pero, en fin, lo tendría a propiedad y perpetuidad y, como dijo el otro, «a caballo regalado no le mires el diente». Se quedó con el caballo sin dientes, sin ventanas y con las puertas agujereadas. Allí practicaba los Sabbaths. Adquirió facilidad de palabra y, poco a poco, comenzó a citar profusamente textos ininteligibles del Apocalipsis y a esponjarse como los gallos cuando están en presencia de las gallinas, cluecas o no cluecas. Éstas quedaban con el pico abierto para recibir el maná y con la cresta inclinada recibiendo los picotazos del gallo esponjado.

-¡Profeta! ¡Siéntate o márchate! No andes gastando chancla pa'lante y pa'trás, que me están entrando ganas de hacer basca -le dijo el Mayate que estaba sentado en un banco cercano.

El Mayate era uno de los campesinos de casa acuestas. Era de origen texano y seguía las cosechas por el Midwest y por el Northwest, hasta volver a Texas en su pickup. Durante uno de esos viajes, y por una de esas tantas carreteras de Indiana, su esposa parió a su tercer hijo en el pickup. Nació, pero se murió muy pronto. Como no había Padre, ni clínica, ni mortuoria, ni dinero, ni nada, tuvieron que enterrar al chamaquito frío a un lado del camino. De inmediato le sobrecogió el miedo de que la ley lo supiera y lo llevaran a la prisión por un acto así, tan cruel e inhumano. Pero más tarde se le clavó el dolor más adentro. Un dolor insistente. Trató muchas veces de desprenderse de la pesadilla, pero nunca lo lograba. «Si no tuviera que andar de colero, siguiendo el betabel, la cereza y el pepino... Si fuera ranchero... Si no fuéramos tan pobres... mi chamaquito ni se hubiera petateado, ni hubiera sido enterrado allí en el diche, mismamente como un perro». Durante el resto del viaje hacia Michigan quiso gritar, pero se le atoraba todo en el gaznate. Trató muchas veces, pero no pudo. Su esposa ni trató. Iba a su derecha, en la cabina del pickup. Pálida y con los ojos idos. No decía nada. Ni tenía ganas de gritar. Estaba como azonzada. Él, en cambio, quería chillar: «Maldita la sociedad puerca y cochina, malditos los ricos, malditos los rancheros, maldita la pobreza, maldita la vida, maldita la muerte, maldita la suerte perra, maldita la m...». Ya de vuelta, y años después, le dijo a su esposa: «Perdóname, vieja, pero ya no aguanto más. Yo me descuento...». -¡Mayate! Háblame del color de las cerezas, del betabel y de la sandía. Deben de ser muy bonitos, ¿que no? ¿Serán del mismo color del sabor? Si son iguales, ¡qué bonitos deben de ser los colores!

A bunch of Mexican-Americans was gathered at the site of a burning house in the Sunset District. Instead of putting the fire out, they were fascinated by the beautiful red flames, and let a baby die.

The Republic Free Press

Los vecinos de la familia Caballero se quedaron aturcidos esperando un largo rato a que llegaran las apagadoras. Dos hombres salían con un niño muerto en los brazos. Uno de ellos con los pulmones intoxicados y otro envuelto en llamas.

El Clarín del desierto

«Profeta, léeme ese libro que dices que tienes ahí. Léeme otra vez lo de la creación. Aquello que dice que Dios hizo la luz y que la luz fue hecha. Léemelo, Profeta. Anda, sé bueno». Después se quedaba triste. Aunque lo había pensado muchas veces, todavía no sabía él por qué estaba ciego. Ni sabía qué era estar ciego. Trataba de explicárselo, pero no podía distinguirlo bien en su mente. Por más que trataba, no podía. No podía,

porque no sabía qué era el no estar ciego, el poder ver. Para él era lo mismo lo blanco, que lo prieto, que lo negro. Las palabras no eran las mismas, tenían sonidos diferentes, pero las ideas, lo que significaban, eran lo mismo. Quería saber la diferencia entre la noche y el día, entre las tinieblas y la luz. El Profeta le había leído y le había dicho que las «tinieblas» eran lo que veían sus ojos, y que la «luz» era lo opuesto. «Lo opuesto», le decía («pero 'lo opuesto' es 'lo mismo'. Lo único que he visto es lo que veo siempre, lo mismo»). «Y, ¿qué es lo opuesto, Profeta, qué es lo opuesto? Dímelo y no seas malo. Ándale, Profeta, ándale y dímelo». Rascándose la cabeza por largo rato, trató de explicárselo. «Pues lo opuesto es lo contrario de las tinieblas, de lo que tú ves, eso es lo opuesto, la luz, ¿comprendes?». Y el viejo bajó la cabeza y se quedó pensativo. «Sí, ya voy comprendiendo un poquito... Y, ¿por qué si Dios hizo las tinieblas y la luz, a mí me dejó con las tinieblas solamente, y a ti te dio lo opuesto? Ándale, Profeta, dímelo y no seas malo, dímelo, Profeta».

-Es que el Profeta es un menso. No le hagas caso a ese baboso, Focos. Yo te lo puedo decir.

-Casimirón, yo no soy menso ni baboso.

-Cállate la boca, Profeta. Tú sabes que eres menso y mentiroso.

-Casimirón te lo puede decir, que por un ojo puede ver, como nosotros, y por el del cristal no, que lo tiene ciego, como tú.

-Ándale, Casimirón, y dile de qué color tienen las chiches esas chamaconas de la skid road.

-Callate, Casimirón, y no escandalices a los ojos inocentes que nunca han visto pecado.

-Shut up, Preacher. Como tú te diste ese gustito muchas veces, ahora quieres que Focos no lo tenga.

-No se lo digas, Casimirón, que si se lo dices te vas a los tormentos más tormentosos del fuego del infierno.

-Y, ¿cómo es el infierno, Profeta?

-Es rojo, como el fuego.

-Como los comunistas.

-Y, ¿de qué color es el fuego, Profeta?

-Lo opuesto a..., lo mismo que una luz colorada.

-Y, ¿de qué color es la luz colorada, Profeta?

-Cállate el hocico, Profeta, y deja que Casimirón le diga de qué color son las chiches de esas chamaconas.

-Anda, Casimirón, dime de qué color son las chiches de las chamaconas y no le hagas caso al Profeta.

-También tú te irás al infierno, Focos. Te irás con Casimirón y con toda esta bola de pelados, drogadictos, maricones y borrachines.

-Ándale, Casimirón, y dímelo.

-Pos te lo voy a decir, Focos. Tú sabes de qué color es la noche, ¿que no?

-Sí, Casimirón.

-Pos el color de las chiches es como el color de la noche, porque cuando yo voy allí, a cachar, la luz está apagada y no se ve nada. Como la misma noche, Focos, como la noche misma.

-¡Joder, ya mero la regastes, Casimirón! Yo te lo digo, Focos, yo te lo digo.

-Cállate la boca, Comunista, aunque tú ya estás en el infierno rojo, como los comunistas. Tápate el hocico.

-Vete tú al infierno a chingar a tu madre, baboso Profeta. Eres un loco, un tapado, un indoctrinado. Ya lo decía Marx, que tú y todos los tuyos son una bola de tapados y de ciegos.

-A ver, que alguien me diga de qué color son las chiches de...

-Que te rompo la cabeza con...

-... las chamaconas...

-... la Biblia...

-... de la...

-... sagrada.

-... skid road.

-Por favor, no se peleen y dígamlo.

-Muy simple. Unas son de un color y otras de otro. Las negras las tienen del color...

-Ándale, no te detengas, Mayate.

-Jijo 'e tu perra...

-Dale en la madre con el transistor.

-... madre. Me chingastes el...

-Me jodiste la...

-... el ojo de cristal.

-... la Biblia.

-Cálmense y díganme de qué color son las chiches de las chamac...

Todos se habían enzarzado. El Profeta le había dado con la Biblia en la cabeza al Comunista. Este le dio dos patadas, una en la Biblia y otra a su dueño, con la mala suerte de que la Biblia cayó con fuerza sobre el transistor del Mayate, dando al traste con él. El Chango había saltado del árbol para recoger los pedazos del transistor y, con el codo, hizo saltar el ojo de cristal de Casimirón quien, al tratar de recoger su ojo perdido, tropezó con el Ciego que fue a dar en el suelo, y, al querer darle un puñetazo a Casimirón, le fue a dar al Mayate. Una reacción en cadena. Un desmadre. El Profeta recogió las hojas de su Biblia regadas por todas partes. Casimirón pudo encontrar su ojo sucio que, después de metérselo en la boca para lavarlo con saliva, se lo encajó en la oquedad del cráneo. El ciego, después de andar palpando a tientas como un topo, recogió su caña. El Mayate duró más tiempo para encontrar todas las partes de su transistor, esparcidas y pisoteadas por los asaltantes. Calmada ya un tanto la situación, se oyó una voz que resonaba a eco: «Todavía no sé de qué color son las chiches de esas chamac...».

-Cállate ya, viejo raboverde...

-'Amá, agüelita, mañana voy a la escuela, mañana voy a la escuela.

-Sí, mijo. Mañana vas a la escuela. Vas a aprender muchas cosas.

-...

-Johnny Scott.

-Here.

-Nancy Taylor.

-Here.

-Betty Walker.

-Here.

-James Johnson.

-Here.

-Lazarow Vil-la.

-...

-La-za-row Villa!

-Aquí estoy, maestra.

-Darn it!

Ya su abuelita le había contado varias veces lo que le había pasado a uno del otro lado. Antonio Medrano había desempeñado diversos trabajos, en algunos barrios. La Migra lo andaba siguiendo. Cuando supieron cómo se llamaba, resultó que no era Antonio Medrano, sino que se llamaba Dino Medina. Más tarde resultó ser Art Menchaca. Decía ella que el mentado mojadito traía locos a los de la Migra. Pero lo cierto es que se corrió por el barrio después que Antonio-Dino-Art andaba mal de la cabeza. Que todo comenzó como que estaba distraído. Que, cuando le llamaban, no respondía luego luego, sino que lo hacía varios segundos después. Que tenía que acostumbrarse. Que cuando ya estaba un poco mejor, cuando ya no se distraía tanto, que entonces se le iba la mente de nuevo. Que oía hablar, que lo llamaban, y que no respondía luego luego. Poco a poco parecía mejorarse, y después caía otra vez en la distracción. Más tarde dijeron que, para no ponerse loco de a tiro, que se fue para su casa, para con los suyos.

«Aquí otra vez con ustedes Juan Tirado, en la KKDG, en su programa de siempre 'El Pueblo Opina'. Llamen y no dejen pasar su oportunidad. Pero, por favor, tengan cuidado con las palabras, que a veces son como lengua de serpiente y dientes de víbora ponzoñosa. Llamen, llamen y expérense libremente».

-Bueno, sí. ¿Doña Zoila Flor del Campo?

-Para servirle.

-¡Ay, qué nombre tan chulo! Hasta se me hace un poco poético, ¿no se le hace?

(-¡Cabrón, ya te la quieres coger!).

-Sí, señor, pero el suyo tampoco se queda atrás.

-No, señora, el mío es muy ordinarote. Imagínese a un Tirado. Suena a... basura.

(-Tú lo has dicho, baboso).

-Eso sí. Pero... imagínese lo de don Juan, ¿eh?

-Bueno, dejémonos ya de alabarnos.

-¿De qué?

-De «alabarnos», de... maderearnos, pues.

-¡Oh!, así sí.

-Y, ¿cuál es su opinión, doña Zoila Flor?

-Lo que quiero decirle a usted y a todos los que nos escuchan es una espinita que traigo aquí clavada muy adentro.

-Pues sí, es natural, siendo usted Flor, ¿que no?

-Pero ésta es otra clase de espina, don Juan.

-Usted dirá.

-¿Qué le parece a usted lo de los matrimonios entre razas?

-Pues... usted es la que llama. ¿Por qué no expresa usted su opinión primero?

(-¡Mayate, súbele al volumen!).

(-Ya no puedo más. Me lo medio chingaron ustedes ayer).  
(-¡Chihuahua!).  
-Pues yo creo que no está bien eso.  
-Y, ¿por qué?  
-Porque yo he visto a una chicana con un negro bien negro y... pues la verdad que no se mira bien, ¿no cree usted?  
-Y usted, ¿no se considera mestiza?  
(-¡Ah!, chihuahua, ya me la jodió).  
-Pues la verdad que no sé, usted dirá. Mi padre creo que era medio francés y mi madre medio criolla, de Guadalajara.  
-¡Pues sí que tiene usted sangres azules!  
(-Blanquita, la cabrona).  
(-Te aseguro, Mayate, que está más prieta que tú).  
(-A lo mejor y hasta es mi madre).  
-Yo no sé si es o no es azul, pero así es la cosa.  
-Permítame hacerle una pregunta.  
-Usted dirá, don Juan.  
-¿De dónde es su esposo? ¿De México o de aquí?  
-Él dice que es chicano, de las minas.  
-¿Usted tiene hijas?  
-Sí, dos ya grandecitas.  
-Y si una de ellas se quisiera casar con un... indio zapoteco o huichole, pongamos por caso, ¿qué haría usted?  
-La desheredaba.  
-Y, ¿entonces para quiénes van a ser ellas?  
-Pos... para los que quieran ellas, para los... güeros.  
-Y si ellos las encuentran prietas, ¿qué les diría usted?  
-Pos, nunca había pensado en ello.  
-Y, dígame, el padre del padre de su hija, ¿de dónde viene?  
-Pos... ¿no se le hace a usted que está un poco complicado eso?  
-Se le hace complicado, ¿que no?  
(-Me la chingó el Tirado ése).  
(-¡Ah!, cabrona).  
(-Que se me hace que es oxigenada esa perra racista).  
(-¡Es el sistema capitalista, camaradas! No hay que darle vueltas).  
(-¡Ya habló el marxista!).  
-'Amá, quiero un sandwich para el lonche.  
-¿Ya no te gustan los taquitos, mijo?  
-Sí, pero los chamacos me los agarran y después se ríen de mí.  
En la clase de historia, años después, se acordó de cómo, cuando eran niños, andaban jugando durante el descanso entre clases. Tenía una canica parecida a una uva, medio verde, medio rosa. La sacó del bolsillo y se puso a jugar con ella. Otro muchacho que se la vio, le echó el ojo. Le gustó, y él, con recelo, se la dejó. Al rato se la pidió, pero el muchacho no se la quiso devolver. Se enojaron y se pusieron a pelear. Otro amigo del nuevo dueño vino en su ayuda. «Don't you hit my friend, you thief». Contra dos no podía hacer nada. Se acercó a la maestra y simplemente le dijo: «Aquellos dos me quitaron la canica». Nomás dijo eso. «What?». «They took my marble away from me». «Are you sure?» «Sí». Se sentó en la esquina de atrás del cuarto de clase, y se mordió las uñas. No pudo hacer nada.

Contra dos compañeros y la maestra no podía hacer nada. Eso era todo. Se acordó también de cuando su abuelo le contaba de cuando vinieron a sacársela. Él les decía que la tierra era como su madre. Pero no le hicieron caso. Al principio quiso pelearles, defenderla. Pero después ya ni le hizo la lucha. ¡Para qué! Se la llevaron y se la prostituyeron. Andaba de manos en manos, como una huérfana. La maltrataban, no le mostraban cariño. Parecían unos padrastros que sólo la querían para sacarle dinero. Se aprovecharon de ella y de sus entrañas y frutos. Sólo la querían para que pariera, para que produjera. Como una gallina encorralada en un gallinero a pone y pone huevos por miedo a que le maltraten y le corten el cuello. Así estaba ella en las manos de aquellos que habían venido del Este. Traían unos palos, unas cañas en las manos que echaban humo. Le ponían el caño delante del pico para que pusieran huevos. Sin cariño la trataban. Como a una piruja. Y se quedaron con ella. «Para siempre», me decía mi agüelito. Mi agüelito ya había perdido las esperanzas. Por eso decía «para siempre». Pero yo no quiero creer eso. Esas cosas volverán a su dueño: las canicas, las uvas, las gallinas, todo. Incluso las tierras. Y si no, para qué estamos nosotros aquí. «Class dismissed». Los miró con el rabito del ojo, y notó que se estaban riendo. Por eso le había dicho a su mamá que ya no quería taquitos para el lonche. Que ahora no, que hasta que fuera más grande, que hasta que les pudiera reclamar.

-Y, ¿qué haces tú con tu tiempo, Miguel?

-Pues, en su mayor parte, leo y escribo, don Braulio.

-Y, ¿qué lees y qué escribes?

-Pues leo periódicos y escribo lo que ocurre y lo que se me ocurre.

-Entonces yo también puedo ser periodista, porque oigo lo que ocurre y pienso lo que se me ocurre.

-En parte puede ser cierto.

-¿Por qué en parte?

-Porque lo que se le ocurre a usted serán cosas de ciegos, que le interesarán a los ciegos, pero no a los otros.

-Quizás.

-Miss Fairchild, what does it mean tú eres como los pajaritos que tienen dos alas y como los pescaditos que tienen aletas?

-Los pajaritos volar, los pescaditos nadar, no volar. ¿Quién decírtelo?

-My nana.

-Your what?

-A la nanita nana, nanita ea, mijito tiene sueño, bendito sea.

Me quedé dormido. Soñé algo raro, pero muy bonito. Soñé que era pájaro, que volaba de rama en rama, de árbol en árbol, de montaña en montaña (¿Cuán grande era? No me acuerdo). Que a veces flotaba y que a veces quedaba colgado del espacio. Después me convertí en pescado, un pecesito de muchos colores, quizás un pescadito de acuario (¿Cuán grande era? No me acuerdo). Pero andaba de roca en roca, de caverna en caverna, de coral en coral. Navegaba en medio de una sustancia líquida y amorfa. No pude entenderlo, pero me di cuenta de que faltaba algo. Ser un pájaro o ser un pescado, flotar por el cielo etéreo y el vacío, o deslizarse en las profundidades de una sustancia líquida. Entonces noté que me convertía en un pescado volador (¿o era un pájaro nadador?), dos en uno (¿o uno en



dos?). Sentí que podía gozar de las alturas de un vacío cielo y de las profundidades de un fluido mar. Pude ver las aguas que flotaban en el aire y el cielo que se sumergía en el mar. Giré... y nadé por el aire y volé por las aguas. Entonces (¿o fue ahora?) me di cuenta de que era mejor ser pescado volador que simplemente pescado, y que era preferible ser un pájaro nadador que simplemente pájaro.

-Miss Fairchild, eso me lo dijo mi nana. Mi agüelita, pues.

-¿Qué ello significa?

-Algo así como ser chicano, I guess.

-Lazarow, why do you speak Spanish?

-Mi 'amá, mi 'apá...

-I've told you not to speak it anymore. You'll never be able to learn English. Besides, we are in America.

-Mi 'apá says I'm mexicano, chicano.

Se acordaba que a su papá le gustaba mucho ir a la caza de la paloma.

Cuando llegaba la temporada, dejaba dos o tres días de ir al trabajo.

Aunque todavía era pequeño, se llevaba a su hijo. Pasó una bandada, y su

padre se enojó, porque él las dejó pasar sin dispararles. Se había quedado

con la boca abierta, mientras los ojos seguían el fulminado vuelo. Como

municiones salidas del caño de una escopeta. Después de dos o tres veces

más, a insistencia de su padre, dejó de contemplar el vuelo de las aves

que pasaban y producían un rápido silbido con el «Ayyy» de un alma en

pena. Se echó la culata al hombro y la apretó contra la mejilla. Colocó el

ojo de manera que quedara en perfecta simetría con la mirilla de la punta

del caño. Apretó el gatillo, y vio algo como un avión con un ala rota o el

timón torcido, que daba vueltas y más vueltas buscando en donde aterrizar.

Como si le hubiera dado un mareo, giraba y giraba. Como un perro, como un

carro, como una mariposa a quien le falta la dirección. Como a un niño, a

un polluelo, a quienes les falta la madre. Con la paloma en su mano

izquierda, con el ala caída, se acordó de Tommy Sánchez.

-Ok, children. Today is a great day. Why Johnny?

-Because it's George Washington's Birthday.

-Right, Johnny. And, who is George Washington, Nancy?

-George Washington is our Father.

-Yes, Lázaro?

-But my father no es güero, he's prieto.

-What?

-¿Qué se trae esa pinche güera? ¡Quesque Washington es tu padre! ¡Que se vaya mucho a la ching...!

Me enseñó la pintura de Washington, una foto de Pancho Villa y me dio un espejo. «Mírate en el espejo, baboso, y después dime quién es tu padre».

Aprendí más de mi padre en un minuto que en un año con miss Fairchild.

Querida doña Marina:

Perdona que te moleste otra vez, pero es que tengo tantas preguntas. Ayer

se me ocurrió una, un poco maliciosa. ¿Qué hubiera pasado si te hubieras

acostado con George en lugar de haberlo hecho con Hernán? ¿Te hubiéramos

exigido cuentas, o nos hubiéramos sentido agradecidos? ¿Qué lugar estuviéramos ocupando ahora? ¿Opresores, oprimidos, las dos cosas, o ninguna?

L.

-¿Por qué te gusta hablar conmigo, Miguel?

-Porque, cuando era niño, algunas veces me gustaba jugar a los ciegos.

-Y, ¿por qué te gustaba jugar a los ciegos?

-Porque se me figuraba otro mundo diferente. Sentía otras cosas que no sentía cuando tenía los ojos abiertos.

-Y, ¿qué sentías?

-Lo que usted sentirá, don Braulio.

-A ver si es lo mismo. Cuéntame.

-Pues me gustaba cerrar los ojos y dar vueltas. Después me paraba y el mundo seguía girando.

-Y, ¿después?

-Después me caía mareado, me levantaba, quería ir para un lado y las piernas se me iban para otro.

-Y, ¿qué más hacías?

-Algunas veces rompíamos piñatas de puerquitos. Nos vendaban los ojos, nos hacían girar varias veces y luego teníamos que pegarle a la piñata para romperla.

-Y, ¿le pegabas?

-Al aire.

-¡Oh!

-Y, ¿usted?

-Yo también juego a la piñata de huerquitos.

-Y, ¿cómo le hace?

-Más de una vez quise pegarle con mi caña a algún niño sinvergüenza y, al querer hacerlo, me encontraba nomás con el aire.

-Entiendo.

-Nos entendemos.

-Do you like Halloween, children?

-Yes, miss Fairchild.

-Why?

-Because of trick or treat.

-I'm scared, teacher.

-Why?

-Because la Llorona will get me.

-Who?

Era la hora del recreo. La maestra me dijo: «I want to talk to you after class». Esa noche iba a haber el Halloween. «La maestra te va a agarrar», me dijo Tommy. Yo ya andaba cansado y agüitado. Durante la última clase, que era de reading, no podía concentrarme en las palabras. El dibujo de la vieja con el gorro largo y puntiagudo, y que estaba montada en una escoba que cruzaba por delante de un castillo abandonado, me ponía la piel chinita. Levantaba los ojos para distraerme, y fueron a dar sobre la maestra, que traía una blusa negra. Luego retiré la vista de ella, y los ojos fueron a dar sobre las paredes en las que había pegadas calabazas de papel amarillo y siluetas de viejas vestidas de negro y con el diente caído. Del techo, y prendidas por hilos, colgaban más viejas que se movían

con el viento que desprendían los abanicos del calentón. No se sabía si salían o si iban a hacer sus cocimientos en las ollas envueltas por lenguas de fuego. La maestra me llamaba la atención, y yo la tenía que ver. Y mismamente me parecía que una de las viejas me estaba hablando, vestida de negro, aunque el diente no le colgaba, ni tenía escoba. De pronto, sonó el timbre y me hice el rezagado, porque sabía que la maestra me andaba buscando («La maestra te va a agarrar»).

En la calle se veían calaveras iluminadas por una vela amarilla. La vela hacía mover a la calabaza. Yo pronto que me metí en casa. Ni se me antojaban los candies. Pasé la noche con los ojos abiertos, viendo llorar a la maestra. Miss Fairchild iba vestida de negro, y los niños se escapaban de ella. Tenía un gemido muy doloroso. Quesque andaba buscando a sus hijos. Los niños se escapaban y le recordaban que ella no los tenía, que, aunque ya no era señorita, nunca los había tenido. Por eso se escapaban los niños, porque sabían que los quería robar. Se iban corriendo hacia sus casas, hacia sus madres. Con el vaivén, se les caían los dulces de las bolsas del Safeway. Mientras corrían, miraban para atrás y veían a la maestra que hacía pujidos y los quería agarrar. «Ayyy... de mis hijos», se oía por todas partes. Desperté, y me tapé toda la cabeza con la cobija y puse las manos sobre los oídos, después sobre los ojos y después otra vez apreté muy fuerte los oídos. Al rato, los destapé y me dolían las orejas. Ya no se oía nada, ni se veía nada. Entonces pensé en mi madre, y me volví a dormir.

-Oiga, don Braulio, ¿qué le pasó en la nariz?

-Me la fregaron, Miguel.

-Y ¿quién se la fregó?

-La alambrada que pusieron en ese terreno.

-Y, ¿ahora?

-Ahora tengo que dar la vuelta.

-¿Como las gallinas?

-¿También están ciegas las gallinas?

-No, pero tienen que dar vuelta a las alambradas para verse libres.

-Entonces yo estoy como las gallinas, pero sin ojos, y mareado.

-Johnny, what comes after Thanksgiving?

-Christmas, teacher.

-And what do you like most about Christmas?

-Santa Claus.

-Why?

-Because I want to look like Washington.

Johnny Ramírez admiraba mucho a la maestra. Hubiera querido que fuera su madre. De buena gana hubiera vuelto a ser bebé para poder ser amamantado por unas chiches rosadas y haber bebido leche pura. Cuando entró en la tienda TG&Y se fue directamente a ver los juguetes. En un estante había cajas de máscaras, sobre todo de Santa Claus. Notó que había una abierta. Miró para todas partes, y no vio a nadie. Sacó de la caja una máscara de Santa Claus, se acercó a un espejo que colgaba de una columna y se puso la máscara. Casi le dio pánico al momento. Pero se mantuvo firme. Tenía el pelo blanco y la barba blanca. «¡Chihuahua! Me miro pachiche. Como un San Bolillo». Se miró varias veces en el espejo. Blanco como la nieve. La nariz y los cachetes quedaban al descubierto. Se tocaba la barba, y

después los cachetes, para ver qué parte era la suya. Volvió a mirarse en el espejo y, antes de despedirse, le dijo al otro: «Jíjoela...». Se quitó la máscara, la metió rápidamente en la caja y miró para todas partes. Nadie le había observado. Su corazón le palpitaba fuertemente. Cuando iba saliendo, vio a muchos niños en fila. Se fijó en Santa Claus y notó que no tenía barba. Aunque le pareció que ya era grande para sentarse en las piernas de Santa, decidió hacer cola también. Al rato pasó su padre y lo vio.

-¿Qué haces aquí, hijo?

-Quiero sentarme en las piernas de Santa.

-¡Pero si es una vieja!

-Por eso.

Johnny se fue triste. Hubiera querido sentirle el palpitar del corazón de miss Fairchild y sentirle sus piernas.

-Y ¿por qué dicen que el progreso es bueno, Miguel?

-No lo dicen todos.

-También dicen que no se puede parar el progreso.

-Eso dicen.

-Pues ojalá y lo paren, porque a mí no me trae nada bueno.

-Y ¿por qué?

-Porque un día me caí en un hoyo aquí en el parque. Otro día me caí en otro hoyo en la calle, y ayer me quedó la nariz prendida en un hoyo de la alambrada. Y si a esto le llaman progreso, a mí no me conviene.

-Ni a muchos que no están ciegos.

-¿Como a quiénes?

-A los pobres y a los indefensos, como a sus amigos del parque.

-Pero ellos tienen ojos para ver, Miguel.

-También tienen ojos para leer y no entienden.

-Pero el Comunista dice que lee y comprende y, sin embargo, se la pasa aquí, como yo.

-Porque se necesita más que solamente saber leer.

-¿Como qué?

-Mire, los de arriba son los que inventan ese progreso, y los de abajo sufren las consecuencias. O se van, o se quedan enjaulados y dando vueltas como las gallinas y los gallos. Y, por muy gallos que se crean, no hacen más que dar vueltas y más vueltas a la alambrada, y no consiguen nada.

-Como yo.

-Como muchos.

-'Amá

-¿Qué, mijito?

-¿Por qué tú no eres teacher?

-Porque no puedo.

-Y, ¿por qué tú no te ves como mi teacher?

-¡Qué cosas tienes, mijito!

¡Qué bonita se veía miss Fairchild con el libro en la mano y de pie! Las manos blanquitas y las uñas de los pies pintadas. Estaba estirada, bien derecha. De vez en cuando llevaba dos dedos de la mano derecha al pelo, y se lo echaba por encima de la oreja. Bajaba la mano despacio, y la ponía sobre el libro, como para acariciarlo. Levantaba los ojos y me miraba. Dos ojitos azules muy chulos. Trataba de figurarse a su madre, y no podía. No

le venía la imagen. Cerró los ojos y los apretó. Ya estaba jorobada, y sus manos parecían tener callos y nunca la había visto acariciar un libro. Jamás la había visto ir a un salón de belleza. Hubiera querido que miss Fairchild hubiera sido su madre o, por lo menos, su tía.

Se le antojó ver a su madre confeccionar un libro cuando iba poniendo página sobre página en el montón de tortillas sobre el mostrador de la cocina. La bolita de masa iba tomando forma de hoja con cada palmada, con cada caricia, con cada cariño de sus manos. A veces se enojaba y le daba fuerte. Las huellas de sus dedos quedaban impresas en la aplastada bola de masa. Parecía mascullar algo entre los dientes. Después se oía más alto. Elevaba la voz, como si estuviera hablando con alguien. Creí que le estaba reclamando algo a miss Fairchild. Yo no se lo dije para hacerla enojar. Y menos para que se fuera a encelar. Ella continuó palmoteando fuerte. De pronto, sentí un dolor muy fuerte en un cachete, y vi como unas estrellas que parecían fuegos o cohetes allí dentro, entre la sien. «Para que nunca te avergüences de la madre que te parió». Eso me dijo, y se fue avergonzada.

-Y ¿qué hace usted con el tiempo, don Braulio?

-Camino, doy vueltas y me siento.

-¿Para no marearse?

-También para eso.

-Y ¿qué más hace, don Braulio?

-Pues me siento, miro y pienso.

-Y ¿qué mira?

-Nada y todo.

-Parece contradictorio.

-No veo lo que tú ves, pero veo todo lo que yo pienso.

-Y ¿qué piensa?

-Pienso lo que oigo, que es mucho. Oigo los aviones que pasan por encima de mi cabeza, y me quedo pensando en que si suben o si bajan, si vienen o si van, si dan vueltas o si se van para no volver, si son los mismos o si son otros.

-Interesante.

-Lo mismo ocurre con los carros que pasan por las calles. Se acercan y desaparecen. No sé si son los mismos o si son otros. Pero sospecho que andan dando vueltas, yendo a muchos lugares, pero volviendo al mismo. En fin, girando.

-Y ¿cómo llega a esa conclusión?

-Párate en una esquina, cierra los ojos y verás.

-Como cuando quería pegarle a la piñata.

-Exacto.

-Lázaro, levántate que ya es hora.

-No me siento bien, 'amá.

-¿Estás enfermo?

-No me siento bien.

Su escritorio se encontraría ahora solo. Allí estaba él estirado en su cama, observando a la maestra, que se mantendría de pie. Ella clavando el ojo vacío en el pupitre. Se le llenaba la pupila de vacío. Lázaro sería un vacío. Nadie lo echaría de menos. Nadie lo extrañaría. Nadie lo añoraría. Un escritorio vacío. Era todo. Y la pupila azul seguiría llena de vacío.

Y la pupila negra permanecería clavada en el cielo raso blanco. Caleado, como una sábana, como un sudario. Sin inscripción alguna. Como un encerado, como un tablero, como un pizarrón en blanco, sin un número, sin una letra, sin un nombre. Liso, sin imágenes, vacío. Como un sepulcro negro y vacío. Un cuadrilátero, un cuadro, un cubo. Una lágrima negra y cuadrilátera rodó por su mejilla.

-Don Braulio, usted no hace más que estar sentado.

-No te creas, también camino, y algunas veces doy una vuelta en carro.

-Y ¿quién lo lleva en carro?

-Amigos que tengo. No hace mucho me llevaron en carro dízque «a dar una vuelta».

-Y ¿se subió?

-Sí, fuimos por varios lugares.

-Y ¿usted sabía por dónde iba?

-Les preguntaba y me contestaban que si para el Norte, que si para el Sur, que si para acá, que si para allá. Yo lo único que supe es que se me movía, y me parecía que estábamos dando vueltas, girando en el mismo lugar. Y esto me mareaba.

-Y ¿hasta dónde fueron?

-Hasta donde habíamos salido.

-Es decir, dando vueltas.

-Así fue. Giré, giramos, como tu piñata.

-Lázaro, levántate que ya es hora.

-No me siento bien, 'amá.

-¿Estás enfermo?

-No tengo ganas de ir.

El recuerdo roe como el cáncer. El recuerdo malo se clava como una espina, como una choya, como un alfiler. Lleno de veneno. Se adentra, se queda y pudre el alma. Se levantó y se movía para que lo dejara en paz. Pero el recuerdo seguía como un perrito, como un gato, como un zorrillo, ladrando, arañando, hediendo. Se acordó del día aquél en que la maestra llevaba la piel de zorrillo alrededor del cuello. Lo habían matado y disecado. Se lo había colgado del cuello, del de ella. Allí estaba, enroscado, sin hacer nada, como si estuviera invernando, engordando. Como si estuviera planeando a que llegara la primavera. Se enroscaba, buscaba el calorcito del cuello, de la nuca, de la «manzana de Adán, de Eva», subía y bajaba, como un ascensor, como una respiración, como una palpitación de la aorta. Estaba durmiendo. Hasta la primavera. Se enroscaba, apretaba, cortaba la circulación. A veces se le ponía la cara colorada a miss Fairchild, se tornaba morada, se le abría la boca. Levantaba la mano derecha para ajustarlo, para aflojarlo. Después continuaba la explicación. «Que los animales tienen derecho a la libertad. Que los hombres no deben ser crueles con los animales. Que éstos son los mejores amigos del hombre. Que hay hombres que son peores que los animales». La cara se le ponía morada, los ojos se le retorcían y la lengua se le caía dejando escurrir una sustancia pegajosa. Metió la mano, tiró y, de un jalón, rompió la cadena de oro. El zorrillo saltó del hombro, del cuello. Se sintió libre, y se escapó. Ya no volvió más a la escuela. Se fugó a su cueva, a su chante, a su pieza, y allí se quedó, sin ganas de salir de allí.

-Y cuando está aquí, en el parque con sus amigos, don Braulio, ¿qué hace y

qué piensa?

-Como te dije. Me siento, oigo y pienso.

-Y habla...

-Algunas veces. Pero sobre todo oigo, escucho y pienso.

-¿Qué oye y qué piensa?

-Babosadas, supongo.

-Y ¿por qué supone?

-Porque a las conclusiones a que yo llego no creo que sean las mismas a las que ellos llegan.

-¿Por qué?

-Porque, por ejemplo, cuando ellos hablan se mueven. Unas veces oigo a uno que habla a mi derecha y, al rato, está a mi izquierda, o detrás, o delante de mí. Yo trato de seguirlo con los ojos, con los oídos y con la cabeza, girando siempre. Y me parece que giro con ellos. Hasta se me hace que el parque es redondo y, con frecuencia, llego a creer que hasta el mismo parque es el que gira.

-Como un torbellino, como un remolino.

-Como lo que sea.

-Lázaro, levántate, que ya es hora.

-...

-¿Estás enfermo?

-¡Ya no quiero ir más!

«Mother, I don't want to go no more. I hate school». La señorita Martínez le había llamado la atención. «Tú te llamas Juanito, no te llamas Johnny. Desde ahora te llamarás Juanito». La señorita Martínez le había castigado un día, porque le oyó hablar inglés. Solamente le dijo: «Juanito, ven acá». Lo llevó al excusado, le mandó que abriera la boca, se la lavó con jabón y se la secó. Después, lo llevó a la clase y le dijo: «No vuelvas a ensuciar tu boca». Nomás le dijo eso. Johnny se sentó junto a su hermanita Jane, que se encontraba en la fila de atrás. Los dos se sentaron juntitos, se quedaron callados y con la cabeza baja. «What is the matter with you, Johnny? And with you, Jane? What is the matter with both of you?». Pero Johnny y Jane no le sabían contestar. La madre se puso muy triste. Así pasaron muchos días, hasta que la madre de Johnny y de Jane fue a ver a la señorita Martínez. Solamente le dijo: «Miss Martínez, I don't know what is the matter with my Jane and with my Johnny. They don't want to speak». La señorita Martínez nomás le dijo: «Señora Johnson, creo que a sus hijos hay que ponerlos en otra clase especial. No pueden seguir a los otros estudiantes. Es que no saben español. Lo siento». La señora Johnson se fue muy triste, porque su Johnny y su Jane no podían explicarle nada.

«Todavía quedan unos cuantos minutos en su programa favorito 'El Pueblo Opina', de la KKDG. No los dejen pasar. Llamen y expongan libremente su opinión. ¡Ah! ¡Qué bueno, ya está sonando el teléfono!».

- Sí, yes. ¿Quién llama? ¡Ah, chihuahua! Yes, yes. ¿Mistress Dotty Carrillo?

-Yes.

-Y (¡qué caray!). ¿Cuál es su opinión?

-My opinion, Sir, is to tell you and all the people to speak English.

-¡Ay, chihuahua! ¿Y... olvidarse del español?

-That's right.

(-¿Qué se trae esa vieja ruca?).

(-Una vendida, mano, una vendida).

-¿Usted tiene hijos, mistress Carrillo?

-Yes, I have four.

-Y ¿no les habla usted en español?

-Never.

-Y cuando van a México, pongamos por caso, ¿no lo necesitan?

-We never go to México. Besides, they know English down there.

-Y ¿cómo lo sabe usted si nunca fue?

-Some friends of ours told us so.

-¿Chicanos?

-No. Americans.

-Y ¿se puede saber por qué no hablan ustedes español?

-Because it is of no use. Besides, we are in America.

(-¡Aztlán, babosa, Aztlán!).

(-Otra agringada).

(-¡Oprimida, indoctrinada, burguesa!).

-Pero, señora Carrillo, ¿no sabe usted que los «americanos» anglosajones están aprendiendo español más y más y que algún día llegarán a ser predominantes en nuestra habla cuando ya los nuestros, como usted, como sus hijos, se hayan olvidado de su lengua y de su cultura? Se llevarán otra vez todos los trabajos y oportunidades que debieran tener sus hijos.

Además, sus hijos se levantarán contra usted un día y le echarán en la cara su ignorancia y, como los zopilotes, le sacarán los ojos? Y le...

-I don't really understand you. Bye.

(-Chingada ruca, quesque «I don understand yu»).

(-No te hagas, agabachada).

(-El capitalismo, con nuestra propia lengua, se quiere apoderar de toda la América, camaradas. Ésta es la pura pelona verdad).

-Mister and mistress Villa. The Principal, mister Rockwood, sent me here to inquire as to Lázaro's absences from school.

-My son no want to go to school.

Lázaro se quiso echar a correr. Pero no sabía para dónde. Se acordaba de cuando el perro del vecino quería agarrar a su gatito. El gatito se salvó, porque se subió a un árbol, y el perro ya no pudo. El gatito se quedó allá arriba por mucho tiempo. Se sentía libre de peligro. Y se puso a pensar, y su imaginación lo llevó muy lejos, aunque todo estaba cerca. Creyó haber visto a una jauría de perros que lo seguían. Echaban espuma por la boca, como si estuvieran cansados de correr, o como si les hubiera pegado algún mal. Tenían los ojos blanquecinos y, a veces, se les retorcían. Como Lázaro todavía no se podía subir a los árboles, y no tenía un tree-house, se tuvo que esconder en el garaje, detrás de la nevera que ya no servía para nada. Allí estaba todo oscuro, y no se veía nada. Oyó confusamente palabras de dos hombres y de una mujer. Creyó haber oído a su madre, pero no estaba muy seguro. Se creía que venían detrás de él, y se volvió a acordar de su gatito. Solamente lo perseguían, porque era diferente, porque los perros eran más grandes y más fuertes. Solamente porque estaba tratando de chupar un hueso roído, se echaron encima de él. Solamente por eso. A lo mejor ni siquiera por eso, porque el hueso ya estaba roído. A lo mejor, porque nomás querían hacer maldades. A lo mejor, porque no tenían



nada qué hacer y andaban jugando al escondite. A lo mejor solamente porque no lo querían cerca de ellos. Esto creía él que creía el gatito. Pero también creía él que es lo que hacían los chamacos en la escuela. También creía que es lo que trataban de hacer esas voces de hombres que se oían confusamente en la puerta de su casa. Como no tenía un tree-house, se escondió en el garaje detrás de la nevera, en donde todo estaba oscuro y él se encontraba seguro.

«Solamente queda tiempo para que otra persona exponga su opinión. A ver, a ver quién llama a la KKDG. No se detengan, que el tiempo es oro, como decía el otro. Ándenle, aprisita».

-Señor Tirado.

-Diga usted.

-Habla don Epiceno, el de Epiceno's Ball Room.

-Buenas tardes, don Epiceno, y ¿qué se le ofrece hoy en «El Pueblo Opina»?

-Quisiera dirigirme a los radioescuchas de KKDG y decirles que no se crean de los rumores que se trae la Raza.

-¿Podría aclararnos un poco más su opinión?

-Sí, cómo no. Como usted sabrá, se ha corrido por ahí, sin fundamento de seguro, que alguien vio, hace dos semanas, en mi Ball Room a el Pata 'e Chivo.

-¿Al Diablo, al Demonio, a Satanás?

-No se haga, don Juan, no se haga, usted sabe bien lo que digo.

-Bueno, sí, oí... algún rumor.

-Pues, no es cierto. El Pata 'e Chivo nunca estuvo en mi Ball Room.

-Y ¿cómo lo sabe usted?

-Pues porque yo no creo en él. Eso es cosa de algún fanático, envidioso y mafista o mafioso.

-Porque usted no crea en él, eso no quiere decir que no dejara de estar en su Ball Room.

-¿Quiere decir que usted, señor Tirado, también cree en él?

-Yo no he dicho eso. Lo que digo es que a lo mejor otra gente cree en él y lo vieron en su Ball Room.

-Pues no es cierto. Porque me dijeron que se había ido echando humo por un tobillo al Gumersinda's Ball Room.

-Entendámonos, don Epiceno, entendámonos. Entonces usted cree en él.

-No. Yo nomás digo lo que oí. Que se había ido al Gumersinda's Ball Room, jediendo a humo.

-Es decir, que usted quiere quitarle la chamba, digo, la clientela al Gumersinda's Ball Room.

(-Le dices en la torre, deslenguado).

(-La ruca doña Gumersinda le va a arrancar los ojos a Epiceno).

(-Es la opresión capitalista y la superstición la que divide a nuestra gente).

(-Cállate ya, Comunista, que si no hubiera mitote nos aburriríamos de la vida).

(-Eso, Comunista, cállate el hocico).

-Mister and mistress Villa, there is a law, you know, whereby the parents are guilty for their children's misbehaviour, looting and crime.

-My child is good, he no is criminal.

-Send him to school.

-¡Dios mío, qué voy a hacer!

Se creía haber oído a unos cazadores, y el venado levantó la cabeza, movió las orejas, clavó el ojo y desapareció como una bala. Al rato ya estaba junto al arroyo, bebiendo agua helada. Había cogido una bicicleta vieja que se encontraba medio abandonada en una de las banquetas. Se subió y comenzó a darle a los pies como si estuviera corriendo. Ya no volvió la cabeza. Sólo miraba hacia adelante, como los perros, cuando, con el olfato, persiguen a su víctima, o como los gatos, cuando escapan de los perros. Llegó al canal, y se acordó de la Llorona. Pero era de día. Apenas se notaba el movimiento del agua. Se acordó de la historia que le contaron una vez. Que los canales, como los arroyos, eran ríos de lágrimas que salían de los ojos de los lagos. Estos ojos grandes, llenos de lágrimas, eran de los indios que lloraban mucho, porque tuvieron que escaparse, como los venados de los cazadores y los gatitos de los perros. También había oído que eran las lágrimas, muchas lágrimas de muchos años, que se le habían caído de los ojos de la Llorona. Se puso de rodillas, como si fuera a beber, pero sólo lo hizo para mirar. No podía ver nada allá abajo, porque el fondo estaba oscuro. Quería ver pescaditos, pero no pudo. Quería hacerse pescadito, porque así se podía librar de los hombres, como lo había hecho su gatito. Pero sólo podía ver su cara, allí abajo. Se sentía llamado. Una fuerza sentía allí adentro, en su ser, al principio muy pequeña, después muy grande. Oía una voz, como si otra persona, otro niño, como él, le llamara. Creyó que era su propia voz, porque la cara que veía allí abajo se parecía a la suya. Quiso tocarle, y el que estaba allí abajo le alargó la mano para tocarle la suya. Los dos se tocaron. Pero notó que la del otro estaba fría. Le dio un poco de recelo, porque pensó que a lo mejor estaba muerto. Pero no, no podía estar muerto, porque los muertos no se mueven. Volvió a bajar la mano, y el otro volvió a dársela. Ya no estaba tan frío el dedo. Le tocó toda la mano, y se hicieron amigos. Sintió otra vez la fuerza, pero esta vez más grande, más fuerte. Le dieron ganas de bajar y jugar con el que estaba allí, debajo del agua, libre como un pescadito. Ya estaba cansado de que los perros, los dos hombres, los cazadores, le siguieran siempre.

-¡Lázaro! -suspiraba a lo lejos su madre.

Querido José Ortega y G.:

Sabia ecuación: «Yo soy yo y mi circunstancia». El «yo» original y edénico era angelical e inocente. Es así que el «YO» actual es el de un fracasado. Luego, se sigue que la (mi) larga y cruel «circunstancia» chingó a mi «yo» original. ¡Qué claro y cristalino lo veo todo!

L.

Aquella noche tenía muchas ganas de preguntárselo, de hacerle muchas preguntas, pero no se atrevía, porque no sabía cómo hacérselas. No le venían a la mente, no le salían del pecho. Se le quedaban atoradas en la garganta, como una canica dura y fría. Pero tenía muchas preguntas. Solamente podía ver y pensar. Podía ver que miss Fairchild tenía muchos libros. Su escritorio estaba lleno de libros, y también en los estantes había muchos libros. Había sobre las estrellas, sobre la luna, sobre los astronautas, sobre los animales, sobre los pescados, sobre los mares, sobre los árboles y los montes, sobre Hawai, sobre Alaska, sobre África, sobre otras muchas cosas. Miss Fairchild sabía mucho, tenía muchos libros.

Siempre estaba sentada, con medias y zapatos nuevos, el pelo bien peinado y las uñas muy pintadas. Estaba sentada, no hacía comida ni lavaba los trastes. Nomás leía. Tenía unos lentes con piedritas, como las que le ponen a los anillos o a los aretes. Por eso su madre no tenía lentes, porque no tenía piedras y porque en su casa no había libros. No se atrevía a preguntarle a su mamá ni a su papá. Sólo veía y pensaba. «Si mi mamá tuviera lentes...», pensaba para sus adentros. Si mi mamá fuera maestra, tendría muchos libros, y entonces yo podría hacerle muchas preguntas sobre muchas cosas. Me gustaría saber muchas cosas. Me gustaría saber por qué mi papá y mi father Washington no se parecen. Pero mi mamá no tiene libros. También quisiera saber por qué mi mamá no se ve tan peinada como miss Fairchild, por qué los otros niños no andan por mi barrio, ni viven en mi barrio. En dónde vive miss Fairchild y cómo son los papás de los otros niños. Por qué yo no vivo en donde viven ellos, por qué hay muchos de ellos, cómo les pintaron el pelo y los ojos, por qué miss Fairchild no sabe español y por qué se enoja conmigo. Después me puse a pensar que si yo tuviera el pelo güero y me viera como ellos, podía jugar con ellos y miss Fairchild me llamaría «Dear, o Darling», o me dijera otras palabras bonitas, como les dice a algunos chamaquitos y chamaquitas. A veces, hasta les pasa la mano por el pelo y se agacha como para tocarles el cachete con el suyo o para verle los ojitos. Si yo fuera como Scotty también ella me llamaría «Darling» o «Dear», y se agacharía para sonreírme con esos labios tan bonitos que tiene ella cuando se sonríe. Quisiera preguntarle a mi mamá todo eso, pero mi mamá no tiene libros, ni lentes, ni piedras. Creo que a mi mamá le diera pena no saber contestar a estas preguntas sobre estas cosas, porque me daría vergüenza a mí y ella nomás agacharía la cabeza y no me diría nada. Y todo esto me da mucha pena. Porque yo no sé por qué mi mamá no es como miss Fairchild, ni ella como mi mamá. Son muy diferentes. Ni yo sé por qué los otros niños no son como yo, ni yo como ellos. Cuando me peina mi mamá por la mañana quisiera preguntarle yo esas y otras muchas cosas, como por qué ella me hizo como soy y no como los otros niños. Yo no sé, y quisiera saberlo. En casa veo unas cosas y en la escuela veo cosas muy diferentes. Yo quisiera no ir, no tener que ir a la escuela y quedarme siempre en casa. Si mi mamá tuviera libros y lentes quizás y pudiera leerme y así quizá pudiera quedarme en casa y jugar con los chamaquitos de mi barrio, o solito. No sé por qué tengo que agarrar el bus todas la mañanas. Estas cosas no las sé, y me siento mal, porque no las sé. Me digo que cuando yo crezca, cuando sea ya un hombrecito, como dice mi papá, sabré muchas cosas. Quisiera ser ya hombrecito para saberlas y no tener que ir a la escuela.

Querido don Miguel de Unamuno:

Tu San Manuel, aunque me desconcertó, me encantó. ¿Para qué despertar al ignorante e imbécil? Un instrumento bien afinado y entonado desentonará en una orquesta desentonada. Mírame a mí, don San Miguel, mírame a mí. Al verme, te veo y, al verte, te veo. ¡Bendita ignorancia, maldito conocimiento! Nos entendemos.

L.

-Deja al Mayate tranquilo, Casimirón.

-Está bien grifo el cabrón.

-Déjalo que mate sus penas.

-¿Qué penas, Chango?  
-Muchas, Focos, pero sobre todo la de su crío.  
-¿Qué crío?  
-Pos el que enterró junto al camino.  
-Pero eso ya hace tiempo, ¿que no, Chango?  
-Pos sí, Focos, pero una espina tamaño ansina queda clavada p'al resto de la vida.  
-Y ¿por qué estás siempre ahí arriba, en el árbol, Chango?  
-Porque desde aquí se mira más y mejor, Focos.  
-Y ¿qué más ves?  
-Miro mucho más que tú y algo más que los otros.  
-Es que el Chango le tiene miedo a los perros, Focos.  
-Ustedes son los que se ven como perros, desde aquí arriba.  
-Seguro, como que tenemos cuatro patas y, de pilón, rabo.  
-Y, cuando se enojan, andan dando vueltas, enseñan los dientes para morderse unos a otros.  
-¡Basta! Yo solamente pregunté que qué es lo que el Chango veía desde allá arriba, desde el árbol.  
-Es que estás ciego, Focos, y no ves lo que nosotros vemos.  
-Y ¿tú qué ves, Casimirón?  
-Muchas cosas, Focos, pero no me entenderías si te las dijera.  
-Tú estás como él, Casimirón.  
-Casi, Comunista. Por algo me llaman como me llaman.  
-Ese «casi» es casi nada.  
-Lo que yo veo es que ustedes ven poco o casi nada.  
-Más que tú, Focos.  
-Ustedes con ojos no saben lo que ven. Yo, sin ojos, sé lo que veo.  
-¿Y eso, Focos?  
-Veo que son ustedes una bola de mentos. Que están tapados y que no saben más que darle vueltas a las mismas cosas, y que ustedes mismos giran y giran, y no pueden salir de ese alambre que les echaron encima de sus cabezas. Como cuando les tapan los ojos para pegarles a la piñata y no hacen más que pegarle al aire.  
-¿Qué te traes, Focos?  
-Pues que ustedes, Chango, nomás andan hablando de que si esto, de que si aquello, y, al fin, no es más que aire caliente, pedos que se lleva el viento dando vueltas.  
-Ja, ja, Focos. ¿Es que mirastes tú alguna vez un pedo dando vueltas por el aire?  
-Tantas como tú, Casimirón, y como tú, Chango, y como tú, Comunista.  
-Cállate, Focos, que aunque no vide un pedo dar vueltas por el aire, yo sé de qué mal sufrimos.  
-¿De cuál, pues?  
-Pos que esta sociedad capitalista nos tiene chingados y amarrados con la alambrada que tú dices, Focos.  
-Sí, Comunista, pero, ¿y lo del pedo? ¿También le quieres culpar al capitalismo, cuando sabemos que son gases de frijoles?  
-Los gases no, Focos, pero los frijoles y lo de que los gases anden dando vueltas por el aire, sí, como los culos de donde salen y nuestras cabezas y nuestras vidas oprimidas, eso sí. Eso es capitalismo.

-Tú sabrás.

-Ni lo dudes, Focos.

-'Amá, voy al parque.

-¿A qué, mijito?

-A ver los pajaritos.

-¿Vas a ser cazador, como tu padre?

-Voy a ver pajaritos.

Durante la primavera de aquel año había ido muchas veces al parque que estaba detrás de las casas del barrio. Había observado cómo algunos pájaros llevaban plumas e hilachos en los picos y se escondían entre las ramas de los árboles verdes. Los seguía con la vista. Un día subí a uno, y vi un nido muy bien hecho. Me bajé. Me quedé sentado esperando a que el pájaro llegara. Eran dos, de diferentes colores. Los dos traían hilachos en los picos. Otro día fui, pero ya no llegaban los pájaros. Me subí y noté que había dos huevos pequeños con pinguitos de color verde. Los dejé. Volvía todos los días. Por fin, observé una vez que sólo venía un pájaro, pero ya no traía hilachos ni plumas. Era como un gusano que coleaba en el pico. Entró por entre el ramaje. Al irse, me subí, y otro pájaro salió del nido. Toqué los huevos, y estaban calientes. El pájaro se puso a piar, como si tuviera dolor. A los pocos días volví y oí piar muy débilmente al acercarse los dos pájaros con sus lombrices en los picos. Me subí al árbol. Al acercarme al nido, vi tres picos amarillos y varios ojitos prendidos de una masa de carne, cubierta de pelusa blanca. Al principio me dio asco. Pero, después, me dio lástima, porque los papás se acercaban y saltaban de rama en rama alborotados. Se acercaban más a mí, piando más fuerte y con sus picos afilados. Me dio miedo, y me bajé. No dejaron de piar y de saltar de rama en rama, hasta que me fui.

-A ver, Chango, tú que estás ahí arriba, en ese árbol, y puedes ver mejor, ¿por qué hay racismo?

-Porque hay colores, Focos. Porque ser prieto no es lo mismo que ser blanco.

-Y ¿qué tiene que ver eso?

-Para ti nada, porque no distingues, pero para ellos sí.

-Yo no veo por qué. Cuando oigo a una mujer, no sé de qué color es. Todas me parecen iguales, y todas apetecibles.

-No lo son, Focos, no lo son. Unas tienen las chiches de un color y otras de otro col...

-Cállate ya, Casimirón. No comiences otra vez.

-Sí, Casimirón, cállate mejor. Aunque me gustaría saber de qué color son, mejor es que te calles.

-Ya te lo dijo, ¡cállate!

-Es que cuando yo oigo la voz de una mujer, no importa de qué color sea, yo siento cosquillas en el alma.

-En los tanates, Focos, que no en el alma.

-También ahí, Mayate, también ahí.

-Pos, ¡explícate, carajo!

-Pos sí, pero sintieras más cosquillas si pudieras ver, porque algunas están como para chupártelas y otras pos... hasta te da coraje verlas.

-¿Cuáles, Chango?

-¿Cuáles qué?

-Las que te dan más comezón.  
-¡Bah! Pos todas, pero unas te dan más comezón que otras.  
-Dile la verdá, Chango, la que trabaja en el Circle-K de la esquina.  
-¡Oh! ¿Aquella gringota? ¡Jíjoela! Tiene unas nalgotas que deben de ser un encanto. Pink y todo.  
-No seas embustero, Chango, que nunca se las vistes.  
-¿Y eso es todo lo que tiene y vale una mujer, las nalgas?  
-Y las chiches, y la... y...  
-Pero esas cosas las tienen todas, ¿que no?  
-Simón, pero unas son de un color y otras de otro.  
-Y... ¿qué color te gusta más a ti?  
-Pos... todas, creo yo.  
-Mientes, Chango. A ti te gustan más las güeras, ¿que no? Di la verdá.  
-Pos sí, Casimirón.  
-¿Por qué, Chango?  
-Pos porque están más blanquitas, Focos, creo yo.  
-No le creas, Focos. Es porque es manzana prohibida.  
-¡Cállate tú la boca, Profeta! Retácate ese libro en el fondillo y vete a hacer preach muy a la...  
-Pos yo no veo por qué.  
-De seguro, porque no ves, y ya.  
-¿Pos sabes qué, Chango? Yo no sabré de qué color tienen las chiches esas chamaconas del skid road, pero te voy a decir que se me hace que tú, a tu manera, eres tan racista como esos que tú dices que son racistas.  
-Y tú, ¿qué sabes de eso, Focos, si no ves?  
-Pos cierra tú los ojos a ver cuál te gusta más de ellas. Ya verás cómo las ves a todas igualitas.  
-Te chingó, Chango.  
-A mí no me chinga naiden.

Dos semanas después me subí otra vez al árbol. Vi tres picos amarillos y seis ojos. Ya no estaban pegados a la masa de carne. Ahora se veían muchas plumas de muchos colores muy bonitos. Al verme, se juntaron y se apretujaron los tres picos, y se quedaron muy calladitos y sin moverse. Los papás se alborotaron otra vez. Yo no sabía cómo hacerle. Determiné echarles una mano encima y, con la otra, levanté el nido que estaba pegado a la rama. Difícilmente bajé del árbol. Con mucho miedo levanté la mano que cubría a los pajaritos. Uno se escapó volando a una rama. Otro quiso hacer lo mismo, pero se dio contra el tronco de un árbol y se cayó al zacate pataleando. El tercero no se movió. Aunque todavía estaba caliente, no se movió. Además de miedo, me dio mucha pena. Lo agarré en la mano y todavía no se movía. La mamá pasó volando por cerca de mi mano, como para recoger el alma de su hijito. Después se fue y se paró junto al que estaba en el zacate con las patitas volteadas hacia el cielo. Pió muy dolorosamente, como si le saliera una lágrima. Levanté los ojos para ver al otro que se había ido volando hasta la rama, pero dos pájaros grandotes, como zopilotes, se lo llevaron en las garras. Los papás los siguieron, y yo los perdí de vista.  
Días después, vi que dos hombres vestidos de negro y con una cachucha habían entrado en casa de los Gutiérrez, que vivían en la misma calle. Salieron con tres muchachos, agarrándolos muy fuertemente con las manos.

Se los llevaron a la prisión, dizque porque habían robado. Los papás se alborotaron y gritaban. Se fueron corriendo detrás del carro que llevaba a sus hijos, y yo los perdí de vista. Esa noche tuve mucho miedo. Era a mediados de verano, cuando se celebraba el final de la eliminatoria para el campeonato de la Little League. Los Zopilotes del barrio Las Milpas retaban a los Coyotes del barrio Las Pencas. Había comenzado ya la octava entrada. Los Zopilotes estaban bateando. Antonio Saltillo ocupaba la primera base, y tenía la pata ligera. Todos esperaban a que se robara la segunda base. El quécher de los Coyotes, en una ball, disparó a segunda base, a la que se dirigía el cervatillo Antonio Saltillo. Éste se deslizó a raso, pasando por entre las piernas de Frank Castillo. En un abrir y cerrar de ojos, se paralizó la moción. El árbitro decidió en favor de Antonio, pero Frank protestaba diciendo que le había palmoteado con el guante en las nalgas de Antonio.

-Mentiroso.

-Tú eres el liar.

-Yo toqué base primero.

-Y yo your dirty ass.

-Te voy a dar en la madre.

-Fuck you!

-¿Que no sabes insultar en tu lengua?

-Yes, tú eres un puto.

-Putá, tu puta madre.

-Eres un wetback.

-Y tú un vendido.

-México nos vendió.

-Por tener vergüenza de ser mexicanos.

-We are chicanos.

-Muy agringados.

-Que te meto una ching...

-¡Cállense!...

El árbitro, Tony Cedillo, se interpuso a tiempo. Echó manos a la sien para que no se le hendiera en dos. Sintió punzadas alternas como corriente secular que quería estallar. Estridencias subterráneas que vociferaban en los tímpanos. Seguían los ecos vibrando y retumbando de base en base y de barrio en barrio. Habían correteado ocho entradas, dando vueltas al diamante, girando y girando. Estaban mareados. Un ciclón alborotado y un remolino de polvo había quedado girando en el aire, en la atmósfera. Un rodeo en el empalizado, unas zorras en el circo, unos gallos en el palenque. Entrenados al auto-aniquilamiento, se olvidaron del entrenador. Seguían los insultos espirales dando vueltas al círculo, al campo, al parque.

Don Braulio Quezada caminaba despacio, apuntando con su bastón hacia el suelo, como una antena delante de sus pies. Sabía su camino, pero desconfiaba de los cambios que consigo traía el progreso. A pesar de su cautela, un día, al entrar en el parque de San Lázaro, metió el pie en un hoyo que habían hecho y dejado al descubierto los del Departamento de Parques y Recreos, y se fue de narices, como lo hiciera un espantapájaros con la zancadilla de un muchacho travieso. El Chango, que estaba encaramado en su árbol, fue el primero que lo atisbó. Saltó de las ramas y

se fue a socorrerlo.

-Pero, ¿qué te pasó, Focos?

-¡Chingao hoyo!

-Pero mira nomás, ¡cómo te ves! ¡Como un zopilote desplumao!

-Aquí uno nunca sabe qué trampa le van a poner en el camino. Ya no hay respeto.

-Mira la nariz, ¡cómo la tienes, chihuahua! Con sangre y mocos. Toma mi pañuelo y límpiatela.

-Ya no hay respeto para un pobre ciego.

-Ni para los que no estamos ciegos. Estamos todos chingaos.

-Y más los ciegos.

-Anda, y no llores más. Límpiame los mocos, y vamos a sentarnos.

-Hoyos por todas partes, Chango. Yo ya tengo miedo de salir de casa y de caminar.

-Es el progreso, Focos.

-Eso es lo que dicen, pero yo creo que son trampas que hacen para que nos caigamos y nos matemos todos.

A mi mamá le gustaba tener gallinas en su backyard. Siempre me mandaba a que recogiera los huevos. A mí me gustaba hacerlo, y también echarle grano para que comieran. A veces se enojaban las gallinas cuando tenían mucha hambre. Tenía un gallo blanco y otro medio café, con pingos colorados, como si le hubiera dado el sarampión.

-Papá, ¿por qué los gallos se están peleando siempre?

-Porque son unos cabrones.

-¿Nomás por eso?

-Nomás por eso.

-Y las gallinas, ¿por qué se pelean?

-Por cabronas.

-¿Nomás por eso?

-Nomás por eso.

El gallo blanco parecía que tenía más fuerza. Eso parecía. Pero yo creo que también era porque las gallinas se le arrimaban más. Se paseaba con el cuello muy estirado. Hacía mover su cresta colorada, como la melena de Sonny Boy cuando pasa por delante de la casa de la Chona. A veces se estiraba todo, batía las alas y cantaba, como mi padre cuando pone discos de mariachis y está algo tomado. Entonces las gallinas se voltean para mirarlo. Unas bajan la cola, aunque las más no lo hacen, las levantan. Mi mamá tenía gallinas de todas clases y colores, aunque casi todas eran prietas y algunas blancas, como los huevos. Nunca me olvidaré de cuando una gallina prieta se enojó mucho. A esta gallina, a quien mi papá le llamaba la Piruja, le gustaba agacharse siempre, para que el gallo blanco se encaramara encima. Cuando la veía siempre así, el gallo se le encimaba. Siempre el mismo gallo blanco, nunca el otro. Un día andaba muy enojada. Mi mamá me dijo que era porque «estaba clueca». Yo no le entendí bien, pero vi que se metió dentro del gallinero y se acostó sobre unos huevos que allí había. A veces se movía muy fea, con las plumas así, espeluznadas. Me di cuenta que, cuando se levantaba, torcía el pico para abajo y picoteaba un blanquillo prieto. Yo no sabía por qué siempre picoteaba a ese blanquillo. Siempre el mismo.

-'Amá, ¿por qué la gallina prieta, la clueca, pica al huevo prieto que



tiene debajo?

-Porque es como algunas madres a quienes yo conozco.

-¿Como doña Molly Peña, cuando le pega a su Johnny?

-Sí, mijo.

-Y ¿por qué doña Molly le pega a su Johnny?

-No sé, mijo, no sé...

La gallina clueca tuvo sus pollitos. Todos, menos el del huevo picoteado. Andaba muy copetona la gallina que había sido clueca. Siempre alrededor de su gallo. No quería que las otras gallinas mugrosas se le acercaran a ella y a sus pollitos. Tampoco quería que su gallo se anduviera encaramando sobre las otras gallinas. Pero un día su gallo, al encaramarse sobre ella, le apretó muy fuerte con sus uñas y le jaló muy feo de la cresta. Después ya no se encimó más. La dejó, y se fue con otras. La gallina que había sido clueca no se lo podía explicar. «Después de todo», se decía, «mis pollitos salieron a ti, de blanquillos blancos». Eso se lo decía también a él. Pero él no le dio explicaciones. Y ella no supo a qué lado arrimarse. Hasta notaba que sus polluelos se alejaban de ella.

Cerca del parque San Lázaro habían estado haciendo obras. Varios trabajadores de la ciudad perforaron un segmento de asfalto para emparchar la tubería de drenaje. A las tres de la tarde se fueron y dejaron el boquete sin tapar. Pusieron dos caballetes para que los carros no fueran a enterrar sus llantas en él. El ojo de la punta de la caña del ciego iba palpando de derecha a izquierda. Dio con la pata del caballete a la derecha que, por medio de una pila intermitente, producía una luz brillante emitida por un ojo de córnea amarilla. Movié el bastón hacia la izquierda, y se encontró con otra pata de otro caballete que emitía otra luz guiñando el ojo amarillo a los transeúntes. Pero el ojo duro de la punta del bastón del ciego brincaba por el piso del asfalto negro y oscuro. Entre los dos caballetes, había un espacio de aire que podía albergar dos cuerpos humanos. La córnea blanca de la punta de la caña del ciego midió la distancia, pero no vio el boquete que lo llevaba al precipicio del ojo negro que conducía a las capas subterráneas de los desperdicios gastronómicos, despedidos por ojos oscuros de cuerpos humanos. Dio dos pasos hacia adelante y, al tercero, fue a dar en el boquete que, como boca de animal hambriento, se tragó la pata derecha del incauto don Braulio Quezada. Como una mosca negra en la negra mano de King Kong, o como una inocente sirena en la redonda ventosa de un gigantesco pulpo, quedó el pobre ciego prendido por la pata derecha. El pulpo de la ciudad extendía una vez más sus largos tentáculos por los barrios de Sunset District. De Norte a Sur, de Este a Oeste, entrecruzados paralelamente, o formando cul-de-sacs, los tentáculos iban exhibiendo sus ventosas cónicas, tratando de chupar sangre y vida humanas. Eran paraguas, hongos, tejados invertidos, como girasoles, bocas, embudos hambrientos de sudores, miserias y almas.

La viejita doña Silvina, con su bolsa de charol escarapelada colgada del brazo izquierdo, y la mano derecha encachuchándose sus ojos amagados por los años, divisó al ciego don Braulio postrado como un musulmán rogando a Alá, la cara besando el asfalto enlodado y salmodiando improperios contra el progreso.

-¿Qué le ha pasado, buen caballero?

- ¡Qué caballero, ni qué chingao!
- ¡Ah, pero si es don Braulio!
- Era don Braulio, y ahora soy un...
- ¿Qué le ha pasado, don Braulio?
- ¿Pero es que está usted ciega?
- No, se me hace que el ciego es usted.
- ¿No ve que me han desmadrado otra vez?
- Mire nomás, si tiene la nariz como un jitomate de los que vende tan caros doña Sarita en su tienda.
- Sí, pero no se quede ahí contemplándome nomás, y déme una mano para salir de esta mierda de hoyo.
- Al revés, don Braulio, al revés.
- Como sea.
- Pos mire nomás, cómo se quedó ahí enterrado.
- Carajo de vieja. Déjese de mitotes y deme una mano.
- Yo no acostumbro a dar la mano a un hombre así... en público. No señor, nunca.
- Vieja cabrona, pero sí que la usa para coger en privado a su viejo.
- Jesús, María y José, ¡qué lengua tan sucia tiene este viejo apestoso!
- Déjese de babosadas y ayúdeme a salir de aquí.
- Ya le he dicho que no acostumbro a...
- Pos arrime pa'cá una pierna.
- ¡Grosero! Serías capaz de...
- Sí, y de tentarte esas nalgas arrugadas y apestosas que tienes.
- Estas nalgas ni están arrugadas ni apestan. Son de mi amoroso Chuito, que no tuyas, viejo sinvergüenza.
- Y del Pepote y del Juanote, vieja puta.
- Pos quédate ahí mismo enterra, Focos, pa' que se te apacigüen esos deseos que tienes en el cuerpo.
- Vete al carajo, vieja nalgona.
- Y ¿cómo sabes que estoy nalgona, si no ves?
- Pero las huelo, vieja cochina.
- Con esa nariz de jitomate que tienes, no hueles ni a una señorita sin entoavía abusar.
- Traime a tu hija y verás.
- Que se abra el hoyo y te trague el diablo.

Doña Silvina se fue refunfuñando y se oían los pasos menuditos que despedían sus tacones asustados, como los de una ardilla seguida de un perro. Don Braulio se quedó meditabundo, haciendo planes. Enseguida los puso en práctica. Se tendió en el suelo, abrió la palma de la mano, ennudó los bíceps y comenzó a dar pujidos. En uno de los esfuerzos, se le escapó un pedo. Miró alrededor, y no oyó a nadie. Trató de nuevo. Esta vez concentró las fuerzas en el muslo de la pierna derecha. Forcejeó varias veces y notó que el lodo iba cediendo. Momentos después quedó la pierna libre de la ventosa, pero pringando una sustancia pegajosa y maloliente. Recogió el bastón del suelo, trató de sacudirse un tanto, y se enderezó. Orientó sucesivamente sus dos antenas para la derecha y para la izquierda, para adelante y para atrás, y oyó, por la dirección que momentos antes había tomado doña Silvina, pasitos menudos, secundados por otros caballudos. No tardó mucho en oírse una voz femenina.

- Chuy, éste es el hombre que me ofendió.  
-Usted ha ofendido a mi Silvinita.  
-Quién ¿yo?  
-Sí, usted. Y más vale que presente sus disculpas a mi Silvinita.  
-Yo no he injuriado a nadie, y menos a una dama como doña Silvina.  
-No le hagas caso, Chuy, que me llamó vieja...  
-No, don Chuy, yo nomás le pedí que «por caridad de Dios me diera una mano», y ella me dijo que «en público no, que de ninguna manera», y yo la congracié de ver que todavía había damas decentes hoy día en este cochino mundo.  
-Está diciendo mentiras, Chuyito, dale en la madr... Me dijo palabras muy feas. Me llamó vieja... que tenía hombres...  
-Yo nomás le dije que «bendito el joven que pudo llevarse una flor tan hermosa y primaveral como usted».  
-¿Eso le dijo, don Braulio?  
-Eso mismito le dije, don Chuy.  
-Entonces, ¿qué te traes, vieja mitotera?  
-Es que yo no oí esas palabras tan bonitas...  
-Pues abre los ojos, vieja argüendera.  
-¡Que Dios les bendiga y les dé muchos años de felicidad!  
-Gracias, don Braulio.

La anciana pareja se retiró arguyendo, y don Braulio ensayó unos pasos. Mientras el ojo de la caña iba abriendo camino y evitando otros tropiezos, el pantalón de la pierna derecha dejaba a intervalos en la banqueta una estela de una sustancia almidonada, pegajosa y hedionda. Las tribulaciones de don Braulio se hacían más numerosas. Otro día iba caminando hacia su casucha. Al terminar la calle Salcedo había un terreno baldío. Las muchas pisadas de la gente formaron un caminito que servía de atajo para llegar a la calle Ventura. En un rinconcito de esta calle vivía don Braulio. Como un perro perdiguero, que sigue con el hocico el rastro de su pieza, los ojos de mármol seguían esta vereda todos los días. Cualquiera que no supiera que adolecía de esta privación, hubiera jurado que se trataba de un hombre cabal y completo. Dio la casualidad de que la propiedad había cambiado de manos y de papeles. El nuevo propietario quiso poner fin a tanto peaje. En un santiamén, fincó una alambrada por la parte Norte, la parte más cercana al parque San Lázaro. Queriendo proceder de acuerdo a las leyes de los hombres que se llaman cristianos, el nuevo dueño colocó a la vista de todos un letrero en la alambrada que rezaba: «No Trespassing - Private Property». Don Braulio había salido de su casucha con la algarabía de los pájaros. Se internó por el terreno baldío y, como si poseyera los dos luceros con que Dios y la naturaleza agracian a la mayor parte de sus hijos, siguió, a paso normal, la ruta que tantas veces había pisado. Llegó a la alambrada y, sin disminuir velocidad, dio de plano con toda la superficie de su ya torturada cara contra la red metálica, en los meros cachetes. Quedando un poco tronado y desconcertado, lo que de inmediato le preocupó fue lo de la nariz, que le quedó encajada en uno de los cuadriláteros que dibujaba el tendido.

-¡Me chingaron la trompa!

Desde las ramas del árbol, el Chango se percató del accidente. Avisó a Casimirón, que se encontraba con él, y saltó al suelo. Acudieron ambos

apresuradamente a la ayuda de su hermano de sinsabores. Entre tanto, Focos estaba abierto de brazos y piernas como una araña intentando subir y bajar el mecate metálico. Ante esta aparición de espantajo, Casimirón exclamó:

-¡Pero mira nomás, cómo estás, 'mano!

-Estoy como estoy, ¿o es que no ves? ¡Ayuda!

-Lo que veo es una nariz tamañota ansina.

-¡Chihuahua!, si hasta parece la del payaso Bozo.

-Te la jodieron, Focos, te la jodieron mismamente.

-Déjense de chingaderas y ayúdenme a salir de aquí.

-N'hombre, Focos. Si hasta tamaño letrerote no pudiste leer. Fregao estás, 'mano, fregao estás.

-Para de llorar, Casimirón, y échame acá una mano.

Con su rapidez característica, el Chango metió los dos índices en el cuadrilátero, forcejeó, los dobló, y los alambres dejaron libre la presa engarrotada. Don Braulio se echó las dos manos encanastadas a la nariz y comenzó a lamentarse.

-¡Jijo 'e su acalambrada madre!

-¿Cómo la sientes, 'mano?

-Jodida.

-Pos mira que si no fuera por el Chango, entoavía estarías con ella prendida de este mecate.

-Gracias, Chango.

-Si te digo que sirve pa' doctor cirujano.

-Cirujano, Casimirón.

-Pos pa' eso, pues.

Los separaba el nuevo bardal, y don Braulio se sentía perdido y sin orientación precisa. La solución la tuvo el Chango que, ágilmente, trepó la cerca y se traspuso al lado del ciego. Sirviéndole de lazarillo, fueron circunvalando el terreno y se metieron por una calle lateral y, al poco rato, ya estaban en el parque. Durante el trayecto, el pobre don Braulio no hacía más que quejarse de su desventura, y no soltaba la mano derecha que llevaba prendida de la nariz amoratada. Más de una vez, el Chango, enternecido, se pasó el dorso de la mano derecha por las lacrimosas fosas nasales.

Casimirón, que sintió su corpachón ablandarse, compartió su enorme pañuelo cuadriculado que, aunque mugroso, lo aceptó el ciego agradecido y sin miramientos.

-Aunque es el único que tengo, a ver si te sirve de algo.

-Muchas gracias, hermano Casimirón.

Se guardó silencio hasta que llegaron el Comunista y el Mayate. Desde lejos, se percataron de que algo raro había acontecido. El Chango no estaba en el árbol y Casimirón caminaba nervioso para adelante y para atrás, como un gallo descolado.

-¿Qué pasó?

-Nada. Que el hermano Focos tuvo otro incidente.

-«Accidente», Casimirón, «accidente».

-Pos eso. Y se le quedó atorada la trompa en la nueva alambrada que levantó el gringo ese.

-¿Qué alambrada?

-¿Es que no la ves allí, Comunista?

-Pos sí, tienes razón. Otra trampa armada por el sistema capitalista.  
-¡Es el progreso, Comunista!  
-El progreso, tu madre, Casimirón. Lo que pasa es que estás tuerto de un ojo, y también de la mente.  
-No insultes, Comunista.  
-Abre los ojos, pues, y mira. ¿No ves que nos están cercando, y dentro de poco nos encerrarán en el parque?  
-El Comunista tiene razón. Nos encerrarán como gallinas en un corral, o como a los indios en reservaciones.  
-Y tú ¿qué sabes de eso, Mayate?  
-Pos yo trabajé en los files y sé muchas cosas.  
-El derecho a la propiedad privada es la privación de los derechos ajenos y comunistas y comunales.  
-A ti no te entiende ni Dios, Comunista.  
-Ni falta que hace, Casimirón.  
-Pos entonces, ¿pa' qué hablas?  
-Para destaparte esa torre que tienes tan grandota.  
-A ti no te entenderé, pero, con el permiso de Focos, a mí se me hace muy chula esa cerca.  
-Como tú no perdiste la trompa...  
-Imagínate que yo fuera el dueño de esas tierras y del parque. Me sentaría yo en el medio mirando a todos desde adentro.  
-Te mirarías como un oso, grandote y greñudo como eres.  
-Y después que toda la Raza se fuera acercando y mirara por la alambrada sin poder entrar.  
-Así, como un Dios, ¿que no, Casimirón?  
-Como ese mentado ranchero Henderson, o como el presidente del Banco de downtown.  
-Además de tuerto, estás degenerado, Casimirón.  
-Y después los mandaría entrar para que me pizcaran la milpa, mientras yo daría vueltas con un sombrero tejano en uno de esos caballotes bien chaineados.  
-Chingando a tu misma gente, cabrón.  
-O vestido de corbatita, esperando a que todos, uno detrás de otro, como en el welfer, me trajeran su feria.  
-Tienes la mente podrida, Casimirón.  
-Y después tener un chante bien grande, mucha birria y una güerota.  
-Serías peor que los gringos, Casimirón.  
-Y yo juntaría a toda la plebe, y marcharíamos a tu casota, te sacaríamos como a un puerco engordado, te colgaríamos de un árbol y te haríamos barbacoa...  
-Y ¿por qué no lo haces ahora con ese gringo mugroso que desmadró a nuestro hermano Focos, Comunista?  
-Porque ustedes no me ayudan y la Raza está sorda, Casimirón.  
-Tiene razón el Comunista. Con ciegos y sordos estamos fregados.  
-Pos eso. Así nos tiene el sistema capitalista.  
-Y Focos, ¿qué? ¿También le enciegó el sistema capitalista?  
-No, pero la alambrada capitalista le jodió la trompa. Y el perro que necesita para ayudarlo a caminar se lo negó el sistema capitalista.  
-¡Cállense, por favor, que me duele la cabeza de tanto pedo que están

haciendo!

-No tenemos aspirinas, Focos, pero yo tengo unas heladitas. ¿Se te antoja una?

-Pos tira pa' cá una, Mayate.

-Ándale, aliviánate una, que hasta te cayerá bien pa' la trompa esa que tienes tan colorada.

-Mayate, no te olvides de mí.

-Ni de mí, 'manito.

-No te hagas el rogón, y comparte.

-Mañana es mi turno.

-Ok.

-No agarres la lagartija por la cola.

-¿Por qué, mamá?

-Porque se la vas a quebrar, mijo.

Siempre me gustaron las lagartijas a mí. Cuando llegaba la primavera, había muchas prendidas de la cerca de la backyard. Me aproximaba, y se escapaban. Quería tocarles, agarrar una y ponerla en mi mano para mirarla de cerca. Pero nunca pude, hasta que un día oí un ruido en uno de los botes de la basura y miré dentro. Daba saltos muy grandes. No sé si porque quería correr libre, o porque tenía mucho calor allí, dentro del bote. Con una jarrita de cristal la agarré y la cubrí con la tapadera. Después me senté a mirarla. La cola era muy larga, llena de anillos pardos. Las patitas terminaban en unas uñitas muy filosas. La barriga la tenía gorda y le tocaba al fondo de la jarrita. Al respirar, se le hinchaba la papera como si se le estuviera acabando el resuello. Yo no podía saber de qué color eran la papera y la barriga. Unas veces tenía color pardo, otras blanco, otras colorado y otras verde. Le cambiaba el color con el movimiento de la papera. Los ojitos eran muy pequeños. No los movía. Parecían cristalitos. Y la boca era alargada, y le asomaban apenas unos dientecillos muy chistositos. Le di vueltas al bote de cristal, y la lagartija cambiaba de posición y de tamaño. La miré por debajo, por el fondo de la jarrita de cristal. Entonces me pareció más grande, que se hacía más grande. Como si fuera uno de los lagartos con los que se peleaba Tarzán en el río. Una boca muy grandota y unos dientes tamaños así, como para comer a Tarzán. Pero Tarzán nunca se dejaba, porque era muy, pero muy fuerte.

-¿Qué estás mirando, hijo?

-Este lagarto que se quiere comer a Tarzán, papá.

-Ese lagartijo come insectos. Déjalo que se vaya.

-Y ¿cómo comen insectos los lagartijos si están todo el día al sol?

-También eso dicen de nosotros, y trabajamos todo el día al sol.

Miguel había llegado al parque relativamente temprano. Se sentó y esperó. Sabía que don Braulio aparecería pronto. El joven quería aprovecharse de la oportunidad, y permaneció clavado en el banco contiguo. A lo lejos se oyeron los diminutos ecos del bastón blanquecino. Después siguieron las fofas resonancias de los tacones negruzcos. Más tarde se alternaban ecos y resonancias en una sinfonía pobretona y desmayada. Al rato, el césped se tragó el ritmo musical, y apareció la figura del visionario. Iba vestido de levita negra, enmohecida de verde oscuro, tirando a incipiente musgo. Con la punta de la batuta blanca tocó el banco, se acercó y, seguidamente,

olfateó de qué parte venían los tenues rayos solares. De pie, y formando trípode, quedó con las córneas clavadas en el lejano Este. Como a un perro de caza, le quedó la humedecida nariz apuntando hacia el oriente. Un rey mago, o un navegante, guiándose por la estrella polar. Después se sentó y, como una gallina clueca ajustando los huevos para calentarlos, giró levemente al ritmo roquenrolero, asentando las dos mitades del mapamundi que le servían de cojinetes. Metió el bastón entre las piernas, arqueó las manos y las sobrepuso cóncavamente sobre la montura del bastón. Acto seguido, como lo hiciera el hocico de Emiliano sobre el zapato arrugado de Leñero, don Braulio recargó la perilla sobre las manos entrecruzadas. Con las córneas congeladas se quedó mirando a la eternidad.

Miguel ahogó la respiración. La palpitación se le asomaba a la aorta.

Miraba hacia el Norte, pero sus pupilas brillaban con el reflejo destellado por las córneas del ciego. Los ojos de don Braulio eran dos estrellas, dos fuentes de luz prestada. Miguel se acordó de su iglesia, de cuando era niño. Repetidas veces quedó fascinado por aquella pintura en la bóveda del altar mayor. Un ojo blanquecino, incoloro, encuadrado en un triángulo de payaso de circo estático. Si un domingo se sentaba en el ala izquierda, lo miraba. Si al domingo siguiente se sentaba en el ala derecha, la pupila lo clavaba. Si en el centro, allí aparecía la mirada fija. Algún tiempo después quiso cerciorarse. Cruzó la iglesia de izquierda a derecha sin perderlo de vista, pero el ojo lo seguía mirando sin moverse. La mirada incolora estaba petrificada. Domingo tras domingo, inmutable.

Don Braulio no había pestañeado. La curvatura convexa se perdía en un horizonte de párpados. Se hundía en lo invisible de una oquedad misteriosa y sin fondo. Era el mar que desaparecía tras un firmamento azul e ilusorio, y cuya entraña guarecía una profunda vida insondable. Una concha grisácea y dura que, clavada en la arena, desafiaba al tiempo.

-¿Cuánto tiempo llevas aquí, Miguel?

-... no sé. La eternidad no se mide por horas.

-Es cierto...

-Y ¿cómo sabía usted que yo... estaba aquí...?

-Los ciegos no vemos, pero percibimos.

-Cómo.

-Como los colores que tú ves.

-Pero usted no sabe de qué colores son los colores.

-Ni tú sabes cómo se perciben las percepciones incoloras.

-Comprendo.

-Comprendes que no comprendes.

-Comprendemos que nos comprendemos...

-Papá, ¿por qué Superman no habla español?

-Porque es gringo.

-Entonces yo nunca voy a ser como Superman.

-Ni los gringos tampoco, mijo...

-... Y ¿por qué el Six-Million-Dollars-Man es tan fuerte?

-Porque lo hicieron los gringos.

-Y ¿por qué nosotros no hacemos uno también?

-Porque no tenemos dinero, mijo.

-¿Cómo es el sol, Miguel?

-Es redondo y amarillo.  
-Bonito ha de ser.  
-¿Por qué «bonito» si usted no lo puede ver?  
-Porque calienta y me pone alegre.  
-Pero eso no es ser «bonito».  
-¿A qué llamas tú «bonito»?  
-A algo que es bello, como una muchacha.  
-Pues yo llamo «bonita» a una mujer, porque la puedo oír.  
-Pero eso no es ser «bonito».  
-¿Cómo llamarías tú a una música de mariachi?  
-Bonita.  
-¿Has visto tú alguna vez esa música?  
-No.  
-Luego, ¿por qué la llamas «bonita»?  
-Comprendo.  
-Comprendes la diferencia.  
-Comprendemos.  
-Papá.  
-Qué, mijo.  
-A ver. ¿Por qué Popeye tiene tanta fuerza?  
-Porque lo hicieron los gringos.  
-No. Porque come spinach...  
-¿Sí?  
-Sí... ¿Y si le dieran chiles jalapeños, papá?  
-No tendría tanta fuerza.  
-¿Por qué, papá?  
-Porque es gringo, y se le quemarían las nalgas.  
-Dices que el sol es redondo, Miguel.  
-Sí, como un disco.  
-Y, ¿cómo es un disco?  
-Redondo.  
-Y ¿qué es redondo?  
-Lo opuesto a cuadrado.  
-Y ¿qué es cuadrado?  
-Lo opuesto a red... No nos entendemos.  
-Sí, nos entendemos.  
-¿Cómo?  
-«Redondo» es como un mareo.  
-Como dar vueltas antes de pegarle a la piñata.  
-Como cuando pierdo la orientación, me mareo y no sé para dónde encaminarme.  
-Eso no es ser redondo. Eso es ser amorfo. Es un vacío.  
-Y ¿cómo es un vacío?  
-Una cosa sin forma.  
-Como el viento que pega en la cara.  
-Exacto.  
-¿Qué estás viendo, mijo?  
-Speedy González, papá.  
-Ese sí que es cartún, pa' que veas, ese sí que es cartún.  
-Y ¿por qué anda robando queso y anda medio borracho?



-Cosas de la vida, mijo, cosas de la vida.

Un día me llevaron al rancho en donde vivían mis abuelitos. Había muchos árboles, plantas y flores. Yo andaba corriendo, cuando me topé con una mariposa que andaba entre las flores del jardín de mi abuelita. Se paró sobre una rosa, y yo me arrimé despacito para verla bien de cerca. Aunque estaba parada sobre la flor, movía muy quedito las dos alas. Las alzaba y las bajaba al mismo tiempo. Así tan quedito no podía volar. No sabía yo por qué las movía. Eran muy bonitas. Tenían rayas de color. Me acordé de cuando una vez llovía y vi un arco iris de muchos colores en el cielo y mi mamá me dijo que era «la corona de Diosito». Yo tampoco sabía por qué Diosito tenía una corona así, tan chula. Pero las alas eran como dos arco iris y no eran coronas. No estaban sobre la cabeza, eran alas. Era todo lo que podía ver, dos alas. Entonces me quise arrimar más para poder verla mejor y para tratar de agarrarla. Pero ella se me zafó por entre los dedos y se marchó de flor en flor. Al rato se paró y decidí agarrarla a como diera lugar. Después de un rato, y haciendo como mi gato cuando quiere agarrar un pajarito, yo me arrimé muy quedito, y luego luego le eché la mano. Con los dos dedos de la mano derecha la agarré por las alas. Ella pataleaba como un pajarito en la boca de mi gatito. Mientras trataba de escaparse de entre mis dedos, yo corría hacia la casa de mi abuelita.

-¿Qué traes ahí, mijito?

-Una mariposa, agüelita.

-Y ¿para qué la agarraste?

-Para verle los colores.

-Son muy bonitos, ¿que no?

-Sí. Y ¿quién se los pintó, agüelita?

-Diosito, mijo.

-Y ¿cómo le hizo, agüelita?

-Pues, así nomás. Lo pensó, y ya.

-¿Así nomás?

-Así nomás.

Ya apenas palmoteaba la mariposa. Abrí los dedos y la dejé volar. Apenas podía. Se iba tambaleando. Pero ahora ni se dirigió hacia las flores. Se fue lejos, muy lejos, hasta que la perdí de vista. Todavía tenía los dedos abiertos. Bajé la vista para verlos. Me quedé con los ojos abiertos al ver que se me habían quedado los colores de las alas en la punta de los dedos.

-Agüelita, yo también tengo arco iris.

-Sí, mijo. Como Juan Diego.

-¿También tenía arco iris ese muchacho?

-No. Él vio a la Virgen de Guadalupe.

-Pero yo nomás vi una mariposa.

Plans to expand the Airport have been approved. The City and State need bigger and better air travel facilities. A group of rebels have demonstrated against the plans.

The Republic Free Press

Unas mil familias del barrio Las Pencas tendrán que evacuar sus

casas si no resisten la expropiación. Como no tienen voz en la Alcaldía, ni en el Senado, ni tienen acciones en las compañías de aviación, la causa -si es que la hay- se perderá. Algunos padres de familia con rótulos demostraron su desatisfacción, pero media docena de policías los dispersaron.

El Clarín del desierto

- Yo ya no puedo con tanto ruido.
- Pos vas a tener que acostumbrarte, Focos, porque el número de aviones es más grande cada día.
- Uno se acostumbra a una cosa y, cuando ya está orientado, lo desacostumbran y lo pierden a uno con otra cosa, Chango.
- Pos sí. Pero así dizque es el progreso, Focos.
- Yo ya estoy cansado del progreso. Yo lo veo como trampas que se arman a cada paso.
- El progreso es la obra del diablo, y Dios castigará a esos que inventan tales cosas.
- Déjate de payasadas, Profeta. Esas cosas no son obra del diablo ni de Dios. Son obras del capitalismo y de los capitalistas. Y así como ves a ese pájaro que va volando, así puedes ver que vuela el sudor y la sangre del trabajador.
- Yo lo que veo, Comunista, es que las alas vuelan por el aire y que dentro va gente volando sin mover las alas.
- La gente que va dentro es la gente capitalista que vuela con el sudor del trabajador que hizo las alas.
- Es el hombre que tiene el diablo metido y que quiere desafiar a Dios. Quiere sentirse tan grande como Él.
- Lo que quiere el hombre capitalista, Profeta, es chingar cada día más al pobre, al que está jodido, y eso es todo.
- Yo lo único que sé es que oigo ruido y que ese ruido continuo me tiene la cabeza atontada y me vuelve loco. Oigo el ruido, y no veo quién lo produce, ni cómo, ni con qué. Siento la cabeza como una vejiga lista para reventar.
- No durará mucho, Focos, porque tengo entendido que van a fincar aún más en el aeropuerto, y nos echarán a nosotros y a nuestra gente de los barrios.
- Para dejar paso al progreso.
- Y dale con el progreso, Casimirón. Es que somos juguetes en manos de los capitalistas. Eso es todo.
- Capitalistas o no, Comunista, nos echarán y tendremos que recoger el metate y los tiliches, y ya.
- Es la maldad del hombre que oye al diablo y no se arrepiente. Es el acabamiento total del mundo.
- Será, Profeta, pero será porque el hombre capitalista explota el sudor y la sangre del pobre, y no porque el diablo se mete de por medio.
- ¡Cállense ya! Ustedes hacen más ruido que esos pájaros voladores. Están gritándose y, al cabo, vienen a decir lo mismo.

-Mamá.  
-Qué, hijo.  
-En la televisión dicen que regalan una perrita sin casa.  
-Sí, y qué.  
-Yo la quisiera, para que tenga casa.  
-No puede ser, ya tienes gato.  
-...Y, ¿qué quiere decir «spay», mamá?  
-Algo así como que ya está arreglada.  
-Y, ¿qué quiere decir «arreglada»?  
-Pues que no puede tener babies.  
-Si no puede tener babies, se acabarán los perritos.  
-No, hijo. Hay más perritas.  
-Pero, ¿y si también están «arregladas»?  
-Entonces sí, hijo, entonces sí.  
-Mamá..., ¿y también arreglan a las mamás?  
-A veces sí, hijo, a veces sí.  
-Entonces nos quedaremos sin chicanitos.  
-Y sin chicanitas que sean mamás.  
-Y, ¿qué es un día, Miguel?  
-Un día completo se compone de mitad día y mitad noche.  
-Y, ¿cómo mides dos mitades de un día?  
-Una mitad cuando alumbra el sol y la otra cuando se oculta.  
-Es decir, cuando hace calorcito y cuando hace frío.  
-Sí, es otra manera de medirlo. Y..., ¿para qué usa usted los ojos, don Braulio?  
-Para ver.  
-¿Para ver qué?  
-Para ver lo que veo.  
-Y, ¿qué ve usted?  
-Un mundo de ciegos.  
-El mundo de los ciegos es un mundo oscuro, sin colores.  
-Es un mundo de ideas, de pensamientos.  
-Pero los pensamientos no tienen colores.  
-Ni los colores tienen pensamientos.  
-Entonces, no podemos entendernos.  
-Sí, podemos.  
-¿Cómo?  
-Porque si los que ven cierran los ojos, entonces pueden ver y pensar como los ciegos.  
-Pero esto no es práctico y se hace difícil.  
-Tan difícil como el racismo de que habla la gente.  
-¿Quiere usted decir que en el mundo de los ciegos no hay racismo?  
-Quiero decir que todavía no entiendo qué significa la palabra racismo.  
-Porque no puede distinguir los colores, ¿verdad?  
-Supongo.  
-Entonces el racismo se acabaría si toda la gente fuera de un solo color.  
-O incolora, como en el mundo de los ciegos.  
La parroquia de la Virgen de Guadalupe era la iglesia más frecuentada por los chicanos. Le llamaban «La Basílica». Se celebraban en ella misas, bautizos, bodas, entierros, bingos, comidas, bailes y otras muchas cosas

que producía la imaginación de la gente. Tenía una cocina grande y un gimnasio amplio, recuerdos de cuando a la parroquia asistían los muchachos y muchachas de la High School. Ya hacía años que habían cerrado la escuela. Al principio decían que porque no había bastante dinero, pero más tarde la gente se malició otras razones. En fin, se cerró. A pesar de esto, los parroquianos seguían con sus actividades religiosas y no tan religiosas. El párroco, en ese entonces, se llamaba padre José Escamillo, hombre maduro y tolerante, pequeño y regordete. Se corría un runrún de que le gustaba la movida. Se la pasaba siguiéndole la onda al Señor Obispo, Sean McIntire. A no ser por aquello de que era algo «pediche», y también «coliche», dejaba a la gente en paz y que hiciera tranquilamente sus cosas. Tampoco esto disgustaba al Señor Obispo, por parecerle que así podía distraerse la Raza sin meterse en la «routine business», como la llamaba Su Excelencia.

Aunque había varias organizaciones de hombres y de mujeres, la que más frecuentaba el Centro Parroquial era la organización de las Guadalupanas. Allí estaban ellas, encargadas de adornar el altar, limpiar la iglesia y, sobre todo, a cargo de la comida o comidas. Todos los domingos había menudo, pan dulce y café. También, aunque no siempre, hacían tamales y burritos de chile verde o colorado, a como diera lugar. Los parroquianos las conocían muy bien, y siempre preguntaban que «quién hizo el menudo este domingo». Como es natural, a unas se les daba mejor la mano que a otras ya fuera para los tamales, ya para el menudo, o para lo que fuera. También ellas eran muy conocedoras de los feligreses. Hasta los conocían por nombre y, en muchos casos, por sus vidas privadas.

The official hierarchy of the American Catholic Church has issued a statement of concern on regard to what they call «communist infiltration from the Church of the Third World in some of our traditional Mexican Catholic Communities».

The Republic Free Press

Los líderes católicos de nuestra comunidad hispana, incluyendo a algunos sacerdotes, han protestado contra el intento de expropiación de cinco acres pertenecientes a la parroquia de el Santo Niño de Atocha. Los documentos de propiedad o escrituras están en manos de la gente de la comunidad, pero el Señor Obispo, Sean McIntire, quiere ponerlos a su nombre.

El Clarín del desierto

Después de haber anunciado en el boletín parroquial las proclamas de matrimonio, y después de haber enviado las invitaciones para la boda, se casaron Nancy Espinoza y John Pacheco, y celebraron la ocasión hasta pasada la media noche. Las Guadalupanas se ofrecieron para hacer la cena. Doña Rosa «la Chancla» Castillo era la presidenta. Formaban la crema del grupo, por así decir, además de la presidenta, doña Remedios «la

Pisafuerte» Arce, doña Rosario «la Chipotla» Jiménez, doña Jesusita «la Resuellos» García y doña Gumersinda «la Molcajeta» González. Todas ellas eran señoras ya entradas en años. Doña Gumersinda era la dueña de Gumersinda's Ball Room. Doña Jesusita era la esposa del Comunista, el del parque San Lázaro. Las otras estaban más o menos bien casadas, algunas menos que más, pero todas casadas y con críos, unos grandes ya y otros no tan grandes, aunque esto depende del punto de vista. Desde temprano habían ido a la cocina con los preparativos para hacer la comida. La presidenta era la que supervisaba todo, para que no faltara nada y para que se procediera con orden.

-¡Qué chula se miraba la Nancy en la misa!

-Y el Johnny, ¡hasta se miraba más hombre!

-Y el sermón del padre Escamillo estuvo a todo dar.

-No, mujer, eso ya cansa.

-Porque dijo la verdad.

-¡La verdad! Esa verdad ya no existe.

-Porque sean traviesos los chamacos, eso no quiere decir que esté bien lo que hacen.

-No empiecen con el chisme y pónganse a trabajar, que hoy es un día para celebrar.

Se acercó Miguel a don Braulio y quiso leerle en el ojo. Era el ojo derecho, el más contiguo. Quiso verse en él. Era incoloro, como el azogue de un espejo, resbaloso y cristalino. Se acercó más. Dejó de pestañear para asegurarse de que no se movía. Todo blanquecino. Creyó ver una pupila diminuta del tamaño de la punta de un alfiler. Extasiado, observó que la punta del alfiler se iba haciendo cabeza. Como una gota de sangre que iba dibujando una estela a medida que se movía. Semejante a un capilar rojo era la estela. En su movimiento giratorio, parecía un bastón de dulce de Santa Claus, un cilindro de barbería en rotación, una rueda floreada de carro alegórico. Otros dos ojos se acercaron, después otros dos, más tarde otros dos, y así se iban acercando los demás. Todos querían ver, todos querían verse. Unos ojos empujaban a otros, se cruzaban, cambiaban de posición, se acercaban, se estrujaban, se machucaban.

-Apártate, cabrón.

-No seas maricón.

-Deja ver, sinvergüenza.

-No machuques, Papaluches.

-No aplastes, Eufemia.

-No sobes, Eleuterio.

-No chingues, Efigenia.

-No jodas, Eusebia.

-El que jodes eres tú, Cantú.

-Que te muerdo el ojo, Sinforoso.

-Que quiero ver mis ojos.

-En el espejo de otro ojo.

-En el ojo de otro ojo.

-En la niña del ojo.

-En el ojo de la niña.

-En la niña del viejo.

-En el viejo de la niña.

-En la niña del niño.  
-En el niño de la niña.  
-En la vieja de la niña.  
-En la tuya.  
-En la niña de tu madre.  
-En la madre de tu niña.  
-En el ojo de tu madre.  
-En el ojete de la tuya.  
-Que lo tiene lleno de mierda.  
-En la madre.  
-En la niña.  
-En el ojo.  
-En la mierda.

Giró. Frotó los ojos y le pareció ver estrellas. Estrellas en las niñas de los ojos, como líneas rojas de dulce de Santa Claus, de barberías invitando a clientes. Volvió a girar, y se dio la vuelta. Se puso detrás del ojo, de los ojos, de las niñas de las pupilas, de sus ojos, de su ojo, del de él. Las líneas rojas concéntricas, como la franja colorada de los bastones navideños, de las barberías, estaban quietas, estáticas, inmutables. Afuera se veían ojos negros, cachetes inflados, caras oscuras. Daban vueltas, como abanico o ventilador eléctrico, como rueda floreada de carro alegórico de flores prietas y oscuras. Los ojos se clavaron en el ojo, en la pupila, en la niña. Giraban y giraban. Se convertían, se hacían, se volvían más grandes, más infladas, más prietas, más oscuras, más nocturnas las caras. Buscaban el ojo, la niña, la miel, la vida. Se enervaban, se enfurecían, se mareaban. Querían ver, verse, sentir, sentirse, vivir, vivirse, desvivirse. Lo miraban y los miraba. Él por detrás, y ellos por delante. Se miraban, giraban y se mareaban. Lo hipnotizaron, se hipnotizó, se mareó. Dio la vuelta, abrió los ojos y se quejó viendo el aire, la nada. Sintió una estela giratoria de dolor. Arriba, en el salón, se oía ruido de algunas personas que preparaban las mesas y decoraban las paredes de papeles policromados y rótulos de enhorabuena a los novios.

-Pos sí, el vestido de la novia se miraba bonito, pero le quedaba algo guango.  
-Es que tenía que ser ansina.  
-¿Es que ya cambiaron las modas, Chipotla?  
-No, las modas no.  
-¿Luego?  
-Las costumbres, la moral, como dijo el Padrecito.  
-¿Qué dices?  
-¿Que no te fijastes, Resuellos, que la novia traiba ya gorda la panza?  
-¡Cómo! ¿Y viste de blanco?  
-Pos sí. La moda no cambió, nomás la vergüenza.  
-¿Y eso qué, Chipotla? La vida cambia, ¿que no?  
-Seguro que sí, Molcajeta. Como tú tienes una hija... a la moderna, por eso dices que es la vida...  
-Y tú, ¿quién eres para juzgar a la gente?  
-Cállense y a trabajar.

Por segunda vez metió la mano la presidenta. La Molcajeta tenía una hija,

Susy. Ya había terminado la High School y trabajaba de dependienta en una tienda de ropa para señoras. Como había sido el blanco del mitote del barrio, decidió alquilarse un apartamento en una vecindad más hacia el Norte. Como el salario le llegaba a duras penas para pagar el alquiler, se le hizo fácil aceptar la oferta de Tony Barragán. Fueron a medias, y Tony se quedó dentro.

-El free love, Molcajeta, el free love.

-¿Y eso, Chipotla?

-No te hagas pendeja, Pisafuerte. La peladez, el arrejuntarse.

-Por eso el Padrecito...

-No se metan en la vida de las demás, que eso es más pecado que el free love mentado.

-¡Qué santita te has vuelto, Chancla!

-Porque se arrima al Padrecito.

-¡No levanten falsos! Ustedes no se aguantan, chihuahua.

-Anda, Chancla, dinos la verdad. ¿Cómo llegaste a ser presidenta de las Guadalupanas?

-¿Quesque ustedes no me eligieron acaso?

-Sí, pero...

-¡Córtenle ya!

Esta vez fue la Resuellos la que intervino, después de dar un profundo suspiro. Era muy paciente la mujer del Comunista. Había practicado esta virtud a través de numerosos años de batallar con su esposo. Había parido ocho varones y casi todos salieron al padre. Aunque, a decir verdad, también ellos modelaron a su jefe, sobre todo el mayor. Tanto éste como su esposo le habían dicho muchas veces que ella era «esclava del sistema capitalista». A pesar de haberlo oído muchas veces, nunca supo exactamente qué quería decir eso. Sólo sabía que tenía que cocinar, lavar la ropa y limpiar su casucha. Y allí estaba ella, detrás del cañón. Tampoco entendía mucho sobre lo del free love, quizás por no haber parido a ninguna hija. Don Braulio se acercó a la laguna. Bajo el sol de mediodía desabrochó la pretina. Sacó el clarinete y se oyó una armonía de cascada musical. En la noche del mediodía, la catarata cayó en la pupila azul del ojo de la laguna cristalina. Los peces nadaban temerosos de violar el agua virginal. El chorro de la cascada oscurecía la tarde de la laguna cristalina. Los peces diminutos y esperpénticos jugaban como niños inocentes en el agua contagiada y maternal. El ojo azul de la laguna se oscureció, y los peces se enamoraban al abrigo del agua del preñado cafetal.

-Papá, ¿para qué es esa bazooka?

-Para que juegues con ella, hijo.

-Sí, pero ¿las otras bazookas? ¿Las de a de veras?

-Para que los soldados se maten en la guerra.

-Pero yo vi en la televisión que también mataban a mamás y a chamacos.

-Sí, hijo.

-Y... ¿nos pueden matar a mi 'amá y a mí?

-...

La oquedad del cráneo guarecía el ojo fijo de la cara prístina, conquistada y mestiza. Miraba a todas y a ninguna parte. Miraba a la eternidad. La eternidad de la historia inmutable. La inmutabilidad de lo inmutable. Un dios hebreo, un dios griego, un dios azteca, un dios

ojo-de-dios clavado en el espacio inmutable del altar mayor de la iglesia parroquial del Santo Niño de Atocha. El ojo de don Braulio estaba clavado en el banco de piedra del parque San Lázaro. Era la bóveda cristalina y etérea que, al igual que la córnea grisácea del altar mayor, se cernía sobre los ojos del barrio Las Pencas.

-¿Te fijaste, Chipotla, cuántas damas llevaba la novia y qué bonitas se miraban con sus vestidos color salmón?

-Sí, Chancla. Y de ese color debiera vestir la novia también.

-También yo soy del mismo parecer, porque hoy una no sabe quién es inocente y quién no.

-Es que ya no hay orgullo ni vergüenza. La culpa la tienen los hombres.

-Sí, Molcajeta, pero ¡si ellas se hicieran rogar...!

-¿Es que no se te hace que también se cansa una de esperar a que llamen tantas veces a la puerta y, mientras, se muere una de vieja y con el gustito dentro del cuerpo?

-Pos sí, pero ansina debe de ser, ¿que no, Chipotla?

-Sí, ansina debe de ser. Que se aguanten los hombres.

-Y si no, que se corten ese relajo que llevan colgado.

-Fuchi. Ellos se van a desaguar con las gringas.

-Tienes razón, Molcajeta. Las gringas son más fáciles.

-No te creyas, Chipotla. También nuestras chamacas se dan su maña. Aprendieron ya el negocio.

-Dime, luego, Molcajeta, ¿cómo es que las gringas no se ponen panzonas y las nuestras sí?

-Pos porque las gringas se dan más maña.

-Y tu Susy, ¿cómo le hace, Molcajeta?

-Pos quién sabe.

-A lo mejor y ni puede tener críos.

-Mi hija puede parir, si ella quiere.

-No va ansina la cosa, Pisafuerte. Es que usan el condón ese mentado.

-Y, ¿qué es eso, Chipotla?

-Pos el hule ese que se pone el hombre.

-No, es que a la Susy le debieron haber atado los tubos.

-Capada, pues.

-A lo mejor y hasta aborta a los hijos.

-¡Cálmense y no sean mitoterías! Mi hija es una persona decente. ¡Es mi hija, viejas chismosas!

-Tiene razón la Molcajeta. Es su hija, y ya. Así que ¡córtenle!

El deber de la presidenta forzó a evitar que los ánimos se recalentaran demasiado, en particular el coraje que ya se asomaba a los ojos de la Molcajeta. Las otras del barrio le habían apodado así dizque porque tenía la panza de tinaja y las patas zambas, abiertas y renegridas. Siempre que estaba de pie, o cuando caminaba, apoyaba las manos abiertas sobre la panza, como si estuviera moliendo algo, o como si dos avionetas acabaran de aterrizar en una pista de aeropuerto. Cuando metía las manos en los bolsillos delanteros del delantal, parecían jaulas de niños con conejitos-de-india o hamsters traviosos.

Venía del Este. Como un carámbano suspendido del cielo venía acercándose, siguiendo al sol. Una estalactita, flotando en una cueva cavernal, clavaba su afilado filo sobre la tierra terregosa. Un ojo vacío, como la bóveda



del cielo, apuntaba su pupila puntiaguda por una catarata de escaleras de ventosas hacia un círculo cercado de corral. Un retorcido tentáculo de pulpo palpaba paulatinamente con sus ventosas los vientos que le servían de abanicos en un borrascoso verano de desierto. De las colinas venía, chupaba la vida en la miseria. Como un niño trepando la palmera, se encaramaba subiendo a la escalera. De peldaño las ventosas le servían, e incautos en sus vacíos desaparecían. Cientos, millares de engañados creían conseguir un cielo de placeres y de bienes materiales. Escapándose del zorro las gallinas, en las garras del pulpo se metían. Córneas del tamaño de dátiles colgaban de las palmeras hasta el suelo, preñadas de jugo y de huevo. Y el tronco se metía en las raíces, y las raíces se filtraban en el cielo. El pulpo soltaba tinta, y las córneas perdían la vista. Córneas, dátiles, ventosas y niñas desaparecían en la noche oscura de la tinta.

-Ándenle, muchachas, que ya está entrando la gente.

-Que se esperen.

-Apúrate, Resuellos, ponle más fuego a esos tamales.

-Y tú, Molcajeta, date prisa con el mole, que ya anda la gente con la tripa vacía.

-No te preocupes, Chancla, que pronto la llenarán de birria.

-Sí, y los viejos se pondrán pedos antes del baile.

-Eso es lo que te preocupa a ti, Chancla, que tus compadres no puedan llevar el ritmo.

-No es eso, Chipotla. Lo que la Chancla no quiere es que se le arrimen mucho en público.

-Eso ha de ser, Pisafuerte, porque lo que es a escondidas... sabrá Dios.

-¡Carajas viejas mitoteras! Yo no peladeo con ningún, si eso es lo que están pensando.

-Tú lo has dicho, Chancla, que no nosotras...

-Ustedes son las que se lo maliciaron.

-Y, ¿no es así?

-Y, ¿qué culpa tengo yo si me gusta tirar chancla?

-Pos baila con tu esposo.

-Mi esposo ya está pedo antes de entrar por la puerta del salón.

-Por eso arrejuntas tus chiches con el viejo Silva, pa' que te las sobe.

-¡Vieja puta y mitotera Chipotla! Que te rompo el hocico ése que tienes lleno de mierda.

-¡Cállense...!

La Resuellos había henchido el fuelle de aire que le salió con estrépito en una sola bocanada. Por unos segundos se oyó un silencio raro en el salón que se cernía sobre sus cabezas. Eso les ayudó a ellas para dar los últimos toques a la cena que pronto se serviría a los invitados. Se aprovecharon, sin embargo, de los pocos minutos que les quedaban para continuar su conversación, y así matar el tiempo.

-Oye, Pisafuerte, ¿quesque a tu Juanita la arreglaron el año pasado?

-Sí. Ya está arreglada.

-Ése es un pecado muy grave, Pisafuerte.

-Más grande es aliviarse de un crío que ya da pataditas, como hacen otras.

-¿Quiénes, Pisafuerte?

-Y, ¿por qué tienes que meter la nariz en todo, Chipotla?

-Yo oigo nomás.

-Pos tápate las orejas.  
-Es que es una vergüenza eso de arreglar a las chamacas.  
-Arreglan a las gatas, ¿que no?  
-Sí, pero la Juanita ni es gata ni perra, ¿o sí?  
-Perra tú, Chipotla, que, cuando te da comezón, todos los viejos del barrio ladran por la noche como perros.  
-Yo no soy perra, Pisafuerte, yo soy una mujer decente que tengo seis hijos.  
-Sí, pero de diferentes hombres, como las perras.  
-¡Cállense!  
-Tú, Pisafuerte, eres la que sirves de cama a los viejos...  
-¡Cállense!  
-... debieran llamarte Chingafuerte, que tienes cabida para un batallón, como la María de los Guardias.  
-Que te rompo el hocico, chipichingachipotla.  
-¡Cállense, he dicho que yo soy la presidenta de las Guadalupanas! Aquí debemos portarnos bien, como dice el padre Escamillo.  
-¡Sí, porque tú le sacas escama, Chancla!  
Dos mocetones que bajaban para llevar la comida interrumpieron el diálogo y no llegó a más el acaloramiento. Uno de ellos tenía bigote y el otro se había dejado crecer la melena.  
-Chulo el del bigote.  
-Jotillo el de la greña.  
-No te creas, que de seguro las puede.  
-Quién lo pudiera bailar.  
-Como un trompo a girar.  
-No te derritas, Chancla, que tu viejo está bueno.  
-Déjame, Pisafuerte, que me dé un gustito para el pellejo.  
-Que está muy joven para ti.  
-Yo soy un dulce de pirulí.  
-El pirulí lo tiene él.  
-Para mis labios amargos.  
-Para tu nido pachiche.  
-¡No sean peladas!  
-¡Que somos Guadalupanas!  
-Papá, ¿por qué esta gente tiene casas tan bonitas?  
-Porque tienen dinero.  
-Y, ¿por qué nosotros no tenemos casa bonita?  
-Porque...  
-¿Porque el Presidente no nos quiere?

-...

Después de que se fue el perro, llamé a mi gatito, pero no quiso bajar. Lo llamé muchas veces y no bajó. Entonces yo me subí. Al principio me dio miedo y dificultad, porque el tronco era muy gordo. Pero arrimé una escalera que mi papá tenía en la backyard. Me subí a ella y alcancé la primera rama. Apoyando los pies contra el tronco, me encaramé. Después ya se me hizo fácil. Fui subiendo de rama en rama hasta que llegué junto a mi gatito. Todavía estaba un poco aterrorizado. Le hice cariños y allí estuvimos los dos un rato. Luego se me ocurrió subirme más. Me encaramé hasta las últimas ramas. Entonces me dio miedo, porque las ramas estaban

muy tiernas y me figuraba que se iban a romper con mi peso. Pero no, no se rompían. Luego me agarré bien para estar más seguro, y me di cuenta que mi gatito me había seguido. Allí estaba conmigo. Los dos solos. El viento movía las hojas y también las ramas. A veces, cuando se movían las ramas, me daba miedo, pero pronto se me iba, porque se veía todo muy bonito desde allá arriba. Nunca había visto las cosas desde la punta de un árbol. Se me hizo un poco difícil saber qué cosas eran cuáles, porque lo más que se veían eran tejados. Los había de todas formas y colores. El de nuestra casa estaba escarapelado, no sé por qué, pero no se veía muy bonito. Allá, a lo lejos, se veían edificios muy grandes y altos. No se les veían los tejados, nomás las ventanas de cristal. Como hacía sol, a veces me cegaba el brillo de las ventanas. Me daba coraje, porque quería verlos mejor y no podía. Me cegaban. Parecía que estaban hechos de oro, o de piedras muy bonitas. Quería saber quién vivía allí, quería ver a la gente, pero no pude ver a nadie, porque el brillo de las ventanas me cegaba los ojos. Miré para abajo, y vi muchos carros que andaban de una parte para otra, pequeñitos y muy bonitos, como los que se ven en los cartúns de Batman y en otros. También se veía el canal, pero no como cuando yo voy a jugar junto al agua. Ahora se veía largo, muy largo. Yo lo iba siguiendo con mis ojos. Primero en una dirección, después en otra. Se retorció, como esas culebras que aparecen en la televisión, en la jungle. Pero no le podía ver ni la cabeza ni la cola. No sabía por qué tenía tanta agua. Ni sabía a dónde iba a parar. Me daba lástima de la Llorona, porque tenía que caminar mucho por todo lo largo del canal, y, desde donde yo estaba, no se veía el fin. También se me venían otras cosas a la mente, y no las podía explicar. Como cuando me baño, me pregunto de dónde viene tanta agua y, después, a dónde iba a parar. Y cuando hago del excusado, a dónde va a parar tanta porquería. Traté de ver si el agua del canal iba puerca, pero estaba muy lejos y no se podía distinguir. Hasta se me figuró que si un día yo me cayera por el excusado, a dónde iría yo a parar. Me dio miedo pensar en esto. Al rato me di cuenta que nomás mi gatito y yo estábamos encaramados en el árbol. Yo me creí que a él no le gustaba estar encaramado tan alto, pero él estaba muy contento. Creo que porque el perro de mi vecino no lo podía corretear. A lo mejor y estaba pensando las mismas cosas que yo pensaba. A lo mejor. Yo también estaba muy a gusto, porque podía ver muchas más cosas que antes no había podido ver, y también porque nadie me molestaba y nadie me podía regañar.

-¡Lázaro!

-¡Mande, mamá!

-¿En dónde estás?

-Aquí arriba.

-¡Alma de Dios! ¿Qué haces ahí arriba? ¡Bájate!

-Miguel.

-Mande, don Braulio.

-¿Por qué a mí me tocó tan mala suerte?

-¿Qué entiende usted por mala suerte?

-El no poder ver, Miguel.

-Y, ¿cómo sabe usted que el poder ver es buena suerte?

-Porque los que ven pueden saber por dónde van.

-Y, ¿por dónde van los que pueden ver, don Braulio?

-No sé, Miguel, porque no veo.

-Van por donde van todos. Como las ovejas.

-Y, ¿por dónde van las ovejas, Miguel?

-Para todas y para ninguna parte. Se juntan en bola. Si una se mueve, todas se mueven. Dan vueltas.

-Y, ¿por qué hacen eso?

-Porque no ven. Como sus amigos del parque.

Cuando el barrio se aletargaba, don Braulio Quezada sabía que era hora de cerrar los ojos. Si no le venía el sueño, no le importaba que los tuviera abiertos o cerrados. Se sentaba y se quedaba paralizado con las ventanas de sus pupilas clavadas en la noche. Repasaba los ecos del día, recordaba lo que había oído, pensaba en sus propias creaciones y, paulatinamente, se hundía en su mundo. Se sentía libre, sin ataduras al mundo externo. «Los ojos distraen», se decía. Su visión creaba y recreaba objetos, cosas informes. Las líneas, los contornos, los bordes se esfumaban. Nunca se repetía la misma figura en la misma forma. Un caleidoscopio de diseños incoloros cruzaba por su mente como pantalla cinematográfica. Había oído hablar de muchas cosas, de muchos objetos. El sonido era claro. El sonido de la palabra, pero su representación nunca llegaba nítida. Vocabulario, diccionario sin forma, hueco, fofo, vacío («Pichonear. ¿Qué es pichonear, Mayate»). Como las palomas en el parque en primavera («Cucurrucucú, paloma...»). Corren unas detrás de otras, dan vueltas, giran, rodean («Noche de ronda...»). Se miran a la cara, a los picos, en la cara, en los picos. Tocan picos, rozan picos, estallan picos en una algarabía sinfónica y mariachil («Pichonear es lo que hacen los pichones, ¿entiendes Focos?»). Abren y cierran las alas, aletean, cada vez con más velocidad, unas veces frente a frente, otras alrededor, y más tarde por encima y por debajo, hasta que se cansan y se aletargan en un éxtasis primaveral («Pichonerar debe de ser muy bonito y muy hermoso, Mayate»). El éxtasis del desprendimiento, el desprendimiento de los lazos, el aleteo de la libertad, el vagabundeo total. Se acordaba de aquel susurro. Un susurro clavado en los tímpanos, cristalizado en la perennidad de la memoria.

-Don Braulio, usted es ciego, ¿que no?

-Sí, hija.

-Y, ¿qué ven los ciegos, don Braulio?

-Los ciegos vemos la belleza.

-Y, ¿cómo pueden verla si no tienen ojos, don Braulio?

-Nosotros creamos la belleza, hija.

-¡Qué chistoso habla usted, don Braulio!

-La belleza del candor es muy bella.

-Usted no habla como yo, don Braulio.

-Pero vemos las mismas cosas, porque la belleza es una.

-¡Qué chistoso!

Todavía le cosquillea el susurro permanente. Se abrían, se dilataban las pupilas en la noche sin fondo. El susurro se estiraba como una culebra, larga y sedosa y resbaladiza. Una noche sin formas, hermosa. Se retorció, se hinchaba, se volatilizaba. Iba y venía, como el viento que sopla al viento. Una dama enlutada y etérea. Enana y gigante, delgada y corpulenta. Con los ojos de la noche contemplaba el vaivén. Allí estaba girando en torno a sí misma, desprendiendo su susurro de perfumes. Aleteaba con los

brazos, subiendo y bajando a un ritmo pichonero. Cortaban el aire como las cuchillas de abanicos veraniegos. Delicada y transparente, como el viento. Una mariposa nocheriega que zumbaba en el círculo del sueño. Una paloma de primavera que revoloteaba en el sueño del amor. Giraba, giraba la dama de la noche sobre sí misma, sobre él mismo. Como una estela de perfumes, de sonidos, de vientos incoloros y etéreos. Se frotó las córneas grises con el dorso de la mano. Pero nada. Trataba repetidas veces y con más presión. Creyó haber visto chispas que saltaban de la retina ennocheada y muerta. Pero nada. Se imaginó colores. «Güera», «Prieta», «Mayate». Pero nada. La eternidad incolora de la noche y de la nada. El runrún de las mujeres del skid road le cruzaba por la retina sin colores («¿De qué color serán las chiches de esas chamaconas, Casimirón?»). Pero nada. Quisiera haber ido al skid road para tocarlas en los colores proyectados por la ceguera. Quisiera haberse encaramado sobre una, sobre todas, para sacarle los colores con el tacto de las yemas de los dedos («Blonds are more fun», decía Casimirón). Quisiera hacerle el amor a todas, «güeras», «prietas» y «negras». A todas. Sobre todo a las «blond» de Casimirón. Los colores no existen, no deberían existir, como yo, como la noche. Todo parejo. Todos deberían hacer el amor de ciegos, el amor ciego. Como a mi dama, la mía, la de la noche. La dama de la noche continuaba su movimiento giratorio. El movimiento incoloro, la noche incolora, la retina incolora, el creador incoloro, el pintor de colores incoloros, el soñador de colores ciegos... Nada, nada, nada.

Lentamente alargó los brazos. Se le escurría por entre los dedos. Trató de encarnar el susurro, de sujetarlo entre las palmas de las manos. El viento y la noche giraban en sus manos. Sintió la forma de lo informe. Con las manos creadoras iba modelando un ser nocturno y escurridizo. El viento maleable se dejó labrar por el tacto creador. Formas curvadas se desprendieron de la nada y fueron adquiriendo vida, como palomas en el nido de las palmas. Unas manos visionarias recogían voluptuosas curvaturas, privación exclusiva del dueño hacedor. Crecía y crecía la criatura. Se levantó para alcanzarla y se le olvidó el bastón. Veía con las manos creadoras, y comenzó a girar. Vueltas y mis vueltas en el colorido escenario de la nada. La noche tragaba a las dos siluetas enamoradas. El torbellino las fundió en un tumultuoso éxtasis pichonero. El gallo quebró el idilio nocturno, y una miríada de ensueños cayeron retintineando, esparcidos en diminutos cristales córneos por el espacio infinito del recuerdo.

-Sí, hija, el éxtasis del ensueño y del amor («Me escapé de una buena...»).

Estaba la boca abierta. Desde hacía días se iba abriendo. Se movía muy despacito. Algunas veces se dilataban los labios, otras se encogían, como una medusa. Eran unos labios sonrosados que parecían carne viva, como si quisieran sangrar. Quizás fuera la garganta la que quería sangrar. Como si fuera un tumor, una bola grande la que quería sangrar, la que estaba atravesada en la garganta. Una bola grande, llena de sangre, de jugos, de mocos. Seguía dilatándose la boca. No salían gritos, porque estaba tapada la garganta. A veces se oían voces, pero no venían de adentro. Venían de afuera. Como un susurro, como un murmullo. Más claro se hacía. Ya habían pasado varios días. Pero este día era especial. Se oía algún grito. De vez

en cuando parecía de mujer. Poco a poco se fueron oyendo voces, más cerca siempre. Eran voces de mujer, muy delgaditas. De vez en cuando se oía una voz gruesa, como de hombre. Se encogían los labios, y ya no se oía tan bien. Volvían a ser murmullos, susurros. Una voz delgadita, chillona, como de niño, quería salir, se esforzaba por salir de dentro. Pero no encontraba por dónde. Todo estaba a oscuras, como un túnel, sin salida. La bola tapaba la boca. Un rayo de luz entró por la puerta. Los párpados se cerraron con el rayo. Un rayo nunca visto, delgado, brillante, fuerte, hiriente, como una aguja. Con el rayo entraron las voces. Ya no eran murmullos ni susurros. Eran voces afiladas, como rayos, como agujas, como cuchillos. Voces de mujeres y de un hombre. Ahora se oían claramente, pero no se entendía lo que decían. Solamente se alternaban. Con las voces venían los olores, también muy fuertes y penetrantes. Eran olores raros, que se metían por la boca abierta, por el túnel. Unos olores que mareaban. Olores de mujer, de hombre, de bocas, de hombre y de mujer que se metían por la boca de la medusa, por el túnel. Unos dedos, como los de un pulpo, que están en el mar, en el agua, que se agarra a una roca, a una piedra, se agarró al bulto, a la bola. La cogió y jaló, como para comerla, para tragarla. Tiró y la tragó en esta otra boca llena de luz, de voces, de olores, de mujeres, de hombre. Salió del túnel, de la boca, y se desgarró un grito, grande como un bulto, como una bolsa. Un grito que llevaba atorado dentro por mucho tiempo. Un grito de protesta, de repugnancia, de no ser aceptado. Casi de odio fue el grito. Al cortarle el ombligo soltó un chorro de sangre, mezclado con caca. De protesta era el grito, de sangre y de caca. Una voz debió de decir: «Another one», una voz de hombre debió decir eso. Las mujeres me debieron de mirar y se taparon la boca, la cara, hasta los ojos, con un trapo, con una garra blanca. Para no verme, creí yo. Más tarde sentí unos ojos soñolientos y placenteros, unos brazos calentitos, unas manos suavitas y unos labios muy tiernos. Unos labios pequeños y delicados. Me sentí seguro por un momento.

-Oye, Chango, ¿has visto tú alguna vez a un dragón?

-Sí, Focos.

-¿Qué te traes, Chango? Si te meas de miedo cuando ves un perro, te zurrarías de miedo si vieras un dragón.

-Y tú, ¿qué sabes Casimirón?

-Yo vide un dragón en Chinatown.

-Sí, en la televisión, Chango.

-Pos sí. Y muy chulo que se miraba, con muchos colores y aventando humo por el hocico.

-No lo creas, Focos, que ese dragón no es de a de veras.

Su madre le había contado de niño historias de dragones que se comían a niños, que soplaban fuego rojo por la boca, humo blanco por las narices, que hacían un ruido muy feo, que tenían unos dientes blancos y grandotes, y una cola larga que se doblaba lentamente y que tenía piel de escamas aceitosa y de colores muy brillantes. Se le había quedado grabada la imagen borrosa. Trató de darle forma. Era el mismo dragón de su mamá, de su abuelita. No había cambiado. Una masa grande, como una bola que se alargaba y se encogía, como la noche en el campo, en el parque. Grande, grande como las entrañas ruidosas y oscuras de aquella noche («¡Qué carajos! Mi dragón es más bonito que el de mi madre o el del Chango. Tiene

los colores que yo quiero que tenga»). Se imaginaba un «arco iris» de muchos colores incoloros, pero todos distintos. Unos más grises que otros, unos más nocturnos que otros, pero todos de diferentes colores incoloros («¡Qué carajo, si no quieren comprender que no comprendan! Tampoco yo los comprendo»). Estaba estirado sobre la cama. Con las córneas boca arriba. Sin parpadear. Se le iba acercando y lo veía mejor. Al principio borroso, informe. Después más claro y más detallado. Lo primero que vio fue el aliento que salía de su enorme boca. Un aliento fuerte, como viento tormentoso, del color del calor. Soplabla un rato, y después dejaba de soplar. Cuando dejaba de soplar, podía verle los dientes de color duro y macizo. Como muchas cañas y bastones de ciegos. Del mismo color. Duros. Después de un gran rato, y al ver que no venía nadie, y por habérselos comido a todos, comenzó el dragón a girar muy, pero muy lentamente. Era muy grande y muy pesado. Como una bola de noche, pero pesada y maciza. Al girar parsimoniamente él le podía ver los colores del cuerpo. Eran como escamas, como las postemillas que quedan pegadas a la piel cuando se cura una herida y se secan y se arrancan con la uña. Del mismo color que las postemillas, brillantes como las escamas, cortaba a los que todavía se acercaban, derramando sangre, que se cuajaba en más postemillas. Al ir desapareciendo, aparecían más escamas esparcidas a lo largo del cuerpo, de la cola, de la noche. Una cola grande y larga como el látigo, o como una espada llena de escamas filosas. Se alejaba el dragón y, al zarandear la cola, crujía el viento con ayes lastimeros. Don Braulio se asustó. Era una noche de invierno. Soplabla el viento y retumbaban los truenos. Los negros cuchillos de los relámpagos se clavaban por las rendijas de las ventanas. Allí estaba yo, como un pollito en la cáscara, como un pajarito en el nido. Pero no podía decir ni pío, pío, pío. Estaba quietecito. De vez en cuando me daba vueltas, para cambiar de posición. Me cansaba si estaba en una postura solamente. A veces dormía, a veces jugaba con mis manos, a veces daba maromas. Cuando no sabía qué hacer, daba vueltas como los astronautas en el vacío. A veces nadaba como una tortuga en su caparazón. Otras podía imitar a los pajaritos, pero volaba como un pescadito con aletas. Cuando estaba aburrido, me metía los dedos en las orejas, en los ojos o me agarraba de un pie y me metía el dedo gordo en la boca. No podía hablar con nadie, porque no sabía. Tampoco podía ver, porque estaba en una cueva oscura. Como si no tuviera ojos, como si estuviera ciego. Pero siempre oía algo. Eso siempre pude hacer. Yo sabía que existía algo, alguien más. A veces me parecía que estaban enojadas. Como si estuvieran protestando y demandando. Las oía por todas partes. Me daba la vuelta, giraba, aplicaba el oído a toda la concha, a toda la cáscara, y por todas partes oía, se oían ruidos como voces. Como si vinieran de todo el mundo, de algún lugar redondo como un cascarón, como un globo, como mi cueva. Las voces se parecían a la voz de la que me ponía las manos sobre la barriga. Pero eran muchas y estaban gritando. Me dio miedo, porque me creí que me gritaban a mí. No sé por qué, pero me dio miedo. Cuando me daba miedo, las manos se posaban sobre mi cascarón y me calmaba. Yo creo que las manos me querían decir algo, para que me calmara. Me sentía muy bien después. Pero seguía oyendo las voces con frecuencia. Como si fueran huecas, redondas, como mi boca, como mi cascarón. Me imaginaba que debían de vivir y que debían de hablar en un cascarón como el mío, pero mucho más grande, porque

eran muchas las voces, y muy fuertes. No sé qué se traían, pero me daba mucho miedo, como si me quisieran coger para regañarme o para que no me moviera o para que no las molestara. Pero yo no molestaba a nadie. Yo solamente me movía y jugaba. Pero se me hacía que no querían que yo no estuviera allí en donde estaba, en mi caparazón. A veces me daban ganas de correr, de escaparme para que no me cogieran, pero unas manos cariñosas me apretaban como garfios para que no me escapara. Entonces no decía ni pío. Me quedaba escondido dentro del caparazón, del cascarón, del ala, bajo las plumas. Pero las voces gritaban más tarde, y al mismo tiempo, como pájaros raros, como si me quisieran picar y comer. Entonces la mano, las alas me protegían otra vez, y otra vez me calmaban.

Así pasaron muchos días de miedo. Después ya no me daba miedo. Pero oía otras voces. Se parecían a la mía. Creo que eran como la mía, porque eran finitas, delgaditas. A veces lloraban, a veces se quejaban y a veces gritaban. Cuando gritaban, daban chillidos muy delgaditos, pero muy fuertes. Como si les tiraran de los deditos y de las piernecitas, o de la cabecita, como para llevárselos, para sacarlos de sus niditos, de sus cascarones. Como que no querían salir, pero los sacaban a como diera lugar. Nunca les preguntaban nada. Como si no tuvieran gustos y deseos y no quisieran lo suyo. Nomás porque no se podían defender. Como si estuvieran de por medio, estorbando. Por eso me daba miedo a mí, muchos días antes. Ahora ya no, porque ya había crecido un poco y porque la mano cariñosa me aplacaba y me calmaba. Pero a estos otros pollitos ninguna gallina los cobijaba. Les picaban en las crestas, en los ojitos, en las alitas y en las piernecitas. Llamaban a los pájaros feos y cochinos para que les picaran también con sus picos afilados como agujas, como jeringas. Se metían con sus picos en los nidos, en los cascarones, y les jalaban y los sacaban, como lombrices de sus hoyos.

Más tarde las gallinas veían que los huevos estaban vacíos. Se quedaban pensativas, por mucho tiempo se quedaban con los ojos idos, como si no pensarán en nada, pero se sentían solas. No sabían qué hacer. Los polluelos ya no estaban allí. Ya era muy tarde para hacer algo, porque los habían llevado a un lugar tenebroso, sin luz y sin nada. Ya no eran nadie ni nada. Entonces se les caían las lágrimas por el pico. Cacareaban, pero ya nadie las oía. Se encontraban solas. Al fin ya no cantaban, ni cacareaban, ni hablaban. Como si les hubieran sacado el alma, el corazón. Como si les hubieran cortado un ala, el pico o una pata. Comenzaba a mirar para todas partes, a ver si veían a otros pollitos. Algunas hasta les cacareaban a los pocos pollitos que había por allí, para que se acercaran a ellas, para que se quedaran con ellas, pero sus madres espeluznaban las plumas del cuello y les cacareaban malas palabras, insultándolas de malas gallinas y de malas madres. Que aquéllos eran sus polluelos, que los suyos ya estaban muertos, porque ellas no los habían querido. Ellas bajaban la cresta y se quedaban pensativas, como idas. Se apretaban las barrigas con las alas para calmar el dolor. Poco a poco se hacían raras. Cacareaban por las noches, con «ayyys» lastimeros. No comían de día, se les caían las plumas, se rascaban y herían las cabezas y las crestas con las pezuñas. Saltaban, corrían, brincaban, se tiraban por el suelo y hasta se querían meter en la pila del agua, dentro del agua, debajo del agua para no oír ni ver. Andaban como si no tuvieran cola ni cabeza.



Por las noches no podían dormir esas gallinas, porque oían voces de almas en pena, de polluelos, de niños. Muchas voces llorosas, que preguntaban, que exigían respuestas. Voces acusadoras. Se les metían por el pico, por los oídos y les picaban como piojos, como pulgas y se agarraban de las cabezas como piojos y de las crestas como garrapatas. Hasta se les torcía el pico y sus lenguas desprendían escupideras de saliva. Y las voces seguían gritando y llorando en la tranquilidad de la noche, de las noches, de todas las noches borrascosas.

-Oye, Chango, ¿es mi dragón como el tuyo?

-No, el mío es como el de Chinatown.

-Ese dragón que vites, Focos, es la ballena que tragó al profeta Jonás.

-Pendejo eres, Profeta. El dragón que vio Focos es el sistema capitalista, con los colores de la bandera capitalista y todo.

-No me llames pendejo, Comunista.

-Yo nomás digo la pura verdad.

-...

-Dame el bastón de Focos, Casimirón.

-Deja quieto mi bastón, Casimirón.

-No te caldees, Focos, que nomás quiero recordar tiempos.

-¿Qué tiempos?

-Cuando andaba agarrado del rabo del martillo aquel grandote que usábamos en los traques.

-Pos a mí se me figura más al azadón que usaba en los files, Casimirón.

-Pos a mí a las estacas de dinamita que quemábamos en las minas, Mayate.

-Pos a mí me cae como bastón de pastor de almas, Chango.

-¿Pos saben ustedes pa' qué lo usan los capitalistas?

-Pa' qué, Comunista.

-Pos unos pa' chingar a la Raza, como los polecías. Otros pa' chingar a los campesinos, como los coyotes. Otros pa' chingar a los pintos, como los guardias. Y otros, pos p'a chingar y pa' divertirse nomás, como los que juegan al mentado golf. Éstos son los meros chingones del capitalismo.

-Y, ¿cómo sabes tú eso, Comunista?

-Porque los que juegan al golf son los que dan órdenes a todos los otros.

-¡Oh!

Don Braulio Quezada se hallaba sentado como de costumbre, con las manos encorvadas sobre el mango del bastón y con la perilla descansando sobre el dorso de las dos manos. Sentía que el bastón era parte vital de su ser.

Una tercera pierna. Un ojo sin vista, un lazarillo de ciegos. Le estaba agradecido, y por eso lo quería. Lo acariciaba con las palmas de sus manos. Por eso nunca comprendió lo que su madre le decía cuando era niño.

«Hijo, cuídate de las víboras. Se parecen a los bastones, a tu bastón. Son largas y pican. Ten cuidado, hijo». No lo comprendía. Sabía, sí, que algunas veces se imaginaba que su bastón se doblaba, se hacía blando, se movía («Como las víboras, hijo»). Pero de ahí a que fuera peligroso, que picara, no («A la víbora, víbora de San Miguel...»).

-La víbora es peligrosa. Le pica al que se pone cerca.

-Una vez yo corté a una de por medio con el azadón. Andaba enroscada y como que se quería morder su propia cola.

-La víbora es el pecado. Tentó a Adán y a Eva.

-La víbora es una bruja. Cuando te mira haz cuenta que te hizo mal de ojo.

-La víbora chupa la sangre del indefenso, y el dinero del pobre.

-Por eso dicen que es venenosa.

-Como el sistema capitalista.

Él seguía apoyado con la barbilla en el puño del bastón. Se mantenía firme entre las piernas de don Braulio. Lo sentía y lo acariciaba. En los días de calor, a fines de primavera, reverdecía como palo, como rama de árbol. De árbol viejo y cansado. Sudaba con la savia del cuero, de la vida. Como una culebra sensual que hubiera invernado y saliera de su sueño. La veía doblarse, retorcerse, lista para picar. La veía con el tacto. Allí estaba, entre sus piernas, caliente y sudorosa. Se encogía, se estiraba, remangaba la cabeza, con la lengua líquida a punto de escupir veneno, simiente, vida («Es el bastón, la vara de Moisés que se convirtió en víbora, en una plaga de víboras», decía el Profeta). Picaría, picarían a los ingratos, a los malos, a las malas. Como una culebra, como una verga vengativa, castigaría, dando muerte, dando vida, veneno, semen. Se levantó, apuntó la caña, la vara, como Moisés, como Huitzilopochtli, pero hacia donde venía el sol, hacia el Este, hacia el Medio Este. Como un imán poderoso, la vara se mantenía fija, sin mutación, como un perro ante un conejo, ante una perra en brama. La vara, el imán reclamaba lo perdido, lo prohibido, que por perdido estaba prohibido. La vara, las varas, miles de vergas, millones de vergas. Como culebras se irían arrastrando, zigzagueando hasta encontrar el maíz, el trigo, transportados, transplantados a regiones, en regiones extrañas. Las varas, las culebras, las vergas fertilizarían los llanos, el maíz, el trigo, la cultura, la reclamarían como suya y se quedarían allí, como suya. Por esa dirección, como el águila y la serpiente, como la espada y la cruz. Otra nueva procesión de culebras incoloras, de varas incoloras, de sol incoloro, de noche incolora, de raza incolora.

-Ese bastón te sirve para dar palos.

-Y también para picar ojos.

-Y para ver.

-Y para chingar verijas.

-Y para igualar todo.

-Para todo, para todos.

Se sentó, y notó que la culebra se ponía dura. Dura como un palo, como una caña. Apoyó su descarnada mejilla sobre la curvatura del mango. Apretó las manos y tocó el rabo de un azadón que se estiraba a lo largo de un surco, unas veces derecho, otras veces retorcido, a flor de tierra. Una legión de cuerpos iba agarrada del bastón, de la caña, de los mangos de los palos de los azadones y de los surcos. Cuerpos grandes, cuerpos pequeños, cuerpos fuertes, cuerpos débiles, cuerpos varoniles, cuerpos femeniles, cuerpos añejos, cuerpos tiernos, todos los cuerpos. Todos lo iban siguiendo, como los rieles del ferrocarril. Largos, infinitamente largos, que iban para todas partes, y para ninguna parte. Duros, fríos, incoloros. Para el Norte y para el Este. Duros, férreos, incansables. Travesaña tras travesaña, riel recorriendo riel, tren para tren. Por planicies, por hondonadas, por túneles. Como topos, como culebras, como polilla. Humo de tren, de dinamita. Agujereaban, perforaban, siguiendo el túnel, siguiendo la vena, sacando plata, sacando cobre. Por el palo, por el riel, por el mango bajaba el sudor hacia el surco, hacia el riel, hacia el túnel. Por el

mango subían las verduras, saltaban los minerales, corrían las mercancías. Sacaban los bienes, pero se les escapaban, se les escurrían del mango, de las manos. Sintió temblar la caña, el bastón, el mango. De coraje y de dolor.

-Avienta lejos de ti ese bastón, Focos.

-Que no lo quiero ver, Focos.

-Que esclavizó a mi familia, Focos.

-Que le quebró la torre a mi chamaco, Focos.

-Que me sacó un ojo, Focos.

-Que violó a mi raza, Focos.

-Que me privó de ojos, Raza.

Le tembló. De sudor y de esperma. Como un rayo incoloro que acompaña al trueno, como un tentáculo que apresa su víctima, como una ventosa que chupa la vida, como un cacto que se hunde en la tierra. Palo duro, palo fuerte, palo fálico. Bisturí perforador que taladra la tierra, el túnel, la madre. Tornillo de puerco que taladra la puerca tuerca. Sintió que se hundía en la tierra. Se levantó y apoyó la empuñadura del bastón, a la altura del ombligo. Lo apuntó hacia el Nordeste. Se mantuvo largo rato, tieso como el barreno de un toro. Hacia las mieses en sazón de trigo y de maíz se dirigía, con la cabeza descubierta, filosa, como un tornillo destuercado, como un peludo cacto. Repentinamente se dejó caer, clavándose sobre la tierra. Gotas sudorosas escurrían y salían del bastón. La tierra profirió un sollozo y se aletargó.

Eran salmones los que subían río arriba. Iban contra corriente. Se deslizaban graciosamente unas veces. Otras daban saltos, algunas veces muy grandes. Saltos como saetas de Cupido. Tenían que esquivar troncos, palos, ramas caídas, rocas, presas y diques de todas clases. Pero estaban determinados a seguir la contracorriente. Algunos saltaban por el aire y se daban topetazos contra las rocas graníticas, perdiendo allí mismo los pocos hálitos que les restaban. Otros se quedaban sin fuerzas, y la corriente los llevaba río abajo hacia el mar, flotando a la deriva. Muy pocos eran los que llegaban al remanso, a la fuente, al origen. Los que llegaban, nadaban graciosamente, como bailarinas de ballet, o como patinadores de hielo. La hembra se deslizaba, y el macho la seguía. Giraban con gracejo al ritmo del amor. Después de una larga zaga artística, la hembra premiaba al macho su tesón, y participaban en el éxtasis grandioso que culminaría en el agotamiento de la vida. Por el río del esperma se les iba el último hálito. Y todo quedaba consumado y consumido. El origen y el fin. El fin y el origen eran uno y el mismo. Lo mismo. Se transformaron en uno. Como un beso cósmico se juntaron los opuestos. La vida se entregó a la muerte, para entregarse a la vida. La argolla que une la nada con el todo, la negación con la afirmación. Con los últimos aleteos dejaron paso al musgo, a las algas, a la vegetación acuática que renacía y se metía en la carroña pegada a las escamas, a las espinas, al esqueleto. El musgo y las algas adquirían un tono verde cada vez más fuerte, más intenso. Millares de salmoncitos jugaban entre las algas llevando el espíritu y el mensaje de sus antepasados. Lo palpaba también en los finísimos capilares que brotaban de las diminutas algas y en la pelusa que se formaba sobre los restos ancestrales. Una hermosa armonía infantil inundaba el remanso, la nítida

piscina y la alberca de origen. La vida sonreía sobre la muerte, con la muerte, de la muerte. Vida de muerte y muerte de vida. La una y la otra, el uno y el otro, lo uno y lo otro. El todo y lo todo.

Aquella noche de verano, caliente y húmeda, se acordó de su mamá. Le decía, hacía años, «Braulio, nunca te acerques a lugares solitarios y escondidos, porque allí hay arañas». También se acordó, durante las altas horas del sueño, de su nariz ensangrentada y presa en la alambrada que puso el bolillo. Se acordó, en una serie de pensamientos entretreídos, de los muchos niños y adultos que jugaban con las telarañas. Transparente como la noche, allí estaba la hacendosa criatura creando su trampa. Como un explorador, como un cazador, como un guerrero en una batalla florida de madroños de sangre. La tela, la red, armada a perfección tecnológica y computadoresca. Un transformador, un reactor atómico, cargado de alto voltaje. Mecánica conocedora del intrigado tinglado de múltiples cuadriláteros, en forma de círculos concéntricos. Descubridora de la cuadratura del círculo. Recorría, como monorraíl, las múltiples redes ferrocarrileras, las desviaciones, las intersecciones, para que todo estuviera en perfecto orden sanguíneo. Hebras cerebrales, coordinadoras y mensajeras de las órdenes transmitidas burocráticamente. Tocarían a los extremos más lejanos, como ondas hercianas. Antenas de walkie-talkies que encerraban palabras indescifrables, salidas al solo tacto del pulgar rinchero. Cientos, miles de arañas patrulleras, hijas de la noche. Divisaban la obra con catalejos, con focos perforadores de las tinieblas. Helicópteros que rompían la tranquilidad del ojo pelón tecolotero. Y allí estaba la araña, las arañas. Con las patas, con los garfios bazoqueros y winchesteros, sedientos de sangre cucarachera. Por los hilos de la tela corría la costurera, los garfios fríos de las costureras, de los costureros. Una tela telegráfica de nervios y de venas. Venas que extraían la sangre de otras venas incautas. De moscas, de cucarachas, de chapulines, de topos, de ciempiés y de luciérnagas. Telas de alambre, telas de agua. De agua sangrienta, como venas portadoras de vida y de muerte. Muerte viva, viva muerte, muerte de vida y vida de muerte. Cambio, intercambio de placeres y de sudores, de vida y de muerte. La red se extendía para arriba y para abajo, para el Este y para el Oeste. La red, el radar orejudo detectaba los ruidos y las vidas. Las vidas, muchas vidas, muchísimas vidas. Vidas que se multiplicaban como plagas. La red engordaba, se hinchaba. La red portadora de vida se inflaba de vida, de sangre caliente y ajena. Sangre convertida en sangre. Como coágulos sanguíneos, se inflaban los carrillos, los pechos y las nalgas. Arañas humanoides se tambaleaban, colgándose bolsas coaguladas. Las hebras se movían, temblaban y cedían. Se rompían con la hinchazón. Estaban esterilizadas, estériles. Pero los chapulines, los topos y las cucarachas cundían y cundían. El agua se inundaba y la tela se doblaba, con el peso, con el número. Los cables se rompían y las chispas saltaban. Latigazos de anguila eléctrica, de víbora ponzoñosa. La araña, las arañas, se quemaron en su propia red metálica. Chapulines, topos y cucarachas, inmunizados, cruzaban aguas, hilos y tapias. Era el fin, el comienzo del fin, el comienzo del comienzo, el fin del comienzo.

-Oye, Profeta, ¿y por qué te hiciste preacher?

-Yo no me hice preacher, Chango, Dios me llamó.

-¿Para qué?  
-Para cuidar a las ovejas perdidas.  
-Para chingar a las gallinas en el corral.  
-No seas blasfemo, Chango.  
-No, si el Chango tiene razón. Te gustan las parroquianas.  
-No seas cabrón, Casimirón.  
-Y, ¿quiénes son las ovejas perdidas, Profeta?  
-Las que no creen en Dios, Focos.  
-Y ¿para qué quieres cuidar lo que ya está perdido, Profeta?  
-Para que crean en Dios, Focos. Y para que se salven.  
-Y ¿por qué creo yo en el dinero y no me salvo de la pobreza, Profeta?  
-Porque eres huevón, Casimirón.  
-Huevón eres tú, Profeta, que para no trabajar te agarrastes de las nalgas de ese libro y le sacas la lana a la plebe, diciéndoles que se van al infierno si no te dan lana.  
-Eres un inmoral, preacher cabrón. Eres un huevón inmoral.  
-¡Tú cállate, Comunista!  
-No, si todavía tengo que decirte unas cosas más. Tú le metes miedo a la plebe con el infierno, cuando el infierno ya lo estamos sufriendo aquí. Además, ansina distraes a la gente para que no se meta en el mitote y no se subleve contra el culpable de este infierno asqueroso que sufrimos aquí.  
-Y, ¿quién es el verdadero culpable, Comunista?  
-Pos quién va a ser, menso. El sistema capitalista, que es el explotador y el creador de este infierno de pobreza y de miseria, Focos.  
-Pues creo que el Comunista tiene razón, Profeta.  
-Tú también eres un ateo, Focos, y te irás al infierno como ellos.  
-Yo no puedo ver nada, ni el infierno, Profeta.  
-Y, ¿qué remedio nos das, Comunista?  
-Pos... rebelarse, comenzar una revolución, matar a esos cochinos cachetones si es necesario, y sacarles los files y las fábricas, Focos.  
-Y, ¿por qué no comienzas tú, Comunista?  
-Porque... pos... porque ya estoy viejo y... pos no hay quien me siga.  
-¡Oh!  
Aquella noche de verano todos los amigos se hallaban en el parque. Menos uno. Estaban callados, tristes. La luna había salido unas horas antes. Tenía un cachete inflado, paciente de un dentista desalmado. Como si le hubiera picado una avispa, o como si quisiera descargar un gargajo sobre la humanidad somnolienta. Una córnea pálida en la oquedad del cráneo de la noche.  
Nueve ojos fatuos se habían clavado en la tierra renegrida, en la oscuridad de la nada.  
-Pásame una heladita, Mayate.  
-Y a mí otra, 'mano.  
-Por favorcito, aviéntenme una aquí arriba.  
-Gracias, que esto aliviana los pesares.  
-Y los desmadres.  
Ya se habían tomado más de tres six-packs. Comenzaba a soltárseles el alma. Palabras indescifrables, susurros y sonidos deshilvanados.  
-N'hombre.

- Quesque la vida.
- Si yo ya lo decía.
- Yo no comprendo.
- ¡Qué chihuahua!

Continuaban las frases monólogas y cortadas. De un salto aterrizó el Chango en sus dos piernas dobladas. Se enderezó, y dio veinte pasos. Contra el árbol más cercano desaguó dos cervezas. Se subió el cierre. Volvió sobre sus pasos y, de otro salto, se encaramó en las ramas. Se echó un pedo, y se quedó taciturno. La atmósfera estaba cargada de silencio, de pesadillas y de noche.

- Suénate esos mocos, Casimirón.
- ¡Qué poco macho eres, Mayate!
- El muerto al pozo y el vivo al... infierno.
- El vivo a rezar.
- El vivo a que lo desmadren otra vez.

Era una noche bochornosa, calurosa y húmeda. Salían de sus trabajos y los carros parecían ratas famélicas. Don Braulio Quezada se había demorado ese día. De Norte a Sur, de Este a Oeste, un torbellino sonoro lo envolvió, lo zarandó y lo llevó a la deriva.

The Southern Pacific Railways, with Federal subsidies, is building a net of tracks so that the major retail companies can bring goods to their warehouses for distribution throughout the State and other National locations.

The Republic Free Press

... Nuestros impuestos estatales y federales serán empleados para la construcción de una red completa de ferrocarriles en nuestros barrios. El fin principal de este proyecto es traer mercancías a las nuevas bodegas de las grandes compañías de comestibles y otros artefactos. Nuestros barrios parecerán telarañas, en las que los niños incautos y los viejos impedidos caerán y perderán sus vidas.

El Clarín del desierto

Con el ojo del bastón se agarró a algo frío y férreo. Lo encajó como un azadón en el surco, o una rueda en el riel. Se sintió atado, seguro, extático. Se detuvo un rato. Trató de orientarse. Pero los quejidos que salían de las bocinas de las ratas metálicas lo seguían aturdiendo. Sintió mareos. El silbido de la sirena, acompañado de un cosquilleo telegráfico que subía por el bastón, lo fascinó. Se quedó embelesado. Era el llamado. El llamado del principio. Como la culebra que en círculos concéntricos persigue su cola. Venía corriendo la culebra. Desafortadamente. El silbido de la sirena se hacía más claro, y el éxtasis más intenso. Una corriente eléctrica se apoderó de su bastón, de su ser. Se sintió transfigurado, transplantado a regiones etéreas. Un viajero sin origen y sin destino. Sumergido en el bólido de la eternidad.

-Y yo que pensaba llevarle mariachis.

-Los del condado no te dejarían, además de que son muy caros.

-Ni verlo nos dejaron.

-Quesque quedó hecho una basura.

-El progreso capitalista y materialista lo desmadró.

Habían recogido los pedazos. El del caboose fue el que se encontró el mango del bastón colgado del parachoques. Un puzzle. El maquinista trató en vano de reconstruirlo. Los del condado lo metieron en una ambulancia destartalada. En una caja amontonaron los miembros, sin imaginación y sin arte. Nadie les reclamó. Después de levantar el acta, un martillo enterró doce clavos herrumbrosos.

-Hijos míos, recemos por el alma de nuestro hermano Braulio Quezada. Aunque no logró ver con sus ojos este mundo, pudo ver a Dios en sus visiones. Amén.

-Amén.

-Eso fue todo.

-Se lo llevó la chingada.

-En el hoyo.

-En el infierno.

-¡Chingado Profeta!

Ya la luna había alcanzado su cenit. Con el ojo tuerto y pelón los estaba atisbando. Todavía tenía el cachete repleto de gargajos. Un rato más y los descargaría por el firmamento, sobre el barrio y en el parque. Las hojas sacudidas por el viento jugaban con la luz lunera sobre el zacate y sobre las greñas. Pensamientos acogotados de alcohol y de fantasmas. Pestañeaba la luna al ritmo de las mentes.

-Tengo miedo irme a casa.

-Se me aparecerá en el camino, de seguro.

-Si estamos juntos no pasará nada.

-Si les parece, podemos cantar un himno.

-Nos llevará a todos la chingada.

Sacando fuerzas del pecho de la noche, la luna descargó un gargajo etéreo. Se hizo añicos y cayeron esparcidos por el firmamento, como meteoritos en las mentes aletargadas. Configuraciones elásticas y caprichosas. Pegadas a la entretela del cerebro de años chiclosos y de herencia atávica. Corrían de boca en boca, desde tiempos ahistóricos, y se asentaban como ostras para germinar en la cabeza. Luna, boca, ostra, roca.

-¿Tú no vites nada, Casimirón?

-No, yo nomás tengo un ojo.

-Yo creo que vide una visión.

-Será el alma de Focos.

-Yo no creo en ninguna aparición.

Al aullido lastimero de un perro, contestaron dos, seis, doce más. Los hocicos de la serenata canina apuntaban a la luna. Sinfónicos sonidos, agudos, medios y bajos, de una marcha fúnebre rompían la tranquilidad del sueño. Una ambulancia desentonada, con una estridente sirena, deshizo los afinados acordes.

-¡Chihuahua! ¿Qué hago yo aquí solo?

El cachete de la luna se estaba ocultando. Ya era la una de la madrugada.

El Comunista se encaminaba solitario hacia su casa.

Querido Platón:

¿A qué idea pre-establecida pertenecemos los chicanos? ¿Quién nos pre-estableció así? ¿Seremos pre-establecidamente eternos? ¿Qué chingadera! ¿Por qué mejor no nos borras de esa jodida constelación? Así podremos descansar mejor en la nada pre-establecida.

L.

«Lázaro. Lo que vas a ser, Lázaro. Lo que has sido, Lázaro». El punto, la juntura, la argolla, la unidad. Podía tomar una dirección u otra. Para adelante o para atrás. No importaba en ese instante, en ese punto. Tiempo y espacio, positivo y negativo. Pero el destino no estaba en sus manos, no era decisión propia. Su propio destino dependía de un capricho arbitrario y ajeno. La corriente sigue un curso descendiente. La voluntad y el instinto siguen un curso ascendente. Fuerzas centrípetas y fuerzas centrífugas. Una ciega y otra voluntarista. El llamado del salmón es tan fuerte como la corriente que obstruye el llamado. «Después de cincuenta y cinco años, sientes el llamado. Hacia la fuente, hacia el remanso, hacia el origen». Ése era el llamado. El llamado, la llamada que se hacía más intensa con los años. Y pronto se cumplía el ciclo destinado por las fuerzas subyacentes, subterráneas, las que minan la vida. Se sentía como para entregarse, para acelerar el llamado. «La aceleración merma el tiempo, pero no el llamado. El llamado no cambia. La aceleración es la velocidad incrementada, pero siempre hacia el centro, sin desviación. Un atajo, un acortamiento, sin rodeos ni escapadas». Eso es lo único que todavía él podía controlar. El camino, la peregrinación, la romería dependía de su voluntad. O dejarse ir, o marcar la pauta, la velocidad. «La meta está diseñada, marcada, destinada. Está sobre el libre albedrío». Una fuerza superior, incontrolable, aplastante. Le sonrió, le llamó y se metió.

Cruzó la línea, el punto, el instante. Vio alejarse todo. Como si le hubieran cortado, como si le hubieran cercenado el ombligo que le tenía atado a la placenta, a la vieja humanidad. Se sintió desprendido, alterado, transformado. Flotaba libre, en el vacío, en la nada, en el todo. Ya no sentía la raíz del corpulento árbol, ni los tentáculos del pulpo, ni la corriente arrolladora del río. Había juntado los extremos, entrado en otro parque, en otro barrio, en otra placenta. Se había juntado a aquellos que fueron y a aquellos que, aunque querían ser y haber sido, nunca fueron. Quisiera haber gritado «¡Cobardes!», pero no podía. El punto, la línea, habían cortado la onda vibrante. Los de este lado ya no le oíamos. Quisiera habernos advertido, amonestado, aclarado mucho, pero no pudo. Nos oía como pezuñas de caballos trotando sobre su lecho. Se asomó por la hierba, y los cascos la aplastaron. Nos guiñaba el ojo por la hoja del matorro, y el machete la cortó de un tajo. Se encaramó por la espada del ciprés, y el viento le cercenó su voz. No había manera. «Estos pendejos se hacen el pendejo», dijo, y desapareció. Desistió, y ya no quiso saber más nada.



- III -

Realización

Se le iban acercando los animales del trópico. Los loros, las cotorras, los tucanes, con sus picos retorcidos, parloteaban y picaban. El pulpo ni cuenta se daba. Después se fue molestando. Al principio parecían caricias, más tarde se convirtieron en cosquillas. Mucho más tarde vino el dolor. Había extendido el tentáculo ya hacía tiempo, cuando aún era mocetón y estaba creciendo. Era como un brazo de agua. Lo metió, comió, creció y separó dos continentes. Se convirtió en un brazo divisorio. De agua era. Las ventosas crecieron como balsas, como compuertas que formaban balsas, estanques. En ellas flotaban depósitos de oro, de petróleo, de sangre. Los pericos creían que era una lombriz, pero el tentáculo llegó a ser como boa, con ventosas como manchas de colores. Picaban, pero ya era tarde, ya estaba grande. Entre los barcos, depósitos de petróleo, de oro y de sangre metieron yerbas tropicales, en las que anidaban las culebras, las víboras. Se mezclaban con la sangre de los depósitos, de las venas. Chupaba y le subía por el brazo, por el tentáculo, hasta llegar al corazón, al estómago. Se contagió la sangre del pulpo. Hasta el cerebro le llegó. «Que no se salga el tentáculo», decían algunas células del cerebro. «No nos sintamos amenazadas por los picotazos de los pericos», resonaron otras células. Pero en cada picotazo iba un cargamento de yerbas tropicales. «Saquemos el brazo de agua antes de que se nos pudra el corazón», contraponían otros. «Retiremos el tentáculo antes de que se nos nuble del todo el cerebro», respondían los demás. Los pericos seguían picando y parloteando.

-Tenemos que juntar lo separado.

-El brazo nos dividió en dos.

-Se metió en casa durante la noche, durante la niñez, como un ladrón.

-Ahora se quiere quedar.

-Tiene que podrirse, tiene que morir.

-Se secará con la yerba, con la yerba se secará.

-Hay que tapar para dividir.

-Dividamos al pulpo para unirnos nosotros.

-Cuando esté seco lo sacaremos.

-Ahora que el corazón y el cerebro piden más yerba, démosle más.

-Para que se seque será.

Se movía el pulpo y se estremecían los continentes. Como en una balanza subían y bajaban los platillos. De mercader era la balanza. Y el pulpo estaba allí, de fiel de la balanza. Las ventosas embalsadas suspendían cargamentos. Pero el brazo se adormecía. Se iba adormeciendo el tentáculo con la yerba. Era la yerba que crecía por todas partes, como pelusa de ventosas. En la pelusa crecía. Andaban borrachas y se movían con la yerba, por la yerba. Como un

terremoto, como varios terremotos se columpiaban las balsas, las ventosas, el tentáculo, los continentes. «No perdamos el control», se decían, se comunicaban, se endoctrinaban las células del cerebro. Como un chorro de humo marijuano entraba por la ventosa, por el tentáculo, por la vena. Las células se mareaban. Se creían poderosas, controladoras, orgullosas. Y trataban de convencerse, «No estamos mareadas, no nos dejemos marear por los picotazos de los lorillos tropicales. That's right. That's all». Pero el tentáculo ya no respondía bien, se adormecía, se secaba. Poco a poco se secaba. Una voz, sólo una se oyó: «Se secó». Y dejaron de existir los temblores y las ventosas.

Ya eran las cuatro. Xóchitl venía taconeando por el pasillo hacia la oficina general. Aunque un poco cansada, caminaba alegre y ligera, meneando su cuerpo juvenil. El doctor Samuel Housebroker la seguía a distancia, observando el vaivén de contrapunto que formaban el fleco del uniforme y las nalgas. La alcanzó antes de llegar a su destino.

-Young lady, would you accept an invitation for supper tonight.

-Yes, I would. But let me first call home.

-Ok.

...

-Settled. Should I drive or...

-I'll pick you up here, in the parking lot, at six o'clock.

-Ok.

Xóchitl se ausentó, y el doctor Housebroker se quedó con la nariz perruna recogiendo la estela aromática que la muchacha había dejado atrás. Al perderla de vista en la revuelta del corredor, hinchó los pulmones, expulsó el aliento, dejó caer los brazos y quedó momentáneamente relajado. Rubio y de tez blanca. Contra el blanco uniforme se destacaba sutilmente alguna peca en el cuello y en la cara. Tenía los ojos de pálido azul, transparentes y sin misterio. A las seis menos cuarto ya estaba él allí, en su estacionamiento reservado. Echó el asiento hacia atrás y, apretando un botón, descapotó su El Dorado. Era a fines de primavera, y ya comenzaba a apretar el calor. Llevaba camisa sport, color rojo claro. Encendió un puro habano, se reclinó sobre el respaldo, y puso el pie derecho encima de la repisa del parabrisas. Un zapato negro acharolado remataba la valenciana de un pantalón azul oscuro. Piel blanca, camisa roja, pantalón azul oscuro. El humo del puro se alzaba en círculos concéntricos, como rosquillas indianas. De cada bocanada, un anillo. Muchos anillos, como tantos otros de muchachas incautas. Un silenciador agujereado lo sacó de su éxtasis fumiguero. Torció la cabeza, y apareció una carcancha. Segundos después se amortiguó y dejó de oírse el ruido del carro, del cual salió un vestido beige, ligero y escotado. El doctor Housebroker abrió su puerta, salió y fue a su encuentro. Rodeando a su El Dorado por las cachas, le abrió la puerta y le ofreció el asiento a la dama en beige.

-Thank you, Sir.

-The pleasure is mine, Madame.

Giró por la trompa del carro, abrió la puerta y se sentó. Encendió el motor, puso el estéreo, y el carro descapotado se metió por la

calle central, vomitando música roquenrolera.

-What are we going to have for supper?

-Kentucky fried chicken. McDonnalds hamburgers. Who cares!

-Oh!

-Do you mind?

-No... I don't mind, no.

Hacia el Norte, por la calle central, los ojos de los escaparates parpadeaban maniqués y muñecas modelando las últimas modas. Vientres de mujer iluminados, dando a luz criaturas amarillentas y muertas. Reminiscencias recientes le venían a la mente.

-And where are we going to dine?

-Right there, or in the park, or in my apartment.

-Oh!

-Where do you prefer?

-No preference... Wherever you think is safer.

-My apartment is the safest place.

-Oh!...

Los acordes roquenroleros se juntaban con el aroma de los zancos de la gallina coronelera en un baile obscuro y grotesco. Se entrelazaban y desaparecían bajo la cobija de una noche primaveral.

-Beautiful apartment.

-Beautiful, if I may say so.

-Indeed it is!

Una alfombra esponjosa se hundía bajo los tacones de los zapatos. Dos sofás en ángulo cerraban la esquina del fondo de la living-room. Una mesita en la esquina soportaba una lámpara que, para encenderla, había que apretarle el ombligo de una Venus de Milo en alabastro. En el centro colgaba, sobre una mesa ajedrezada, una araña de centenas de diamantes iluminados. En la pared de enfrente, un cuadro de un mar tempestuoso, con un faro en la esquina derecha y una ventana en la esquina izquierda superior, a la que se asomaba una muchacha contemplando extática la bravura grotesca del oleaje que azotaba las rocas.

-Do you like it?

-Yes.

-That's me. The ocean, that is.

-Oh!

-That's you. The woman, that is.

-Oh!

Había colocado dos vasos con las iniciales S. H. sobre la mesa de cuadros blancos y acafetados. Dos pedazos de hielo en roca nadaban sobre el líquido aromático y revitalizador. Los dos vasos en el centro, rodeados de un ejército de botellas. Espectadores de una batalla sanguínea y macabra (La dama de la ventana estaba absorta contemplando el mar. Había notado que entre dos rocas asomaba la cabeza de un pez, pez-espada). En el microonda colocó dos platos de porcelana. Las microondas penetraban la carne de pollo y de gallina. Por dentro lo hacían. Zancos y pechugas, en dos platos conjuntos, bailaban un ritmo ondulado (Sobre la repisa de la ventana se apoyaban dos pechos robustos, rematados por dos madroños maduros.

Apuntaban hacia abajo, hacia las rocas, hacia el pez-espada, hacia las olas). Los dos sofás se juntaban en ángulo. Dos cojines guarecían la protuberancia formada por los descansabrazos de los sofás (Con el movimiento de las agallas, el pez vomitaba agua, mucha agua, de muchos años). Los zancos y las pechugas chicharroneaban, y los dos vasos sonaron un chasquido. Los dos cojines apretaron el antebrazo. Ondas, microondas, olas. Rocas, cojines, cubos de hielo. Rocas, olas, ventana, pechos, zancos, pechugas, hielo, licor, cojines, antebrazo, bailaban un ritmo marcial y sanguíneo (El mar de agua inundó la ventana. El pez inundó a la dama. Nadaban y nadaban en un mareo infinito).

-Shit. What am I going to do with this bloody sheet!

-With lemon juice will come out.

-Crazy. You people use primitive methods.

-But it works.

-I did not expect blood on my waterbed.

-What did you expect?

-A clean gal in my clean bed.

Con dificultad salió de los cul-de-sacs de la vecindad norteña. Se acordaba del cuadro de la dama anacarada y del pez-espada. Por la calle central todavía se veían los escaparates encendidos, observando a los transeúntes, con las piernas abiertas dando a luz criaturas doradas y demacradas. Solamente se veían algunos uniformes rematados en cachuchas. Se acordó de Miguel («¡Puercos!...»). De la madre de sus hijos («¿Cuáles?»). Mientras apretaba el acelerador, cerraba los muslos. Cuando apagó el motor, era medianoche. Su padre estaba de pie en la puerta de la casa.

-Xóchitl.

-Qué.

-Tú ya no eres la misma.

-¿Por qué dices eso, Miguel?

-Por tu manera de hablar y de actuar.

Durante un mes se venía anunciando el concurso. Las bellezas más destacadas del mundo concurrían a la localidad tropical. Xóchitl andaba muy ansiosa de verlo, de verlas. Se lo había indicado varias veces a Miguel. Cincuenta y dos países estarían representados.

Después de oírlo tantas veces, Miguel accedió.

-Lo veré, pero todo esto es política.

-Es belleza.

-La belleza de la movida chueca y del dinero.

-Pero belleza.

-La belleza controlada por el dinero.

-Una competencia de bellezas.

-Un mercado manipulado y mugroso.

Los dos estaban sentados en el único sofá, y doña Lupe en la silla lateral. Seis ojos clavados en la pantalla. Comenzó el programa proyectando lo que el ojo de la cámara había captado y seleccionado con anterioridad. Paisajes de la zona tropical. Selvas, colinas y praderas. Mares, ríos y canales. La gente cósmica por las calles luciendo sus melenas, sus teces y sus atavíos, secundando a los

múltiples colores de los loros parleros. Por los poros sudaba vida tropical. Los dos mares se besaban en la lengua del istmo. Por el ojo de la cámara, momentos después, pasaban negras, rubias, mulatas, brunettes, mestizas. Desfilaban en procesión ante el altar de la reina caduca, de la diosa del año. Una por una, en slow motion, iban pasando y saludando a la cámara, al ojo, a los ojos de múltiples países, de todos los países, de todos los pueblos. Una gran cortina, con dibujos tropicales, servía de catafalco a la antigua diosa del año pretérito. De una melena dorada se levantaba una corona de diamantes del Transvaal. El manto real dibujaba filigranas arabescas de añoranzas mediterráneas. El cetro empuñado en la mano izquierda recordaba tiempos de El Potosí y de El Dorado. De pedestal servía una alfombra mágica de Persas y Turcos. Pasaban por delante de la reina, de la cámara, del vidente, una por una, y después todas las bellezas juntas. En trajes folklóricos, en trajes de gala, en trajes de baño. Bailaban, tocaban, cantaban, hablaban todas las lenguas, todos los cantos, todos los ritmos, todas las chiches, todas las nalgas. La cámara iba en fast motion, medium motion, slow motion. Unos bailables eran rápidos, otros eran lentos. El ojo de la cámara iba seleccionando y deleitándose en lo seleccionado. Como si tuviera vida. Ojo de Bell & Howell, ojo de IT&T, ojo de GE, ojo hollywoodiano. Técnico y cámara, cámara y técnico, como un centauro, se identificaban. El ojo de la cámara, del técnico, del juez iba viendo, seleccionando y gozando.

Recordado Tomás J.:

Calladito, calladito, en el huevo mataste el pollito. Es que no tuviste los huevos tan grandes y explícitos como los de tu nieto Adolf. ¿Que «todo hombre ha nacido igual»? Cuéntaselo a tu albina abuela. ¿Te olvidaste de lo que le dijiste sotto voce a uno de tus amigos? Quesque los chicanos somos «feeble people». ¿Cómo que todo hombre «ha nacido igual» si los chicanos somos «feeble»? ¡Tu madre!, que era abuela segunda de Adolf.

L.

Pasaban en procesión. Diminutos cuerpos, medianos cuerpos, imponentes cuerpos. Muchos cuerpos, pocos cuerpos, algún cuerpo. En fast motion, medium motion y slow motion. Los diminutos-rápidos iban desapareciendo. Los medianos-medianos se iban perdiendo. Y los lentos-imponentes se iban acercando (Xóchitl se inclinó hacia adelante, y acercó el ojo. Iba siguiendo el slow motion. Miguel frotaba los ojos para poder ver el fast motion que iba perdiéndose en el fondo del escenario). Seis cuerpos adornando a unos bikinis se acercaban al ojo que las llamaba. Se pararon. Primero en horizontal, de Este a Oeste. Después en vertical, de Norte a Sur. En el Norte estaba la cámara. Atrajo a las norteñas. Dos norteñas, dos tropicanas, dos sureñas. Los focos ardientes, como ojos encanizados, cayeron sobre la fila. En vertical cayeron. Del Norte venían. Los cuerpos, las caras, las melenas rubicundas recibían el impacto de la luz, del sol y de los ojos norteños. Proyectaban la sombra, la penumbra sobre las tropicanas, sobre las sureñas. Éstas se hacían más pequeñas, más oscuras, más rápidas. Rápidas, rápidamente

desaparecieron en el fondo oscuro de la cámara, del ojo enjuiciador. La cámara se acercó (Miguel cerró los ojos y se quedó con la imagen nocturna del trópico sureño. Las siguió, las persiguió y se le escurrieron de la pupila, de la niña, las niñas). El ojo de la cámara paralizó la slow motion, y en la pantalla apareció un busto de retrato cuadrilátero e imponente, bajo el sol de la bujía de neón. Rubia la cabellera, de suaves ondulaciones farafoceteanas y de anacarados bustos tailorianos (La dama de la ventana. Cuadrículada en la ventana. Mirando al mar, a las rocas y al pez-espada. Sosteniendo los dos rosetones sobre la ventana). La voz del maestro de ceremonias (Xóchitl, Xóchitl) con el micrófono en mano (Pez-espada, ventana, Samuel), se oyó («Xóchitl, I love you, I love you») por todo el escenario (El mar, el waterbed), en todas las pantallas (mujer de la ventana, Xóchitl, Miss Universe), en todas las partes (waterbeds) de todo el mundo (el mar, el agua). (Allí, los ojos de Miguel, clavados en el cuadro que formaba Xóchitl. Con los brazos sobre los muslos. Apretados los muslos. La melena negra, de negro azabache, caída por los hombros. El rostro enfocado en la pantalla. El busto enjaulado en doble malla. Aureolada toda por la penumbra sin cámaras. En el fondo había quedado, desaparecido. Belleza tropical, sureña. De fauna y de flora era).

«Ladies and Gentlemen ('Xóchitl', 'Samuel') of the audience (mares, tierras, continentes, canales). The five judges ('Samuel', 'Miguel') representing the five continents (GE, IT&T, Bell & Howell, Coca-Cola, United Fruit) have unanimously (lana, lana, lana, mordida) selected (cámara, ojo, ojos de cámaras, de poderosos, de jueces) the beauty (dama de la ventana, pechos, pez-espada) to reign (ventana, waterbed) over the whole world (Potosí, El Dorado, Mediterráneo, Próximo Oriente, Istmo, Istmo, Istmo) for the next year. Her name ('Xóchitl', 'Xóchitl'), Ladies and Gentlemen (tropicanas, sureñas), is Miss US Tex. (Rinche, Ranch, King's Ranch) Ingabor O'Gormnan ('Xóchitl', 'Xóchitl'). Her measurements are...» (Diosa de la belleza, dama de la ventana, del pez-espada). En fast motion pasó la cámara, las cámaras, dejando una silueta múltiple y larga de cientos de rostros y de cuerpos del mismo rostro y del mismo cuerpo. Miguel se fijó, por última vez, que la diosa (dama de la ventana), que la Belleza-Diosa había adquirido formas gigantescas, enormes y protuberantes. Cientos, miles, millones de cuerpos femeniles en un rubio enorme, gigantesco y mundial.

-¿Te gustó, Miguel?  
-Un insulto.  
-¿A quién?  
-Al mundo.  
-¿Por qué?  
-Discriminación racial e intereses monetarios.  
-¿Discriminación racial? ¿Viste cuántas prietas había? ¿Y yo...?  
-Sí, en el fondo las había. Como sirvientas de las otras. Y, en cuanto a ti, ya sé que te fascina lo güero.  
-¿Que qué?  
-Lo que oíste.

-... Take me home.

-Pues vamos.

Allí estaba la luz roja. Redonda, como un forjador repleto de fuego. Un corazón palpitando sangre. Respirando coraje estaba. A Miguel le salía llama por los ojos. Ni cuenta se dio de que dos ojos se acercaban velozmente por la izquierda. Ni tiempo tuvo para darse cuenta. Ni sintió el fuerte impacto.

Sabía que algo le pasaba. Su modo de pensar, de hablar, de actuar habían cambiado. ¿Otro amor? El amor ya lo tenía. ¿Dinero? Quizás. Pero si a ella nunca le había preocupado el dinero. ¿Prestigio? Quizás. Nunca había dado muestras de que quería subir, navegar en la sociedad. ¿Luego? ¿Entonces? Quizás eso fuera. Hijos rubios, puros. Que pudieran ir al Este, de donde viene casi todo, de donde dicen que viene todo. Rubios, hijos güeros, que no sufran lo que nosotros. Quizás ella misma. Quizás el roce con la piel güera saque la carroña de la piel prieta. Quizás. Por eso le clavaba el ojo a la nortea, a la diosa escogida, seleccionada por el dinero, por el racismo. Quizás. El telón cayó, los párpados se cerraron, y ya quedó coronada otra diosa, otra diosa en la cadena de diosas, de rubias, gigantesca rubia. Todo el mundo quedaría prendido de la nueva diosa, de la misma diosa. En los ojos del mundo se imponía la norma, la regla, el estándar de belleza. Las otras tendrían que oxigenarse, empolvarse, enmascararse.

La diosa volvió a casa, enseñando los dientes caballudos y el busto vacuno. Puso pie en la tierra, y fue recibida por políticos y negociantes. En la I-95 puso el pie. En el Golfo de México. En el apéndice de la I-95. Subió, acompañada de políticos y negociantes. Por la carretera iba la cabalgata de carros. Long-lives, vivas, flores, confetti. Camino hacia el Norte iba, iban. Long-lives, vivas. Más vivas que long-lives. Camino del Norte iba, camino del Nordeste. Embajadora de buena voluntad y de buen cuerpo. Representante del cerebro político y de los intereses económicos. Conquistaría países y mercados para el suyo. Exportación e importación. Cambio e intercambio. De productos, de intereses y de cuerpos. Putería política, putería económica, putería computadoresca. Venía en bikini. Políticos y negociantes se hincaban y se colgaban sedientos de los manantiales lácteos. Percibían, como cazadores perrunos, perfumes y aromas tropicales, de selvas tropicanas, de balsas tropicanas. Pero retornaba a casa después de la caza. Al mapa de casa. A la cama de casa. Al Este, al Medio Oeste, al Oeste. Estirada en el mapa, en la cama de tierra, de mina y de agua.

Lentamente se acostó. La cabellera se esparcía por el Este, por las oficinas senatoriales. Por los cabellos se transmitían sensaciones cerebrales, como una red infinita de posibilidades políticas. Pelos, hilos, cables transmisores de movidas chuecas, nacionales e internacionales. Los intereses, los préstamos, las inversiones circulaban por cables rubios de cabellera rubia. Las acciones, las alzas y las bajas se inscribían en pizarras, en pizarrones electrónicos, regidos y gobernados por la putasca computadora

cerebral. Bajaban por el cuello, transformándose en venas de sangre y de agua. Por el Potomac del cuello se paseaban presidentes, senadores, detectives y diputados, por las venas de la multiputada. La I-495 demarcaba los límites de la masa cerebral, del cráneo. La Beltway, la de circunvalación, la periférica. El cráneo de la cabellera. La red, la malla nerviosa la componían los viaductos 95, 295, 695, todos en ligazón y vinculados a la I-495. Nervios sensoriales, políticos y económicos que unían las tres secciones cerebrales a los cuarteles generales de las zonas senatoriales y congresistas. Los de Alexandría, los de Arlington, los de Falls Church enviaban mensajes a los de Bethesda, Silver Spring y Takoma. Y éstos, a los de Forest Heights, District Heights y Capital Heights. Red complicada de nervios, nerviosa. Todos andaban nerviosos. Los nervios capilares llevaban los mensajes. Los nervios dorados, la cabellera dorada, la melena dorada. Los fines de semana se paseaban por otra vena, no la del Potomac. La de Anacostia era. Políticos y negociantes observaban orgías en sus yates. Por la vena arriba subían, hasta llegar al parque Anacostia. Allí se discutían, entre parties y orgías, las decisiones locales, nacionales e internacionales. Por la I-75, por la I-80 bajaban los GM, los Fords, Los Chryslers, los USS, los Bethelhem S. y se unían en el parque. Manejando, volando, navegando. Con el estómago lleno de alka-seltzers finsemaneros retornaban para el Sur, para el Norte, por la vena, por las arterias, hacia el cerebro, hacia la mano, hacia el dedo. Por el brazo era. Los cabellos dorados transmitían mensajes. Hacia las viejas patrias. Por el agua, sobre el agua, bajo el agua. Barcos, aviones. Concorde, teléfonos, telégrafos, cabellos dorados para allá iban, llamando, llevando mensajes, trayendo sangre, vida, vidas. La red era complicada, enorme, poderosa. La nariz era grande, puntiaguda, como un pararrayos, desafiando al cielo. Cuando llegaban mensajes del cielo, los paraban, se derretían en la cúpula, en la nariz. Al llegar la época de las lluvias, de las nieves, se congestionaba. Al estornudar se oía en toda la ciudad, en todo el país, en todo el mundo, hasta Israel. Estornudos como truenos, como terremotos, con fuerzas centrífugas. En círculos concéntricos se iban por el globo anaranjado, meridionado, empelotado. En días de calma y de verano las alergias y las jaquecas las llevaban a las extremidades («Just allergies, Darling»). Por las arterias I-75 y por la I-95 se iban para el Norte y para el Sur, por tierra y por aire, al agua, a los lagos, al mar. Hurón, Superior, Okeechobee, Key West. De los brazos a las manos. Al Norte, la mano extendida hacía cosquillas a los yates. Al Sur, la mano cerrada dejaba que las aguas y el sol les tostara los tanates. Festines, orgías, bacanales. Los excrementos, cientos de excrementos, miles de excrementos, como gotas de sudor, flotaban sobre la piel, sobre los brazos, hasta los sobacos. Chicago, Tallahasee, México, Cuba. Sobacos, sobacos, sobacos. Respiraba, resonaba. Los pulmones se inflaban, se desinflaban. Subían, bajaban. Unas montañas subían y otras bajaban. La montaña Smoky subía, los llanos indianescos bajaban. La tierra subía, la



leche bajaba. Hasta los lagos bajaban. Chiche vacía, chiche ordeñada, leche poluta, leche de puta. El Smoky se tornaba blanco, como la nieve, como un cono de nieve, de helado. De vainilla con topping de strawberry, de fresa. Niños, jóvenes y adultos y hasta viejos subían al cono, por el cono. Fin-de-semana. Por la vainilla subían, por las lomas, con esquíes, con funiculares, hasta llegar a la strawberry, a la strawberry, a la strawberry. La lengüeteaban, la chupaban, la mordían. Era sustento, placer y orgía. Cosquillas sentía. Los capilares de la fresa, de la strawberry se enchinaban, se retorcían y se transmitían como esquíes veloces, al cerebro, por la chiche, por el busto, por el pecho, por el torso, por el dorso, por el brazo. Al cerebro retornaban el domingo y el lunes de la semana. El Mississippi, el Blue Ridge Lake, el Fontana Lake durante la semana pompeaban leche al Smoky, a la vainilla, a la fresa, para el otro fin-de-semana.

Notó Xóchitl que Miguel estaba preocupado y que sospechaba algo. Pensó. Le dio vueltas al asunto, y decidió sacudir la pesadilla. La substituyó. Simple. Comenzó a escarbar en la superficie del recuerdo. Se acordó del cuadro y de la dama en la ventana. Recorrió el apartamento y el colchón de agua. Como si estuviera en el oleaje del mar. Estirada, flotando, recibiendo las caricias de las olas, en los brazos, en la espalda, en los pechos, en las nalgas, en los pies, en los muslos, en el ombligo, en la entrepierna. Flotando al vaivén rítmico y caprichoso de las olas. En el Istmo, en el Canal, en el Trópico. Como una tropicana, una panameña, estirada a lo largo del Istmo, del canal, de los embalses, de las balsas. Bajo las caricias del sol dorado, con melena dorada y cara rubicunda. Al capricho de las olas. Se estiraba, abría los brazos y las piernas. Las olas jugueteaban, como niños traviesos, con ella. Subían y bajaban, entraban y salían. Los arenales, los peces espada. El pez-espada, pez dorado, con su cabeza parada, arrojaba vómitos de agua. Jugueteaba, se metía y se salía, como dios de cabeza rubia se metía en cabellera tostada. Daba vueltas en el colchón-agua. Se estiraba, se abría de piernas, en la cama, en la penumbra («Sí. Mejor en la penumbra, en donde no se ve, pero se siente. Se siente más. Eso es. Como los ciegos. Como los ciegos que no ven colores, colores oscuros. El tacto es más fuerte, más intenso, más extático. Cuanto menos luz más tacto, más placer. La luz distrae, el color distrae, los ojos distraen»). El cuerpo de la mujer, en la oscuridad.

Pero él, el sol, el sol dorado, el sol de trigo, el sol de maíz. El sol, que tuesta, que tatema, que quema. Como un dios, como un rey, como un Mister Universo. En la pantalla tropical, sobre una sirena tropical, en la selva, en el mar tropical. En un Istmo, en un brazo de mar, en un mar de tierra, entre tierra, por tierra. Tierra oscura, tierra café, tierra prieta. Como una tropicana, como una aztlaniana («como yo»). En la oscuridad. Se echaba el sol sobre la tierra, sol dorado sobre tierra prieta. Calentito estaba el sol. Calentaba a la fría tierra. En la oscuridad de la noche. La cabellera rubia y rizada, como un David de Miguel Ángel. Las uñas,

los dedos se metían, se enroscaban, se revestían de anillos, de muchos anillos de oro. Los ojos azules, como lagos, como mares salados. Puros y cristalinos, en donde nadaban peces, peces espada, peces dorados. Se veía el fondo de los lagos, con su sirena nadando, jugando, buscando a su pez-espada. Estaba oscura, se veía oscura, por su ropaje tostado, hija del sol, novia del sol, esposa del sol. En el fondo, en la trastienda, en la casa. En la casa del dios sol, en los espejos del dios sol, en los ojos del dios sol. Allí se reflejaba ella («Allí me reflejo yo»). Pupila oscura, niña oscura, sirena oscura, tatemada por el sol. Y los brazos anacarados, cubiertos de brillo, curvados de músculos. Largos y robustos. Como los pulpos del trópico, de los mares tropicanos, de los istmos tropicanos, de los canales tropicanos. Abrazaban, rodeaban, apretaban. Se sentía una segura, protegida, amada. Con las ventosas en la espalda, en los brazos y en los pechos. Chupando aire, chupando carne, chupando leche. Como un corderito blanco de su madre prieta. Pecho con pecho, pecho contra pecho, pecho entre pechos. Como culebras doradas se movían por los pechos. Vello pechero eran, los pelos. Se ensortijaban en los pechos, en los pezones. Cientos de anillos, de sortijas, de cosquillas. Como anillos de culebra, de culebras que subían y que bajaban por las colinas y las lomas de la carne y de la tierra. Tierra prieta, tierra oscura, por la oscuridad de la luz, por la quemazón del sol, del sol dorado. El sol dorado, la carne colorada, las nalgas coloradas. Colorado, colorado, colorado. Los Grand Tetons, de Colorado, de Wyoming eran. Las nalgas y los pechos eran. Nalgas ovaladas, ovuladas. Como montañas, con subidas y bajadas, con vertientes y precipicios. Bosques en la vertiente, en los precipicios. Redwood, palo colorado, palo parado. Las manos alpinistas subían y bajaban. Por las vertientes se metían, se ensortijaban en la espesura de la arboleda, en la arboleda. Se subían por el palo parado, palo colorado, redwood. Lago entre colinas, pez entre colinas, pez-espada, pez dorado, goldfish, palo colorado, redwood, entre colinas, entre vertientes, entre arboledas. Ventosa. Pez-espada, pez dorado, goldfish («Entre dos rocas sacando la cabeza, mirando a la ventana, a la dama de la ventana»). Vertiente con vertiente. Lago con lago. Arboleda con arboleda. Pez con hondanada. Tentáculo con ventosa. Pez-espada que corta, que abre, que se mete, que pica. Dos vertientes, dos lagos, dos arboledas. Dos en uno, dos en una. Uno en dos («¡Ay! »). Arado en surco. Piel en tierra. Dinamita en mina. Aguijón en vaca. Pez dorado en lago. Rayo en tierra, dorado rayo en prieta tierra. Tentáculo en ventosa. Explotador de tierra virgen («¡Ay!»), violador de carne virgen («¡Ay!»), represor de espíritu virgen («¡Ay!»). «Ay de mis hijos. ¡Mis hijos dorados!». «¡Ay de mis hijos! ¿Mis hijos tostados? ¡Ayyyy...!».

-¿Qué te pasó, Miguel? ¡Ambulancia! ¡Policía! ¡Ay, Diosito, se mató!  
¡Ayyy!

De Francia venían los peinadores, los coiffeurs. Cargados de tintes, de decapiladores, de maquillajes. Grandes y delicados peines, champúes y brillantinas. Se colaban los dedos, como púas de peines.

Las uñas semejaban arco iris de tintoreros. Rascaban, sonaban, espulgaban. Zarandeaban la cabellera como la mies al capricho del vendaval. Melena espumada, melena lacia, melena inglesa, melena alemana, melena irlandesa, melena sueca, melena noruega, melena polaca, melena dinamarquesa, melena rizada, melena poluta, melena de puta. Como las ondas del viento, como las olas del mar nórdico, como las hondas de un francotirador.

Estirada estaba sobre la cama. Después de un viaje real, tour de reina rubia, por el acueducto lorentino y el Ottawa River, se sentía rendida. Estirada se hallaba. Con los brazos robustos, delicados y rubicundos. Brazos de tierra con las manos y los dedos en el agua. Nervios (# 75) y arterias (# 95) en acorde con el cerebro y el corazón. La mano derecha, la mano norteña, metida en el agua, con el thumb (¿o era el cordial?) apuntaba al San Lorenzo, al mar, a Europa. Gesto indecente, pornográfico. Dedo histórico. Llevaba más de doscientos años apuntando hacia el agua, hacia el oriente, hacia la madre. El dedo cordial, el central, el del chingal. Mensajes del cerebro eran. De las células senatoriales y diputadas. Y con la uña del mismo dedo atraía, traía barcos repletos de carne, de queso, de leche, de pelo rubio, de chiches rubias, de fuchi rubio. Brazo izquierdo, mano sureña, estirados hacia el Sur, extendidos por el Sur. Con la mano en el agua, bajo el agua, con el dedo meñique retorcido como uña, como Key. Con el dedo gordo en San Juan, con el cordial en La Habana, con el índice en Maracaibo, y con el anular en México. Hacían cosquillas, sobaban y arañaban. Sangre y sudor eran. Por la # 75 bajaba la orden y por la # 95 subía la sangre y el sudor. Y un ja-ja-ja histórico retumbaba por todo el cerebro. Y la tropicana le leía la palma de la mano. Raya con raya. Entrecruce de rayas. Dos grandes Emes dibujaban las rayas. «Muerte Mortal», le decía la Madre Aurora. «Shut up, you crazy witch», le respondía la Diosa.

Recordado Monroe:

«America for Americans». Espada de dos filos. ¿No sabías que el que las hace las paga? Todavía no hemos llegado a la última etapa evangélica de «dale la vuelta a la mejilla». Aún estamos en aquello de «diente por diente y... huevo por huevo».

L.

El ombligo. Missouri. Clase de historia. Mister Smith. («Missouri is the State of the Ozarks. You might say the Navel State»). Un ombligo triangular, Saint Louis, Springfield, Independence. El centro, Jefferson City. Jefferson, Jefferson, Jefferson. El Destino Manifiesto. «De Este a Oeste, de Norte a Sur». Al centro, The Ozarks. Ombligo acuático, ombligo arterial. Por la # 70, por la # 66 venían las órdenes. Por el Missouri, por el Mississippi, la vida. El Golfo, el Río, la vena, la cuerda umbilical le proveía de vida, de langosta, de camarón, de petróleo, de azúcar, de café. Atado al Golfo, al agua salada, al agua dulce, al Ozarks. Lago y laguna. Hombre y mujer. Sembraba el semen. Acuario, peces. Peces tropicales. Del Golfo subían, subían por el Mississippi, como salmones contra corriente. Destino Manifiesto era. A la inversa será. Destino será.

Contra corriente, contra voluntad. Pre-Destino era. Destino será.  
Peces tatemados por el sol tropical. A las lagunas cristalinas y  
azules de los Ozarks. Por la vena subirían, para la sementera dejar.  
De placenta a placenta. De lago a laguna. Por la vena, por el  
ombligo será.

Como una hawaiana, como una bellydancer, como una tropicana, bailaba  
y bailaba, enseñando la panza, enseñando el ombligo. Gira, baila,  
gira. La panza blanca, la panza blanda, la panza de holanda. Al  
centro, el ombligo sumido, hundido, escondido. Gira que gira en el  
remolino del viento, y una gota de sudor de la garganta a la panza.  
Dos gotas de sudor. Dos mil gotas de sudor. Un lago de agua  
tropicana, con un mástil fálico en la panza.

Por la pierna derecha corrían extendidas las arterias # 90 y # 94.  
Se unían al nervio # 80 del cerebro («More planes, more Boeings,  
more SS. Like Boldeagles I (We) want them»). Salían como pájaros del  
nido. Cientos de águilas, miles de águilas, de plumas metálicas.

Volaban por encima, unas bajas, otras altas, otras muy altas.  
Supervisaban los pies, las piernas, los brazos, las manos, la  
cabeza, la melena, el torso, el ombligo y los planos, las planicies,  
la cosecha, la pizca. Con sus muchas alas, tremendas alas,  
proyectaban la sombra, sombra contra cuerpo, cuerpo contra sombra.  
Entre sol y cuerpo, sombra. Cuerpo blanco, cuerpo lunero.

Los dedos del pie derecho eran redondos, largos y corpulentos. Como  
tubos, como pipas, como pipelines, como oleoductos. Apuntaban hacia  
el Norte, por el agua del Norte, por la tierra del Norte, por la  
tierra esquimal. Las uñas escarbaban en tierra polar. Rascaban,  
giraban, perforaban. Uñas de hierro, ennegrecidas de hierro y de  
petróleo. Arco iris de petróleo. Se metía por los dedos, por los  
tubos, por las pipas, pipas-dedos. Sangre oscura, dedo dorado. Negro  
contra rubio. Por las venas venía, para las águilas mecánicas, para  
las ratas mecánicas, por las pistas del aire, por las pistas de  
asfalto. Y allí estaban Juan de Fuca y Valdez, dándole manicuras,  
pedicuras a las uñas y a los pies. Le afilaban las uñas  
perforadoras, uñas mugrosas. Su sangre dejaban en el esmalte de las  
uñas, de las uñas de los dedos, de los dedos de los pies.

Hacía más de cien años que el cerebro le transmitió la orden («Go  
West, my son, my darling»). Bailando la polka, la orden polkiana  
(«Traicionero y ladrón, hipócrita y sangrón, nariz de salchichón y  
puritito cabrón»). Y poco a poco se dejó caer la pierna izquierda.  
Larga y robusta, como tentáculo de pulpo, con ventosas. Amarillo,  
Santa Fe, Santa Rosa, Santa Bárbara, Santa Mónica. Tentáculo,  
ventosas, venas # 40, # 66, Río Grande, Río Colorado. Las uñas de  
los dedos, redondas como ventosas. Uva redonda, lechuga redonda,  
naranja redonda. Para caminar, para conquistar se ponía huaraches de  
Sears, inflados con viento de ventosa. Por la Baja California  
caminaba, corría, conquistaba. Como ventosa hambrienta estrujaba la  
uva, chupaba el jugo rojo de Fresno, de Modesto, de Coachela. Vino  
rojo, sangre roja, sudor rojo. Con las ventosas de Superior, de  
Globe, de Duval chupaba el cobre, el oro y la plata. Por las  
arterias # 25, # 35, # 45 corrían llantas de Sears con tomates,

cacaguates y aguacates. Por las venas del Bravo y del Colorado nadaban, a contracorriente, brazos prietos, sangre prieta, sangre brava, sangre colorada. Sangre viva, sangre nuestra, sangre colorada, para cebarse el pie, la pierna, el ombligo, el torso, el cerebro, el cuerpo. Tomates, jitomates, jitanates, jijo-con-tanates. Se digería, se transformaba, se transubstanciaba, en la ventosa, por el tentáculo, por la arteria, en el ombligo, en el menudo, en la tripa, en la cloaca. Por Aztlán, por las Planicies, en el Ozarks, en el Salt Lake. Con el cuerpo tendido y las piernas abiertas, defecaba, megitaba cuacha dorada, agua dorada, agua salada en el Lago Salado, por los pelos dorados, por la melena dorada, por la mies dorada. Mies de maíz, mies de trigo, mies azteca, mies hispánica, mies mestiza, mies conquistada, mies meada. Por Tijuana iba, por San Luis, por Nogales, por Agua Prieta, por Ciudad Juárez, por Nuevo Laredo, por Matamoros. De turista iba, reluciendo la melena dorada, los pechos dorados, el ombligo dorado y los muslos dorados. Turista dorada, niña dorada, reina adorada («Jija 'e la...»). Bajo el sol dorado, bajo el dios dorado. La seguían sedientos los políticos tostados, los negociantes tostados, los machos tostados, los tanates tostados, los tanates tatemados, bajo el sol tizado («Jijo 'e la tiznada»). Cientos de negociantes, miles de bananas, millones de tanates buscando la mies.

-¿De veras que te gusta venir shopping?

-Sí.

-Pero no compras nada.

-No le hace.

-¿A qué vienes, luego?

-A ver.

-¿Te gustan las tiendas?

-La gente.

-Para eso podías quedarte en Las Pencas. Allí hay mucha Raza. En la Plaza de la Independencia estaba plantado un gringo de seis pies. Como un marshmallow flotando en una taza de chocolate. No despegaba sus ojos de aquella estatua. Los oídos presionaban las córneas y los acordes del mariachi se los llevaba el viento. Sin pestañear, lo clavaba de hito en hito. Melena dorada, niño dorado.

-Si te parece, vamos caminando, Xóchitl.

-¿Por qué?

-Porque no hay más cosas que ver.

-¿Crees tú?

-Sí.

CORONosotros los oprimidos  
en esta marcha obligada  
dejaremos consignada  
la historia de lo sufrido.

CHAPULINESVolando por las montañas  
cruzamos toda maleza  
para volver a la tierra

de nuestras dulces entrañas.

TOPOS  
No queda en la tierra vena  
que no hayamos perforado  
para que otros se hayan chupado  
nuestra sangre a boca llena.

GUSANOS  
Cuando el Gallo pa' cá vino  
en el palenque peleamos  
con las hojas nos quedamos  
y se bebieron el vino.

RANAS  
Parimos todos los mayos  
en la cuna del Gran Río  
cada una traía un crío  
y los mataban ahogados.

SAPOS  
En las riberas del agua  
nos hicimos el amor  
bajo la capa de horror  
mataban nuestra crianza.

Fue la primavera de aquel año. La primavera que fue, que es y que será. El parte meteorológico lo decía. La parte Norte del país, el costado derecho, el lado derecho de la cama estaba cubierto de una sábana blanca, de nieve y de hielo. La parte central, el esternón, se derretía y se inundaba de agua. Salía de la invernación. La parte sureña, el costado izquierdo, el lado izquierdo de la cama estaba al descubierto, recibiendo los rayos encanecidos y benéficos del sol. Ya las golondrinas se acercaban a Capistrano. También lo anunciaba el meteorólogo.

La semilla vieja comenzaba a retorcerse bajo la sensación del agua y bajo los templados rayos solares. Eran los campos de la Planicie. Semilla del trópico, robada del trópico. La habían sacado huérfana. De su propia casa la habían sacado, robado. Una puta madrastra, vieja de doscientos, de trescientos años que fueron, que serán. Desraizaron la semilla, la desmadraron («¡Ay de mis hijos!»). Fue por el centenario, por el bicentenario. Por el tricentenario será. Será el es que fue. La madre que fue estéril, sin fruto, encontrará simiente. («The Aztecs, the Indians were people of great culture, agriculture of corn»). Por el Valle Mexicano crecía la planta, con hojas, mazorca y pelusa. Melena de indio entrenzada colgaba de cada mazorca. Como pararrayos verdes recibían las mazorcas los rayos solares. («The Spaniards brought wheat to the New World»). Por México, por Aztlán, por las misiones se esparcía la semilla, y

crecía la delicada paja bajo la suave onda del viento. Como cabellera de mujer, como sementera de mujer, se movían los campos, los trigales, bajo la caricia del sembrador. La espiga mestiza amanecía, ovarios preñados de bien y de cría. Cabezas de cría, de futura sementera. Una segadora, espada enemiga y carnívora, decapitó cabezas («¡Ay de mis hijos!»), sembró horror y esterilidad. Se robó la cría y la llevó a las Planicies, a casa ajena («¡Ayyy... que yo no he sido! ¡Ay que fue una cochina madrastra! ¡Ay de ti Kansas, Nebraska, Iowa! ¡Ay mi Quivira!»). La tierra quedó desolada, asolada, desierta. Año cero, año cien, año doscientos, año trescientos. Fue, es, no será. No fue, no es, será. Casa propia, casa ajena, casa propia. Destierro, entierro, desentierro. Como el vaivén del viento, de la gente y del tiempo.

BREAK POINT... It has been stated and proven that half a million people cross the border legally and otherwise each year. It means that one hundred years from now this Country will have fifty million people from South of the Border. To this will have to be added the grand-children of the now residing here which, in an average of four to six per couple, will mean an estimate one hundred and fifty million. The estimated grand total will be a two hundred million Americans of Mexican descent. If we don't do something about it now we will have an intolerable population explosion.

TELENOTICIA... Fuentes fidedignas han declarado que este país invierte diez millones de dólares anuales para esterilizar, no sólo a las muchachas, sino también a los muchachos que cruzan la frontera. Los laboratorios y los cargamentos de medicinas y de utensilios médicos, con su personal respectivo, están avanzando y se están internando cada vez más en tierras sureñas. «Combatir el mal en la raíz», es el lema.

Millones de diminutos chillidos, cientos de chillidos, un gigantesco chillido llenaba los llanos. Átomos voladores, empujados por el viento, llegaban al tímpano, a los tímpanos de los padres, de la Madre («¡Ayyy... de mis hijos. Yo no fui. Yo os vengaré. Como una guerrillera, como una soldadesca, como una Adelita llevaré en mi trenzada cartuchera balas de hombre, munición viril, sementera de padres. ¡Ay! ¡Yo os libraré, yo os conquistaré, yo os reconquistaré! ¡¡¡Ay!!!»).

NEWSBREAK... Our money is being wasted. The sterilization program, in itself successful, has been handicapped by the countries we are trying to help. It is said that the males, the machos, are mad and that they will procreate one way or another. In any case, the artificial insemination is taken place in those places. Our country hopes that the Official

American Church's efforts against this immoral practice will be successful.

TELENOTICIERO... De las regiones subterráneas de su ser darwiniano la Iglesia oficial anglosajona ha vomitado el double standard. Tuertamente ha proclamado que había que corregir el bizco Génesis. Hay que controlar, purificar el semen genesiaco. La ciencia es ciencia sagrada. Luego, los genes hay que controlarlos, seleccionarlos, purificarlos. Cortar de tajo y en la raíz es el método más eficaz, más genesiaco, más moral. Ergo, es el llamado Divino y Manifiesto.

CORODoscientos años de opresión  
sin lo anterior mencionar  
nos dan derecho a buscar  
nuestra justa liberación.

VÍBORAAl desierto se venían  
y me escondía en una roca  
me picaron en la boca  
la cola me protegía.

COYOTEME escapaba por las lomas  
me acusaban de traición  
que ésa era mi condición  
la gente lo maliciaba.

ZOPILOTEPorque apresé a una culebra  
con mi esforzado picote  
me llamaron zopilote  
en lugar de águila brava.

TECOLOTEPorque me duermo de día  
y ésta es mi naturaleza  
dicen que duermo la siesta  
pero no ven lo que hacía.

Era una de aquellas primaveras entre el segundo y tercer centenio. El desierto y el trópico respondían al llamado de la naturaleza. La flora y la fauna andaban inquietas. Un capullo rojo quería reventar.



Una flor de carne deseaba sangrar. El arenal estéril apetecía la lluvia, y el trópico fértil protuberaba verdura. Y la mar y la tierra respondían al llamado del viento. Cornucopias de polvo, cornucopias de agua, giraban preñadas en el remolino del viento. Del Mar de Cortés y del Golfo de México subían las aguas, cornucopias haciendo. Ciclones tropicales, ciclones del desierto, como tornillos giraban para enterrar el cuerno.

Sudaba la vegetación, sudaba el desierto. El calor, la calor hacía sementar la vida, brotar vidas. La tierra vomitaba al aire plantas, y los pájaros formaban nidos en los sobacos de las ramas. Las hembras se retorcían por el calor en brama, y los machos se aliviaban en el calor de la cama. Topos y ardillas, cucarachas y hormigas, como semen por la tierra se movían. Chapulines y zopilotes, murciélagos y tecolotes volaban por el cielo de noche y de día. La vida se retorcía, la vida necesitaba vida, se comía vida.

Recordado Adolf H.:

¡Serás animal! Si ya tu padre Karl te lo había dicho, pero no le hiciste caso. Preferiste escuchar a tu hermano bastardo, el diablo de Federico N., y a tu primo segundo el Charlie. ¿Te creíste que era un pleito entre zoos? ¡Qué bruto fuiste! ¿No te diste cuenta de que esta gente quiere el monopolio mundial en el asunto? ¿Es que no habías leído lo de estas reservaciones, lo de la frontera y lo de las plantaciones del Sur? La próxima vez ten más cuidado, porque después nosotros chingaremos más feo.

L.

La araña se levantó de su sueño invernal. Había dormido bajo una cobija norteña de nieve algodonal. Su ropaje era blanco, como el del Ku Klux Klan. Pero luego se tornaba oscura, como los Rinches de Aztlán. Parsimoniamente se despertó. Abrió un ojo, luego el otro. Por el túnel de su escondite percibió la blancura de la nieve y el reflejo del sol. Estiró una pata, después la otra, al rato la otra y la otra, y por fin las demás. Se desentumeció. Se puso de pie. Se bambaleaba un cuerpo flácido sobre unas piernas famélicas. Ensayó unos pasos, y se acostó al sol. Era el mediodía de la primavera. Con los párpados semiabiertos notó el bullicio farrullero que la rodeaba. Sus antenas oyeron sonidos extraños. Extraños por pretéritos. Pretéritos, anteinvernales. Afinó las antenas y reconoció los sonidos. De par en par abrió las ventanas de los ojos, y vio animaluchos merodear como por cafetales. A su vista se le excitaron los movimientos peristálticos de su flácido estómago. Ya era el atardecer. El hambre se agudizaba. Como una costurera, sacó hilachos de su bolsa. Con sus delgados ganchos comenzó a hilvanar la trampa. Ya tenía hecha la red del tamaño de un hombre, cuando un chapulín incauto cayó en la tela. Movié los brazos, movió las alas. Giró y pataleó. A cada movimiento quedaba más preso. Ya era medianoche y, con la luz de la luna cenital, se dejó chupar. La araña panzona se quedó dormida. El tecolote, con su ojo avizor y parrandero, les sopló al oído: «¡Al alba, Raza, que lo han jodido!». La araña pasó hambre las demás noches.

CORONuestra tierra hemos perdido  
contra nuestra voluntad  
la hemos de reconquistar  
pues por algo hemos sufrido.

LECHUGAPadrecitos me trajeron  
por el desierto en las manos  
me plantaron mis hermanos  
y ladrones me jodieron.

UVASoy símbolo de familia,  
soy símbolo de unidad,  
también de la cristiandad  
y me traen de la jodida.

MELÓNPor el desierto de Yuma  
nazco y crezco a diario  
y en la bolsa de un corsario  
encuentro fría mi tumba.

TRAQUESobre el lomo de la tierra  
también mi lomo yo inclino  
para tenderle un camino  
al que del Este viniera.

MINAOro y metal me sacaron  
de la matriz y la entraña  
para adornar al canalla  
y matar a mis hermanos.

Chapulines, cucarachas y hormigas pre-revolucionarias,  
revolucionarias, post-revolucionarias pasaban alrededor de la tela,  
de la malla, de la alambrada. La araña se vio burlada y, en su  
cuerpo sudoroso, el hambre se acrecentaba. Trabajaba y, cuanto más  
trabajaba, más frustrada. Afinó las antenas y envió el mensaje. Los  
cables, cabellos rubios de melena rubia, recogieron el mensaje. Los  
nervios del cerebro rubicundo dieron la orden: «More spiders». Una  
legión de arañas blancas encaperuzadas se dieron voluntarias. Con  
chuzos y con cruces ponían fuego a los hormigueros y a los  
cucarachales. Salía humo de los campos desérticos, como mieses de  
chicharrones prietos. La araña, las arañas y los arañes se alegraban  
y engordaban. El telecote se alarmó. De árbol en árbol, con su ojo  
nocheriego, observaba a su ejército medio muerto. Avisó a las ranas  
y a los sapos con su canto lastimero.

Era de noche, cuando todos estaban en el primer sueño. Se acercaron a la orilla del Río. Comenzaron a croar un corrido naval («Parimos todos los mayos... En las riberas del agua...»). Saltaron al agua, y remaron a la otra orilla. El corrido fue tragado por la oscuridad del silencio («Los mataban ahogados...». «Bajo la capa de horror...»). Miles de sapos, miles de ranas encontraban nueva patria. Patria del Colorado, patria del Bravo. Los encapuchados afilaron la caperuza y, como antena, enviaron mensajes a los cables de la cabellera rubia. Por los nervios del cerebro, circularon telegramas. Subieron órdenes de caninos ladridos. Perros policías y castores uniformados ronroneaban las orillas. El tecolote se asustó. De árbol a árbol brincaba y mitoteaba. Despertó a los zopilotes y a los topos, a los chapulines y a las hormigas. Los entrenó como fuerza aérea y submarina, subterránea. Por encima del agua y por debajo del agua, por encima de la alambrada y por debajo de la alambrada. Volaban y minaban. Las dinamitas y los graznidos despertaron a las arañas, a los arañes encapuchados, a los perros y a los castores. Por las arterias, por los nervios y por las venas subían mensajes a la cabellera de rubia red. La tensión de los nervios mensajeros presionaban la confusa sien. Ladridos y graznidos punzaban adoloridos tímpanos. Ya no quedaba retaguardia. El semen anciano y estéril no corría por los caños y cañones de los cuerpos. Había que sustituirlos por otros mecánicos y técnicos. Por los cañones nasales del cráneo salió un estornudo marcial y rubicundo. Águilas supersónicas y pajarracos con hélices en el culo volaban sobre ríos, alambradas, venas y telarañas. Sus ojos electrónicos perforaban la retina virginal de la noche enmarañada. El tecolote quedó pasmado. Ojo nocturno contra ojo nocturno («A vencer o a morir -ordenó el Tecolote-. Hay que entrarles a como dé lugar. Somos muchos, muchísimos machos. Sus madres los parieron a ustedes para que no fueran huevones y le entraran. ¿Me oyeron? ¡A entrarle, pues!»). Les habló de noche. A todos les habló. A los del aire, a los del agua, a los de sobre-la-tierra y a los de bajo-la-tierra.

Querido Federico H.:

Tu teoría dialéctica es muy, pero muy hermosa. La contradicción y la lucha inmanente de la historia y del espíritu humano. Que la antítesis, la negación, el enemigo, el oprimido algún día dominará, se impondrá a la tesis, al opresor, es muy esperanzador. Pero, ¿cómo explicas, Federico, que el chicano haya sido siempre antítesis en su historia? En otros términos, ¿por qué ha tenido el chicano tantas tesis dominadoras? ¿Por qué fuimos, somos y seremos siempre antitéticos, chicanos chingados? ¿Llegará el día en que nosotros nos convertiremos en tesis, en chingones chicanos?

L.

Las arañas habían demarcado su propiedad y reino con la telaraña que se extendía muy larga y muy alta. Los castores habían construido, con sus colmillos y colas, diques y fortalezas inmovibles. Y las águilas mecánicas supervisaban las obras y llevaban en los sobacos bolsas de pesticidas («Ellos son fuertes, pero pocos. Nosotros débiles, pero muchos. Ellos tienen máquinas de metal, pero nosotros

tenemos lo mero prencipal»). («Bull shit!»).

Las cucarachas fueron las primeras («Nosotros tenemos caparazones. Nos protegerán como escudos contra las mandíbulas de perros famélicos y de arañas ponzoñosas. Y si no, pos nos ofreceremos en sacrificio, Señor General»). Diez, cien, mil se lanzaron a flor de tierra contra la red. La hicieron temblar, pero quedaron engarzadas. Los tentáculos arácnidos las atenazaron, y las fauces se clavaron en las aletas de chirrido crespo («¡Pendejas! ¡Cómo se dejaron!»). Ranas y sapos, con sus piernas y nalgas por el aire, maniobraron clavados obscenos sobre el agua. Con el croar del chapuceo pelaron el colmillo los castores y los perros. Tripas y sesos quedaron enterrados en el lodo del río («¡Mensos! ¿Y para qué les sirvió lo de la Quebrada, pues?»).

SPECIAL REPORT... From the South and from the West, from the Gulf and from the Baja two Huracanes, Zandunga and Malinche are expected to blow our Fence and our Border. Millions of insects will invade our home.

La digestión fue larga, de muchas noches estivales. Los perros y castores se boquiarrribaban para que el sol les alivianara la sangre espesa. Las arañas se bajaron de sus alambradas eléctricas para descansar sobre el culo su panza obesa. («What a life! That's what life is all about. Life!»). Seguía el letargo. Una bandada de chapulines y de chicharras hirió el tímpano de los perros y de los castores («Stupid spider! Build your web higher! Get off your ass and get up there!»). La araña se subió alto, pero la red se bambaleaba por la obesidad de la panza. Trabajó noche y día. Decidió quedarse allá arriba. Los chapulines y las chicharras, que no podían subir más alto el vuelo, se quedaban como barbacoa para la cena de la araña («¡Éntrenle ustedes ahora, hormigas y topos! ¡Éntrenle, con huevos y todo!»). Un sonido de polilla ronronera llegó por los cables de la red a las antenas de la araña («What's going on down there! Stupid Beaver, stupid Dog! Do something about it!»). Las garras y las fauces de hormigas y de topos abrían camino por las venas de la tierra («Stupid Eagle! Drop your pestecide. Now!»). Chicharras y ranas cayeron envenenadas («What a life! Food without work. That is progress for you»). Noches aletargadas de cenas envenenadas. Las arañas, los castores y los perros se retorcían por el suelo («¡Ya pasamos! ¡Ya cruzamos!»). Los encapuchados y enmascarados andaban por todas partes quemando cruces y metiendo chuzos de fuego en los agujeros. Cogieron a un topo viejo, y lo colgaron en cruz. Con una antorcha untada de pez le pusieron lumbre en los tanates («You ain't going to use them no more»).

Querido Nerón:

Ayer vi arder, no sé si en la realidad, si en la mente, o si en sueño, a un chivo blanco. Las llamas parecían sangre que le salían simultáneamente por los ojos, por los oídos, por las narices, por la boca y por el culo. ¡Qué hermosura grotesca! Sufrí un trance

extático. Producía una música de chicharrón celestial. El incienso subía en forma de expiación. Se me enterneció el alma y me acordé de ti y de tu genio artístico, de tu poder absoluto y de tu equilibrio mental.

L.

Las llamas se extendían como lenguas de fuego por el Norte y por el Este. Fuertes vendavales soplaban del Sureste y del Suroeste. Los pulmones del Golfo y del Mar se hincharon como fuelles iracundos forjadores («Shit! And now this!»). Dos ciclones, la Zandunga y la Malinche, bailaban en el Golfo y en el Mar. Remolinos voraginosos dibujaban galaxias en el agua. Cornucopias espirales aspiraban agua y tierra, y espiraban vendavales y terror. Brownsville, Corpus Christi, Houston, Dallas, Tulsa..., Yuma, Phoenix, Albuquerque, Colorado Springs, Lincoln... Diques y alambradas volaban por doquiera. Perros y castores se ahogaban en el agua. Arañas y encapuchados quedaron aplastados. Hormigas y topos se escondieron bajo el suelo. Sapos y ranas nadaban bajo el agua. Chapulines y chicharras se los llevó la chingada. Eran la Malinche y la Zandunga, bailando la pachanga. Giraban y giraban. Del fleco salía un grito, y del tacón una carcajada («¡Chinga a tu madre, Diosa Babosa!»). La Reina de la Belleza se retorció en su lecho y en su leche. Caían telarañas, telaméticas, telégrafos y telegramas. Los cables, los nervios y las arterias se entrecruzaban y los mensajes se confundían. La Rubia Robot se desvincijaba («Ay! Fucking people, fucking Raza motherfucker!»).

NEWSBRIEF... A yellow plague is expected within the next twenty five years. It is not yet known its origins, but the Agriculture Department fears it will come from the South.

TELENOTICIA... Se dice que millones de individuos y de grupos, como plaga de langostas, atravesarán las fronteras sureñas. El negocio, Agrobusiness, del gran terrateniente espera que deje altos réditos. Pero los puristas están a punto de padecer grandes trastornos nerviosos y mentales.

Salieron de los hoyos, de las cuevas y de las minas los topos y las hormigas. De las aguas sacaron sus cabezas los sapos y las ranas. Todo estaba sereno y tranquilo, como en el post-diluvio genesiaco. Naturaleza lavada y virginal («¡Creced y multiplicaos, que vuestra es la tierra!»). Los sapos, las ranas, los topos y las hormigas norteñas se juntaban con sus hermanos y hermanas de Aztlán. Cucarachas de Califaztlán, topos y hormigas de Ariztlán, chapulines y chicharras de Coloraztlán, zopilotes y tecolotes de Nuevaztlán, sapos y ranas de Texaztlán. Todos juntos en un campamento de Aztlán.

La atmósfera había quedado nítida y pura. El crimen había sido

lavado, y el destino era claro. Había que rehacer la historia. Buscarle el año, el siglo perdido. Perdido por robado y transplantado. Había que rescatar el tiempo y el espacio, la cultura y la agricultura, la simiente y el sudor y el trabajo robado. Ése era el Destino. Manifiesto quedaba («¡No sean pendejos y no la rieguen!»). Se juntaron en asamblea general. Hermanos, padres, abuelitos, stepmothers, cuñados, inlaws, concuños, compadres, stepcompadres, primos, stepwives, step... Un crisol cósmico, de pura Raza mezclada. Güeros, mayates, in-between, half and half. Algunos más half y otros menos half. Hasta los había de tres y cuatro halves, porque contaban a cuentagotas las french halves, las russian halves y las german halves. Se le iba la mano en las matemáticas, en las halves, pues. En fin, pura raza mestiza y mezclada, Raza Cósmica. Comenzaron a hablar unos y después otros, después éstos con aquéllos, y más tarde éstos y aquéllos, y luego éstos contra aquéllos y, por fin, todos a todos contra todos y entre todos. Una totalidad cósmica («¡Les dije que no fueran pendejos y que no la regaran! ¿O es que no entienden Ingleesh?»). A falta de marrazo, el Tecolote dio un picotazo. «Yo no soy un parrot, and that's why entiendo lo que digo, y digo lo que entiendo. He dicho». Los hermanos, los primos y los steps aplaudieron, chillaron y croaron. «Order! Order!, I've said! No se hagan pendejos, que hay mucho al steak». Y todos se callaron. Unos por obedientes, otros por humildes y otros porque no entendieron. El Tecolote les arengó por varias horas, en la tranquilidad de la noche lunera. Ya era muy noche, y todos los hermanos y primos y steps se quedaron tendidos sobre la hierba, bajo el sopor del ensueño. El Tecolote, con un ojo pelón y el otro cerrado, descansaba sobre una pata en la rama de un nogal («Duerman -se dijo-, duerman bien y mucho, porque la marcha será larga y penosa»). Trataba de dormir, pero, por falta de costumbre, no pudo. «Tienen que acostumbrarse a dormir de día y a caminar de noche, como yo. No porque ésta es la ley de mi naturaleza, sino porque la ley de los otros, de los enemigos, es otra. Ellos viven de día y mueren de noche» («¡Hay que saber jugársela!»). Entre éstos y otros pensamientos se le filtró la noche. Para las doce del día ya los hermanos y hermanas, los primos y las primas y los steps se habían despertado. Tosieron, chillaron y le silbaron. «General, General, despierte que ya es tarde». Lentamente levantó las cortinas de sus pupilas, les clavó el ojo pelón y se limitó a decirles: «Duerman la siesta y no jodan. ¿O es que ya se olvidaron de sus tradiciones? ¡Vergüenza, shame on you!». Comenzaron a periquear, y alguien insistió: «Pos sí. Este General es muy abusao». Y se abrieron de patas sobre el suelo.

CORO  
Con su sangre y sus sudores  
la sangre y las defunciones  
de niños y de mayores  
los habremos de vengar.

COORSPor tierras de Colorado

de sangre hacen la cerveza  
veneno en el cuerpo lleva  
el que la bebe a diario.

RÍO Las nubes me ofrecen agua  
las balas me otorgan sangre  
de aquellos que tienen hambre  
porque se encuentran sin nada.

ALAMBRE Con ojos de alambre he visto  
un hermano a otro llorar  
y con el dedo cordial  
a otro decir: te chingo.

TRIGO De España a México he ido  
y de Aztlán me han arrancado  
para llevarme robado  
a las Planicies del frío.

MAÍZ Elote de grano dorado  
sacado de Tenochtitlán  
por caminos va de Aztlán  
como semen desterrado.

Llegó la puesta del sol. Los rayos de la oscuridad reverberaban en las persianas del Tecolote. Las levantó y oyó: «Y ahora qué, General». Con la pata derecha se rascó el pico. «Pos ahora vamos a pensar en lo que hay que hacer». «No, pero si eso ya está pensado, mi General. ¡Tenemos hambre, y ya!». «Pos por ahí búsqúenle, y arréglense como puedan. Que las cucarachas, nuestras adelitas, les preparen algo, que para eso están». Las cucarachas, al oír este pronunciamiento, levantaron el hocico y lo dirigieron hacia donde procedía la voz generalicia. «¡Qué atrasado estás, General! Ésos fueron tiempos de la Revolución. Ahora estamos liberated, ¿que no, sisters?». Todas afirmaron levantando y bajando los hociquitos, al tiempo que les salía un chirrido de protesta. «¡Quesque están liberated! ¿Desde cuándo? Eso es cosa de gabachas y no de nuestras sisters. ¡Vergüenza, shame!». Por largos minutos siguió una acalorada discusión, hasta que alguien elevó la voz diciendo: «La pura pelona verdá, mi General, es que tenemos mucha hambre, y ya». «Pos a ver y cómo se la arreglan. Por ahí hay ranchos, sembradíos y animales. Aprovéchense, y ya. Pero don't take too much time, porque tenemos que comenzar la marcha». Después de desperdigarse, volvieron todos y todas, quiénes traían legumbres, quiénes animales volátiles, quiénes animales cuadrúpedos, lanares y lecheros, y quiénes hasta

mieles.

Así vivieron durante aquella larga marcha de las primaveras de aquellos años entrecenenarios. La naturaleza y el propio ingenio proveían a aquellas criaturas que iban hacia lo suyo, a lo suyo. Durante los inviernos invernaban. Descansaban de las largas caminatas primaverales, estivales y otoñales. El ciclo se repetía cuando los primerizos rayos solares acariciaban las planicies, los arroyuelos y las lomas.

Querido Charlie D.:

Tu retrato convence más que tus palabras y que tu teoría. Cuando vi tu cara por primera vez, me pareció reconocerte en el San Diego Zoo. ¡Qué fácil le fue a tu primo Federico N. inventar el pedo del Superhombre! La regaste, chango, la regaste. Lo peor es que tu padre-abuelo Tomás J. lo había intuido. Por eso los chicanos estamos como estamos.

L.

Mientras tanto, la Diosa se alimentaba, descansaba y envejecía. Un cosquilleo contradictorio invadía todo su ser. Comenzaba por el lado izquierdo, caminaba hacia el cerebro y se esparcía por todo el cuerpo, como un cáncer involuntariamente necesario. Transfusiones de sangre recibía por las venas subterráneas y por los capilares en superficie. Como pulpo la extraía, y como sanguijuela la perdía. Piernas y brazos ortopédicos estrujaban el bagazo jugoso. Ventosas en forma de sobacos afeitados, de valles legumbrosos y de platillos cobrizos aspiraban tenazmente el hilito sanguíneo de la víctima aletargada. Sanguijuelas diminutas se retorcían bajo los capilares de la ancha ventosa. Chupaban de lo chupado, para ser chupadas y volver a chupar. Ciclo vital entre gigantes y enanos, entre Diosa y renegados. Ciclo litúrgico.

Voces contradictorias se oían por todas partes («Come in, come on»). El cosquilleo proseguía, por las piernas y por los brazos («Keep in, Keep on»). Por los vellos y por los costados («More, more!»). Por los ombligos y por los pezones («Don't stop, don't stop now!»). Y la marcha continuaba («Stop it, stop them»). Chapulines y chicharras («Get them, stop them»). Topos y hormigas («I want them, we need them»). Gusanos y campamochas («I can't stoop, we can't stoop»). Sapos y ranas («I'm getting too old, I'm getting too fat»). Y la marcha proseguía («Not to the Plains»). Caminaba la romería («The Plains are our Temple...»), hambrienta de justicia («... is our secret refuge»), de cultura («... our corn, our wheat...») y de hambres («... our groin, our crutch, our pot»). Hacia allá se dirigía («Stop those sons-of-bitches»). Hacia allá se encaminaba («Help! Oh, Hell!»).

Pasaba un invierno y otro pasaba. La bicentenaria lentamente se arrugaba. La polución del cuerpo volvía al cuerpo. Salía el humo por los amortiguadores anales y era absorbido por las fosas nasales. («Doc, I don't feel good». «Don't worry, Darling, they are just allergies»).

Los Homo-Sapiens, de cabezas puntiagudas y encapuchadas, enviaron el mensaje. Los Homo-Volans, con sus alas de águila y carabina de



castor, soltaban pesticidas de sus bolsas plásticas. Los animaluchos se escondían debajo de las matas. «Diez, cien, mil..., ¡chingao!». El Tecolote se lamentaba. Los ojos y las patas se retorcían y temblaban. «¡No se dejen! ¡Sean machos y... machas!». Sudaban y vomitaban. «¡Chingada águila! Si no fuera porque yo tengo que dormir de día ¡palabra! que un chingazo te metería». Se llevó la pata al pico y se rascó un estornudo («They are allergies, Darling»). Aquella noche se detuvieron en el campo. Algunos dejaron de temblar, otros seguían temblando y otros difícilmente se levantaron («¡General, General, somos muertos!». «¡Qué muertos ni que jijo 'e la! Ustedes son machos, ¿que no?»). Mientras decía esto, al Tecolote se le cayó una lágrima de alegría y otra de tristeza («¡Mire, mi General! Ya no siento nada, ya puedo mover la cola, ya me puedo parar, ya puedo...»). Después de las temblorinas, de los ascos y de los vómitos, muchos se movían y correteaban. Se caían y se levantaban. El Tecolote alegremente saltaba de rama en rama («Así, muévanse así, como yo. Sean machos y no se dejen»). Todos los animalitos de todas las especies saltaban y daban vueltas. Sólo las cucarachas se sentían muy molestas («¿Qué te traes tú, viejo loco? Quesque 'sean machos'. Y nosotras, ¿qué semos, pues?». «Ya les dije adenantes..., ustedes son machas, ¿o es que no oyen?». «Sí oyimos, pero no queremos que nos llames machas». «¿Cómo quieren que les llame, pues?». «Pues llámanos persons». «Quesque persons, ¡qué chistoso! ¡Quesque persons! Ustedes son machas, y si no quieren, pos cállense el hocico. Yo soy el boss, y ya». «Quesque el boss y ya. Vas a ver, macho gacho, vas a ver»). Esa noche, y entre todos, enterraron en el campo a algunos brothers y sisters y steps e in-laws. Después acamparon.

Querido Federico N.:

No has muerto. Te veo y te palpo todos los días. Creo que nunca morirás, por lo menos en Aztlán. «La genealogía de las ideas morales justifica la teoría del dualismo social... Las diferencias primitivas entre buenos y malos no reconocen otro origen que la distinción entre clases dominadoras y muchedumbres sujetas a ellas». «Bueno es sinónimo de grande y poderoso, y Malo lo es de débil e impotente». «Las clases populares, los pobres, sirven exclusivamente para facilitar la formación de una aristocracia en el seno de la cual se verificará, en el porvenir, una selección que producirá una raza todavía superior, la del Superhombre». Me suena esto a Tarzán, a King Kong y compañía. ¡Qué hermoso es esto, sobre todo cuando se pertenece al otro bando. «El Superhombre será al hombre actual lo que éste es/será a los animales inferiores». ¡Qué animal eres! Por eso moriste en un manicomio. Te llevó la jodida, pues.

L.

Al día siguiente, un lobo que vestía de homo-sapiens andaba correteando y aullaba con una máscara en la cara. El coyote estiró una oreja y lo oyó. Abrió un ojo, y no vio. Estiró la otra oreja. Pasó el resto del día con sus antenas puntiagudas siguiendo el correteo de su contrincante el wolf-lobo. Caía el sol. Buscó el rastro, y lo siguió con el hocico. Se encontraron cara a cara. Se

clavaron las pupilas, se enseñaron los colmillos y se insultaron.

-Coyote!

-Wolf!

-Coyote!

-Wolf!

-Coyote!

-Wolf!

Al wolf se le caían los ojos de sueño y de veneno. Alzó la pezuña, y no la pudo bajar. Sintió unos dientes clavados en el gaznate. El coyote se lamió el hocico y se encaminó hacia sus carnales. Después de aceptar las felicidades, el coyote se acostó para no levantarse más («Los pesticidas, mi General, los pesticidas»). Lo enterraron. Sobre la tierra pusieron una cruz («¿Por qué le ponen una cruz?». «Pos porque semos cristianos, ¿que no?». «Pos sí, pero... ¿y el cacto? ¿No debemos ponerle un cacto?». «¿Adónde está pues el cacto, mi General?». «El cacto viene detrás. Nuestros brothers y sisters de retaguardia lo trayen on their shoulders»).

Allá atrás habían quedado los de retaguardia. Marchaban despacio, a paso marcial («Uno, dos. Uno, dos. Derecha, izquierda. Derecha, izquierda»). Habían caminado durante muchas noches de muchos meses, de muchos años por la # 8, por la # 10, por la # 15 y por la # 20.

Se habían encontrado, reunido y marchado por la # 25 («¡Hacia las Planicies! Uno, dos. Derecha, izquierda»). En el Norte de Aztlán, en las afueras de la # 25. En un campo, bajo el cielo limpio y estrellado, se habían congregado, juntado, meditado, opinado, rezado, hipnotizado, deliberado, declamado y declarado. Y cantado.

CORONuestra religión, la Raza.

La Raza va a dominar.

Traemos para plantar

el cacto en la nueva casa.

CACTOSoy dios de los desiertos,

soy el falo de la tierra

y a toda la que no quiera

la pico cuando yo quiero.

Los de adelante se pararon y esperaron a los de atrás. Millas atrás se habían quedado los de retaguardia. Venían bien formados. Marcaban el paso, con el cañón a cuestras. Era un cacto, de la familia de los sahuaros. Redondo, largo y bien dado. Verde, con estrías y espinas protegido. Estrías como venas, espinas como vellos. Al lomo venía de las cucarachas intrépidas. Lo habían desenterrado en el desierto fronterizo para llevarlo a cuestras a donde vivían el maíz y el trigo. Por la noche caminaban, y por el día se cobijaban bajo su sombra. Las hormigas trabajadoras y delicadas encontraban en él su nido. Un enjambre de abejas en sus entrañas hacían miel para comer y dar de comer en lo largo del trayecto. Fuente y manantial de vida y cría era.

A la caída del sol, los soldados y las soldadescas abrían los ojos y estiraban las patas. Se dirigían al cacto, se postraban en el suelo y sus cuitas expresaban. «¡Oh Cacto, dador y protector de vidas! ¡Te damos gracias contra el sol y los pesticidas!». Se levantaban, lamían el polvo de sus patas y sacudían las colas, las cabezas y las alas. Los topos, las chicharras, los sapos y las ranas ayudaban a subir el Cacto sobre el lomo de sus hermanas. Un ejército de cucarachas servía de ruedas al cañón de las batallas.

Entre oración y maldición, entre corrido y chillido dejaban atrás distancias. Tecolotes, coyotes y murciélagos atisbaban por los árboles, las lomas y los vientos.

-Oye, Teco, ahí va el troque del Mayate.

-Y los del barrio de Sanjo.

-Y los de San Anto.

-Y los de Los.

-Y los del Hoyo.

Los encapuchados andaban corriendo como frailes satánicos. Por las noches, sus hábitos fosforescentes brillaban cual lenguas ardientes en los brazos del viento. Almas en pena iban clavadas en las puntas de sus chuzos. Las cazaban en los ranchos, en los campos y en los hoyos. Bajo la tierra y bajo los naranjos, sobre el betabel y sobre los traques. Se las llevaban al Sur y en un campo abierto, que servía de cruz, las inmolaban y quemaban a su dios siniestro.

-Oye, Mi Gene Teco.

-Cuenta, mi Capi Zopi.

-Ayer vide una visión.

-¿Y cómo fue?

-Vide a Casimirón, al Chango, al Comunista y al Mayate arder en el fuego del infierno.

-¡Ay que mi Capi! ¡Pero si no hay infierno!

-¿Que no hay infierno?

-El infierno ya lo estamos sufriendo ahora, aquí.

-Pos eso. Yo los vide arder en un fil. Unos en forma de demonio los traiban...

-Los soldados enemigos, Capi, los soldados, que no los demonios.

-Pero si andaban vestidos de...

-Sí, sí. Luego seremos nosotros la ley, mi Capi Zopi.

-Y ¿cómo va eso, mi Gene Teco?

-Pos que nosotros seremos los diablos.

-Eso me da miedo, mi terco Teco.

-¡Qué poco sabes de la vida, mi zonzo Zopi!

-¡Ustedé dirá, mi General!

Pasó algún tiempo y, en las afueras de la Gran Quivira, los de retaguardia se juntaron a los de vanguardia. Aquéllos venían cansados, éstos recuperados. Los de retaguardia se sintieron mucho al ver la disparidad de la situación.

-Ése, carnales. Aquí ustedes estirando chancla y nosotros jodidos del lomo.

-Nel, carnales, nosotros aquí holding la fortress.

-Chale, ¡qué fortress ni qué jijo 'e la chingada! Bien panzones que

se miran.

-¡Cálmense, cálmense y no se agüiten, que éstas son cosas de la guerra!

-¡Estás loco, Tecolote! ¡Quesque cosas de la guerra! ¿Qué guerra?

-Pos la guerra que vamos a peliar, pues. By the way, a mí me llaman «mi General», y no sean igualados.

-¡Chale, brothers! Aquí semos todos iguales. ¿O es que te crees un Pancho Villa, Teco? Esos tiempos ya se jueron.

-Ok, ok, no se me agüiten. Comprendo que vengan cansados. That's why ya he pensado que aquí, los carnales sapos, lleven la cruz a cuestras, como decía el otro. Y que ustedes descansen un día o dos.

-¿Un día o dos?... ¡Pos sí que estás ido de la mente! Además, for the record, lo que traibamos al lomo no es una cruz, que la cruz no sirve pa' cañón, ni pa' todo este relajo.

-Pos sí, tienen ustedes razón. A descansar, I've said. Y no me llamen Teco again, ansina nomás. ¿Me han oído?

-Yes, yes.

-Pos ansina es.

Se retiraron cada grupo por su lado. Representantes de cada especie y de cada banda se juntaron bajo un árbol. El árbol que le servía al Telecote de cama, de silla y de trono. Parloteó y masculló algunos sonidos el General, y los soldados asintieron con sus hocicos y cabezas. Horas después llamaron a la muchedumbre, y se acercaron arrastrando sus patas y sus panzas.

-Brothers y Sisters, carnales y carnalas. En una palabra, Camaradas. El War Committee o el March Committee, que con los dos nombres nos conocemos, ha decidido, después de motions y demotions, de callings y de questions y de chingadera y media que se leen en el Parliamentarian Rules de Roberts, que la marcha va a continuar mañana, a la caída del sol.

-¿Y nosotros qué? No nos has consultado, Teco meco.

-Just a minute! No me mientes eso de «meco», porque te saco el menudo, jijo 'e la...

-Sorry, mi General, no les haga caso, porque, como usted sabe, mi General, siempre hay en todas partes alguna gente malcriada, mi General.

-Malcriada tu madre, cabrón. Tú lo que eres es que eres un puto, un vendido y un lambeculos.

-Eso, eso. El brother ese, Teco..., sorry, mi General, el brother ese quiere hueso. Wáchalo, mi General.

-¡Cállense todos! ¡Aquí quien manda soy yo! Para algo soy su General, y para algo he mercado, leyido y aplicado las rules del libro de las Parliamentarian Rules del mentado Roberts.

-Ésa es cosa de gringos, general Teco. Nosotros semos chicanos. ¿O es que te has vendido?

-Vendida tu madre, cabrón. Los Generales nunca se venden. Mira si no a mi general Villa. Ese sí que era hombre, pa' que vean. Ése sí que era General.

-Sí, pero nunca andaba con ese mentado libro, de ese mentado Robertos.

-Roberts, Roberts, que no Robertos.

-Lo que seya. Pancho Villa tenía su Code of Conduct de sus Dorados, y eso era todo. No era vendido.

-Es que en su tiempo entoavía no había el libro de Roberts. Y... y, by the way, ¿qué libro es ése del Code of Conduct de los Dorados? ¡Yo nunca lo vide!

-Ni lo verás, pues nunca se puso on paper. Lo llevaba en su cabeza.

-Pos si no lo puso on paper, no existe. Antonces tenemos que usar el de mister Roberts, y ya.

-Eso es cosa de gringos. Nosotros los chicanos no hablamos como ellos. Nosotros tenemos nuestras ways para hablar.

-Pa' peliarnos, pa' darnos chingazos y pa' mentarnos la madre.

Ansina estamos como estamos, camaradas. Ésta es la puritita verdá.

-Se nos hace que ya te has vuelto gringo, general Teco.

-¡Shut up, malcriado, shut up! Y no te olvides de «mi». «Mi General». Yo no soy gringo. Pero hay que usar las armas del gringo cuando tenemos que peliar contra el gringo. Hay que estudiarle los ways del gringo cuando nos enfrentamos con el gringo. Hay que...

-Antonces, ¿por qué no le peliamos al gringo de día instead of peliándole por la nochi? Y ¿por qué no mercamos un cañón de los de a de veras, instead of trayendo este cacto pirujo en nuestro lomo?

-Shut up, I've said! Shut up! That's all. Ustedes no pueden platicar como los hombres civilizados. Está visto. Yo soy el que soy. Soy el mero mero y, de pilón, traigo aquí el libro de Roberts en mi bolsa. Mañana salimos a la caída del sol, y ya.

Muchos se habían quedado molestos por el resultado de la discusión.

Todos los animalitos de todas las especies se juntaron en grupos para sopesar lo ocurrido. Unos andaban picados, otros confusos. Unos creían que ya no eran necesarios los generales, que en tiempos modernos la masa, la gente ya estaba educada y podía actuar por sí misma. Otros decían que no, que la plebe todavía no estaba bien disciplinada y unida. Que se necesitaba una cabeza que diera órdenes. Otros discutían el tema de la igualdad. La igualdad cívica, la igualdad social, la igualdad de los sexos, la igualdad en el trabajo, la igualdad en la comida, la igualdad en la política, hasta la igualdad militar. «La igualdad no existe», decían unos. «Pero debiera existir», argüían otros. «¿Entonces qué?», preguntaban los de más allá. «La mera verdad, ¡quién sabe!», respondían los de más acá.

Mientras los diferentes grupos estaban ventilando éstas y otras cuestiones, un grupo de ranas se juntó a otro de cucarachas. Unas se fueron caminando y las otras saltando. Se escondieron bajo un matorral, al abrigo de las miradas de los otros grupos. Las ranas se sentaron en sus patas traseras y trataron de abrir las delanteras y descansar sobre la panza. Las cucarachas se subieron sobre unas piedrecitas para poder estar a la altura de los ojos de sus hermanas. Se movían de un lado al otro de las piedrecitas para poder ver consecutivamente los ojos separados de las ranas. Escondidas bajo el matorral, y lejos del resto de sus hermanos y hermanas, comenzaron a susurrarse en las antenas.

-Hermanas cucarachas, venimos a platicar con ustedes, porque hay algo que tenemos atravesado entre las orejas.

-Hablen pues, carnalas ranas. Que nosotros hablaremos después.

-Pos queríamos comunicarles que nos parece extraño que nuestro General le haya decidido a nuestros sapos que lleven el cacto al lomo, ¿no creen, carnalas?

-Y ¿qué tiene eso de extraño?

-Pos que ellos no pueden. ¿No ven que los de nuestra especie no caminamos?

-Antonces, ¿qué hacen, si no pueden caminar?

-Pos damos brincos. Y con los brincos, o se cae el cacto, o no se puede dar brincos.

-Y ¿eso es todo?

-Pos sí, ¿no se les hace un problema grande?

-Pos no, no se nos hace un problema grande. Lo que sí se nos hace grave es que ustedes deberían estar celosas.

-¿Que qué? ¿Por qué?

-Celosas, porque a lo mejor y lo van a usar con otras.

-¿De qué platican ustedes?

-No se hagan, no se hagan. Pos con otras ranas, con otras cucarachas, con otras... diosas.

-¡Oh, oh! ¡Oh, boy! A nosotras ni se nos había pasado eso por la mente...

-Pos eso. Piénsenlo.

-Pero... y ¿cómo pensaron ustedes esas cosas, carnalas?

-Pos la experiencia, carnalas, la experiencia.

-Pero si... si nuestros sapos siempre nos hicieron el amor a nosotras, a las ranas. Allí merito junto al río. Bueno... algunas veces también en el mero río, pero... siempre a nosotras, a las ranas, de aquel lado del río y de este lado del río.

-No se hagan, no se hagan. A lo mejor y también dieron algún brinquito tierra adentro, y ustedes muy confiadas.

-Pos sí, ¿que no?

-Pos seguro que sí, ¿que no?

-Pos sabe...

-Pos... ¿qué hacer?

-Pos miren, carnalas ranas. Ahora hablamos nosotras. Les queremos decir que... no se fíen de sus ranos.

-Sapos, sisters, sapos, que no ranos.

-Pos sapos, pues. Como les venía diciendo y platicando..., pelen el ojo, porque tenemos entendido que los ranos, o sapos como quieren ustedes, cuando se salen de sus aguas, cuando se meten a brincar por la tierra y por otros ambientes, crían otras mañas y se hacen muy mafiosos. Les gustan otras aguas.

-Pero, ¿que no decían cuando brincaban por la tierra?

-Pos sí, pero es un modo de decir. Nomás un modo de decir.

-Está bien. Pero... ¿y qué podemos hacer nosotras?

-Pos díganle a ese loco de Teco que le den el Cacto a otros carnales o carnalas que caminan y que no dan brincos.

-Gracias, carnalas, gracias.

Las cucarachas se apartaron encaminándose por entre la maleza, pero las ranas, muy pesarosas y meditabundas, se olvidaron de que iban saltando y pegando con la panza contra el suelo, produciendo un sonido fofo y sordo de vejiga preñada. Todos los animalitos se dieron la vuelta para otearlas. El Tecolote, con las pestañas y cejas levantadas, desde la rama de un arbusto, las observó cuidadosamente.

-¿De dónde vienen ustedes, si se puede saber?

-Pos venimos del excusado.

-¿Todas juntas?

-Todas juntas, ¿y qué?

-Pos que están mintiendo, porque yo, desde esta rama, no las vide con la pata parada.

-Es que nosotras no meamos con la pata parada, como diz que hacen los perros. Nosotras meamos, y ya.

-Pos yo las vide con el hocico parado, platicando con las cucarachas. ¿O es que también estaban ellas meando?

-Y ¿qué te importa a ti, meco Teco?

-¡¡¡Cabronas!!!

-¡Díganle, carnalas, díganle qué es lo que platicábamos, y ansina se le saque lo de metiche!

-Pos que... se nos hace que los sapos no deben llevar al lomo el Cacto.

-Y ¿por qué, si se puede saber?

-Pos que... porque dan brincos y se les puede caer.

-«Pos que... porque dan brincos y se les puede caer...». Y ¿por qué no se les cae cuando están encaramados en ustedes? Digan, ¿por qué no se les cae? A ver, digan.

-Pos porque... no nos pregunte, nuestro General, no nos pregunte, que nos da mucha güergüenza.

-Te lo vamos a decir nosotras a ti, y a todos los sapos y a todos los que se creyan muy machos.

-¡Cállense ustedes la boca, malcriadas!

-Pos nos vas a oír. Porque ustedes todos son una bola de cabrones. No se les puede ya tener confianza. Transponen fronteras, trasponen ríos, trasponen campos, traques y todo, y se encaraman a parejo en todas. No les importa quiénes seyan, nosotras, ellas, las de dos patas, cuatro patas, ocho patas... Todas parejo. Cactos chiquitos, cactos medianos, cactos grandes, todos los cactos, todos parejo. No se les puede tener confianza. Es una güergüenza. Por eso traibamos nosotras el cacto, no más que por eso.

-Para chupárselo ustedes, ¿que no?

-Sinvergüenza, malcriado, cabrón meco Teco.

-¡Cállense y tengan respeto, que pa' eso soy su General!

-¡Fuchi!

Esa noche sopló fuerte por todas partes. Oleadas de aire caliente se iban superponiendo, mezclando, entrelazando con otros más frescos y húmedos. La Zandunga y la Malinche venían desinflando sus pulmones por el Sureste y por el Suroeste. Venían los cornucopios arando la tierra, como cuerno de toro en muslo de dama. Truenos en las

hondanadas y relámpagos en las montañas estremecían a la dama del alba.

-¡Cabrones, hijos míos, que...!

-¡... que se los lleva la chingada!

-¡Tengo miedo, mano, tengo miedo!

-¡Coyón eres, maricas!

-Pos... ¿por qué te escondes tú, pues?

-¡Porque tengo frío!

-¡Es la muerte!

-¡A lo mejor y es una señal!

-¡Será la Llorona!

-¡Que n'hombre, que no es esa cabrona!

-¡Que no llamen cabrona a la Llorona!

-¡Que nos va a coger!

-¡Coger... a tu madre!

-¡Shut up, coyones! ¿O es que nunca oyeron tronar?

Un relámpago cayó sobre un árbol contiguo y le decapitó la copa. El Tecolote palmoteó las alas y, con las plumas espeluznadas, revoloteaba entre las ramas cacareando cluecadas y periqueando insolencias. Después de un buen rato regresó, asentó una pata sobre una rama y luego la otra. Desconfiado o atemorizado, o ambas cosas a la vez, permaneció con las alas un tanto al aire y sin replegar. En las extremidades del cuello palenquero aparecían dos ojos embrujados y sanguinolentos. Del pico entreabierto se le escapó:

-¡Seas quien seas, eres lo que eres!

-¡A mí no me espantas, sólo a las mujeres!

La otra cornucopia lanzó otro relámpago, clavándolo en la cresta del árbol a su izquierda. Al Tecolote se le quedó congelada otra estrofa en la garganta. Sonidos ininteligibles revolotearon sobre los soldados desperdigados por todas partes. Una cucaracha asomó la cabeza por debajo de una mojada tabla.

-¡Quesque «mi General»!

-¡Lo que es es que eres un bruto animal!

Una pluma, larga y aterrorizada, bajaba zigzagueando y al aire sorteando. Las cabecitas iban apareciendo unas detrás de otras, con sus ojitos aureolados por grandes ojeras. Una rana, de patas arriba, recibió en su frío vientre la liviana y verdosa cobija.

-¡Qué picture tan chula!

-¡Con la panza tan llena!

-¡Si será alguna seña!

-¡Si será alguna burla!

Al amanecer, se les fueron los sustos y los temores. Una cucaracha divisó un bulto sobre una rama quebrada. Le susurró a otra, luego a otra, después a otra, más tarde a otra. Al poco tiempo estaban todas y todos dándose con los picos de las boquitas contra el suelo a carcajada batiente.

-¡Quesque «mi General»!

-¡Si es purito coyón!

-Ya se lo decía yo, simón.

-No hacía más que cacarear.



Un malestar en el oído le hizo sacar la cabeza que tenía cobijada bajo el ala. Se la miró de improviso. Abrió más los párpados. No se lo podía creer. Se los frotó contra el ala, después contra la rama, y más tarde con las uñas de la pata izquierda.

-¡Qué es lo que miro! -se preguntó.

-No puedes mirar lo que no tienes -alguien contestó.

-¿Qué me ha pasao?

-Te han desmadrao.

-Pero ¿qué me ha pasao?

-Una pluma del fundío te han sacao.

-La de la vergüenza.

-Para que no se crea.

-¡Chingada Malinche! ¡Chingada Zandunga! ¡Chingadas hermanas!

Palabras crueles y miradas compasivas se cruzaron y mezclaron. Iban dejando estelas de cola maloliente y destellos de humanidad. Se fueron adormeciendo los ánimos con los últimos fulgores de la noche y el turbio brillo de la estrella matutina. Tenían que dormir, porque partirían al atardecer de ese día. Las persianas de los ojos del Tecolote comenzaban a ceder bajo la pesadez del sueño, del cansancio y del rasgar de una guitarra. Los grupos de los subalternos, bajo la gasa del alba, el cansancio de los cuerpos, la neblina licorina y el arrullo de la melodía, lo imitaban. El Tecolote, desde la rama del árbol, y con los ojos vidriosos, los observaba. Pesadamente dejó caer la mirada sobre el grupo que estaba de guardia. En forma de círculo se habían colocado. Un fuego en el centro habían prendido. Y el Cacto a un lado. Al cariño de la brisa, se mecían las lenguas de fuego. En las caras de los guardias, proyectaban su reflejo. Picos, antenas y hocicos se deformaban al impulso del movimiento del viento. En el vaivén del calor de las lenguas de las llamas, el claroscuro de las estrías del Cacto se estremecían. Erecto, como dios de desiertos y planicies, se mantenía.

Y la persiana del Tecolote seguía cediendo. Clavó la mirada vaga en la esbeltez del sueño. Y la uña rasgando la guitarra.

Cacto  
radiante  
de espinas y de estrías.  
Lengua ardiente  
de fuego  
lamía.

La gasa, que a la pupila cubría, lo mecía. Se estiraba y se encogía, despertaba y se dormía. El párpado cayó, y la impresión se gravó.

Flecha  
de gigantesco  
arquero  
que buscas el centro

del círculo del blanco.  
Meta blanca  
blanca meta.  
Mete dentro  
el centro  
en el centro de la meta.  
Meta redonda  
de círculos concéntricos.  
Circo  
de círculos machihembros.  
Gigante Cacto  
en el campo clavado.

Por delante de la pupila dilatada pasaban campos y planicies de  
trigales y maizales en sazón. Alfombra aterciopelada y dorada de  
princesa y de diosa en busca de calor. Jungla profunda y fecunda de  
mieses para el segador.

Boca de volcán ansiosa de estallar.  
Capullo cerrado pidiendo reventar.  
Retina virginal sedienta de preñar.  
Hiedra de primavera cansada de orear.  
Dama ensangrentada aburrida de esperar.  
Flecha de arquero que va buscando el cero.  
Bala de cañón disparando su munición.  
Cornucopia de huracán dejando va su afán.  
Boa venenosa metiéndose en la ventosa.  
Cacto de palo machacando va el falo.

Levantó las persianas de los ojos y, con movimiento bizco, vio pasar  
por delante una flecha de fuego que rompía la serenidad del aire  
matinal. Confuso y estremecido levantó la cola y, del pico medio  
abierto, se le escapó un suspiro:

¡Ay!...  
¡Tecolotita de mi alma!  
¡Qué cosas van a pasar!  
No te vayas a escandalizar  
pero esta gente busca una cama  
para trabajar  
y descansar.  
¡Ay!,  
que lo que tenía que pasar tiene que pasar.  
¡Ay!...

Había luna llena. Cara y cejas maquilladas por Avon. Boca de  
entrepierna y concha de abulón. Vestida de negro estaba la dama de

la noche. Una gasa de luto cubría su cuerpo, como red en el fondo del mar. Un túnel preñado de topos, una telaraña encima de la greña. Como dos líneas férreas, las rayas dibujando culebras dispuestas a picar. Luna llena de cara pálida y cirugía plástica. Vientre oscuro y membrana elástica. Albergue de topos y de hormigas casa. Paraguas oscuro, invertido meadero de cacto y de mango. Varillas de venas y de sangre, conductos de semen y de rayos. Telaraña rubicunda disfrazada por el sudario de la noche. Y el Tecolote soñaba y soñaba con la cabeza bajo el ala.

NEWSBREAK... Once again, the Federal Government has sent more money to the South-of-the-border Governments to carry out, in a more orderly fashion, a large quantity of contraceptives to curtail the population explosion those poor countries are experiencing.

TELENOTICIERO... En el periódico El trópico ha aparecido un editorial que dice «El gobierno de nuestro país ha construido varios almacenes clínicos con grandes frigoríficos en donde se podrán conservar, por un período indefinido, el semen varonil que corre peligro, y que muchos han donado voluntariamente». Parece ser que ese gobierno está tomando precauciones necesarias.

Allí estaba. El águila, con sus alas abiertas y encanecidas, flotaba cual emperatriz del cielo y de los aires. Sus alas multicolores ocultaban el sol y las estrellas. Plumas estriadas disfrazando caprichosas franjas y barras. Sus ojos diminutos irradiando la luz de múltiples estrellas azuladas. Y sobre la mies y la majada, su sombra oscura y caduca proyectaba.

Allí estaban. Era por el alba. Los ojos de las estrellas los activaban. Inmensa planicie ante sus ojos se desparramaba. La contemplaron durante días y semanas. Centenares, millares de ojitos pardos se extasiaron. Divina magia. Generaciones y centenarios desfilaban ante sus recuerdos y mentes aprisionadas. Espiga de trigo y mazorcas de maíz como pies de oropéndolas y de tucanes dialogando su esplendoroso llanto de largo destierro forzado. Con sus picos imploraban, pero sus pies atados estaban.

Allí estaban. Después de una larga y penosa marcha. Por colinas, por túneles, por caminos de hierro, por valles y por fábricas. Por ríos y canales, por carreteras y por alambradas. Ante la mies se encontraban. Planicies y aguas. Agua fertilizante, tierra fertilizada. La Gran Quivira y la Planicie Iowa. North Platter River, Solomon River y Sioux River. Moon Lake, Webster Lake y Spirit Lake. Nombres gringos, nombres judíos y también nombres indios. Y el trigo y el maíz allí estaban. Inmensa satisfacción.

Inmensa consternación. Los badajos al águila llamaban. La campana

resonaba, por toda la tierra era. Era la era. La ERA. La primera Presidenta. Por los nervios, por los capilares y por los cabellos corría el mensaje enviado a todas partes. Por el Este y por el Oeste, por el Norte y por el Sur. Cables y mensajes enlutados eran. La Presidenta era. Un infarto, una trombosis o un parto. Las caras enlutadas de los encapuchados marchaban cabizbajas. Distráidas, caminaban bajo el llanto de la campana rajada. Campana de la Independencia, campana de la jodienda. Badajo de campana, cacto de membrana. A ambos lados llamaba. Llamada era, destino era.

-Si parecen zonzos. Ahí nomás con los picos y con las bocas abiertas. Déjense ya de contemplar y pónganse a trabajar. ¡O es que se creen que le van a caer tortillas calientitas del cielo?

¿Ansina nomás?

-¡Cállate tú la boca, que nomás sabes periquear!

-¡Respeto, que soy su General!

-Tú ya no eres nuestro General. Decidimos que no necesitábamos General, ni bosses ni nada.

-¿Desde cuándo, si se puede saber?

-Desde que nos juntamos en Asamblea General.

-I see. Pero, ¿cuándo y qué decidieron, pues?

-Antier decidimos que ya no te necesitábamos.

-Y ¿siguieron las Parliamentarian Rules de Roberts?

-No. Nomás chicano Talk. Platicamos..., ¿tú sabes?

-¿Y?

-Pos decidimos que cada uno hiciera lo que el instinto le dijera.

-Como siempre. No saben proceder como gente civilizada. Con orden, como pide Roberts, y el Law and Order mentado.

-Tú estás tapado, Teco. ¿Cuándo te informarás de que eso no va con nosotros? Nosotros semos diferentes. Tenemos un Law and Order nuestro, y de más ninguién. El instinto, pues. Las cucarachas tenemos el nuestro, las ranas el suyo, los topos el de ellos y ansina todos.

-¡Carajo! Pos es un mess.

-Mess o no mess. Ansina es.

Después de una larga contemplación extática, decidieron separarse para encaminarse cada especie por su sendero. De la # 25, unos se fueron por la # 10 y otros por la # 80, hasta llegar a la # 35.

Centenares y millares se fueron desparramando y encercando. Unos se quedaron en el origen y otros se encaminaron hasta el fin,

quedándose la mayor parte esparcidos razonablemente a

equidistancias. Rodearon el terreno ovalado antes de comenzar el

trabajo. Como una campana, como una ventosa, como un estadio

olímpico, como una boca de volcán, como una corona y cona dibujaron.

Se adentraron. En perpendicular bajaban, en vertical subían. En

horizontal marchaban, en paralelas desfilaban. Y en circular y oval cercaban.

Bajo sus capuchas y uniformes desfilaban por la # 495, la Beltway.

Hacia la Rotonda iban. Al paso marcial del Tannhäuser. Serios como

Kaisers. Caras afiladas y afeitadas temblaban con la resonancia de

las botas enlodadas. Seguían a la tétrica comitiva cascos, fusiles y

cañones de acero. Multitudes de carros, de muletas y de sillas-de-ruedas formaban el cortejo. Estridencias de Mendelssohn se alternaban con las de Beethoven en armónico desacuerdo. Allí estaba Sousa. Y un carro de caballos al descubierto portaba una bandera y un féretro. Cuerpo de emperatriz y de diosa yacente en un caduco entierro.

Y en una fragua, un hermano herrero, derritía, para una herradura, un hierro. Hierro duro, hierro redondo, hierro color hierro. Con una mano lo metía y lo sacaba, lo sacaba y lo metía. Un chivo gemía y un caballo pateaba. Un martillo lo exprimía y un yunque tamboreaba.

Querido Karl M.:

A ver si te pones de acuerdo con tu hermano Federico, no tu maestro Hegel, sino con el otro, Nietzsche. ¿En qué quedamos, pues? ¿En que hay superiores-inferiores (diferentes) o en que todos somos iguales (idénticos)? Cuéntaselo a tus hijos-sobrinos sajones GMC y compañía., a ver si te creen. Mejor no, no se lo digas, porque te llamarían, además de comunista, bastardo. ¡Si vieras qué rechonchos se han puesto los Growers con la plusvalía chicana! Pero no te preocupes, se están muriendo del corazón. ¿Será cierto que después chingaremos nosotros? Tanto es el contento que tengo que no muero porque me muero.

L.

Por la explanada se metieron en vertical y en horizontal. Por entre los surcos, por entre la mies, por entre los rizos de cañaverales y de pajales. Bajo la brisa del día ondeaban las cabecitas de la melena. Subían y se entrecruzaban como brazos de enredadera. Espigas de trigo y mazorcas de maíz. Comieron y se saciaron de centenarios de años de espera.

Los chapulines volaron como chicharras sobre la ancha explanada. Un sol estival frotaba las alas extrayendo una música ensordecedora. Se esparcieron y cayeron como plaga. Las ranas y los sapos se encaminaron hacia el agua. Agua de pantanos, de regadío y de lago Spirit Lake, Moon Lake. Bajo el calor de la luna se hicieron el amor. En el agua y en el lago. Los gusanos y las culebras abrían surcos y veredas para preparar la sementera. Los topos y las hormigas perforaban y se metían en la tierra. Y el tecolote con el zopilote se cimbreaban en una rama de un árbol solitario.

-Mire, mi General. ¡Qué vista tan chula! Son sus soldados. ¡Cómo le entran!

-Sí, mi Capitán. Pero los soldados ya no necesitan General.

-No se haga, no se haga, que usted es el mero principal.

-Yo lo fui en mis años jóvenes, pero ahora ya voy para viejo.

-Si la gente todavía habla y platica, ¿cómo entiende usted eso?

-La gente es mitotera, pero la verdad es que no las puedo.

-Pero la cucaracha miss Sinforianita me platicó que luego luego...

-¡Pos, luego! ¿Te crees que nomás soy un loro parlero?

-¡Ay que mi General! Usted no tiene remedio.

Centenares, millares de sillas-de-ruedas daban vueltas por la Beltway y la Rotonda. En el centro, en una estrella de cinco (o eran seis) picos, reposaban los restos. Arabia e Israel, Panamá y

Watergate, el KKK y la CIA. Cinco o seis narigudos que apuntaban a cinco o seis continentes. Cirujías plásticas con intestinos de Gerbers en sillas-de-ruedas circundaban la cobija policromada rodeada de estrellas. Tiovivos y carruseles de fetos sexagenarios giraban aturridos por la droga y los desmayos. Cincuenta y tantas estatuas representando otros tantos estados contemplaban la escena trágica con marmóreo pasmo. Quirófano político. Desde la galería, los doctores estudiaban el malestar de la yacente dama. Técnicos y doctores examinaban la red complicada de nervios, de células y de cabellos de la masa grisácea. «Computadora disecada» («Just allergies, Darling, just allergies»).

Por los surcos de la Planicie, por los canales de los ríos, por los túneles de las lomas corrían animalitos procreando críos. Se habían concentrado en gran gentío.

-¡Algo falta!

-¡Falta algo!

Correteaban como si fuera por su casa. Hermanos y hermanas, primos y carnales, buscaban lo que les faltaba.

-¡Quesque no necesitan General! ¿Eh?

El Tecolote saltaba de rama en rama. Quisiera meterse en la manada, pero se sentía abatido.

-¡No necesitamos General! ¡Es otra cosa más prencipal!

El General se rascó el pico con la uña. Espeluznó el plumaje y palmoteó las plumas de coraje. Estiró el cuello, abrió los ojos y carraspeó el gaznate.

-¡No sean menzos! Ustedes se olvidaron de algo y no saben de qué. Admítanlo, no saben. Yo lo sé. Yo soy el wisdom. Por algo soy el que soy, lo que soy. Por algo soy General. Por algo soy Tecolote. No se hagan. Yo sé lo que les falta.

-Pos a ver. ¡Habla!

-Pos el Cacto, zonzos, el Cacto.

-Pos tienes razón. El Cacto.

En algún lugar de la Planicie habían dejado el Cacto tendido en una hondonada. Las hormigas y las abejas habían trabajado sin descanso, almacenando comida y fabricando dulce miel. Las abejas habían confeccionado un gran panal en la protuberancia del tronco y de la raíz. Cabeza y boca cubiertas de miel. A lo largo del rotundo cuerpo, las hormigas mineras habían rellenado de comida las venas. Canales y túneles cargados de vida y de sementera.

Un volcán centenario había vomitado uno como molcajete en el que una cucaracha molía comino, chile y más especies. Vuelta y vuelta, muele que te muele, con el palote en la mano a mete y mete. Los cucarachos venían, se movían y saltaban. Se lamían los hocicos, se estiraban los palos y se los cogían con las manos.

NEWSBREAK... Again, for the second time, from the South and from the West, from the Gulf and from Baja two huracanes, Zandunga and Malinche, are expected to hit the Planes. Our wheat and our corn are in peril!

El choque de temperaturas y las corrientes de los vientos estivales se cernieron por Quivira. Un gigantesco toro se lanzó con su dos preñados cuernos. Por la lejanía venían echando fuego. Se juntaron, y el estampido se produjo en el firmamento. Un remolino cornucópico, empujado por un rayo, hirió fieramente el suelo. Y el dragón escupió pedruscos del tamaño de huevos.

-¡Cabronas hermanas, que nos vienen jodiendo!

-¡Que nos vienen a ayudar!

-¡Que nos vienen a chingar!

-¡Mira nomás! ¡Qué hoyo tan chulo han hecho!

Habían atravesado surcos, canales, túneles y lagos de la selva, por la selva de la mies. Llegaron al gran hoyo. Desde la sima se asomaban piquitos, hociquitos y ojitos. Una gran boca de labios rosados en una fronda de cabello dorado. Millares de hormigas y de cucarachas prestaron el lomo y las patas. Se iban metiendo bajo el Cacto. El cosquilleo era intenso y el tronco apretado. La boca volcánica estaba sedienta. Oro estival cubría la Planicie de maíz y de triguil. La siega y la trilla se habían llevado a cabo. Era hora de la molienda.

A las cucarachas y a las hormigas ayudaron todos los grupos de todas las especies de todos los animales. Unos levantando, otros empujando y otros jalando. Lo pusieron en la vertiente del precipicio. Como un columpio movido por fuerzas opuestas, se balanceaba sobre el fiel. Una fuerza centrífuga lo empujó y otra fuerza centrípeta lo jaló. Boca y pezón, campana y badajo, palote y molcajete, ventosa y cornucopia, planicie y cacto. Un estallido se oyó y la Planicie se estremeció. «¡Ayyy...!».

En Arlington Cemetery se enterró. Carrozas mortuorias y sillas-de-ruedas rodaban por el pálido zacate cortado a rape. El catafalco descendió y la comitiva se marchó. Melenas peinadas, en desfile encanecido, se perdieron.

NEWSFINAL... Although at this very moment we still don't know in which precise State, it is said that in the East one lady, at the age of fifty five, has given birth to a bab... to a ma... to a human that has the looks of a grown man, even though he is a baby.

TELENOTICIERO... Se dice que en uno de los estados del Atlántico las mujeres están dando a luz a niños que son más hombres que bebés. La medicina ha inventado una hormona para que las mujeres cincuentonas, que no han querido tener niños de jóvenes, puedan tenerlos de viejas. Pero se rumoriza que el gobierno anda preocupado. Teme que la Raza perezca.

ABAJO metían las palas, para roturar el campo.  
Campo cubierto de trigo, de maíz bien sazonado.  
Las hoces segaban la paja, doblándose sobre sí misma.  
Para ABAJO caía la espiga, para ARRIBA subía el tallo.  
Andaban los segadores, afanados cual hormigas,  
corriendo de Sur a Norte, buscando dejar vida.  
El rastrojo bien aplanado, se hallaba todo esparcido  
por el ancho campo dorado, cual melena que espera cría.  
ABAJO cae otra vez, la pala buscando entraña,  
el badajo de la campana, tocando está a campaña.  
El badajo tocó a misa  
y la campana boca ARRIBA.  
Los fieles se reunieron  
para asistir al acto.  
ABAJO se dirige el badajo y la campana boca ARRIBA.  
ABAJO va el Cacto, la vida sube ARRIBA.  
ABAJO vida  
Cacto ARRIBA  
ABAJO badajo  
Cacto ARRIBA  
¡Ay... de mis hijos! ABAJO-ARRIBA «¡Ay... de mis hijos!»  
BAJO-RIA  
BAJARE  
¡Que yo no he sido! BAJARIA ¡La que los crucificó!  
¡AY BARRIGA!  
¡AY VERIJA!  
¡Que fue esa HIJA la piruja!  
«All my sons. All»  
¡OUCH!

Se quedó sola, sola se quedó. Bajo el frío epitafio se desintegró.  
El ciclo se cerró y reverdeció el camposanto. Cuadrúpedos y aves se  
abrazaban, y en la paz del espíritu se besaron. Y criaban. Y el  
cerebro se acabó.  
Borbotones de semen y de sangre corrían y se mezclaban en la  
Planicie. Fuertes golpes llamaban a la puerta dorada. La dama abrió  
la puerta y se quedaron en casa. Puerta dorada, sanguínea aldaba.  
Por los pasillos y corredores corría un hormiguero de semen. Llegó a  
la antesala y, después, a la sala. Huevos dorados de gallina  
mitológica. El gallo picó y la cáscara se abrió.  
Huevo gigantesco despidiendo yema y clara. Arco iris volcánico de  
multicolora lava. Estremecimiento de diosa sacudió todo el templo. Y  
la tierra se resquebrajó pariendo nueva raza. Se oyó por toda la  
Planicie un gran estruendo, y una boca de cornucopia arrojó millares  
de frutos por el firmamento.  
Por el aire se asomó Vulcano, el fraguador, derritiendo elementos en  
su crisol.  
-Mamá, ¡qué me pasó!  
-... ¿Ya te sientes mejor?



- Tengo mucho dolor.
- ¡Fue una gran contusión, dijo el doctor!
- Y a Xóchitl, ¿qué le pasó?
- Nada, mijo. Está en un pedegree show.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

